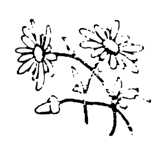


LA CATÁSTROFE DEL 16 DE AGOSTO DE 1906 EN LA REPÚBLICA DE CHILE

ALFREDO RODRÍGUEZ ROZAS
Y
CARLOS GAJARDO CRUZAT



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA, LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN
BARCELONA
CALLE MONEDA Nos. 801 á 847
SAN ANTONIO Nos. 102 á 116
1906


IMPRENTA
LITOGRAFIA
ENCUADERNACION
BARCELONA



Queremos que las páginas de este libro recuerden perpetuamente á las autoridades de Valparaíso en la triste noche del 16 de agosto y en los días subsiguientes, la humanitaria labor que les cupo desempeñar para defender la vida y la propiedad de los desgraciados habitantes de la ciudad en aquella fecha memorable.

Les dedicamos, por eso, la relación de aquella catástrofe que ofrece en medio de tantos horrores la nota ejemplar de su noble y valiente actitud.

CARLOS GAJARDO CRUZAT

ALFREDO RODRÍGUEZ ROZAS



Excmo. Sr. don PEDRO MONTT

Presidente de la República de Chile (1906-1911)



INTRODUCCIÓN

Los incalculables perjuicios que originó la catástrofe del 16 de agosto del presente año son conocidos de casi todos los chilenos, ya sea por haber presenciado el terremoto mismo y por haber sufrido sus funestas consecuencias ó por la lectura de los periódicos y revistas. Pero, si tenemos noticias de la catástrofe, éstas se encuentran diseminadas é incompletas, de tal manera que es de todo punto imposible formarse conciencia verdadera y exacta de la magnitud de la desgracia. Y si esto sucede en nuestra patria, en el lugar mismo del suceso ¿qué ocurrirá en las otras naciones americanas, en Europa y en el resto del mundo?

Tal reflexión es la que nos ha sugerido la idea de reunir todos los datos y el mayor número de vistas posible del terremoto de Chile, en el libro que hoy, después de tres meses de ímproba labor, presentamos al público.

Deseamos, como chilenos, que todas las naciones conozcan la magnitud de nuestra desgracia, para que de esta manera puedan también apreciar cuánto pueden el esfuerzo y la energía de nuestra raza.

En el extranjero se nos conoce principalmente como buenos guerreros. Se conoce al buen soldado y sus actos de heroísmo, pero esto no basta. Es necesario que se conozca asimismo el alma del chileno ante el infortunio.

Por otra parte, nuestra desgracia despertó hacia nosotros los más vivos sentimientos de confraternidad, que estamos en la obligación de agradecer, no solamente con secas y estiradas notas diplomáticas, que pasan á ocupar un lugar olvidado en los archivos, ni con artículos de periódicos que tienen solamente la vida de un día, sino con algo más duradero, con algo que quede impreso para siempre, en el libro, que es el archivo de la ciencia.

He aquí en pocas palabras el fin que perseguimos, y que creemos haber conseguido con la presente obra.

El plan que nos hemos trazado lo expondremos brevemente.

En la primera parte narramos la catástrofe de Valparaíso, dando á conocer á nuestros lectores la magnitud del desastre; las pérdidas de vidas y los perjuicios materiales sufridos á consecuencia de ella; la labor de las autoridades, la entereza de sus habitantes y el desprendimiento del vecindario y de las instituciones religiosas.

La segunda parte está destinada á describir la catástrofe y sus efectos en el resto del país.

La tercera á poner de relieve la noble y fraternal ac-

titud de las naciones extranjeras ante nuestra desgracia. En ella encontrará el benévolo lector las notas de condolencia de las diversas naciones y las contestaciones dadas por nuestra cancillería; los artículos de la prensa extranjera con motivo de la catástrofe; el acta de la sesión especial del Congreso Pan Americano de Río Janeiro; los retratos de los Jefes de las naciones amigas, que nos han auxiliado en la desgracia, de sus ministros acreditados en nuestro país y de los Cónsules residentes en Valparaíso.

Cerramos esta historia con la cuarta parte, que podríamos llamar parte científica. En ella aparecen dos artículos: uno del capitán de nuestra Armada Nacional y jefe de la Oficina Meteorológica de ésta don Arturo Middleton, en el que se explica la teoría del capitán señor don David Cooper, sobre las causas que originan los movimientos seísmicos, teoría que hoy día está tan en boga, con motivo del acertado pronóstico del terremoto de que nos ocupamos y que ha dado á su autor tan justa popularidad.

El segundo de ellos es obra del R. P. Melzer de la Congregación Salesiana. En él se estudia con gran conocimiento de la materia, la fuerza, dirección y causa del terremoto de agosto.

Estos artículos se recomiendan por sí solos y estamos seguros de que ellos serán del agrado del público y especialmente de los hombres de ciencia.

Debemos también á la ilustrada pluma del conocido literato don Egidio Poblete E. (Ronquillo) la descripción que con el título «La Catástrofe» va insertada en la relación del terremoto en Valparaíso.

Hemos procurado ilustrar lo mejor posible esta obra, con retratos, vistas y planos, pues estimamos

que la presentación gráfica acompañada de una cabal descripción, es el mejor de los medios para conseguir el fin que nos hemos propuesto.

Engalanamos las páginas de este libro con el retrato del eminente hombre público, que hoy dirige la nación, el Excmo. señor don Pedro Montt, á quien le tocó escalar las gradas del Palacio Presidencial muy pocos días después de ocurrida la gran catástrofe, en medio de la desgracia y del duelo nacional. Llegó, pues, á la presidencia en horas dificilísimas, cuando el espectáculo de la más completa ruina presentaba donde quiera, un obscuro porvenir.

Hemos considerado por esta causa una obra de justicia poner en la primera página de este libro el retrato del ilustre mandatario de quien espera la nación chilena que haga despejar por completo sobre las ruinas de las ciudades destruídas esas nubes que ocultaron desde los primeros instantes un futuro venturoso de trabajo, de progreso y de paz.

No quisiéramos terminar esta introducción, sin enviar un aplauso, por modesto que sea, á las autoridades de todas las poblaciones perjudicadas y en especial á las de Valparaíso que comprendiendo desde el primer momento que el mayor peligro estaba en las consecuencias de la catástrofe, supieron tomar medidas oportunas y salvadoras, para evitar que sobreviniera tan grave situación.

A la cabeza de ellas figura el cumplido caballero y esforzado mandatario, don Enrique Larraín Alcalde, Intendente de la provincia y gustosos exhibimos su retrato y dejamos constancia de su labor para que ella sea conocida y valorizada no tan sólo por aquellos que tuvieron ocasión de apreciarla desde cerca, sino

también por todos los que lleguen á conocerla merced al relato justiciero de estas páginas.

Esto es, en dos palabras, lo que nos hemos propuesto con la publicación de este libro que contiene la completa relación de los tristes acontecimientos ocurridos en el terremoto de la República de Chile la noche funesta del 16 de agosto de 1906.

No hemos pretendido alcanzar para él una perfección que no nos habría sido posible llenar dentro de nuestras propias fuerzas, pero hemos procurado al menos dejar en estas páginas un relato ilustrativo que recuerde en el futuro las verdaderas proporciones del terremoto del 16 de agosto en la República de Chile.

Los Autores.



PRIMERA PARTE



VALPARAISO

Vamos á empezar con estas líneas un relato doloroso que ha de ser para todos aquellos que lo lean un capítulo sombrío de nuestra historia nacional y para esos que sobrellevaron el peso de la gran catástrofe, una relación de tristísimos recuerdos, escrita con el dolor y con el sacrificio de centenares de víctimas desventuradas.

La tarea que vamos á cumplir con esta crónica de infortunios no puede ser grata en manera alguna para nuestro sentimiento herido por la desgracia común; pero, hemos procurado sobreponer en nosotros la idea de escribir en estas páginas un verídico y fiel relato de la gran catástrofe, al dolor intenso que produce en nuestros corazones la evocación de aquellos recuerdos de tan triste y funesta memoria.

Si algo grato y consolador pudiera haber en la crónica de aquellos hechos, sería tal vez el recuerdo de alguna acción generosa de humanidad, la nota de la noble actitud de las autoridades, que tuvieron á su cargo la suerte de los habitantes ó la constancia de la heroica conducta del pueblo y la energía de todos para sobreponerse á la desgracia y despejar con el trabajo, sobre las ruinas humeantes de la ciudad, las nubes que ocultaban en esos días un incierto porvenir.

No sería posible anotar uno á uno todos los hechos ocurridos en aquella noche que destruyó la ciudad y sepultó entre

los escombros á tantos seres desgraciados que perecieron quizás invocando un auxilio que no lograron alcanzar.

La narración completa de esos trágicos sucesos, llenaría, sin duda, muchas páginas que nuestro libro no podría reunir y que el más prolijo investigador no llegaría tampoco á recoger, sin estampar la angustia y los padecimientos de todos aquellos que tuvieron que sufrir las consecuencias de aquel horrendo cataclismo, sin precedentes en nuestra historia, por sus grandes proporciones.

Difícilmente podrá recordar algún habitante de Valparaíso otro relato que recoja más pavorosos y fatales acontecimientos que el que vamos á dejar ahora en las páginas de este libro.

Si bien es cierto que la historia de esta ciudad registra en sus capítulos una larga lista de catástrofes y desgracias que han detenido por algún tiempo el espíritu de progreso que anima á sus habitantes, también es una dolorosa y triste verdad que el terremoto del 16 de agosto de 1906 supera por la magnitud de sus tremendas proporciones á todos esos cataclismos y desventuras anteriores, terrible azote de la naciente fortuna y prosperidad de Valparaíso.

Para dar una idea cabal de esos sucesos y para que se pueda apreciar de un modo preciso la última destrucción de la ciudad, en comparación con otras anteriores, vamos á dar en seguida una ligera reseña histórica de la vida de este puerto, tan digno de mejor suerte, por el carácter enérgico y emprendedor de sus habitantes.





IDEA HISTÓRICA DE VALPARAISO

El puerto y ciudad de Valparaíso está situado en los 33° 2' Lat. 0° 59'7" Lon. O. al borde de una bahía semicircular abierta al norte en una extensión de cerca de 3 kilómetros con uno de fondo y rodeada de cerros ó collados pendientes de 300 á 400 metros de altura.

Entre la línea del agua y la base de éstos se extiende un plano longitudinal, estrecho en la parte del oeste y más dilatado en la sección oriental, y sobre él se asienta la población, la cual ocupa también los declives y las mesetas de los mismos collados; asumiendo por esta circunstancia una disposición anfiteatral característica.

Ha sido un tema muy discutido por los historiadores el que se refiere al descubrimiento del puerto de Valparaíso. Se cree, sin embargo, como más probable que dicho descubrimiento sea debido al capitán don Juan de Saavedra que acompañó á don Diego de Almagro en la mayor parte de sus atrevidas expediciones.

El descubridor castellano debió descender á la playa de Valparaíso en los primeros días del mes de septiembre de 1536, cuando sus colinas y sus bosques, vírgenes todavía del hacha de la civilización, se ostentaban en todo el esplendor de una temprana primavera.

Respecto á la fundación de la ciudad, no cabe duda que ella se debió á don Diego de Almagro, que fué el primero que tomó posesión del territorio conforme á las leyes del descubri-



Bombardeo y desembarco ejecutado en Valparaiso el 12 de junio de 1621
por el almirante holandés Jorje Spilbergen

miento y de la conquista de América, siendo don Pedro de Valdivia el primer continuador de esta obra.

Sería larga y fuera de nuestro propósito, relatar la vida del villorrio colonial en los primeros años de su fundación.

Sus primeros habitantes, los indios *changos*, que vivían de la pesca, fueron desapareciendo poco á poco ante la invasión de los conquistadores, que pesadamente comenzaron á levantar los cimientos de la nueva ciudad.

Valparaíso, en aquellos años primeros de su existencia, era una ciudad de escasísima importancia, su comercio era

pobre y reducido y sus pobladores con muy pocas ambiciones de progreso, dejaban correr apaciblemente los días de la vida colonial.

Cuando, merced á la inmigración que llegaba tardíamente al pobre caserío, pudo levantarse un tanto el espíritu progresista de los habitantes, llegó á ser el puerto con sus escasos recursos, el teatro de las correrías de corsarios y aventureros.

El 5 de diciembre de 1578 fué tomado el pueblo por el corsario inglés Francisco Drake. Poco después lo halló el otro corsario Ricardo Hawkins, quien, á principios de mayo de 1594 abrió las casas y almacenes de depósitos, en los que encontró una buena cantidad de oro.

Volvió á ser saqueado por el corsario holandés Van Hoost, á fines de marzo de 1600.

Intentó hacer igual cosa á mediados de junio de 1615, el otro holandés Toris Spilbergen, pero, los habitantes que eran ya más numerosos, se opusieron al desembarco y quemaron sus propios buques para que no cayeran en poder del enemigo.

El año 1682 se declaró playa militar á Valparaíso y se comenzó á construir la fortaleza de la Concepción.

Pero fué por los años de 1730 cuando principiaba el puerto á marcar su importancia entre los otros pueblos de Chile.

Refiriéndose á esa época el historiador don Benjamín Vicuña Mackenna escribía lo siguiente:

«Sin embargo de aquella total monotonía, con los calores del estío, cobraba el puerto cierta inusitada animación, llegando por mar algunos centenares de marineros y tratantes y de los campos igual número de arrieros y mercaderes. Solían descender también por el cerro de Carretas acostadas sobre un promontorio de petacas las familias santiaguinas en demanda de las brisas y ablusiones del mar.

»En esas circunstancias solía también alguna vez organizarse por la gente forastera y de buen humor algún sarao á la sombra de un bosquecillo en las quebradas, un paseo á voltejear en la bahía ó un esquinazo de bodega en bodega, pasadas las horas de la queda.»

EL TERREMOTO DE 1730

(SALIDA DE MAR)

Comenzaba, pues, como dejamos dicho, á señalar Valparaíso su importancia como puerto, allá por los años de 1730 cuando le sobrevino el terrible sacudimiento de tierra y salida de mar que fué á postrar su naciente progreso, derribando sus hogares y repartiendo á los antiguos moradores, presa de invencible terror, en las comarcas vecinas.

No fué, sin embargo, esta calamidad la primera de tal especie que azotaba á la pobre y reducida ciudad.

Ya por el año de 1647, en el mes de mayo, había repercutido en nuestras playas un tremendo temblor, del cual, debido á la poquísima importancia que tenía Valparaíso en ese tiempo, no quedaron recuerdos duraderos.

Tan solo la tradición recogió algunas impresiones de aquella catástrofe, sin que á punto fijo se sepan en el día noticias exactas de los perjuicios que ella causara en el puerto.

Refiriéndose á tal suceso dice el ya citado historiador Vicuña Mackenna lo que sigue:

«Por lo que respecta á Valparaíso, mísero hacinamiento entonces de ranchos y de pajizos graneros, todo lo que hemos llegado á saber es que de las tres bodegas que existían en el Almendral, una fué completamente derribada y las otras perdieron su techumbre. Otro tanto sucedió á la única casa que entonces parece existía en aquel lugar, pues sus dueños viéronse obligados á reedificarla.

»Antes del mismo año de 1730 hubo también en Valparaíso otros fuertes sacudimientos de tierra, pero de los cuales no se ha podido recoger una cabal noticia en lo que á sus consecuencias se refiere.

»Pero fué el 8 de julio de ese año cuando se dejó sentir el



mas fuerte terremoto que asolara y destruyera hasta entonces la ciudad de Valparaíso.

»Esa terrible catástrofe trajo también como inmediata consecuencia la salida de mar, que más que el terremoto mismo, fué la que destruyó casi totalmente la ciudad.

»No se han recogido, sin embargo, muchos detalles de aquel cataclismo que sembró de ruinas el puerto.

»Se sabe tan sólo que se sintieron en el día apuntado tres fuertes sacudidas de tierra: la primera á la una de la mañana, la segunda á las cuatro tres cuartos y la tercera á las doce del día siguiente.

»No ha podido comprobarse en cuál de esas sacudidas sobrevino la salida de mar. Se dice que los perjuicios experimentados en aquel entonces por el terremoto, tuvieron más fatales consecuencias en el barrio del Almendral.»

Un historiador que refiere con más detalles que otros este suceso, dice lo que sigue:

«Arrancó aquí la mar como sobre un lecho abierto que le era familiar, é inundando la mayor parte del terreno llano, arrasó hasta sus cimientos la parte principal del nuevo templo de la Merced, único edificio civil de alguna cuenta que allí hubiese; forzó sus puertas fronterizas á la playa, tronchando sus cerraduras, derribó sus altares é inundando todo el ámbito de la estrecha nave, sólo vino á declinar su ímpetu en las gradas del altar en que se reverenciaba á la virgen, «para que se » viere, decía en su novena citada el padre Hidalgo, dirigién» dose á la última, que la ira divina sólo llega á los umbrales » de tu favor.»

Por lo que respecta al puerto, los estragos debieron ser de menor consideración, en lo que se refiere á la invasión del mar, pues la pendiente en que estaba el caserío, no pudo menos de ofrecer una fuerte barrera á las olas:

«En cuanto al plano inclinado de la playa en que se encontraba el mayor número de las bodegas, se dice que al retirarse el mar, arrasó consigo no menos de 80,000 fanegas de trigo, lo que pone de manifiesto que aquéllo fué para Valparaíso una ruina mercantil completa.»

Nada dicen los narradores de estos sucesos si hubieron ó

nó pérdidas de vidas en tales cataclismos, por el cual silencio se puede presumir, á nuestro entender, que tales desgracias no acaecieron.

Relatando esta catástrofe, el diccionario jeográfico del señor D. Francisco Solano Asta-Buruaga dice lo que sigue:

«El terremoto del 8 de julio de 1730 echó por tierra la mayor parte del caserío, que constaba de una centena de casas pequeñas y cuatro iglesias y deterioró las fortificaciones y la residencia del Gobernador y Castillo Blanco, que se hallaba en el asiento de la Intendencia.»

Por estos ligeros detalles se puede calcular con facilidad la violencia del sacudimiento de tierra que derrumbó aquellas casas coloniales, en su mayor parte construídas de madera.

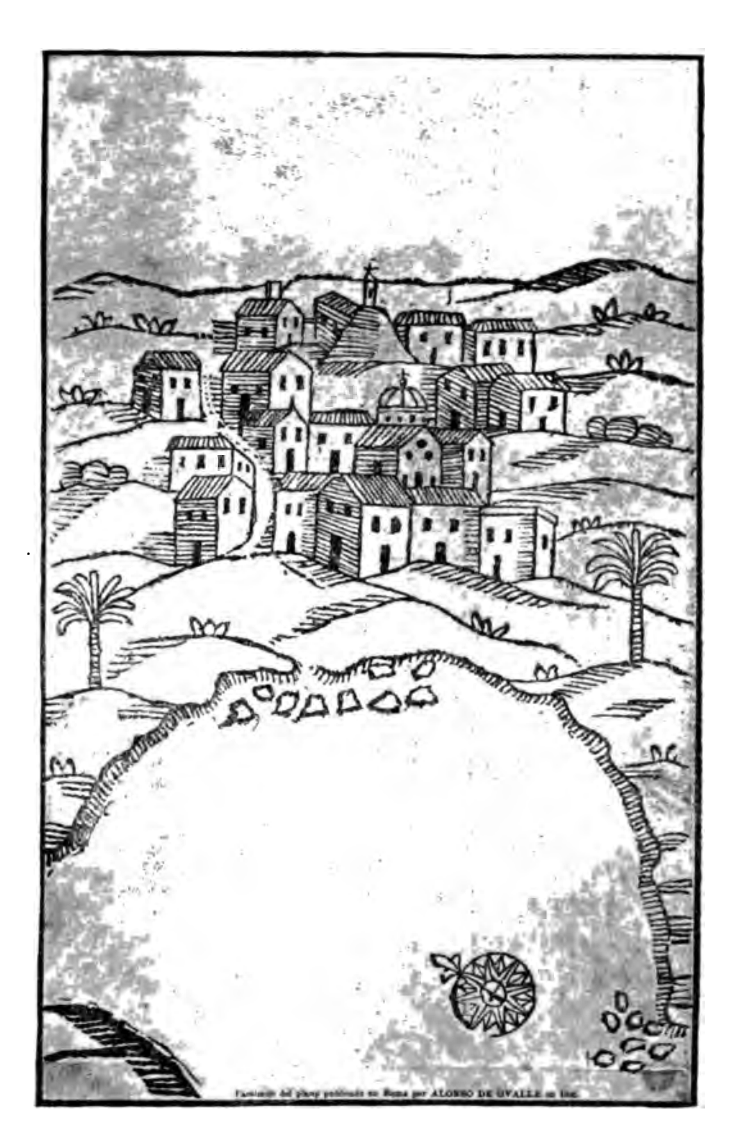
Todas las reflexiones que hoy día pudiéramos hacer sobre aquel terremoto que arruinó á la naciente ciudad de Valparaíso, nos darán á entender claramente que la magnitud de aquella catástrofe pudo ser tal vez de proporciones incalculables si los edificios de entonces hubieran sido como al presente, de mucha altura y construídos con materiales de cal y cemento.

Podemos, pues, asegurar, por lo que las crónicas de aquellos tiempos nos refieren y por lo que la tradición nos ha contado. que el sacudimiento terrestre del año 1730 pudo haber sido para Valparaíso un verdadero azote de ruina y desolación, si en aquella época hubiesen formado la naciente ciudad los edificios modernos de pesada y artística construcción.

Las desastrosas consecuencias de aquella catástrofe, ocurrida cuando el puerto comenzaba á levantar el vuelo de su progreso, tantos años adormecido por el abandono infecundo de aquellos pobladores patriarcales, vinieron á detener de nuevo por largo tiempo la obra emprendida, merced á constantes y penosos sacrificios.

Los habitantes del Almendral, como bandadas medrosas, agruparon sus viviendas en las colinas que circundan ese barrio y el espacio que antes ocupaban, barrido por las olas, presentó durante muchos años, un triste espectáculo de ruina y destrucción.





Vista general de Valparaiso en 1646.

Solo después de quince años, trascurridos para Valparaíso, en una triste y obscura vida de miseria, comenzaron á sentirse, otra vez, en su seno los esfuerzos del trabajo, que pugnaba por levantar nuevamente sobre aquel montón de escombros los cimientos de la futura ciudad.

Así fué cómo los reverendos padres de la Merced lograban, después de constantes y empeñosos esfuerzos, reconstruir el templo destruído y dar á Valparaíso el mejor edificio de aquella época. El caserío del Almendral se fué extendiendo también, poco á poco, y presentaba ya el aspecto de una villa de no escasa población.

Por otra parte, el mar pagaba también sus primicias al puerto y los frutos que algunos buques veleros solían acarrear á las playas de Valparaíso comenzaban á darle nueva vida y animación.

A tal estado de adelanto había llegado la ciudad cuando sobrevino una nueva catástrofe que volvió á postrar de nuevo su vida comercial y su progreso renaciente.

Tal fué el terrible temblor marítimo de 25 de mayo de 1751, un cuarto de siglo después del cataclismo ocurrido la noche del 8 de julio de 1730.

No llegó, sin embargo, esta catástrofe de manera tan imprevista como las anteriores, pues, desde algún tiempo atrás venían manifestándose fatídicos anuncios que los chilenos comenzaron á mirar como precursores de una catástrofe futura.

Entre ellos, el más próximo fué el espantoso terremoto de mar ocurrido el 28 de octubre de 1746, que causó la destrucción casi completa de la ya opulenta ciudad de Lima y la ruina total del Callao.

No se equivocaron, pues, las presunciones de aquellos que comenzaron á ver en esos desastres de los pueblos vecinos la señal evidente de una ruina próxima para las ciudades de Chile.

Así fué, en efecto, el horrible cataclismo del 25 de mayo de 1751, que destruyó la ciudad de Penco, derrumbando su fortaleza como asimismo las casas de algún valor que ya existían en ella por aquel entonces, siendo la causa principal de tantos estragos, la salida del mar, que arrasó con cuanto pudo encontrar á su paso.

No han quedado en las crónicas de aquellos tiempos relatos detallados de lo que ocurriera á Valparaíso en tal ocasión.

Se sabe, sin embargo, que hubo un fuerte extremecimiento de tierra que causó el derrumbe de algunos galpones y la destrucción del templo de la Merced, el mismo que destruyera el mar en 1730 y del cual dijimos que habían logrado reedificarlo sus piadosos propietarios. Se han conservado de aquellos tiempos, entre los documentos más importantes, los siguientes párrafos de la carta de una distinguida dama que narraba estos sucesos:

«El día 25 de mayo, á la una y media de la mañana sobrevino un terremoto tan largo, que duró seis minutos, y tan fuerte, que casi no se podía tener una en los pies del movimiento de la tierra, pues á mí me sucedió que me hinqué, y cuando se acabó, que me levanté, no podía del dolor, ni en dos días me pude hincar. Por el dolor que sentía me las fuí á ver, y me las hallé casi negras, y como señaladas las piedras, de donde saco yo el mucho movimiento de la tierra, pues no era capaz de haberme hincado, haberme hecho tal efecto, sino de las fuerzas que haría á mantenerme.

»Ha quedado repitiendo todos los días, y algunos grandecitos, pero en la ciudad no ha hecho estragos, pues los templos no han caído. Algo se han maltratado. De las casas, las antiguas, se han lastimado. Se han salido á la plaza á dormir en carpas y en la cañada, porque el temor que hay no les permite dejarlas. Otros han hecho barracas de tablas.

»Pero, con todo esto á vista de lo que han padecido en Penco, es un rasguño, porque es una compasión oir las cartas, del trabajo que están padeciendo, porque allá fué mucho más violento, porque el temblor lo dejó todo arruinado, todos los templos y casas, y á la media hora del temblor se salió el mar, y se hallaron por la mañana en los cerros en camisa y los que mejor con una frazada. Todos los fuertes, Chillán, villa de Talca y Tutuben, todo se arruinó; en todas las estancias se han caído los edificios y las bodegas, que se les han perdido todo el vino.

»En todo el campo ha hecho mucho estrago; capilla en que decir misa no ha quedado. La capilla de Renca que hacía año y meses que se había colocado, se cayó.

»El convento de los Padres de San Francisco de Curicó de raíz; dicen que era un dije. En el campo se ha abierto la tierra cerca de una cuadra y ha quedado vertiendo agua. Ahora lo que sentimos es las enfermedades que vendrán de las incomodidades.

»Dios se duela de nosotros y encomendaros á su Divina Majestad.»

Esta es una de las relaciones más auténticas que se han podido conservar de aquella catástrofe.

Puede el lector deducir de esas líneas tan sencillas como cristianas el espíritu de piedad religiosa que dominaba entonces en esta tierra de nuestros mayores. Tal espíritu era, sin duda, el que infundía en los ánimos esa energía necesaria para levantar sobre las ruinas de la ciudad los cimientos que debían servir para las nuevas construcciones.

Algunos viajeros que cruzaron por esos tiempos el mar Pacífico, al ver á los habitantes de Valparaíso empeñados en construir viviendas de altos y pesados muros, á raíz de la catástrofe del 51, contaban que aquellas pobres gentes estaban levantando sus tumbas...

Vicuña Mackenna, refiriéndose á esa época de ruinosos cataclismos, escribía lo siguiente:

«Entretanto, el puerto, á la manera de esas canoas de sus pescadores, que en los días de temporal suelen divisarse desde las colinas, cogidas en el choque encontrado de las olas que las cubren de espumas, sin alcanzar á sumergirlas, se levantaría en breve de las ruinas de dos cataclismos para encaminarse á días de mayor bonanza y aún de venidero esplendor.»

Después del terremoto de 1751 recomenzó, como dejamos dicho, el pueblo de Valparaíso la pesada tarea de reconstruir sus viviendas, destrozadas por el último y ruinoso cataclismo.

No tardó mucho la energía de aquellos pobladores en levantar lo destruído y en dar nuevas y mejores viviendas á esa aldea que poco á poco debía ir tomando la forma, el estilo y los adelantos de una verdadera ciudad.

Ya por el año de 1795 había en Valparaíso, 4,500 habitantes, cuatro castillos, el de la Concepción, el de San Antonio, el de San José y el del Barón.

Se levantaban también por aquel tiempo la iglesia Matriz ó parroquial, los conventos de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín y el nuevo templo de la Merced, en el mismo sitio en que fuera dos veces destruído por la furia de la naturaleza.

Se alzaba también el hospital de San Juan de Dios; edificios de aduana, de factoría de tabacos, de resguardo y de correos.

Se contaban también diez bodegas para depósito de granos y mercaderías.

Con todas estas construcciones y con el número creciente de la población, comenzó el orgullo de los porteños á dar aliento á la pretensión de hacer llamar «ciudad» á la entonces pobre y desmantelada aldea.

Algún tiempo después, el 9 de mayo de 1802, por una real cédula se acordó á Valparaíso el titulo de *Muy noble y leal ciudad de Nuestra Señora de las Mercedes de Puerto Claro*, el cual había sido acordado por el Cabildo.

Desde la fecha apuntada hasta los años de 1820 no adelantó gran cosa el progreso material del puerto.

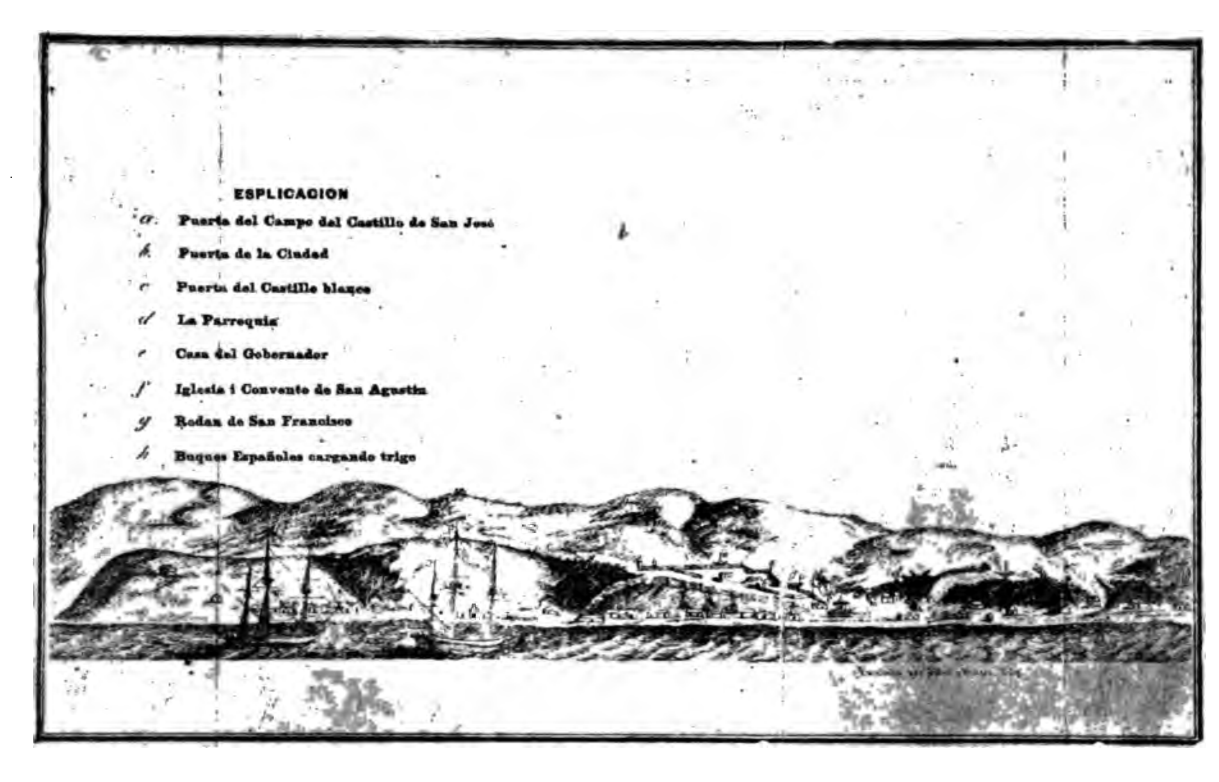
Poco después al abandonarla los españoles á raíz de la derrota de Chacabuco, le prendieron fuego y desmantelaron sus fuertes.

Sin embargo, en ese tiempo ya la población de la ciudad alcanzaba á 6,000 almas agrupadas en su mayor parte en la sección del puerto cuyo suelo firme y rocoso se buscó con preferencia para las nuevas construcciones.

La independencia nacional vino luego á dar á Valparaíso una nueva y más próspera vida con el comercio extranjero, pues la República franqueó sus puertas al libre cambio y á la inmigración europea.

De esa manera la reducida y atrasada ciudad pudo impulsar en su seno un débil, pero bienhechor aliento de progreso que muy pronto le diera mayor importancia y más próspera fortuna.

Comenzaba, pues, de nuevo el resurgimiento del puerto cuando le sobrevino el terremoto del 19 de noviembre de 1822.



Vista general de Valparaíso en 1712.



Un historiador moderno, refiriéndose á ese cataclismo ha escrito lo siguiente:

«El 19 de noviembre, poco después de las 10.30 P. M., un tremendo terremoto que se hizo sentir con más ó menos fuerza, en una considerable porción del territorio chileno, y aún al otro lado de la Cordillera de los Andes, sacudió á Valparaíso, durante dos ó tres minutos, según cálculo probable, y sólo durante unos cuantos segundos, con una violencia extraordinaria. Un ruido semejante á un trueno prolongado, dice una de las relaciones de aquella catástrofe, coincidió con el sacudimiento; y en el acto comenzaron á caer con grande estrépito las casas, las iglesias y los campanarios, produciendo espesas nubes de polvo, que aumentaba la obscuridad de la noche. Las gentes huían despavoridas en todas direcciones, lanzando gritos desgarradores que acrecentaban aquel cuadro aterrador.

»Nadie sabía dónde ponerse en salvo, ni acertaban hallar un camino seguro en las calles y callejuelas, cuyas paredes caían al suelo ó amenazaban caer, y cuyos pisos estaban sembrados de escombros. El mar, violentamente agitado, por tres veces consecutivas se retiraba y volvía á ganar su lecho, formando una ola de cerca de doce pies de alto, que iba á romperse con grande estrépito en la ribera. Los buques fondeados en el puerto sufrieron también un gran sacudimiento; sus cañones saltaron de las cureñas y por un momento los marinos se creyeron en gran peligro; pero pasados los primeros momentos, se restableció una tranquilidad relativa en el mar, y esos barcos pasaron á ser esa noche y los días subsiguientes, el asilo de numerosas personas que habían quedado sin habitaciones.

»Muchos de los pobladores de la ciudad, en medio de la más azarosa perturbación y de una ansiedad indescriptible, por no conocer el paradero de los suyos, corrían desolados hacia los cerros, donde creían hallarse más seguros.

»El terror aumentaba sin cesar. Creíase percibir una suave pero continua oscilación de la tierra, y además, en aquella terrible noche pudieron contarse 36 temblores, algunos de ellos de cierta intensidad. El siguiente día, cuando la tierra seguía temblando casi cada hora, pudieron apreciarse los estragos de aquella catástrofe. Los edificios públicos, muy modestos,

pero útiles todavía, sufrieron extraordinariamente. La casa de gobierno, los cuarteles y la cárcel quedaron totalmente arruinados.

»La Aduana y sus almacenes, el Resguardo, la Administración de Correos, y los hospitales militar y público, se hallaban casi del todo inútiles y poco menos el almacén de pólvora.

»Las viejas fortalezas, de construcción pesada y tosca, habían sufrido mucho menos. Todos los templos habían perdido sus torres. Tres de ellos, Santo Domingo, San Francisco y Merced, así como las capillas de los hospitales, quedaron reducidos á montones de ruinas, y la iglesia Parroquial se hallaba muy maltratada. Las casas particulares arruinadas ó ruinosas, dice una relación preparada por el gobernador de la plaza, se aproximan á 700, habiendo quedado las demás habitables ó en estado de servir con alguna refacción.

»Los edificios construídos sobre suelo firme, no han experimentado mayor mal de manera que los que se hallan más inmediatos á los cerros, y que tienen sus cimientos entre rocas, resistieron la fuerza del movimiento. Los de madera, como el arsenal, quedaron intactos, sin pérdida de una teja; mientras que los de cal y ladrillos, sobre todo los más elevados y que estaban aislados. sufrieron más terriblemente los estragos; pero sobre todo, los edificios cimentados en terreno movedizo, han sido arruinados totalmente.»

El extenso barrio del Almendral, formado entonces de casas y quintas colocadas más ó menos desordenadamente, y cimentadas sobre un terreno plano y suelto, formado por los materiales que arrastran los arroyos ó esteros que bajan por las quebradas de los cerros, sufrieron extraordinariamente.

Las gentes pudieron observar otros fenómenos físicos que aumentaban la sorpresa; y que daban origen á pavorosas congeturas. En el suelo, así en la parte baja como en los cerros se veían rasgaduras longitudinales de dimensiones y profundidad variables; pero en general reducidas. Durante algunos días, los arroyos que bajan de los cerros aumentaban considerablemente su caudal de agua, y en algnnos puntos aparecieron vertientes nuevas de más ó menos consideración y que luego se secaron. «Pero lo más notable, agrega la relación citada, ha

sido que desde entonces ha quedado retirado el mar ocho ó diez pies de la línea que frecuentemente bañaba en sus riberas, fenómeno que se ve en la bahía y en todas las playas inmediatas que han sido observadas, hasta la distancia de siete á ocho leguas á barlovento y sotavento.

Valparaíso contaba entonces en su seno algunos hombres de cierta instrucción, Cochrane entre ellos; y pudieron deducir de ese antecedente «que una gran parte de esta costa se había elevado tres pies á lo menos sobre su antiguo nivel, accidente geológico importante, que las observaciones posteriores y mucho más completas, han confirmado, estableciendo científicamente el hecho del solevantamiento gradual de la costa de Chile».

Las desgracias personales, que en el primer momento se exageraron mucho, fueron de menos consideración de lo que se creía.

De entre los escombros se sacaron 66 cadáveres de individuos de ambos sexos y los de 12 párvulos. El número de los heridos y contusos ascendía á 110. El más importante de estos últimos, era el mismo director supremo, don Bernardo O'Higgins, que estuvo á punto de ser aplastado por una pared de la casa de Gobierno. El vice-almirante Cochrane, que estaba á bordo de la fragata *O'Higgins* bajó inmediatamente á tierra con algunos marineros, para prestar los auxilios posibles, y aunque entonces sus relaciones con el Director Supremo eran muy tirantes, por consecuencia de las dificultades nacidas de la liquidación de los sueldos de la escuadra, se mostró particularmente amistoso y deferente con éste, queriendo llevarle á bordo para cuidarlo.

O'Higgins, sin embargo, prefirió quedarse en tierra, y eficazmente ayudado por el general Zenteno, tomó mil medidas para restablecer la tranquilidad, colocando guardias para impedir los robos en las casas y almacenes abandonados ó en ruinas; y llamó de Santiago al ingeniero don Alberto Bacler de Albe, para encargarle que trazara calles más regulares y espaciosas en los barrios que debían ser reconstruídos.

Los estragos del terremoto habían sido igualmente terribles en las villas de Casablanca, Quillota, La Ligua é Illapel, y

en los caseríos de los campos inmediatos, lugares todos en que se produjo una gran perturbación, pero aunque el sacudimiento se hizo sentir hasta Mendoza y Córdoba, en las provincias argentinas, el territorio chileno más inmediato á la cordillera había sufrido mucho menos, y aquél, casi no se había sentido más al sur de Rancagua.

En Santiago donde produjo un terror extraordinario, sus estragos, que al principio se creyeron enormes, suponiendo rasgaduras y otras notables averías en los principales edificios públicos, sólo se comprobaron la destrucción total ó parcial de algunas casas vetustas, el desequilibrio de dos ó tres torres, y algunos deterioros de fácil reparación en varios edificios públicos ó particulares. Pero la tierra seguía temblando con más ó menos intensidad, de tal suerte que antes de un mes se contaron 170 temblores, lo cual debía, naturalmente, mantener la intranquilidad y perturbación.

Después del cataclismo cuyo relato dejamos insertado, volvió la ciudad á empezar de nuevo la lucha tantas veces recomenzada.

La energía de los habitantes sobreponiéndose á la ruina y al desastre daba nuevo y generoso aliento á la idea de progreso que muy pronto se vió triunfar de la desgracia, de la miseria y del dolor.

Así fué como en poco tiempo se alzaron los nuevos edificios que dieron muy pronto á Valparaíso el aspecto de una verdadera y floreciente ciudad.

Favorecida en especial por la corriente de inmigración europea la miserable villa de otros tiempos comenzó á manifestar en su seno los modernos adelantos de la civilización.

La ley de 27 de octubre de 1842 erigió al puerto en capital de provincia.

Poco después, el 15 de marzo de 1843 un voraz incendio destruyó en la sección del Puerto, casas y mercaderías por un valor de $ 700,000, pero merced á ese mismo estrago, se facilitó la rectificación y ensanche de calles estrechas y tortuosas que mejoraron notablemente la planta de esa parte principal de la población y aún sus mismos edificios.

Valparaíso por evitar el peligro de los terremotos había

caído en otro peligro no menor ni tampoco de menos desastrosas consecuencias. Tal era el que acarreaba á la ciudad la propagación del fuego que de ese modo llegaba á destruir el trabajo de tantos años, debido á las construcciones de material ligero de que se había formado la nueva ciudad.

El incendio de 1843 fué, pues, una nueva calamidad para la naciente Valparaíso.

Habían trascurrido sólo veintinueve años desde el terremoto del año 1822 cuando el 2 de abril de 1851 fué azotada la ciudad por un nuevo temblor que bien merece el nombre de terremoto por la intensidad de los remezones y por los perjuicios que originó. Repercutió también en Santiago en donde causó la ruina de algunas casas y el consiguiente deterioro de otras como aconteció en Valparaíso.

A esta ya larga lista de los infortunios de un pueblo debemos agregar aquí también, por estricto orden cronológico, el bombardeo llevado á cabo el 31 de marzo de 1866, por la escuadra española sobre la indefensa ciudad.

Valparaíso fué en aquella ocasión por tres horas y cuarto, el blanco de las balas y bombas incendiarias de los buques de España, los cuales causaron la destrucción de 10 á 12 millones de pesos en edificios públicos y particulares.

A causa de este hecho se dotó á la ciudad de un cordón de fuertes y batería que montaban ciento y tantos cañones de á 100, 300 y 3,000 y cuyos nombres eran, Rancagua, Talcahuano, Yerbas-Buenas, Valdivia, Bueras, Barón, Andes, Pudeto, Papudo y Callao.

Desde el año 1866 en que Valparaíso sufrió las consecuencias no ya de la furia desencadenada de la naturaleza sino de la saña desapiadada de los hombres, hasta el 16 de agosto de 1906 no registraba en su historia otra catástrofe que hubiera llegado á detener su progreso y á dejar convertido en un montón de ruinas humeantes el fruto del trabajo de la constancia y del sacrificio de largos años de lucha incesante y bienhechora.

Los otros contratiempos que durante el trascurso de esta época sobrevinieron sobre ella no fueron capaces de influir como esos que anteriormente dejamos relatados en su vida regular y fecunda.

Por esta razón la historia no los ha recogido en sus páginas y sólo una tradición descolorida los mantiene entre esos múltiples recuerdos que llevamos confundidos en nuestra mente.

El último temblor de tierra, que, á pesar de no haber tenido ruinosas consecuencias para la ciudad de Valparaíso, puso grande alarma en su población fué el que se dejó sentir en la noche del 13 de marzo de 1896.

Antes de ese año y contando hasta 1866 se sintieron también en esta ciudad algunos fuertes remezones, pero ninguno de las proporciones del que dejamos apuntado.

Recordamos que al primer sacudimiento ocurrido, más ó menos, como á eso de las 8.30 P. M., de la noche, la gente despavorida y temiendo las funestas consecuencias de un terremoto, huyó en los primeros instantes de las casas y corrió á refugiarse en los sitios abiertos y extendidos donde pudiera quedar á salvo del peligro que un instante vió cernirse sobre sus cabezas.

En aquel fuerte temblor se pudieron notar dos recios y prolongados sacudimientos, con diferencia de pocos momentos uno del otro, siendo el segundo de ellos el más violento y sostenido.

Durante toda esa noche y algunos días después siguió temblando á intervalos cada vez más largos y con remezones de más ó menos consideración.

Los habitantes que, como dejamos dicho fueron en su mayor parte dominados por el pánico, acamparon en la puerta de sus casas, en las plazas públicas y en el parque municipal.

No pocos buscaron refugio en las colinas que rodean á la ciudad, pues, comenzó á extenderse el siniestro rumor de una próxima salida del mar, que llevó la desconfianza y el terror á los más crédulos y amedrentados.

Las consecuencias de aquel temblor no fueron, sin embargo, de consideración para Valparaíso, pues sin tomar en cuenta una que otra muralla que cayó más bien debido al estado de su construcción que al sacudimiento de la tierra y alguna grieta en una torre ó en un edificio de cal y ladrillo, especialmente en las Iglesias de la Merced y de los Padres Franceses,

la ciudad continuó su marcha sin mayores interrupciones y sin obstáculos en su progreso ni en su prosperidad.

Pasaron también esos años y los habitantes de este puerto ya olvidados en el presente de aquellas tristes calamidades que han formado este relato y poco temerosos de que ellas pudiesen repercutir en la estrecha faja de tierra moldeada entre el mar y las empinadas colinas que la circundan, dedicaban sus esfuerzos á convertir á Valparaíso en la opulenta metrópoli del Pacífico y habrían conseguido para ella una indiscutible preponderancia sobre los otros pueblos cuyas riberas están bañadas por las aguas que se extienden entre el Istmo de Panamá y los hielos inexplorados del polo sur.

Valparaíso había llegado á ser el orgullo de los chilenos porque era la ciudad que mejor demostraba el carácter emprendedor y tesonero de esta raza formada con sangre de araucanos y de españoles.

Después de largos años de trabajo rudo y constante, comenzaban los porteños á mirar con verdadero orgullo la ciudad levantada, é iban dejando constancia año á año de los progresos realizados y del fruto fecundo y bienhechor que la obra incesante de la civilización moderna hacía cada vez más vivas y palpables dentro de sus muros.

Por esa oleada de progreso que no reconocía límites en su conquista rápida y fecunda tuvieron que sentirse invadidos los gigantes que estrechaban el plano de la ciudad y, poco á poco, las rocas de los cerros y las ondas del mar iban cediendo el paso á la empresa creciente de los pobladores del puerto.

Se hubiera podido decir entonces de Valparaíso que había llegado á la altura de muchas ciudades de mayor antigüedad y de más protegida situación.

Sus edificios modernos de hermosa y elegante arquitectura demostraban donde quiera un brillante y rápido progreso.

Su activo comercio que vivía al amparo del capital y del trabajo le daba vida laboriosa y agitada y su población creciente de chilenos y extranjeros demostraba el impulso que tomaba en ella cada día la obra siempre fecunda de la civilización moderna.

Ciento cincuenta mil almas vivían dentro la floreciente y

pintoresca ciudad, entregadas á una vida de incesante y fructífera labor.

Valparaíso atravesaba por una época singularísima; el valor del terreno se había duplicado, la edificación tomaba enormes proporciones y nuestros grandes capitalistas invertían sus fortunas en la construcción de sólidos, y elegantes edificios de cal y ladrillo; no menos de cincuenta de ellos se levantan airosos desafiando los furores de la naturaleza.

Las industrias protegidas por los capitales extranjeros que acudían cada vez en mayor número, comenzaban á servir poderosamente á la obra del progreso general de la República.

Algunas compañías extranjeras como la de Tracción y Alumbrado Eléctricos entre otras contribuían á dar á la ciudad servicios modernos de transporte y alumbrado.

Sus hermosos edificios de la Avenida del Brasil y calle de Blanco le daban el aspecto de una verdadera ciudad europea y en general sus edificios públicos y sus numerosos paseos presentaban á Valparaíso como un puerto amante de su bienestar y de su progreso.

Dominaba sobre todo el espíritu emprendedor y tesonero de los habitantes que tenía sus más claras manifestaciones en la obra misma de la ciudad.

Ese ánimo de empresa y de trabajo ha caracterizado siempre á los pobladores de este puerto y por tal razón el historiador don Benjamín Vicuña Mackenna escribía el año 69 las siguientes líneas en la primera página de su *Historia de Valparaíso:*

«Antes que conducida por el genio de la Independencia llegase á estas playas la inmigración de los obreros del progreso por el trabajo nivelador, por la libertad fecunda, por la tolerancia de las creencias que reconcilia á todos los hombres y á todas las naciones sobre un solo altar, Valparaíso, como pueblo, no era sino una aldea de míseros pescadores, al paso que, como puerto de mar, apenas albergaba un grupo de galpones de madera en que los monopolistas de Lima acopiaban cada verano la escasa mies de la indolencia colonial.

»En medio siglo empero, aquella aldea se ha convertido en la ciudad más bella del mar del Sur.

»En un cuarto de siglo aquel grupo de bodegas se ha trocado en el emporio de los mercados de occidente.

»Tal ha sido la obra de la fraternización en el trabajo, en la libertad y en la tolerancia de las diversas generaciones que se han sucedido desde que la república abrió de par en par sus puertas seculares á los hombres, á las ideas, á las mudanzas que de allende el mar nos enviaba, como la salutación de bienvenida el orbe entero.»

Así pintaba un chileno á nuestra ciudad setenta y siete años atrás, cuando no había manifestado aún, como lo hizo en el presente, todo el poderoso empuje de la energía y del ánimo de progreso de sus habitantes.

Hoy en día el manto negro de la ruina, de la desolación y la muerte ha vuelto á extenderse sobre la emprendedora y valiente Valparaíso y el fruto de tantos años de trabajo ha quedado en gran parte aplastado por una catástrofe inesperada y traicionera.

Todos sabemos cómo sobrevino sobre la ciudad este azote terrible de la naturaleza.

Sólo un pequeño anuncio de crónica que indicaba la conjunción de dos astros, señaló á los habitantes un peligro sísmico.

Tal fué la observación del capitan Middleton, que pasó completamente inadvertida para los unos sin que los otros llegaran á darle importancia.

Pero es ya tiempo de cortar este preámbulo histórico para que demos comienzo á la relación misma de la catástrofe y de sus tristes consecuencias.





LA CATÁSTROFE

Llegamos al punto más penoso de nuestra tarea, á describir lo indescriptible, á agitar el fondo de nuestros recuerdos para buscar entre ellos los más dolorosos, los más tétricos, los que parten nuestra vida en dos grandes porciones separadas entre sí por una gran catástrofe.

La ciudad estaba tranquila en ese día fatal. El 13 y el 14 de agosto habían sido de lluvia, que había caído á chaparrones por intervalos; el 15 había sido despejado; el 16 amaneció sereno, pero, cerca de las 10, comenzó á nublarse y luego principió una llovizna pertinaz, molesta, que llamaba la atención, porque el barómetro anunciaba buen tiempo y soplaba viento sur, que en Valparaíso es compañero inseparable de los días serenos y claros.

¿Tuvo alguien en cuenta en ese día la predicción del capitán Middleton? Seguramente nó, porque desde hacía algunos años, los anuncios de días críticos de otro origen habían fracasado y caído en completo desprestigio.

Pasó el día como todos los demás, sin más diferencia que las quejas contra la fastidiosa llovizna y contra el lodo de las calles encharcadas y sucias.

A las 7.55 P. M. transitaban por las calles algunos transeúntes, muchos menos que de ordinario, por causa de la lluvia; todo el vecindario estaba tranquilo en sus casas, ya sentado á

la mesa, ya en la agradable charla que sigue al apetito satisfecho; algunos, muy pocos, en la cama reposando de los afanes del día ó buscando en el abrigo del lecho remedio contra los pasajeros resfriados originados por el mal tiempo. Las familias estaban reunidas en el hogar, pues no había teatros ni paseos que las llevaran á la calle ni era todavía hora de salir: alguna que otra fiesta particular había en perspectiva; pero quedaba tiempo todavía, y entretanto se dedicaban esos momentos á las expansiones de la familia, á los hijos, á los planes para el día siguiente y para el futuro. ¿Quién podía imaginarse en esa hora de tranquilidad, paz y alegría que la ruina y la muerte se descolgaban sobre Valparaíso y caerían sobre la ciudad con espantosa furia?

A la hora que acabamos de apuntar 7.55, se oyó un ruido subterráneo que parecía el de un tren lejano y que no llamó la atención de la generalidad, ó porque no lo oyeron ó porque lo creyeron cualquiera de los muchos que se oyen siempre en ciudades de tanto movimiento mercantil. No expiraba el ruido cuando comenzó el movimiento de la tierra, leve al principio, pero que fué creciendo en vigor y que parecía interminable, por espacio de unos cuarenta y cinco segundos; declinó algunos instantes, unos quince segundos y volvió á aumentar nuevamente hasta llegar á una violencia inaudita que se mantuvo unos noventa segundos.

¡Qué fuerza tan espantosa remecía la tierra! El suelo subía y bajaba con terrible rapidez, giraba en seguida en círculo, batía de un lado á otro y volvía nuevamente al movimiento vertical y otra vez al circular y al horizontal y se sucedían los sacudimientos en todas direcciones como si una mano furiosa y de un vigor infinito se empeñara rabiosamente en descuajar la tierra y en destruir y aniquilar todo vestigio humano.

Bajo el furor de aquellos espantosos sacudimientos, todos los edificios, así los más débiles y mezquinos, como los más sólidos y poderosos, aleteaban en el espacio con un ruido atronador, subiendo y bajando sobre la ola que el terremoto suscitaba en el suelo y á la cual sucedían otras y otras como en un mar agitado por la tempestad. Rechinaban los revestimientos de zinc de los edificios, crugían las murallas al abrir-

se en enormes grietas, las agujas de las torres describían en el aire amplios arcos de círculos, derrumbábanse muros y techos que caían con horrendo estrépito sobre sus propias bases, sobre las casas vecinas; en las calles, levantábanse en el aire espesas nubes de polvo que impedían el aliento, y á pesar de tan espantoso ruido se oían distintamente gritos de niños que gemían de miedo, alaridos de gentes que se sentían morir, risas nerviosas de mujeres histéricas, voces roncas de hombres que pedían al cielo compasión y misericordia, el clamor, en fin, de



la ciudad que perecía é invocaba al cielo en el paroxismo del espanto con voces trémulas de pavor é infinita angustia, corriendo enloquecida por las calles.

En medio de este interminable período, se extinguieron las lámparas de gas y del alumbrado eléctrico y cayó sobre Valparaíso la más espantosa tiniebla, y la ciudad continuó muriendo en medio de las sombras, siempre agitada por las espantosas convulsiones del suelo que no permitían á nadie sostenerse en pie.

Las tinieblas hicieron entonces más visible y más fatídico

otro fenómeno que venía acompañando al terremoto: el cielo, cubierto de nubes, presentaba una coloración rojiza, y á cada instante se abría en explosiones de luz de relámpago que abarcaban todo el espacio y desaparecían instantáneamente para que viniese en seguida una obscuridad aún más espesa.

Bajo aquellos relámpagos lívidos y verdosos, que iluminaban un segundo la ciudad con sus vívidos y fatídicos resplandores, ¡qué espectáculo tan fúnebre presentaba Valparaíso! Con la fugaz llamarada, veíanse por un instante torres derrumbadas, muros agrietados y abiertos que seguían dislocándose entre las convulsiones, casas derruídas, calles enteras tapadas por las ruinas entre ellas las gentes pálidas, arrodilladas, desencajadas por el temor y levantando los brazos al cielo. Y volvían á caer las sombras cargadas de espanto y en la impenetrable oscuridad seguían resonando los clamores de la ciudad moribunda y el horrísono estrépito de la catástrofe. ¿Quién no había de pensar en aquellos momentos que esa era la hora suprema de la raza humana?

Este período de mayor violencia del terremoto duró noventa segundos como hemos dicho, tras de los cuales amenguó un tanto por espacio de otros treinta, y en seguida volvió á exacerbarse la furia de la convulsión, pero con menos intensidad que antes y por otros sesenta segundos hasta declinar completamente y llegar al sosiego del suelo.

Así este primer terremoto duró cuatro minutos completos sin que cesara un momento de temblar y sólo con diferencias de violencias en los sacudones.

Durante el primer período los más tímidos y que ocupaban pisos bajos huyeron y se pusieron muy pronto en salvo, para ir á padecer en la calle todos los horrores del movimiento y del espectáculo.

Pero muchos sólo bajaron ó salieron al arreciar los sacudimientos en los comienzos del segundo período, y éstos fueron los momentos más dolorosos de la catástrofe. La violencia furiosa de los remezones no permitía andar, el descenso por las escaleras era difícil, casi imposible, y en la obscuridad nadie se orientaba, resonaban los clamores con que los miembros de cada familia se llamaban mutuamente, y al fin salían á la calle

donde creían hallar la salvación, pero allí se derrumbaban sobre ellos las grandes cornisas y pesadas ornamentaciones de los edificios, que los aplastaban produciendo un horroroso desparramo de sangre y miembros despedazados; no sólo adornos, murallas, casas enteras caían hacia las calles y aplastaban grupos completos de gentes, que morían de muerte instantánea.

Los que salvaban seguían corriendo, cayendo y levantando entre sus ruinas, y dando alaridos, de terror, de súplica al cielo, de llamamiento á los suyos; y muchos que acababan de salvar de una muralla que se desplomaba corrían sin conciencia á perecer bajo un alto edificio que caía por tierra con aterrador estruendo.

Un gran número de personas, que no pudieron huir porque los movimientos del suelo impedían andar, hubo de padecer las angustias inenarrables de esa hora que nunca acababa, en la impotencia y en la obscuridad, dispersos los miembros de la familia en distintas habitaciones y entre el llanto y los gemidos y los estrépitos de la catástrofe. Algunos murieron en sus propias casas, precipitados en el derrumbe general; pero los más salvaron, heridos ó sanos, en las casas que resistieron á la ruina ó entre los escombros de sus propios hogares.

Unos pocos, los de mayor serenidad y sangre fría, debieron la salvación á haberse instalado en los dinteles de las casas: éstas cayeron, pero las puertas quedaron en pie protegiendo á los que se asilaban en ellas; y después los salvados pasaron sobre las ruinas para buscar espacio más amplio y libre.

Hubo algunos casos, muy pocos afortunadamente, que murieron después de estar en salvo, porque las grietas que se abrieron en el suelo los cogieron y tragaron. Tal fué lo que se vió cerca del edificio de los RR. Padres del Corazón de Jesús, que se narra en otra parte de este libro.

Las calles se convirtieron en ríos de gente, que huían sin rumbo fijo, en busca de espacio abierto, entre las sombras y saltando sobre las ruinas y allí esperaron que terminaran las convulsiones de la tierra, gimiendo, clamando misericordia y sintiéndose morir sobre el suelo que parecía querer arrojarlos de la superficie con los potentes latidos del terremoto.

Cuando cesaron los sacudones, no diremos que renació la calma, porque no cabía tranquilidad en tan fúnebre situación, pero ya declinó un tanto el pavor, porque no se sentía que el suelo faltaba bajo los pies y era posible andar y moverse sin caer.

Pero ¡qué triste, qué mortal era aquel momento! Todo estaba sumido en las más espesas tinieblas, hasta el punto de no distinguirse dónde había calles y dónde había muros ó espacios cerrados; y el cielo, como airado, no sólo negaba la luz á la población que agonizaba entre las sombras, sino que aún dejaba caer sobre ella una lluvia lenta, tenaz, silenciosa, que empapaba profundamente y hacía extremecerse á las gentes bajo la doble influencia del frío y del miedo, ¡no había siquiera el consuelo de ver los rostros amigos porque lo impedía la obscuridad! Y se sabía que allí, al lado, estaba el hogar, el amable hogar, destruído para siempre, inhospitalario, convertido en enemigo; y entre sus ruinas se hallaba todo lo acumulado con muchos años de trabajo, de dulce vida de familia, y también deudos queridos, que el espanto, las tinieblas, la violencia del terremoto habían dispersado y tal vez habían quedado presos ó sepultados entre las ruinas!...

Comenzó entonces una escena de profundísima tristeza y que conmovía hasta lo íntimo del alma.

En las calles y á los libres espacios salvadores habían llegado las familias disgregadas, incompletas. La madres palpaban en la obscuridad á los suyos, los hallaban, y al advertir que faltaba alguno ó más, prorrumpían en clamores para llamar al marido ausente, á los hijos dispersos, á los hermanos, á todos los que había aventado con inaudita furia aquella vorágine de cinco minutos.

¡Qué honda angustia, qué horrible ansiedad desfiguraba aquellas voces de mujeres, de hombres, de niños, todas llorosas y gimientes, con que se llamaban mutuamente los náufragos del hogar! Y parecía que nadie oía, pues no llegaban los llamados, á pesar del ansia desgarradora con que se repetía su nombre: ¡tortura infinita, muerte en vida para los que aman, para los que piensan más en los seres queridos que en sí mismo y tienen en ellos su corazón y su alma!

En medio de las sombras surgió una nueva calamidad

que fué sin embargo un alivio: en el cerro del Panteón y en otros y en algunos puntos del plan comenzaron á chispear algunos incendios y, ya directamente, ya por el rojo fulgor que se reflejaba en las nubes, la obscuridad se desvaneció un tanto y fué posible reconocer los rostros y hacer el triste y anheloso recuento en cada familia: faltaban muchos: ¿dónde estarían? ¿cuál sería su suerte? Este había salido poco antes, aquél comía en casa de unos amigos, tal otro se encontraba en su oficina· pero ¿y los que estaban en la casa á la hora de la ca-



tástrofe y ahora no parecían? ¿á dónde habían ido? ¿habían quedado entre las ruinas? ¿estarían aplastados en la calle? Nó, ya volverían: no es posible tanta desgracia; ya era harto horrorosa la catástrofe, sin necesidad de nuevos desastres y dolores.

Mas era necesario seguir buscando: las calles eran un ir y venir de gentes que en la semi-obscuridad y bajo el rojizo reflejo de los incendios en comienzo andaban á tientas llorando, rezando, interrogándose mútuamente, llamando con voces trémulas á los desaparecidos....

Siete minutos trascurrieron de esta manera, entre el caos, la consternación y el dolor, y á las 8.06 P. M., sin gran ruido precursor, comenzó un segundo terremoto, tal vez más espantoso que el primero. Casi la totalidad de la población estaba ya en las calles, pero no eran muchos los que habían ganado los espacios más amplios, como las plazas y las Avenidas del Brasil y de las Delicias; la mayoría se hallaba todavía en las calles angostas, cubiertas de escombros, y bajo los altos edificios capaces de abarcar la vía entera y de llegar hasta los muros opuestos.

El sacudimiento comenzó leve, pero rápidamente adquirió una violencia mayor aún que la del más fuerte período del precedente. La tierra hacía olas que corrían de oriente á poniente, alternándose con sacudones circulares y horizontales de norte á sur, y derribaba á los que no tenían mucha serenidad para guardar el equilibrio sobre el suelo convertido en goma elástica.

Se repitieron todos los fenómenos precedentes en mayor intensidad. Estallaban en el espacio gigantescas descargas de luz lívida de relámpagos, á cuyo fulgor, seguido de la claridad indecisa que daban los incendios, se veían sacudirse las casas como mástiles de buques en plena tempestad, abrirse los muros y caer derribados en atronadora ruina, aplanarse los techos hacia las calles con siniestros crujidos y desgarramientos de madera, y se miraban los rostros desencajados por el espanto, los brazos alzados al cielo en demanda de piedad y misericordia, mientras algunas gentes enloquecidas por el pavor huían desatentadas de un punto á otro lanzando gritos histéricos y ayes de agonía.

El estrépito era horrendo, pues resonaban á un tiempo el aleteo de las casas sacudidas por el vendaval de la muerte, el estruendo de los edificios que caían, el estallido de las maderas que se partían y rasgaban y el angustioso y delirante clamoreo de la población que se sentía morir de espanto en la hora suprema de la raza humana, mientras por las bocas de los cauces surgían pavorosos rujidos producidos por el oleaje y que completaban el siniestro clamor de la ruina universal.

Un minuto duró este violentísimo sacudimiento; después

amenguó por algunos segundos y volvió á recrudecer por espacio de otro minuto, con su cortejo de ruinas y de gritos de infinita angustia con que hombres, mujeres y niños rasgaban el espacio, viéndose abandonados por la misericordia divina y temiendo ser tragados por la tierra. ¡Qué interminable era aquéllo! ¿en qué segundo se abriría la tierra y devoraría á toda la ciudad? ¿no acabaría la catástrofe, que ya duraba siglos, sino con la muerte de todos? El alma humana debe te-



Calle Almirante Barroso cerca Hospital

ner una elasticidad infinita para el dolor: de otro modo toda la población habría perecido desgarrada por el pavor y la angustia.

Este segundo terremoto, que, como queda dicho, se compuso de dos períodos, duró en total unos dos minutos, y con él se completó la ruina de la ciudad: los edificios que quedaron bamboleantes, con el primero cayeron con el segundo, y se rasgaron y arruinaron otros que habían resistido bien á la catástrofe primera; y al caer los adornos, los muros y las casas,

los incendios tomaron más cuerpo y se extendieron, y bien pronto el cielo entero estaba vivamente iluminado por la rojiza claridad del fuego que arrasaba á Valparaíso.

A los pocos momentos se contaban treinta y nueve incendios y dos horas más tarde se veía desde la bahía la ciudad ceñida por un cinturón de fuego. Desde Peña Blanca situada á 32 kilómetros al O. de Valparaíso eran perfectamente visibles las columnas de chispas y llamas; y desde Los Andes 144 kilómetros al norte se pudo observar toda la noche la coloración que enrojecía el horizonte hacia el poniente.

Las compañías de bomberos no pudieron prestar servicios: algunas de ellas tenían su material entre ruinas y, sobre todo, se habían roto las cañerías que proveen de agua á la ciudad; además muchos bomberos habían muerto y los más tenían que atender al salvamento de sus familias y de sus hogares. No faltaron, sin embargo, los abnegados y en algunas compañías, la 1.ª, la 2.ª, la 3.ª, la 10.ª y la 11.ª se organizaron algunos elementos para contener al desastre; pero se necesitaba un número diez veces mayor para atajar aquella vorágine.

¿Sería posible pintar el aspecto que en esos momentos presentaba la ciudad?

Las fuerzas humanas no llegan á tanto: ni siquiera la imaginación puede reproducir aquellos cuadros, que pasan como una visión fugaz por el fondo de la memoria.

Unos inmediatamente después del primer terremoto y otros después del segundo, salieron á la calle varios sacerdotes para llevar auxilios espirituales y materiales á los afligidos, á los heridos, á los moribundos; y al cruzar la ciudad de un extremo á otro pudieron contemplar tristísimos espectáculos. Aquí un grupo que entre gritos y llantos y á la luz de los incendios removía los escombros para sacar un deudo aplastado por la ruina y que pedía auxilio con voz agonizante; más allá un centenar de personas arrodilladas en el lodo de la calle que imploraban misericordia á grandes voces y que al divisar al sacerdote prorrumpían en llanto diciendo: ¡señor, bendíganos! señor, denos la absolución!—después una familia en que los mayores

estrechaban convulsivamente entre los brazos niños desnudos, llorosos, en cuyos ojos se reflejaba el espanto; allá otros grupos que gemían y lanzaban inútiles clamores de socorro ante una casa derrumbada que ardía y entre cuyos escombros perecía quemado un miembro de la familia sorprendida por la catástrofe; mujeres desgreñadas locas de terror que corrían por las calles, entre una avenida de incendios, arrastrando de la mano niños que lloraban inconscientes, pero consternados por aquel espectáculo tan nuevo para ellos; hombres que avan-



Día 17, Plaza de la Victoria

zaban presurosos sacando el cuerpo á las casas que se desplomaban y á los maderos incendiados, dando voces para llamar á los extraviados; mujeres jóvenes y hermosas, mal vestidas, desfiguradas por el horror de aquella hora, que agitadas por el histérico mezclaban alaridos con risotadas desgarradoras; y por todas partes escombros, montones de escombros y cadáveres, charcos en que se veían revueltos el lodo y la sangre, restos humanos despedazados por grandes bloques de ladrillos, gemidos de agonizantes entre las ruinas, voces de moribundos

que pedían por piedad, por amor á Dios que los sacaran de entre los derrumbes; y por sobre todo este espantable rumor de la muerte, tronaba el fragor de los incendios, el estridor de las llamas que se elevaban á enorme altura, los estallidos de las maderas que saltaban en la inmensa hoguera, la crepitación de los mil objetos devorados por el fuego y el trueno sordo y espantable de los muros que se desplomaban sacudiendo la tierra.

Durante una ó dos horas fué relativamente fácil el tránsito por las calles, si bien se necesitaba suma agilidad para subir y bajar escombros; pero después ya el tránsito era una loca temeridad, especialmente en el Almendral, pues allí los incendios abrasaban ambos lados de las calles y las llamas reuniéndose en la altura formaban inmensas bóvedas de fuego, túneles de llamas, bajo los cuales se caldeaba el pavimento. Así, muchos que se lanzaron á recorrer la ciudad en busca de los deudos ausentes no pudieron volver al lado de su familia, afligidas de este modo por una nueva consternación, sino después de algunas horas y cuando ya nada quedaba por quemarse.

Muchos de los que se refugiaron en los buques nos han referido que á las 9½ de la noche se veía el Almendral entero convertido en una sola hoguera y llegaba hasta las naves un rumor confuso, capaz de dar miedo al más valiente y en el cual solían destacarse el estruendo de los muros que caían y voces lejanas que revelaban dolor infinito.

Sobre la tierra que temblaba á cada instante, sobre los charcos y el lodo formado por la lluvia, y amparada por el rojo fulgor de los incendios, la población empezó á formar sus campamentos para pasar la noche. Afortunadamente la lluvia cesó antes de las nueve y hubo siquiera eso menos en tan complicada situación.

Los bancos de las avenidas y de los paseos se aprovecharon para la mortal vigilia y las pocas ropas de cama de los que algo salvaron de la ruina sirvieron para envolver á los niños y á los enfermos y para techo de las improvisadas viviendas. De cuando en cuando se organizaban atrevidas excursiones hacia el hogar en ruinas, pero no incendiado todavía, para robar á la

catástrofe algunos despojos que sirvieran para abrigo de los naúfragos.

Las plazas de la Aduana, Echaurren, Sotomayor, Pinto, Victoria, Hontaneda y otras, las avenidas del Brasil y las Delicias, el jardín de la Victoria, el circo vecino á este, los descampes de los cerros, todos los espacios abiertos, en una palabra, se poblaron de antemano de familias, que, unas á plena intemperie, otras con escasos abrigos, muchas sin tener ni siquiere suelo en qué sentarse por causa del lodo, procuraban acomodarse para pasar la noche. Las ruinas cercanas dieron una ayuda, pues de ellas se extrajeron maderas y zinc que servían ya de techos improvisados, ya de pavimento para defensa contra el barro.

Y lo que era el complemento del terremoto fué para muchos un elemento amigo, que á tales condiciones puede verse reducido el hombre, que le sirva de consuelo lo que ordinario es destrucción y muerte: los incendios dieron luz á la población acongojada, los calentaron y amenguaron la intemperie de aquella noche, en que sucedió á la lluvia la serenidad del cielo y con ella una helada que endurecía los charcos del suelo.

No había tranquilidad, nó, ni mucho menos. Los incendios eran amigos, pero á veces se acercaban demasiado y obligaban á huir á los que de ellos se amparaban en busca de calor y luz; si cesaba el fuego, se sentía el rigor de la helada; rasgaban incesantemente el espacio las quejas de los heridos y los lamentos y sollozos de los que habían perdido algún ser querido en la catástrofe; y el suelo se sacudía á cada instante en nuevas convulsiones, violentas algunas, que no dejaron un momento de reposo. Los de ánimo más vigoroso atendían á los suyos y callaban, tristes, pálidos, para entregarse cavilosos y sombríos á «la ruina silenciosa de las penas».

De cuando en cuando pasaban algunos sacerdotes, curas ó miembros de las congregaciones religiosas, preguntando si había heridos y moribundos que auxiliar y pronunciando palabras de consuelo, exhortaciones para elevar el alma á Dios, para implorar la misericordia divina, para sufrir con fe y resignación los hondos dolores en tanta ruina. Gran ayuda fué ésta para la población: la desgracia acerca á Dios y bajo la

catástrofe la fe brota como una chispa en los corazones y en esos momentos la palabra animosa y persuasiva del sacerdote abre vías á la esperanza, al valor, á la confianza en la divina providencia.

Tembló durante toda la noche y se notaron cincuenta y seis sacudimientos durante las primeras veinticuatro horas; y á esta causa de permanente intranquilidad se agregaban otras dos que trabajaron profundamente los ánimos: el temor de que la tierra se abriera y de que el mar hiciera una irrupción sobre la ciudad.

En realidad hubo movimiento en el mar, según exponen muchos marinos, tanto de naves de guerra como mercantes, los guardas del muelle fiscal y diversas otras personas que presenciaron, el fenómeno: el mar se retiró y dejó en seco la playa al pie del malecón, y se calculó que el descenso de las aguas fué de cuatro metros más ó menos bajo el nivel de esa hora; después el mar volvió hacia tierra, pero los malecones lo detuvieron é impidieron la inundación, como que se vió saltar el agua, por la boca de los cauces, con gran fuerza durante el segundo terremoto, lo que manifiesta que hubo choque de ola, que se corrió por dentro de los cauces.

Fué esa la noche triste de Valparaíso, pues no cabe una situación más penosa para seres humanos. La tierra, la madre tierra, que nos da el sustento, que sirve de base á nuestras moradas, que es el fundamento de todas nuestras esperanzas é ilusiones, se volvía inhospitalaria y con sus violentas pulsaciones parecía querer arrojar de sí su carga de seres humanos y de obras humanas; el cielo inclemente dejaba caer una helada que se introducía hasta la médula de los huesos; el fuego, elevándose en cien puntos diversos, devoraba todo lo que quedaba en pie, todos los despojos de los hogares; no había un pan que llevar á la boca, ni una gota de agua caliente con que engañar el hambre de los niños, tristísimas víctimas de aquella situación; y para colmo de males no faltaban desalmados que robaban, asesinaban, é incendiaban, ultimaban heridos y violaban mujeres que el pavor dejaba indefensas, y así completaban las espantosas iras de la naturaleza en las peores demasías de la maldad humana.

Todos los sitios nombrados más arriba eran un mismo campamento de seres miserables, en el cual se confundían los grandes con los pequeños y en que la alta dama reposaba á medias en el humilde lecho de la criada generosa que había salvado lo propio para cederlo á sus patrones sacrificándose por ellos.

En cada grupo el cuadro era el mismo: gentes de rostros pálidos, y muy abiertos y despavoridos los ojos, que velaban tristemente porque las convulsiones de la tierra no permitían



Día 18, en la Avenida del Brasil.

dormir ó lloraban sin cesar porque en aquel hacinamiento de la familia, faltaba el padre, la esposa, el hermano ó el hijo ó varios de ellos y aún heridos entre los escombros ó se quemaban en el incendio, vivos ó cadáveres ¿quién lo sabía? Los que acampaban cerca de sus hogares padecían insondable tortura al ver acercarse á ellos los incendios ó los contemplaban con muda desesperación devorados por las llamas.

En algunas partes se trabajaba afanosamente y pagando la obra á enormes precios, para levantar escombros y desente-

rrar á los deudos; y tras de esta anhelosa tarea sólo se encontraba á veces un cadáver horriblemente mutilado; y al fin era eso un consuelo, pues peor hubiera sido que la víctima hubiera quedado herida solamente y pereciera viva entre las llamas con todos los horrores de la desesperación más espantosa.

En otros grupos, algunos atrevidos habían llegado hasta las ruinas y arrancado de ellas trozos de madera, con que formaban después una fogata, que iluminaba semblantes llorosos y cavados por el dolor. ¡Felices aquellos que podían allegar al fuego en esa noche un tiesto cualquiera, roto, sacado de entre los escombros, para calentar un poco de agua y apaciguar el hambre que apretaba cruelmente en tan penosa vigilia! Los niños, los pobres niños eran las víctimas más lastimosas de aquel cataclismo: en sus caritas antes sonrosadas y ahora pálidas, se veían las huellas de las lágrimas, de la penosa vigilia, del espanto indefinido del terremoto, y miraban con ojos muy abiertos aquellos cuadros tan nuevos y tan tristes, aquellos semblantes acongojados, aquellos labios mudos para la caricia y contraídos por el dolor. Los más pequeños no se daban cuenta del desastre; pero los de más edad ¡qué horrible jalón tienen plantado en sus recuerdos desde el comienzo de la vida y para toda su existencia!

Y al día siguiente ¡cómo se veía cargado de nubes, de desolación, de miseria! ¡qué amarguras reservaba el porvenir!

- — —

Al fin amaneció y pasó aquella fúnebre velada. A los primeros albores, unos se dedicaron á arreglar mejor el campamento, otros á buscar sitio más propicio en qué establecerse, muchos emprendían tristes romerías hacia sus derruídas casas, para verlas, para salvar algo si algo quedaba utilizable ó para renovar los sollozos y gemidos sobre las ruinas humeantes.

Profundamente triste y penoso era el ir y venir de los grupos de gentes, que llevaban consigo sus escasas prendas, con niños en los brazos y reflejando en los rostros el hondo surco abierto en el alma por tan acerbos dolores. ¿A dónde iban? ¿qué esperaban ya sino desolación y miseria? ¿á dónde

llevarían su carga de dolores y de ruinas? ¿había que emprender otra vez la trabajosa existencia para reponer en parte siquiera lo perdido?

Si hubiera sido posible explorar las almas se habría visto en ellas el mismo espectáculo que en esos momentos presentaba la parte material de la ciudad: calles enteras de casas derrumbadas hasta el suelo; las que quedaban en pie, abiertas por enormes grietas y con los techos despedazados; montones de escombros de que salían humo y llamas rebeldes: muros enormes inclinados, ennegrecidos por el incendio; grandes grupos de edificios que ardían en inmensa hoguera; y torcidos y rotos entre las ruinas los muebles que habían sido ornato y orgullo de las moradas más suntuosas. ¿Qué había dentro de las almas sino escombros de esperanzas, de ilusiones, ruina completa de todas las alegrías y de todos los sueños de felicidad presente y futura? Se recordaba el día precedente, que había sido de fructífero trabajo, de alegres cuentas para el porvenir, de risueñas esperanzas realizadas, y se le comparaba con el presente para hacer más honda la tortura:

Nessun maggior dolore che ricordarsi del tempo felice nella miseria.





LA MAGNITUD DEL DESASTRE

La indescriptible confusión de aquella noche, el indecible pavor que se apoderó de los habitantes de Valparaíso, las atenciones que exigía la salvación y el cuidado de la familia, fueron otras tantas causas que impidieron á los desgraciados porteños, formarse idea aproximada del desastre.

Cada cual estaba convencido de que en el barrio, en la calle, en la cuadra, en la casa en que habitaba se había sentido el movimiento terrestre con más violenta intensidad.

En medio del espanto y de la ansiedad general, circulaban las noticias más inverosímiles y contradictorias nacidas en imaginaciones amedrentadas, las cuales servían sólo para aumentar la mortal incertidumbre de los habitantes.

Los que vivían en el barrio del Almendral, alcanzaron á comprender desde los primeros momentos que se trataba de una ruina general, sintieron las caídas de los edificios, vieron los cadáveres de las víctimas, oyeron los quejidos y los gritos de angustia de los heridos, pero la enorme magnitud del desastre, confundió los sentidos y las ideas se venían á la mente en confuso tropel, sin que fuera posible formarse una idea exacta y precisa de todo aquello.

Pero sí estaban ciertos de que las pérdidas de vidas eran numerosas y de que las desgracias personales se lamentaban en este barrio, en gran número se ignoraba lo que habría ocurrido en el puerto y en el resto de la República.

Era imposible que la razón pudiera comprender una desgracia tan enorme, sin haberla visto y sentido, á pesar de que la nube de fuego que envolvía el Almendral, era por sí sola suficiente para cerciorarnos de su ruina.

A medida que la noche avanzaba, se obtenían noticias más exactas. Y de este modo á media noche se supo en el Almendral que el Puerto había salvado felizmente de aquella vorágine de destrucción; y los del Puerto, aunque tuvieron noticias suficientes para apreciar debidamente el desastre, no quisieron creerlo ó no pudo el cerebro comprenderlo en toda su magnitud.

Luego se supo también que el teléfono, el telégrafo, y todas las comunicacienes rápidas con la capital y demás ciudades se encontraban cortadas y este fué un motivo más de angustia para los que creían ver en la destrucción de otras ciudades la pérdida de algún miembro de la familia, que viniera á enlutar los desmantelados hogares.

Este cúmulo de impresiones y de tremendas pesadumbres eran la causa de que la noche se encontrara eterna. Los relojes eran consultados á cada momento. El deseo de que amaneciera era tal, que se contaban las horas y los minutos que faltaban para que la claridad viniera á descorrer el velo de tanta incertidumbre. ¡Jamás aurora ninguna fué tan ansiosamente esperada!

A medida que avanzaba la noche, el ánimo de los hombres iba poco á poco serenándose, y empezaban los conciliábulos, sobre lo que debiera hacerse, aprovechando la primera claridad del día. Era necesario pensar en lo que se iba á comer ese día y los siguientes; era necesario acordarse de que el agua no corría por las cañerías; de que las casas se encontraban inhabitables y de que era imposible trasladarse á otros puntos y ciudades á consecuencia de la falta de los medios de transportes.

En estas cavilaciones se encontraba la población cuando las sombras de la noche se descorrieron y la luz del día llenó completamente toda la ciudad.

El amanecer de aquel día fué recibido, en medio de general alborozo, y aunque parecía imposible sentir alegría en

aquellas circunstancias, llegó la luz como un rocío divino, destinado á extinguir el fuego de tantos y tantos padecimientos.

Por fin ha llegado el día y es el momento de obrar, y de tomar resoluciones. No es posible seguir viviendo á la intemperie, sin albergue, sin dormir y sin comer. A las casas nadie pensaba en volver.

Afortunadamente, para muchos, todas las congregaciones religiosas y los curas, habían abierto sus claustros, como brazos cariñosos, para llamar á los desvalidos y desgraciados; y á ellos acudieron millares de personas, que encontraron techo, pan y consuelos espirituales. Dios se valía de los suyos para remediar la miseria de esta ciudad.

Muchos también buscaron refugio en las naves de guerra y mercantes fondeadas en la bahía.

La marina de guerra y la marina mercante rivalizaron en atenciones para con los azotados por el infortunio.

Pero en tanto, ¿qué determinación tomaba el resto de la población para encontrar un remedio pasajero á tal situación? No todos tenían la fortuna de poder hallar un techo en el claustro ó un oportuno abrigo en las bordas de las naves.

Los tranvías eléctricos sirvieron asimismo de refugio, á muchas familias, sobre todo á esas que tenían alguno de sus miembros enfermos, ó niños pequeños que requerían un gran cuidado para evitar fatales consecuencias.

Resignados cada cual con su suerte se afrontó la situación. Si no había desayuno se buscaba madera entre los escombros para encandilar el fuego; se entraba á hurtadillas á las casas, se desenterraba una tetera y los elementos indispensables á fin de preparar algún alimento ó bebida con que calentar el entumido cuerpo. Y á aquellos á quienes el fuego les habia destruído cuanto poseían, buscaban provisiones de cualquier manera hasta encontrarlas.

Los hombres eran verdaderas hormigas humanas que acarreaban incesantemente y sin descanso lo necesario para pasar ese invierno de la vida con las menores molestias que las circunstancias permitieran.

La vista que aquí reproducimos da una idea más exacta y gráfica del amanecer del 17 de agosto.

La Avenida de San Juan de Dios en su parte inferior, presenta una espaciosa plazoleta y en ella se refugió todo el vecindario de este barrio.

Ahí pasó la noche triste, esa parte de la población, pisando en la humedad y cubriéndose [malamente primero de la lluvia y de la helada después con paraguas ó con frazadas.

En esta ilustración alcanzan á distinguirse algunos rostros desencajados, y se ven los paraguas que en la noche sirvieron para resguardarse de la lluvia, cubriéndolos ahora de un sol abrasador.

Se pueden observar también mujeres haciendo los preparativos para el singular almuerzo de aquella mañana, algunas en traje de alcoba, y otras á medio vestir.

Pero al lado de estas miserias, es consolador observar al conocido propietario de una antigua librería, dirijiendo ya con ánimo repuesto, la construcción de una mala carpa en la que habría de vivir quién sabe por cuánto tiempo.

Y las escenas que aquí vemos se reproducían en cada uno de los jardines, plazas, avenidas ó sitios abiertos que existían en Valparaíso.

Pero, si se habían tomado medidas en contra del hambre ¿qué se iba á hacer más tarde? El mañana era la preocupación de todos; de hombres y mujeres, de ricos y pobres, ¿de qué se iba á vivir? ¿en qué se iba á trabajar? ¡qué incertidumbre tan espantosa! qué cúmulo de ideas y resoluciones se formaban y cuán presto se desechaban!

Terminada en parte la dolorosa tarea de acomodar lo mejor posible á la familia, empezó la peregrinación por las calles de la ciudad para satisfacer el justo deseo de imponerse de los perjuicios, para cerciorarse de si era realidad ó sueño lo que en aquella noche terrible se había presenciado.

Pero, no era necesario, recorrer las calles, que ya en verdad no existían, bastaba sólo una mirada para convencerse que aquello era tan sólo un montón de escombros. ¿Cómo en doce horas pudo producirse ruina tan enorme? Sólo aquellos que sobrellevaron el peso del gran cataclismo podían explicarse semejantes consecuencias.

Y á medida que apresuradamente se recorrían las calles, se



Campamento de la Avenida San Juan de Dios, el 17 de agosto á las 10 A. M.



iban conociendo los detalles de la horrenda catástrofe, los nombres de las víctimas, conocidas y amigas, á proporción de los incendios y la magnitud de la ruina.

¡Qué miedo infundía el encontrarse con un pariente ó con un amigo y preguntarle por la salvación de su familia! No se guardaba etiqueta alguna y no sólo se inquirían noticias sobre la salvación de las personas, sino que todos se prestaban mutua ayuda aunque jamás se hubieran conocido. ¡Ah! cuántas reconciliaciones se produjeron! ¡cuántos volvieron en aquella circunstancia su vista al cielo para invocar á Dios!



Avenida del Brasil

Describir detalladamente las calles de Valparaíso y sobre todo el Almendral sería una tarea larga y casi imposible. Pero creemos al ménos interesante y útil hacer una sucinta relación de los perjuicios sufridos en las diferentes calles.

Y para proceder con orden dividimos nuestra relación en dos partes. La primera destinada á describir los perjuicios sufridos en el barrio del Almendral; y la segunda á describir el desastre del Puerto, tomando la plaza de la Victoria como el punto de división entre uno y otro barrio.

LA RUINA DEL ALMENDRAL

El plano de Valparaíso que hemos insertado, servirá de guía al lector en la narración de las ruinas de este desmantelado barrio.

El Almendral es la parte de la ciudad comprendida entre la plaza de la Victoria y el Cerro del Barón. En la idea histórica con que hemos empezado esta relación, se deja constancia de su lenta y costosa formación, de su transformación de miserable caleta de pescadores en un barrio populoso é importante, en el cual existían valiosos edificios y gran movimiento comercial.

El Almendral, edificado sobre terreno de arena, fué la parte de la ciudad más azotada por el gran fenómeno sísmico; destruyéndose casi todas las casas de que se componía, que en su derrumbe aplastaban cocinas encendidas ó lámparas de parafina, de uso muy frecuente entre los pobladores de esta parte de la ciudad. He aquí la causa del incendio del Almendral.

La destrucción producida por el terremoto y por el fuego da á este barrio un aspecto de triste y dolorosa desolación.

En todas las calles pueden verse cuadras enteras de edificios quemados, otra multitud de éstas en el suelo, y los otros en tal estado que los transeúntes pasaban temerosos bajo sus murallas.

Pero entremos de una vez á la descripción detallada de las ruinas, empezando por la Plaza de la Victoria recientemente reconstruída por suscripción popular bajo los auspicios de don Arturo Benavides Santos, ex-alcalde de Valparaíso.

Nuestra plaza principal iba tomando á medida que los árboles y arbustos crecían una elegancia y buen gusto verdaderamente envidiables.

La noche de la catástrofe no sólo buscaron refugio en sus avenidas y jardines muchas y muy distinguidas familias de nuestra ciudad, sino que también con ellas nuestras celosas

autoridades. En la plaza de la Victoria empezó aquella misma noche la gran batalla del terremoto que ganaron brillantemente Larraín Alcalde, Gómez Carreño, Quiroga, Morales, Bermúdez, Villalobos, Grossi y tantos otros. En otra parte de esta obra nos ocupamos en detalle de su labor.

En el costado norte de la plaza, se alzaba imponente el mejor y más valioso monumento artístico de la ciudad: el teatro de la Victoria, nuestro primer coliseo.

El edificio fué construído por cuenta municipal bajo la dirección del distinguido ingeniero don Eduardo Fehrman y parece que el gran arquitecto vació en él todos sus conocimientos artísticos y su refinado gusto. El interior de dimensiones, si se quiere reducidas, era elegante, aún en sus menores detalles. Su hermoso vestíbulo llamaba especialmente la atención por su acabada arquitectura.



Teatro de la Victoria, antes de la catástrofe

Su construcción era tan sólida que muchos se habrían creído dentro de él, bajo sus enormes murallas, perfectamente seguros y aún á salvo de terremotos. Lo más sólido, sin embargo, fué lo primero en destruirse en aquella terrible noche.

Al contemplar aquella ruina en la mañana del 17, los ha-



Día 17, Plaza de la Victoria



Plaza de la Victoria



Preparando el rancho en la Plaza de la Victoria



Palacio Edwards y Juzgados

bitantes se hacían una multitud de] tristes reflexiones. Si el terremoto hubiera sobrevenido una hora después, durante la representación de la Compañía Lírica ¿quién habría escapado del horrendo cataclismo?

¡Qué terrible página se hubiera tenido que agregar á la historia de aquel desastre!

Las ruinas del Teatro de la Victoria, fueron sin duda, las más admiradas y las más sentidas por cuantos las presenciaron. Y era muy natural. Cada cual recordaba las agradables



Edificio de la Intendencia y de los Juzgados del Crimen

y deliciosas horas de que en él había gozado. Y la fantástica imaginación de muchos se figuraba oir todavía entre las ruinas la poderosa voz del gran Paoli, que fué el último tenor que cantó en ese coliseo, cuyo costo se estima en más de un millón de pesos.

Un dato curioso: El 21 de agosto se aplicó una carga de dinamita á una parte de los escombros del teatro, en la parte que da á la calle de Molina.

Cuando volaron los escombros quedó al descubierto un individuo, que estaba vivo y sano, pero hecho un esqueleto.



Las ruinas del Teatro de la Victoria

Ha estado enterrado vivo 112 horas, sin ningún alimento.

En la misma cuadra, pero en la extremidad de la calle Chacabuco, se encuentra el edificio de la Intendencia, en cuyo primer piso funcionaban los juzgados del Crimen.

Tanto su parte exterior, como la interior, se destruyeron casi por completo.

Completan este cuadro de ruinas el edificio en construcción de la esquina de la plaza con la calle de Chacabuco; las paredes incendiadas del edificio de la acaudalada y virtuosa



Costado Sur de la Plaza de la Victoria

matrona doña Juana Ross de Edwards; los escombros del edificio del Centro Conservador, que bien pudo resistir á nueve años de ataques políticos, no resistió sino dos días al avance incontenible del incendio; y la esquina de la calle Arturo M. Edwards, con la Plaza y con la calle Independencia, en donde salió herido el joven don Horacio Prieto Castro.

La iglesia del Espíritu Santo, sufrió perjuicios sólo en su fachada y en la torre, y el elegante edificio que se construía en la esquina de la calle Condell, sufrió más por causa de los dinamitazos que por la acción del movimiento sísmico.

Siguiendo el plan que nos hemos trazado, continuaremos relatando las ruinas de la antigua calle de la Victoria, que era la arteria social y comercial del Almendral.

Desde la Plaza de la Victoria, hasta la calle Manuel Rodríguez, en una extensión de tres cuadras, tomando en cuenta ambas aceras, no quedaron sino dos casas en pie aunque en muy mal estado: la del respetable vecino D. Juan Byers y la del Sr. Almirante de nuestra Armada Nacional y ex-Presidente de la República D. Jorge Montt, que se encon-



Calle de la Victoria, tercera cuadra

traba en Europa y cuya distinguida señora doña Leonor Frederick de Montt salió gravemente herida, escapando de la muerte de un modo milagroso.

Se encontraba esta señora en compañía de su hija, en el balcón de su casa cuando sobrevino el terremoto que derrumbó la muralla del frente, arrastrando en su caída el balcón en que se encontraban. La hija quedó enredada en un madero y la señora de Montt cayó en medio de los escombros.



Calle de la Victoria, segunda cuadra



Calle de la Victoria, casa del señor Jorge Montt

En la misma cuadra se construía el Teatro Valparaíso, que estaba pronto á concluirse y que era de elegante y cómoda arquitectura. Otro de los edificios de importancia que aquí se destruyó fué el del Club Central.

Avanzando por la espaciosa calle, se puede observar que las cuadras comprendidas entre Rodríguez y Jaime, salvaron á la acción del fuego, pero sufrieron en cambio los perjuicios ocasionados por el estremecimiento de la tierra, dejando inhabitables todas las casas, especialmente el cuartel de la 3.ª Compañía de Bomberos, la casa de la antigua y conocida familia Andonaegui, la elegante y cómoda mansión del reputado comerciante y jefe de la casa



Sra. Leonor Frederick de Montt

de Rosse Innes don Exequiel González, la valiosa casa del corredor de comercio don Juan Leverett, y el sombrío y misterioso edificio del senador de Valparaíso y millonario chileno don Federico Varela.

Las pérdidas de vidas en esta parte de la ciudad no faltaron tampoco, á pesar de que los edificios quedaron en pie siendo éstos ocasionadas por la caída de los grandes cornizones y por el derrumbe de las murallas interiores.

Las familias de este barrio tuvieron, por suerte, dos luga-



Calle de la Victoria, esquina Freire

res de espléndido refugio: el Jardín de la Victoria y el sitio eriazo de la calle de Freire.

El segundo de estos sitios estaba ocupado por una carpa en la que hacía las delicias del pueblo una compañía de circo.

Los atemorizados habitantes ocuparon sin pérdida de tiempo los entarimados del circo y las bancas del Jardín de la Victoria, no ya para escuchar los acordes de la música ni para dar rienda suelta á la ostentación y al lujo, que desgraciadamente comenzaba á tomar tanto cuerpo en nuestra sociedad; sino para buscar un refugio en tan dificil situación y

ponerse á salvo para no morír quemados ó aplastados por las murallas agrietadas.

En estos sitios pasaron aquella noche numerosas familias que, poco á poco, fueron abandonándolos para buscar mayores comodidades.

Hasta el día de hoy, aquel sitio está cubierto aún de carpas de zinc y madera que ha levantado allí una gran cantidad de personas que no han podido encontrar todavía un sitio de refugio en la ciudad.



Calle Victoria, Puente Jaime

Van ya trascurridos tres meses desde que el Jardín se convirtió en toldería y no hay aún esperanzas de que el joven Presidente de la Comisión de Parques y Jardines de la I. Municipalidad pueda hacer gala de sus conocimientos jardineros en el aristocrático paseo.

Muchos de los habitantes de la cuadra comprendida entre Freire y Jaime, pudieron presenciar una escena verdaderamente desgarradora. Frente al Bar Ratanpuro, había quedado detenido un tranvía electrico, que se encontraba ocupado en su parte interior por algunas personas. De la casa vecina al

Bar fué sacado el cadáver destrozado de una señora, y no encontrando otro lugar más á propósito en donde colocarlo, se le hizo descansar con todo cuidado, en la salvavidas que los tranvías llevan en su parte delantera. El marido de aquella desventurada, embargado por la aflixión y sufriendo á más de las heridas del alma, las heridas corporales, contemplaba lloroso y desconsolado tan fúnebre y desgarrador espectáculo.

Siguiendo nuestra relación, llegamos á uno de los puntos en que se reunen más desgracias, y destrucciones: el Puente Jaime.

Pero aquí parece que las fuerzas nos abandonaran, se llega á este punto rendido por la desgracia y el espíritu soporta apenas la contemplación de tantas ruinas y dolores.

Los grandes edificios en construcción de la sucesión Texier, que estaban al concluirse y que eran de sólida y elevada arquitectura, de cinco pisos, cayeron como castillos de naipe. Allí murieron los cuidadores del edificio, cuyos cadáveres fueron extraídos á los dos meses después de la catástrofe.

Parece que el infortunio buscaba este edificio, para ocasionar desgracias, y ya que por hallarse deshabitado no murieron bajo sus ruinas sino los cuidadores, los materiales de él, fueron á buscar sus víctimas á los edificios vecinos.

Por la calle de Jaime la pared divisoria cayó sobre la casa de don Florentino Abarca, la hundió y cayó el segundo piso al primero, arrastrando al señor Abarca y causándole la muerte.

Por la calle de la Victoria, ocasionó también la muralla divisoria, una de las desgracias más sensibles que hubo de lamentarse.

En la casa vecina vivía en el segundo piso la familia González Quezada, cuyo jefe era el conocido comerciante don Manuel González. En el tercero vivía la familia Mery. Al sentir el terremoto la familia González buscó precipitadamente la salida, pero con tan mala fortuna que todos llegaron á la acera en los momentos mismos en que las sólidas murallas del edificio de la sucesión Texier caían sobre ella alcanzando hasta el frente de la casa del señor González y cayendo pesadamente sobre los miembros de esta familia.



Sr. Manuel González



Srta. Amparo González Q.



Srta. Felicia González Q.

Bajo los escombros quedaron sepultados todos los que la componían incluso las sirvientes; y al pasar la fuerza del movimiento, bajó del tercer piso la familia Mery teniendo que pasar por sobre los cadáveres de unos y en medio de los gritos de dolor y de angustia de los heridos.

Esa misma noche fueron extraídos los cadáveres del señor González y de sus hijas las señoritas Consuelo, Amparo, Felicia, María y Angela y se extrajeron también á la señora Consuelo Quezada de González, á su hijo mayor Manuel González y á su hijita, la señorita Carmela, heridas gravemente.

A la mañana siguiente fueron trasladados los heridos á la ambulancia que funcionó en el convento de la Congregación de los Sagrados Corazones, en donde se les prodigaron por todos los miembros de la Congregación, por muchos de los allí asilados y especialmente por el abnegado y celoso doctor don Félix Carrasco, y gracias á los más exquisitos cuidados á ello pudieron arrebatarse á la muerte las preciosas existencias de la señora Consuelo y del joven Manuel. Desgraciadamente estos cui-

dados fueron impotentes para salvar á la señorita Carmela que dejó de existir el 18 de agosto.

En cuanto á la madre y al hijo sobrevivientes de esta tremenda desgracia, siguieron mejorando lentamente de las heridas casi mortales ignorando cada cual la desgracia ocurrida. No es posible narrar aquí las escenas que se produjeron cuando se volvieron á ver por primera vez y cuando ya no fué posible ocultarles la tremenda desgracia por más tiempo.


Anita Rudolphy Saavedr

Las señoritas González que murieron en los primeros años de una preciosa existencia, reunían á las simpatías y gracia exterior la purísima bondad de sus almas angelicales.

Los demás edificios que forman la acera sur de esta cuadra, hasta la calle de la Merced, no fueron destruídos por el fuego, y aunque muy deteriorados quedaron en pie.

La acera norte, en toda la extensión comprendida entre la calle de Jaime y el Teatro Nacional, se incendió por completo, á excepción del edificio de la Junta de Beneficencia sisuado en la esquina de la calle de Olivar. Por fortuna el Teatro Nacional no abría aún en esa hora sus puertas al público.

El cuartel del Regimiento de Artillería de Costa fué otro de los edificios de importancia incendiados.

Pero antes que el fuego consumiera el edificio, ya éste había sufrido, á consecuencia del terremoto derrumbes de tal naturaleza que causaron la muerte de uno de los más distinguidos oficiales del regimiento: el capitán don Enrique Coke.


Capitán don Enrique Coke

Contra toda costumbre el señor Coke comía esa noche en el Casino de la oficialidad y al tratar de ponerse en salvo, fué alcanzado por un trozo de la muralla del frontispicio, que le causó una muerte instantánea.

El capitán Coke era uno de aquellos oficiales que de su carrera hacen un verdadero ministerio, llegando á olvidar los sinsabores á que está sujeta la vida del militar por el amor á la institución.

Las demás construcciones de estas cuadras estaban ocupadas en su parte inferior por comercio al por menor y los pisos altos por casas habitaciones.

El elegante palacio de estilo pompeyano del comerciante y Cav. italiano don Pelegrino Cariola quedó asimismo muy maltratado y ruinoso á consecuencia del terremoto.



Calle de la Victoria, entre Jaime y San Ignacio

Las desgracias personales se lamentaron aquí en gran número y en la esquina norte de la calle de la Merced se veían á los cuatro ó cinco días después de la catástrofe nueve cadáveres.

Los heridos también fueron numerosos, y entre ellos debemos de mencionar á la señorita Amelia Polhammer Borgoño y á su señor padre don Santiago Polhammer.

La claridad que producían las llamas del incendio del Teatro, dejaban ver otras ruinas monumentales, quizás comparables en su triste majestad á las del Teatro de la Victoria:

las de la iglesia de la Merced, que fué construída por el mismo ingeniero que dirigió los trabajos del Teatro de la Victoria y de numerosos edificios de importancia de Valparaíso: don Eduardo Fehrman.

Y si el exterior con sus dos elegantes torres era majestuoso, su interior era de un gusto exquisito, de un estilo nuevo y atrayente.

Aquí reproducimos una fotografía de su interior antes de la catástrofe que da una idea clara de su elegancia artística.



Cadáveres en la calle Victoria, esquina de Merced

Un distinguido y conocido escritor porteño relata estas ruinas en la siguiente forma:

«Entramos al templo y allí el espectáculo es profundamente triste y á la vez de una gran majestad. El fondo del templo, hacia el presbiterio, sobre el altar mayor, está completamente destruído y por allí penetran torrentes de luz, que ahora reemplazan al fondo de media tinta, suave y misteriosa, donde se acumulaban las olorosas nubes del incienso en los días de esplendor. Los muros están surcados por grandes grietas ó molidos en una línea horizontal que corre á la

altura de los capiteles. Y en el opaco pavimento el pie huella restos de magníficos artesones, trozos de bronce de los que ornaban el suntuoso templo, mientras la mirada se entristece al contemplar las hermosas imágenes mutiladas y los altares derruídos como por un violento asalto de la impiedad y el sacrilegio. Y afuera, en el pórtico, están las gigantescas ruinas de las que fueron esbeltas torres y del magnífico frontispicio, ruinas que tienen toda la grandeza y majestad de las que visitan en Roma los viajeros de todas las naciones.



Interior de la Iglesia de la Merced

»En el interior toda la nave central está en salvo, casi toda se puede aprovechar: habrá que construir un nuevo frontispicio, nuevo techo sobre el presbiterio, substituir las murallas laterales y la arquería de las mismas naves: una riqueza.

De los excelentes edificios que daban á la calle de la Victoria y que constituían la principal fuente de entradas del convento sólo quedan los muros principales, que se levantan ennegrecidos por el fuego pero sanos: los respetaron los terremotos, pero el incendio consumió esa serie de casas.

»El edificio antiguo ha sufrido mucho: en parte ha caído completamente, en parte está agrietado y peligroso y lo que queda sólido está lleno de heridas como soldado viejo que busca el reposo.»

¡Cómo pudieron salvar los religiosos de este convento del fuego que los rodeaba y sin poder encontrar salida libre, pues todas estaban tapadas por los escombros del edificio!



Iglesia de la Merced

La noche del terremoto el vecindario creyó que todos ellos habían sucumbido con su iglesia.

El Reverendo Padre Liñán, Superior de la Congregación, relata la salvación de los padres de esta manera:

«Habíamos concluído de comer y nos encontrábamos reunidos en una pieza del edificio antiguo cuando comenzó el terremoto. Estábamos allí los cuatro sacerdotes y el hermano que formábamos el convento. A los primeros sacudimientos

salimos al patio, que está entre los edificios antiguos, los nuevos de la calle de la Victoria y el costado del templo; y allí tuvimos que tomarnos de los árboles para sostenernos en pie.

»La caída de la torre yo no la sentí porque el estruendo del terremoto impedía oir las ruidos de detalle, pero uno de mis compañeros dijo después de unos momentos de comenzar el terremoto:—«Ha caído una de las torres.»



Iglesia de la Merced, día 18

»Cuando terminaron los recios sacudimientos del segundo terremoto quisimos salir á la calle, pero el pasadizo que da al costado del frontis de la iglesia, que es la salida del convento, estaba completamente cubierto de ruinas, como ahora mismo, y era imposible pasar. No había salida posible por el momento, y á la hora y media comenzó el incendio por varios sitios, nos rodeó el fuego y nos acogimos á estas ruinas para pasar lo

peor. Al día siguiente, muy temprano, salimos á auxiliar enfermos y moribundos, y á recoger familias: tuvimos aquí un buen número de asilados y aún ahora quedan algunas familias.

»Mucho se ha hablado de que en el interior de la iglesia y en el pórtico, perecieron gran número de personas que asistían á la distribución religiosa de aquella noche.



La Iglesia de la Merced después de los dinamitazos

Felizmente aquel día por causa de la lluvia, no se tocó la campana para llamar á los fieles á la distribución, y sólo se encontraban en la iglesia á más del hermano, dos señoras y un niñito, una de las cuales se llamaba María del T. Soto. Esta última ha desaparecido, por lo que se supone que haya muerto. El niño salvó ileso y la otra señora resultó herida.»

Hemos procurado reunir el mayor número de detalles so-

bre las ruinas de esta iglesia que presenta la particularidad de haber sido destruída por cuantos terremotos se han sentido en Valparaíso, como habrá podido imponerse el lector en el primer capítulo de esta obra.

Desde la iglesia de la Merced por un costado de la calle, y desde el Teatro Nacional por el otro, hasta la Avenida de las Delicias el incendio no hizo más estragos que la destrucción de la propiedad situada entre las calles de Retamo y Almirante Barroso y la de la esquina Oriente de esta calle con la de



Calle de la Victoria, entre Merced y Retamo

la Victoria, cuyos bajos estaban ocupados por la «oficina sucursal del Banco Español de Chile».

El resto de los edificios quedaron seriamente destruídos, como todos los de este barrio.

Llegamos en nuestra relación á la Avenida de las Delicias, que fué otro de los sitios en que se refugió gran número de personas.

La Avenida de las Delicias, empieza al pie del cerro, detrás del edificio del Asilo del Salvador, para concluir al llegar al mar, en la Estación del Barón. A uno y otro lado existen fron-

dosas alamedas que dan sombra y frescura á sendas avenidas.

La tracción eléctrica tiene tendidas sus líneas en las calles laterales, y edificios de todas clases, valiosos y modestos le dan vida alegre y próspera.

Por el aire relativamente puro, que en ella se respira, comparado con el del resto de la ciudad, era y sigue siendo por muchos de los habitantes de Valparaíso sitio preferido para vivir.

Desembocando por la calle de la Victoria y atravesando



Avenida de las Delicias. Casa en que murió la familia Rosés

el estero que corre encauzado por el medio de la avenida, nos encontramos con la casa que ocupaba la familia de don Salvador Rosés, considerablemente destruída, como se puede ver en la vista que aquí insertamos.

En ella murieron doña Amalia J. viuda de Rosés, doña Amalia Rosés de Donoso, la señorita Teresa Rosés, y cinco hijitos de la señora Amalia Rosés.

La servidumbre de la casa corrió igual suerte que sus patrones, muriendo bajo los escombros.

De esta familia sólo salvaron, el señor don Manuel Donoso



Sra. Amalia Rosés de Donoso

que se encontraba fuera de la casa y don Alberto Rosés, y á la verdad que no nos podemos dar cuenta de cómo este último pudo escapar de tamaña desgracia.

En este costado de la avenida está situado el establecimiento de los Reveréndos Padres Salesianos, quienes fueron los ángeles de la guarda de este barrio, en unión con los piadosísimos clérigos del Seminario y religiosos de los jesuítas.



Donoso Rosés

Al tratar de la labor de las autoridades y de las instituciones religiosas, nos ocuparemos de su obra benefactora.

Pero aquí tiene cabida una pequeña relación de cómo esos abnegados salesianos, pasaron la noche del terremoto. Al comenzar el sacudimiento ellos y sus numerosos alumnos del Colegio Comercial y de las escuelas talleres, se refugiaron en uno de los patios alrededor de la virgen de don Bosco que se alzaba sobre una débil columna; y los que la rodeaban al ver que á pesar de los fuertes remezones, no caía, la aclamaban á voces pidiendo misericordia.

Donoso Rosés

Mientras tanto el bondadoso superior, el reverendo padre Soldati, con palabras paternales, lograba tranquilizar á los suyos.

Pasados los primeros momentos, la imágen fué llevada en procesión á otro de los patios y ahí en un improvisado altar se elevaron durante toda la noche, preces en acción de gracias, por haber librado en tan buenas condiciones de la tremenda desgracia.

En la misma Avenida de las Delicias y un poco más hacia el cerro, se encuentran el Colegio de las Monjas del Sagrado Corazón, que son más conocidas bajo el nombre de Monjas Inglesas, y el Asilo del Salvador, éste último de sólida y muy reciente construcción. Ambos establecimientos de enseñanza y de caridad, respectivamente, han quedado en completo estado de destrucción.

El colegio de las Monjas Inglesas donde se educan numerosas niñas de la mejor sociedad porteña, tuvo la suerte, á pesar de su destrucción, de no contar ninguna desgracia personal.

Miremos ahora hacia la Avenida Poniente y nos encontramos en primer lugar con el Seminario de Valparaíso, cuyo edificio sufrió deterioros de alguna importancia los que, no fueron obstáculos para que sus miembros ejercitaran en grado sumo la virtud de la caridad, dando asilo á un considerable número de respetables familias de nuestra sociedad.

Esos piadosos clérigos del seminario, entre los cuales anotaremos al señor don José Roberto Tapia, rector del establecimiento, y á los señores Adriano Espinosa Dublé, Martín Rucker, Fortunato Romo y Manuel Porta de Vera, no se dieron un minuto de descanso y en los momentos más tristes de la catástrofe auxiliaban á los heridos, exhortaban á los fieles y difundían dondequiera el valor y la resignación necesarios para sobrellevar tanta desventura.

Las casas habitaciones de este barrio, quedaron inhabitables y sólo muy pocas con deterioros fáciles de arreglar.

El convento de las monjas Carmelitas se encontraba situado muy cerca del Seminario, es decir, entre la calle de Independencia y el edificio de aquél.

Tanto el claustro como la capilla, de elegante sencillez, quedaron convertidos en un montón de escombros, que esas devotas monjas se vieron en la necesidad de abandonarlos apresuradamente para buscar refugio y claustro en otras ciudades.

Y era de ver la resignación de aquellas santas religiosas que después de largos años de voluntario encierro, volvían al mundo en tales circunstancias.

Antes de llegar á la esquina de la calle Independencia, de la que en seguida nos ocuparemos, se ven una serie de casas que con la caída de las murallas del frente, se pueden observar salones, comedores, dormitorios, etc., en completo desorden. Antes de seguir adelante en nuestra relación no dejaremos atrás, los cerros del Barón, Rodríguez, Polanco, etc., que debido á causas que ignoramos resistieron al terremoto, per-



Calle Independencia, esquina de la Avenida de las Delicias

fectamente salvos de tal modo que se puede decir que allí hubo sólo un descomunal temblor. La calle de Independencia entre Delicias y la calle San José, no sufrió perjuicios de proporciones tan enormes como el resto de ella.

En esta parte la Empresa de Tracción Eléctrica posee un gran galpón en el que se guardan durante la noche los tranvías el que sirvió de espléndido refugio, durante esa noche y las siguientes, á numerosas familias de este barrio, que aprovecharon los mismos tranvías para instalar en ellos sus provisorias viviendas.

De aquí se admira una de aquellas ruinas aterradoras, el derrumbe de la puntilla Canciani ó de la Virgen, que cayó con casas, moradores y con todo lo que en ellas existía hasta la calle Independencia.

El cerro de la Merced ó de la Virgen, como también se le llama, es uno de los que más destrucciones reúne. Insertamos algunas vistas de él.

En la parte superior de este cerro, frente á los pies del Seminario, se encontraba colocada una imagen de la Vírgen sobre alto y sólido pedestal, la que fué lanzada por la fuerza enor-



Puntilla Canciani

me del terremoto á doce metros de distancia. En esta ilustración se puede ver que esa imagen ha sido ya levantada al pie de su mismo pedestal.

Llegando á la calle de San José en la parte comprendida entre las calles de la Victoria é Independencia, podemos ver casi todos los edificios en pie y en muy regular estado. A pesar de ello tuvo lugar en esta calle la muerte de la distinguida señorita, Matilde González Cárson, hija del conocido caballero don Vicente González O. y de la distinguida señora doña Matilde Cárson.

Educada en el Colegio de las Monjas Francesas, como lla-



Cerro de la Merced



La Virgen del Seminario

mamos á las religiosas de los Sagrados Corazones, adornó su corazón con tan hermosas cualidades que sus condiscípulas tenían por ella especial predilección.

Y así como en las aulas cautivaba á sus jóvenes compañeras, fuera de ellas, en el mundo, con sus juveniles encantos y con su natural sencillez, que tanto realce le daban, recogió las simpatías y cariños no tan sólo de sus numerosísimas amigas, sino también de cuantos veían su jentileza y de cuantos supieron apreciar sus excelentes prendas personales.


Srta. Matilde González Cárson

Su espíritu siempre alegre y sus naturales maneras, eran el reflejo de la bondad y sencillez cristiana de su alma que no tenía esos pliegues que suelen ocultar defectos tan comunes como la necia vanidad y el torpe orgullo.

Murió en la lozanía de la edad, cuando era el consuelo y la alegría de sus padres.

Nos refieren que al sentir el terremoto trató de huir y se dirigió presurosa á la puerta, como la encontrara «cargada» y no viera otra salida, se resigna con su suerte; confía en Dios; busca un crucifijo y lo toma entre sus manos temblorosas para estrecharlo, en seguida, contra su corazón palpitante.

Pero el movimiento no le permite permanecer en pie; siente el crugir de las maderas y el derrumbe de las murallas y cae arrodillada á los pies de su lecho donde se le halló muerta con el crucifijo sobre su pecho virginal.

Un trozo de la única muralla que se derrumbó en la casa, la alcanzó en su caída y golpeándola en el cerebro le causó una muerte instantánea.

La calle San José, desde Victoria hasta la Avenida de las

Delicias sufrió en sus edificios y principalmente en la iglesia de los Doce Apóstoles, cuyas torres y frontispicios había comenzado á construir su cura párroco, el presbítero don Arturo Constancin, tan celoso en la virtud como en la caridad cristiana que ejerció aquella noche aun con olvido de su persona y de su familia.

El resto de la calle, esto es, la parte comprendida entre las de Independencia y el Cerro, como asimismo la calles adyacentes de Buín y Rancagua, se encuentran completamente destruídas por la acción del terremoto.



Calle Almirante Barroso

La cuadra de la calle Independencia comprendida entre las calles de San José y Almirante Barroso se encuentra asimismo parte incendiada y parte aplastada por el derrumbe.

La antigua calle del Colegio, que hoy lleva el nombre del buque brasilero que no hace muchos años nos visitó, *Almirante Barroso*, en la cuadra comprendida entre Independencia y Victoria, fué uno de los sitios en que más pérdidas de vidas ocurrieron. Esta cuadra formada en su totalidad por casas de material ligero y la mayor parte de ellas de antigua construcción, fueren un espléndido combustible para el fuego que

todo lo destruyó á tal extremo de no quedar un palo ni un pedazo de muralla en pie.

No menos de treinta personas murieron aquí y no resistimos al deseo de narrar una de aquellas escenas desgarradoras que se desarrollaron en los primeros instantes del cataclismo.

En una de las casas de la calle nombrada vivía un honrado comerciante don Manuel Soto con su familia. El y una niñita quedaron entre los escombros. Después de grandes esfuerzos, logró el señor Soto salir de entre ellos para empezar



Hospital del Niño Jesús

el salvamento de su pequeña hijita, que desesperada gritaba: ¡sálveme papá! ¡sáqueme papá! Inútiles eran cuantos esfuerzos hacía éste para levantar los escombros; á nadie encontraba á su alrededor que le prestara ayuda. Un poco más allá sentía las voces de otros desgraciados que perecían bajo las ruinas. Era imposible prestarles auxilio. La salvación de su hija estaba antes que toda otra preocupación.

Las fuerzas le faltaban y no concluía su obra. La desesperación empezaba á apoderarse de ese padre desventurado al ver que los incendios vecinos se acercaban al sitio en que

se encontraba su hija. Redobla sus esfuerzos, pero es inútil. El fuego avanza y á él le faltan las fuerzas para concluir su tarea.

Las llamas están ya á su alrededor, el calor que producen ya no es posible soportarlo, pero él no pierde aún las esperansas de poder arrebatar al furor del incendio á su querida hija, que todavía le clama salvación.

Llega un instante en que el fuego empieza á chamuscarle los cabellos y cae desmayado en los momentos mismos en que su esposa, que había huído en los primeros remezones, llega en



Calle del Retamo

su busca. ¿Qué pasó en seguida? Es fácil comprenderlo, pero él no lo supo sino hasta el día siguiente en que al volver en sí mira la calle, el sitio mismo del suceso y ve tan solo un montón de escombros, en un suelo negro, quemado, con uno que otro pedazo de adobe ó ladrillo ennegrecido.

Siguiendo por Independencia hacia la plaza de la Victoria, donde el incendio destruyó la mayor parte de los edificios, llegamos al sitio en que se encontraba el Hospital del Niño Jesús, institución á que el señor presbítero don Arturo Rose Innes, su propietario, había dedicado todas sus energías

y conocimientos y que el terremoto, primeramente, y el incendio, en seguida, destruyó por completo.

Una de las murallas divisorias de este Hospital cayó sobre la casa del lado que habitaba don José A. Herrera, causándole la muerte de tres de sus hijitas.

La calle del Retamo en la parte comprendida entre las de Victoria é Independencia y la de Merced, en toda su extensión, desde el mar hasta el cerro, fué devorada por los múltiples incendios.



Calle del Roble

La parte comprendida entre las de Almirante Barroso, Independencia, María Isabel y el cerro, sufrió perjuicios de consideración.

El incendio consumió el grande y valioso edificio de la Sociedad Protectora de la Infancia, institución que prestaba grandes servicios á la clase desvalida y que era dirigida por el señor don Luis Felipe Puelma.

Las pequeñas calles del Roble y María Isabel fueron asimismo presas de los incendios.

El Asilo de la Providencia y el convento de los Padres

del Corazón de María, se destruyeron también, especialmente el último; que hoy día es tan solo un montón de ruinas.

El barrio de la Rinconada, corrió igual suerte que el resto de esta parte de la ciudad, librándose por suerte de los incendios.



Iglesia del Corazón de María

La calle de la Merced, cerca de la calle de Lima, fué teatro de la muerte de la conocida señora doña Aurelia Bataille de Frías, esposa del coronel retirado don Aníbal Frías.

Al primer sacudimiento del terremoto la señora Bataille, acompañada de su hija Aída, se dirigió del comedor en que se encontraban al salón de la casa, asomándose al balcón donde

soportaron ambas, presas de gran terror, la violencia del primer remezón.

De repente se sintió un gran estruendo. Era el salón que se desplomaba hacia la calle de la Paz, cayendo con él la señora Bataille y su hija Aída. La primera murió instantáneamente y la niña quedó bajo los escombros.



Sra. Aurora Bataille de Frías

Inmediatamente su hermano René trata de salvarla, pero al sentir el segundo terremoto, alcanza á cubrir la cabeza apenas visible de su hermana con un sólido sillón caído del salón.

Casi simultáneamente se derribó sobre la herida y sobre el cadáver de la señora Aurora, el tercer piso y á no ser por el sillón antedicho el derrumbe habría muerto también á la niña Aída; pues se hallaron después encima de él, grandes bloques de ladrillos.

El joven Aníbal que cayó en el derrumbe del tercer piso, donde se encontraba, fué á quedar de pie en la acera del frente, resultando ileso, por un milagro que ni él mismo se explica.

Refiere la niña Aída, que su madre expiró en sus brazos momentos antes de caer del segundo piso, pues habiendo faltado el aire en el salón por efecto del polvo denso y asfixiante que provenía del desplome parcial de esa habitación, ella rompió los vidrios de la ventana en busca de aire, y en este instante vió que su madre, á quien tenía fuertemente asida por la cintura, lanzaba el último lastimero extertor de la muerte.

La calle Independencia desde el Hospital del Niño Jesús, hasta la calle de Freire, por uno y otro costado, presenta en su mayor parte destrucciones de gran valor.

En la parte comprendida entre los cerros, la calle de Freire, Independencia y Olivar, se encuentra el Hospital de San Juan de Dios que sufrió tanto en su exterior como en su interior

grandes perjuicios que trajeron una difícil situación para los numerosos enfermos que allí se medicinaban; y el Liceo de Valparaíso, espléndido establecimiento de enseñanza, tanto por las comodidades que prestaba su gran edificio, como por la educación, que en él se daba. Este último, como asimismo el Museo y Laboratorio Municipal, instalado en ese sitio, se incendiaron la misma noche del 16. El origen del fuego parece haber sido alguna explosión que se produjo en el Laboratorio Químico.

Las llamas del incendio del Liceo iluminaban aquella no-



Plaza Hontaneda, día 18

che todo ese barrio y se veían á tal altura que parecían amenazar todas las manzanas adyacentes.

Los perjuicios sufridos por el Hospital de San Juan de Dios no fueron obstáculo para que el personal del establecimiento, encabezado por su digno Administrador, don Santiago Lyon, dominaran tal situación, atendiendo á los enfermos que allí existían esa noche y abriendo además desde los primeros momentos una ambulancia para atender á los heridos del terremoto, ambulancia que estuvo á cargo de los doctores Figueroa, Sepúlveda y Cádiz.

Al frente del Hospital, existe una plaza que lleva el nombre de uno de sus grandes benefactores: Hontaneda, y en ella se estableció uno de los tantos campamentos que se formaron en Valparaíso la noche del terremoto.

Subiendo por la Avenida de Jaime, á cuyos costados se levantaban sólidos edificios de cal y ladrillo, llegamos al cerro de la Cruz que se encuentra en un estado de destrucción mayor aún que el del Cerro de la Merced, pues el incendio arrasó con los escombros á que los sacudimientos dejaron reducida las casas. Insertamos algunas vistas de este cerro.



Cerro de la Merced

Al llegar á la calle Freire, por la calle de Independencia, se admira una cuadra de completa ruina, por la acción del movimiento sísmico y no por la del fuego.

En una de las esquinas de esta calle llamaba la atención de cuantos pasaban un pequeño y elevado edificio, quizás en todo con una superficie no mayor de diez metros cuadrados y que semejaba una «portaviandas».

Por la fuerza del terremoto cedió también este pequeño edificio de cuatro pisos y al caer tapó con sus escombros que se confundieron con los del edificio de los Padres Franceses,

toda esta parte de la calle Freire hasta grande altura. Los que tuvimos la suerte de refugiarnos aquella noche en el Jardín Municipal, alcanzamos á ver en medio de la turbación general y del atronador estruendo, á una mujer que sostenida en una viga, y teniendo entre sus brazos á una pequeña criatura, á grandes gritos decía: «mi patrón está bajo los escombros, sálvenlo». La abnegada sirviente que se bamboleaba en el madero, pedía socorros para su patrón aunque ella los necesitaba tanto como él.

A los gritos acudieron algunas personas y el patrón fué



Cerro de la Cruz

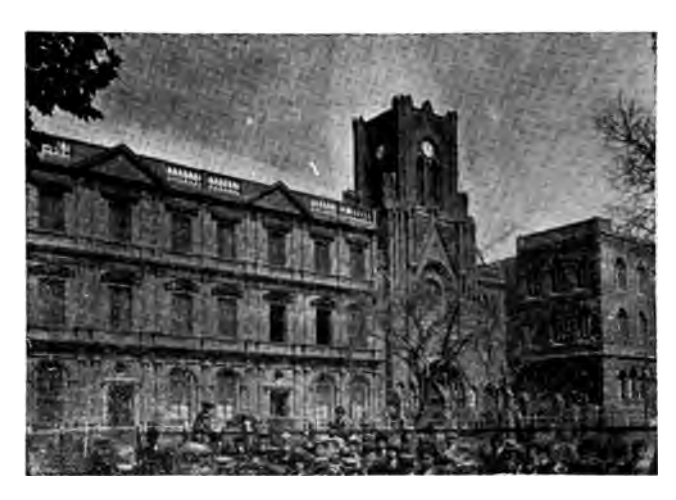
salvado muriendo dos amigos que se encontraban también en la «portaviandas». La sirviente haciendo verdaderas pruebas de equilibrio logró descender desde tan peligroso refugio.

La Congregación de los SS. CC. de J. y de M., ocupa con sus edificios toda la manzana comprendida entre las calles de Independencia, Freire, Rodríguez y el Cerro de las Monjas.

En ella tenían los Reverendos Padres su valiosa y monumental iglesia de estilo gótico, los edificios de la comunidad, el Colegio, el Curso de Leyes y los salones del Centro Social de los SS. CC.

El resto de la manzana está ocupado por el Convento de las Monjas Francesas y por el espléndido colegio en que se daba educación á las más distinguidas niñas de nuestra sociedad. Tenían además una sección especial para la clase menesterosa que, por cierto, era gratuita.

No es nuestro ánimo narrar aquí ni los grandes servicios prestados por estas congregaciones á nuestra sociedad, ni tampoco el celo apóstolico de sus miembros. Más adelante tendremos oportunidad de ocuparnos de ello. Ahora queremos sólo dar una idea de sus ruinas.



Iglesia y edificios de los RR. PP. Franceses

La gran torre de la iglesia cayó casi enteramente, con las pesadas amarras de fierro, que el gran temblor del 13 de marzo del año 1896, exigió que se le colocaran á causa de los desperfectos que sufrió, y al caer rompió el techo de la iglesia, llegando sus materiales hasta el suelo.

Desgraciadamente no fué éste sólo el perjuicio sufrido, pues las murallas de la iglesia y su elegante arquería, han quedado en muy mal estado.

El valioso edificio del Curso de Leyes, de construcción reciente, se destruyó en el primer momento, derrumbándose en

cortos minutos, los diez años de grandes sacrificios é incomparables esfuerzos de su Director el Rev. P. Mateo.

El salón de honor de este Centro, de elegante sencillez, se destruyó también, completando así la destrucción de todo el nuevo edificio.

No hacía muchos meses que las Monjas Francesas habían substituído su antiguo edificio por el sólido y cómodo que acababan de estrenar, y en el cual tenían establecido el internado del colegio.



Iglesia y edificios de los RR. PP. Franceses, después de la catástrofe

En uno de sus pisos altos estaban instalados los dormitorios de las pupilas y en él se encontraban las alumnas en los momentos de la catástrofe.

A pesar de los esfuerzos sobrehumanos de las Reverendas Madres para salvar á todas sus alumnas, perecieron aplastadas por el derrumbe de las murallas las niñas Doggenweiler, Alvarez, Mazzini y Bustos.

Las construcciones de las aceras del lado opuesto á la ocupada por los edificios de la Congregación nombrada, á pesar de

ser hechos de material ligero, se deterioraron considerablemente. Los materiales de la torre de la iglesia causaron graves heridas al señor don Enrique Arrieta y á su hijito mayor que habitaban los altos de su propiedad situada al frente de la iglesia.

La cuadra comprendida entre las calles de Rodríguez y Las Heras ocupada en su mayor parte por los edificios de la



Interior de la Iglesia de los SS. CC.

sucesión Rodríguez Alfaro, se encuentra en muy regulares condiciones. El otro costado salvó la mitad de la cuadra á la acción del fuego, con no grandes perjuicios. El resto fué destruído completamente, por el incendio que destruyó esta acera de la calle hasta la Plaza de la Victoria.

El elegante edificio de don Justo Ugarte, situado entre las calles de Las Heras y Buenos Aires, quedó reducido á ceni-

zas en su totalidad. En la cuadra siguiente se encuentra el cuartel de la segunda comisaría y el antiguo Mercado del Cóndor, que presenta grandes deterioros.

Las Hermanitas de los Pobres, tenían instaladas su casa en una de las calles adyacentes; en la de Colón.

Esta caritativa institución gozaba de simpatías generales



Ruinas del Salón de Honor, del Centro Social en los SS. CC.

en Valparaíso, por la forma verdaderamente admirable con que ejercía su ministerio.

Muchas son las versiones que se han dado sobre la muerte de las 8 hermanitas de los pobres ocurrida á causa del terremoto.

A fin de dar la idea exacta de lo sucedido hemos obtenido de la Reverenda Madre Superiora, cuya modestia llega hasta hacernos ocultar su nombre, la siguiente relación:

«Las Hermanitas, después de cumplir con su tarea de cada día, se habían reunido en el oratorio de la comunidad para rezar los últimos ejercicios. Cuando los terribles remezones se hicieron sentir, el instinto natural de la conservación les hizo huir, procurando llegar cuanto antes adonde se encontraban los ancianos confiados á sus cuidados. Pero al mismo



Ruinas del Colegio de las Monjas Francesas

tiempo se derribaba el segundo piso ocupado por las hermanitas y ocho de ellas quedaban sepultadas y otra gravemente herida entre los escombros. El ruido y los gritos que se oían de todas partes, y la completa obscuridad impidieron á las hermanitas tener conciencia de la terrible desgracia y las que vivían todavía se dirigieron hacia los dormitorios para darse cuenta de lo que ocurría.

»En este acto las sorprendió el segundo remezón, llamándose las unas á las otras. Constataron la ausencia de ellas y fueron en su busca. Sólo los gritos de dolor que salían de entre los escombros contestaron á sus llamados: Ayudadas de dos ó tres de los ancianos menos inválidos, pusieron en lugar seguro á la herida: la hermanita Sainte Christine y prosiguiendo su penosa tarea á la luz vacilante de una vela, descubrieron los cadáveres horriblemente mutilados de las hermanitas: Justina Aimée, Abel de la Presentation, Joseph Ursule, Apolinaire de la Providence, Hortense, Gatienne des Saints Apôtres, Teresa



Asilo de las Hermanitas de los Pobres

Marcelina, Felicia de San Antonio, 7 francesas y dos españolas. El mismo primer remezón había derribado una parte del dormitorio de las ancianas, 4 de éstas ya acostadas fueron aplastadas en sus mismas camas por la caída del techo. Sus nombres son: Carmen Fuente, Juana Solís, Josefa López, Dominga Contreras.

»Aniquiladas por la terrible prueba que les mandaba el Cielo no sabiendo dónde dirigirse, no pudiendo salir de la casa por encontrarse cerrada la puerta y sepultadas las llaves, rodeadas por el fuego y en la imposibilidad absoluta de socorrer

á todas las desgraciadas encerradas con ellas, las hermanitas sobrevivientes de la catástrofe, desalentadas, se resignaban á la muerte casi segura y esperaban sólo de Dios auxilio.

»Eran poco más ó menos de las 11 P. M. cuando recios golpes resonaron á la puerta de calle, poco después ésta era derribada por los Hermanos de las Escuelas Cristianas acompañados de algunos miembros de la colonia francesa. Después de reconocer nuestra peligrosa situación, resolvieron recorrer en medio de la obscuridad los dormitorios y ayudando á los ancianos á vestirse bajaron sobre sus hombros á los más enfermos llevándoles á lugar más seguro y después de los hombres á las ancianas; la tarea fué muy penosa estando muchas de ellas enfermas y en la imposibilidad de hacer el menor movimiento, espantadas por las llamas que destruían las casas vecinas y temiendo que otro remezón destruyera por completo la casa ya arruinada.

»A los pocos instantes llegaron en nuestro auxilio el señor Gobernador Eclesiástico don Eduardo Gimpert, y el señor Cura Párroco del Espíritu Santo, don Cristobal Villalobos, y el teniente de policía, señor Montt, quienes nos ayudaron á trasladar á nuestra compañera herida á una pieza de la Escuela Arturo M. Edwards. Después de cuatro semanas que permanecimos con nuestros viejecitos asilados en esta escuela nos trasladamos con ellos á nuestra casa de Santiago.»

Hasta aquí el relato de la Hermanita superiora.

Habríamos deseado insertar en este libro los retratos de las religiosas que murieron con el terremoto, pero la santa humildad de estas mujeres les ha impedido proporcionarnos las fotografías de sus desgraciadas compañeras. Respetamos de tal modo sus deseos.

Muy cerca de la casa de las Hermanitas de los Pobres, se encuentra otro establecimiento de beneficencia, sostenido por la misma mano generosa que aquella y que funcionaba bajo la dirección del presbítero señor don Cristóbal Villalobos: la Casa de Dolores, que tenía por objeto recoger á los niños huérfanos y sobre todo proporcionar á las mujeres de nuestro pueblo un lugar seguro en qué dejar sus hijos, mientras ellas se dedican al trabajo diario. Los perjuicios sufridos por la casa

la han dejado en estado tal de no poder seguir sirviendo para el uso á que se le destinaba.

Hemos llegado al punto de partida después de haber recorrido en nuestra relación más de la mitad del Almendral, la parte comprendida entre la calle de la Victoria, la plaza de este nombre, los cerros que cierran la ciudad por el sur y los que la cierran por el Oriente. Sólo nos resta ahora ocuparnos de la parte del Almendral que queda entre la calle de la Victoria y el mar.



Calle Yungay

Y si los perjuicios que dejamos descritos son de aquellos que arruinan por completo á una ciudad, los sufridos por la sección de que nos vamos á ocupar son aún mucho mayores, pues nada queda de lo que en él existía, mediante el trabajo esforzado de cerca de un siglo.

Al comercio al por mayor de frutos del país estaba destinada esta parte del Almendral, formada por las calles centrales de Maipú, Chacabuco, Yungay, Avenida del Brasil, Blanco y Avenida Errázuriz y de muchas transversales que en el curso de nuestra relación nombraremos.

De las paralelas á la calle de la Victoria, en la de Maipú, que es una bifurcación de esta última, desde su comienzo hasta la de Tivolá, no quedó edificio en pie. Desde aquí hasta las Delicias salvaron los edificios en buenas condiciones.

En la Avenida de las Delicias esquina con la de Maipú, se encuentra el Hospital de San Agustín, que sufrió perjuicios en sus murallas de tal entidad que los enfermos que albergaba tuvieron que ser trasladados al establecimiento de los reverendos padres Salesianos.

En la misma Avenida, casi enfrentando con la calle de la



Hospital de San Agustín

Victoria, se destruyó el grande y cómodo edificio levantado especialmente para el Liceo de Niñas. Como todos los de sólida construcción se derrumbó casi por completo.

Cierra la calle de Maipú, la iglesia de los reverendos padres Jesuítas, única de las iglesias de Valparaíso, que salvó en perfecto buen estado, debido indudablemente á su armazón de fierro y á la buena calidad del suelo en que está construída.

En esta parte de la Avenida de las Delicias vivía el conocido caballero don Ezequiel Riesco, antiguo y meritorio empleado del Banco de Chile.

Calle de Maipú

Una pasajera enfermedad lo había obligado á recogerse temprano y se encontraba ya acostado. Poco temeroso de los temblores, no le dió importancia al que en esos momentos empezaba suavemente para convertirse en seguida en el gran terremoto de que nos ocupamos. Quedóse, pues, esperando que terminara el movimiento. Desgraciadamente á los primeros remezones, una de las murallas de su habitación se derrumbó sobre su lecho ocasionándole una muerte dolorosa é instantánea.



Calle de Tivolá, esquina Yungay

En el resto de la parte del Almendral, comprendida entre las calles de Tivolá y de las Delicias, sólo nos ocuparemos de la calle de Chillán que se encuentra mui cercana y paralela á la de la Victoria. Es una pequeña calle de dos cuadras de largo y que empieza en la de Tivolá para morir al llegar á las Delicias.

Las murallas de cal y ladrillo que formaban el frente de los edificios de la acera norte, se derrumbaron aplastando en su fatal caída á numerosísimas personas.

En una de estas casas vivía la familia González de Quijano y Concha, compuesta de don Alfonso, de la señora Amelia



Srta. Zoraida Sota G.



Sra. Elena Gacitúa de Sota



Srta. Amelia González de Quijano y Concha



Sr. Alfonso González de Quijano y Concha



Don Luis González de Quijano y Concha



Srta. Aída Sota G.



Srta. Elvira Lorca Prieto



Félix Bettancourt Prieto



Don Alfredo Sota Gacitúa



Srta. Elena Lorca Prieto

Concha de Gonzálèz de Quijano, de sus hijos los estimables jóvenes Luis y Alfonso y de la niña Amelia González de Quijano.

Un amigo que á los pocos momentos acertó pasar por este sitio nos refiere que encontró al joven Alfonso y á su hermana, la niña Amelia, muertos, y tomados de sus manos á su hermano Luis, que dejó de existir á los pocos instantes en los brazos de nuestro informante que era grande amigo de estos excelentes jóvenes.





Don Francisco Bettancourt



Don Ricardo Méndez

El señor González de Quijano murió pocos días después á consecuencia de las heridas que recibió la noche del terremoto.

La desconsolada viuda era imposible que resistiera á tanta desgracia y se nos asegura que la pérdida de su familia le hizo perder por completo la razón.

Los jóvenes González de Quijano murieron cuando la vida les empezaba á sonreir. Ambos, estudiantes de leyes del curso de los Sagrados Corazones, eran alumnos distinguidísimos.



Edificio Passalacqua



Calle Olivar, esquina de Chacabuco

Siguiendo el espíritu trabajador de los porteños, los jóvenes González de Quijano no contentos con el trabajo que les imponían sus estudios, aprovechaban las horas que sus clases les dejaban libres para trabajar al lado de algún abogado.

Eran queridos en extremo de sus compañeros. La muerte de ellos fué una de aquellas que más se lamentaron en esos días, en que la desgracia dibujaba donde quiera su obscura y terrible silueta.

En otra de estas casas vivía la familia del señor don Francisco de Sota León, compuesta además del dueño de casa, de su señora y de siete hijos.

El señor Sota León se encontraba ausente de la casa y por esta causa salvó de una muerte segura. Su señora doña Elena Gacitúa y sus hijos Zoraida, Alfredo, Aída, Virginia, Lidia y René quedaron muertos bajo los escombros á excepción del menor que resultó gravemente herido.

Entre estas víctimas se halla el joven Alfredo Sota, de 19 años de edad, el cual servía un puesto en la contaduría de *El Mercurio*.

Allí era estimado de sus jefes y muy querido de sus compañeros por su carácter franco y afable.

Tenía además hermosas prendas personales que lo hacían acreedor á la estimación general.

De las dieciséis manzanas comprendidas entre las calles de Tivolá, Avenida del Brasil, Jaime y Victoria, doce de ellas fueron completamente destruídas por el fuego, incendiándose edificios tan valiosos como el Mercado del Cardonal, el de Passalaqua, etc.

En las seis manzanas restantes, convertidas en grandes ruinas, estaba situado el depósito de la Fábrica Nacional de Cerveza y la iglesia de San José, hoy día convertida en bodega.

En la calle de la Merced esquina de Chacabuco vivía con su familia un antiguo y honorable comerciante: don Francisco Bettancourt.

De nacionalidad portuguesa y de 54 años de edad, llegó á Chile siendo aún muy joven, para dedicarse al comercio en donde hizo su fortuna.

Al huir de la casa, llevando á uno de sus hijitos, de 4 años en sus brazos, Félix Bettancourt Prieto, llegó á la calle y ahí murió con él.

En esta parte de la misma calle murió también el joven abogado don Arturo Vergara, que sólo el día ántes había llegado á Valparaíso, con el fin de hacerse cargo del puesto de secretario de la Prefectura de Policía, para el que acababa de ser nombrado.



Sr. Arturo Vergara



Calle Yungay

Los que tuvieron la fortuna de conocerlo ya sea en el Seminario de Valparaíso, en donde se educó, ya en el ejercicio de su profesión, fueron testigos de sus bellas prendas de carácter é inteligencia.

Pero en donde ocurrió verdaderamente una de aquellas grandes desgracias fué en la calle de Yungay esquina de Olivar, en la casa que habitaba la familia de don Augusto Kiel. Además de la familia Kiel se encontraba en esos momentos en la casa el reputado

profesor de violin, don Ricardo Méndez. Don Augusto y sus hijos Berta, Luciano y Eduardo, murieron al bajar á la calle. El señor Méndez que se encontraba en el salón de la casa recibiendo la lección de música que le daba su alumno, el joven Alberto, murió aplastado por el techo del salón que se hundió.

El joven Alberto salvó milagrosamente.

El señor Méndez se había captado no sólo entre sus alumnos sino que también en nuestra sociedad una posición envidiable, siendo respetado y querido de todos. Era un amigo sincero y verdadero.

En la manzana comprendida entre las calles de Jaime, Yungay, San Ignacio y Avenida del Brasil, construía el prestigioso millonario señor Zanelli el palacio de este nombre. El terremoto rasgó sus murallas de cal y ladrillos aún frescas y las que no se derrumbaron inmediatamente, ha sido necesario derribarlas casi hasta su base.

Ocupémonos ahora de otra sección del Almendral: la comprendida entre las calles de Victoria, Avenida del Brasil, Jaime y Arturo M. Edwards, que forman dieciocho manzanas edificadas en toda su extensión.

Ocho de ellas se arruinaron por causa de los incendios que aquí se produjeron. Las diez restantes quedaron convertidas en verdaderas ruinas.

Los espléndidos edificios de la Fábrica de Cerveza de Valdivia y de la escuela Superior, como asimismo la bien montada fábrica y fundición de los señores Morrison, fueron devorados por el fuego.

Entre los edificios que aquí escaparon á los incendios aunque sufrieron no pequeños perjuicios, mencionaremos la Fábrica de Pan y Galletas de los activos comerciantes señores Hucke; y el elegante edificio del señor Polanco situado en la calle de Las Heras esquina de Avenida del Brasil.

En la calle Carrera esquina de Chacabuco, existía una casa de un piso y de ancho muy reducido. En el costado oriente se alzaba una alta muralla divisoria.

Habitaban esta casa el señor don Alfredo Lorca Prieto con sus dos hermanas, Elvira y Elena, hijos del conocido ca-



Calle de Chacabuco

ballero, don Carlos Lorca y de la estimable señora doña Isabel Prieto.

Tuvieron la desgracia de perder á sus padres muchos años ha; y como si este recio golpe no fuera por si sólo suficiente para dejar profunda y perpetua herida en sus corazones, la muerte les arrebató en la plenitud de la vida á dos de sus hermanos: Carlos y Ricardo.



Sr. Alfredo Lorca P.

El terremoto sorprendió á los tres hermanos en el comedor y al sentir los primeros movimientos trataron de ponerse en salvo, saliendo hacia el patio para buscar la puerta de calle.

No alcanzaron á salir del comedor, cuando sienten un grande estruendo: era la muralla divisoria que caía sobre la casa. El techo no resistió al peso de los escombros y se hundió, aplastando á los tres, que quedaron encerrados y aplastados por vigas y trozos de murallas que les causaron graves y dolorosas heridas.

En tan extremada situación no restaba otra cosa que hacer, si no esperar con resignación la muerte.

De cuando en cuando reunían fuerzas para lanzar gritos de auxilio y de dolor.

Después de trascurrir un lapso de tiempo imposible de precisar, Elena no soportó por más tiempo el dolor de las heridas y en medio de gritos desgarradores se despidió de sus dos hermanos, con frases llenas del más profundo y conmovedor cariño, repetidas en medio de terribles sufrimientos.

Trascurrido otro lapso de tiempo, quizás de media hora, la voz de Elvira tampoco se oye llamando á sus hermanos, pues allí mismo, junto al cadáver de Elena, dejaba de existir.

Y mientras tanto ¿qué pasaba por la mente del joven Alfredo?

¿Era aquello un sueño ó una triste realidad?

El calor de los cercanos incendios empieza á sofocar al único sobreviviente que espera resignado la muerte.

Serían las once de la noche, más ó menos, cuando los señores don Luis Garnham y don José María Lorca que buscaban á sus desventurados deudos por toda la ciudad sin encontrarlos, resolvieron remover los escombros de la casa en que vivían y después de gran trabajo consiguieron abrir un estrecho forado y arrastrándose llegaron hasta el interior de la casa. Ya en aquel sitio en medio de la profunda obscuridad



Mercado del Cardonal

de la noche, sólo les servía de guía, las voces de socorro del joven Lorca.

De este modo llegaron al escenario en que se había desarrollado tan trágico suceso. El cuadro que aquí se produjo es imposible de narrar.

Los cadáveres de las niñas Lorca Prieto fueron trasladados esa misma noche á la iglesia del Espíritu Santo y el joven don Alfredo á la mañana siguiente á la ambulancia de los Padres Franceses.

Al fondo de la vista que aquí insertamos se alcanza á di-

el sitio en que ocurrió la desgracia lejamos relatada.

Para concluir la relación de la mag- l del desastre del Almendral que á les rasgos hacemos, sólo nos resta arnos de la parte de más reciente y nte arquitectura, la comprendida en- Malecón y la Avenida Brasil.


Niñito Court Echeverría

Poco á poco se iba poblando este) de valiosos edificios, de los cuales nos ocuparemos brevemente.

En la calle de Jaime, al llegar al mar, está situado el el del Cuerpo de Salvavidas, que tantos servicios presta ite los temporales que se desencadenan sobre la bahía de raíso, edificio que nada sufrió. A poca distancia y con frente á la Avenida Brasil, se construía desde tiempo atrás, el Coliseo Popular, destinado á proporcionar diversiones al pueblo. Las murallas que se elevaban ya á considerable altura, sufrieron perjuicios de consideración.


.venida del Brasil, Casa del Sr. Ricardo Court

Al llegar á la calle de Las Heras y mirando hacia el mar se encuentra el edificio de los señores Besa, en el que será necesario invertir fuertes sumas de dinero para reparar los perjuicios que el terremoto causó en él.

De la hermosa construcción que ocupaba la esquina de la Avenida Brasil con la de Freire, acera norte, sólo quedó una muralla en pie y el resto totalmente derrumbado.

En los edificios que forman el resto de la acera norte de la Avenida Brasil hasta la calle de Carrera se notan grandes grietas.

De aquí hasta la calle Arturo M. Edwards quedaron las valiosas construcciones completamente arruinadas.

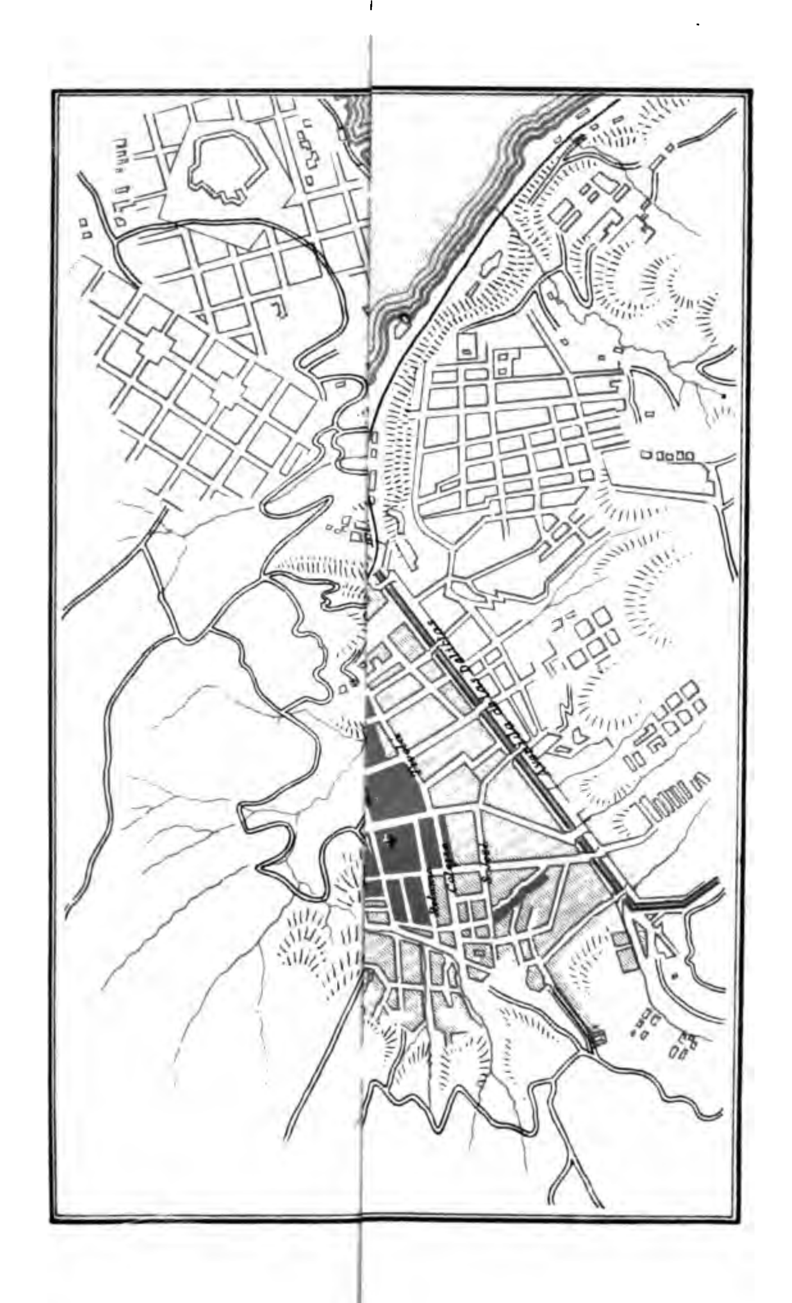
En un pintoresco chalet, que en este sitio existía, vivía el señor don Ricardo Court con su familia. El derrumbe de la casa le causó la muerte del mayor de sus hijitos.

En la manzana comprendida entre las calles de Blanco, Edwards, Errázuriz y Carrera, sus sólidos y elegantes edificios fueron destruídos por el fuego.

El resto de las construcciones de la Avenida Errázuriz y de la calle de Blanco hasta la de Edwards, calle que como hemos dicho sirve de límite entre el Puerto y el Almendral, sufrieron grandes perjuicios.

La relación de las ruinas del Almendral, que hemos hecho, con las ilustraciones que hemos insertado, servirán á aquellos que presenciaron la gran catástrofe, para recordar la magnitud de ella y á los demás para formarse una idea de la magnitud del desastre que en ningún caso podrá siquiera servir para dar una idea aproximada de la tremenda realidad.







LA MAGNITUD DEL DESASTRE

EN EL PUERTO

Hemos terminado ya con la parte más dolorosa de nuestro relato: la descripción de las ruinas del Almendral. Ocupémonos ahora de los perjuicios originados por el terremoto en el Puerto.

En este barrio se observan calles enteras como las de Prat, Esmeralda, Cochrane y una parte de la de Blanco, con muy pequeños perjuicios. Los voraces é incontenibles incendios que concluyeron de destruir el Almendral, no prendieron en el Puerto sino en ciertos y determinados sitios. Y fué esto una verdadera salvación para los habitantes del resto de la ciudad, pues de esta manera tuvieron en donde refugiarse.

El barrio del Puerto es la parte de la ciudad comprendida entre la Plaza de la Victoria y Playa Ancha, y está formado por las calles de mayor movimiento mercantil. La mayoría de sus edificios son de sólida construcción. En las calles de Condell y Esmeralda se encuentran instalados todos los negocios de modas y de artículos de vestir.

En las calles de Prat, Cochrane y Blanco, las Oficinas Públicas, los Bancos, los estudios de profesionales, las oficinas de comerciantes y de gran número de casas importadoras.

A pesar de haber salvado este barrio en tan buenas condiciones de aquella vorágine de destrucción, los perjuicios originados allí por el terremoto y por el fuego, son dignos de una relación más ó menos detallada.

Cercana á los cerros corre la calle de Condell, que empieza en la Plaza de la Victoria para terminar en la de Aníbal Pinto.

En la primera cuadra, acera sur, posee el conocido caballero don Santiago Lyon, su valioso y elegante palacio, que sufrió grandes perjuicios. A continuación se encuentra



Grande Avenida, esquina de Molina

establecida en elegante edificio la casa Prá, como asimismo la propiedad de la señora Ross, que salvó en perfectas condiciones.

Los edificios del nuevo Club Valparaíso cuya construcción estaba ya al terminarse y el templo protestante sufrieron pequeños deterioros.

En la acera sur de esta misma cuadra un grande incendio destruyó el Club Español, el edificio del almacén de pianos del señor Doggenweiler, el Club de Septiembre y el edificio vecino.



Calle Condell, primera cuadra



Don Roberto Court

En el Club de Septiembre se encontraban comiendo á la hora del terremoto, entre otros, el señor Samuel León Silva, diputado por Valparaíso, los señores Roberto Court y Alfonso Chaume.

Los dos últimos salieron precipitadamente hacia la calle seguidos por el señor León Silva. Al llegar á la vereda los dos jóvenes nombrados fueron sepultados por la muralla exterior del edificio que cayó sobre la acera. Afortunadamente el diputado señor León Silva alcanzó á comprender el peligro y se detuvo en los últimos peldaños de la escalera y gracias á su sangre fría salvó de una muerte segura.

Los señores Chaume y Court eran dos jóvenes distinguidos y de un hermoso porvenir. La muerte los sorprendió en todo el esplendor de una vida consagrada al trabajo.

El resto de la calle sufrió pequeños perjuicios. Entre los edificios situados en ellas se encuentra el que ocupa actualmente el Club Valparaíso, primer centro social de la ciudad.



Don Alfonso Chaume

Tal era el temor que se apoderó de los habitantes en los días que siguieron á la gran catástrofe, que hasta el Club abandonó su cómodo y [confortable local, para ir á ocupar una mal construída carpa de madera y zinc al comienzo de la Avenida del Brasil.

En los cerros de Bellavista, Yungay y San Juan de Dios no hubo otras ruinas que llamaran

la atención que las que encierran los cementerios números 1 y 2 y el llamado de los disidentes.

Los hermosos y artísticos mausoleos, casi en su totalidad se destruyeron.

Entre estos pudo contarse el que guardaba los restos del gran patriota y estadista don Diego Portales, cuyo corazón se exhibía en él intacto á la admiración del público.



Mausoleo que guarda los restos de don Diego Portales

El movimiento terrestre destruyó todo lo humano, concluyó con lo perdurable, pero fué impotente para concluir con lo inmortal: el corazón de don Diego Portales no se destruyó, y cuidadosamente recogido en los primeros instantes por el señor don Ricardo H. de Ferari, administrador del Cementerio número 1, fué llevado á la bóveda del Banco Edwards, donde aún se halla depositado.

Las murallas de circunvalación del cementerio estaban



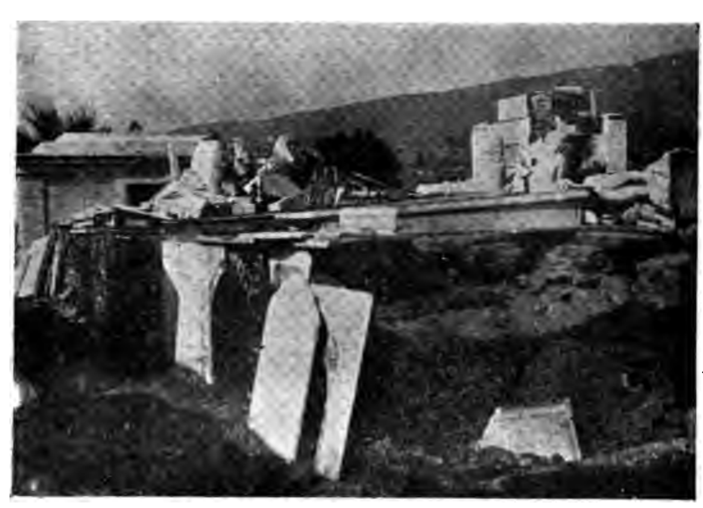
El local del Club Valparaíso, después de la catástrofe

ocupadas por centenares de nichos que se derrumbaron con éstas, yendo á caer á las casas del plan.

Hemos podido comprobar que en una casa de la calle de Condell, en los días siguientes al terremoto, se encontraron en el salón dos cajones con restos humanos.

A otra casa vecina fué á caer una de las mulas que sirven para arrastrar los carros mortuorios, pero con tan mala fortuna que dejó de existir por el recio golpe recibido.

Se derrumbaron también sobre la Plaza Aníbal Pinto las caballerizas que estaban en uno de los costados del cementerio.



Cementerio N.° 1

La antigua calle que se llamó del Teatro y que hoy lleva el nombre de Salvador Donoso, fué una de las más azotadas por la destrucción.

Se puede decir que en toda esta calle no quedó edificio en buenas condiciones. El fuego destruyó también el valioso Círculo Italiano, los edificios vecinos y los de la acera del frente.

En una de estas casas vivía el señor don Ruperto Torres con su familia. Esa noche lo acompañaba á comer su cuñado don Enrique Blanco.

Como la inmensa mayoría de los habitantes de Valparaíso,

al sentir el movimiento sísmico huyeron éstos hacia á la calle. El señor Torres tomó en sus brazos á su pequeño hijito y el joven Blanco ayudaba á ponerse en salvo á la señora Blanco de Torres, que se encontraba enferma en cama.

Los edificios derrumbados cubrieron á todos los miembros de esta familia incluso la servidumbre.

A los pocos instantes llegaron en auxilio de las víctimas don Manuel Blanco y un amigo de éste, el señor Bullen, los que empezaron á levantar penosamente los escombros. Después de gran trabajo, lograron descubrir los cadáveres del



Derrumbe de la muralla que causó la muerte á la Sra. Soruco

señor Torres y de su cuñado Enrique. La señora Blanco de Torres y su pequeño hijito, se encontraban sin conocimiento y en un estado de suma gravedad á consecuencia de las heridas que acababan de recibir.

El ángel que empezaba á ser el encanto y la felicidad de aquel hogar no pudo resistir á tales sufrimientos y á los pocos días después de la catástrofe dejaba de existir, á pesar de los solícitos cuidados de que fué rodeado.

Los señores Torres y Blanco pertenecían á una de nuestras más distinguidas familias y por su marcada honorabilidad,



Don Ruperto Torres

por su consagración al trabajo y por sus recomendables prendas de carácter se habían colocado en nuestro mundo comercial y social en una situación verdaderamente envidiable.

En la cuadra siguiente, la muralla exterior causó otra sensible desgracia: la muerte de la respetable señora doña Amelia Soruco de Ripamonti.

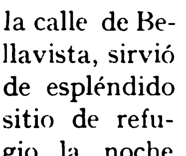


Sra. Amelia Soruco de Ripamonti

La señora Soruco ocupaba en nuestra sociedad una posición distinguidísima y era por sus gracias naturales, por su virtud, é inteligencia el tipo perfecto y acabado de la mujer y de la madre ejemplar.

Cierra esta calle el edificio del diario *La Union* que sufrió algunos perjuicios fáciles de remediar.

La Avenida del Brasil que se extiende desde las Delicias hasta la calle de Bellavista, sirvió de espléndido sitio de refugio la noche de la catástrofe, á numerosas familias, que luego formaron allí sus viviendas provisorias.





Don Enrique Blanco

Las construcciones de la acera sur de la Avenida del Brasil, partiendo de la calle de Molina hasta la de Bellavista, sufrieron serios perjuicios.

Sufrió perjuicios de consideración en esta calle el palacio del señor don Agustín Ross.

Insertamos aquí una instantánea curiosisíma y que gráficamente prueba uno de aquellos hechos que siempre se relatan y que nunca se creen.

En el terremoto de que nos ocupamos la tierra se abrió en varias partes formando grandes y profundas grietas. Una de éstas, aunque no de muy grandes proporciones, se formó en el sitio eriazo que queda en el comienzo de la Avenida del Brasil, en el terreno destinado para la erección del templo de



Plaza Aníbal Pinto

Nuestra Señora del Carmen. La instantánea que insertamos ha sorprendido á un caballero cuya curiosidad lo llevó hasta ese sitio para cerciorarse del hecho.

Ocupémonos ahora de la parte de Valparaíso en que más perjuicios se originaron por el costo de los edificios destruídos y de las valiosas mercaderías que guardaban; esta es la comprendida entre las calles de Edwards, Avenida Errázuriz, Melgarejo y Avenida del Brasil.

La mayor parte de los edificios estaban ocupados por grandes casas importadoras, que giran con fuertes capitales.

Vista panorámica

Las casas habitaciones no escaseaban tampoco. El Grand Hotel, de propiedad del señor don Francisco Javier Riesco, era un hermoso edificio de elegante arquitectura.

Estas construcciones escaparon relativamente bien de la acción del terremoto, pero fué el incendio el que dejó convertidas estas nueve valiosisímas manzanas en un montón de ruinas, respetando sólo las murallas de cal y ladrillo.

Algunos de estos edificios se destruyeron por el fuego varios días después del terremoto.



Tomando la hondura de una grieta

Sólo una manzana salvó de la acción del fuego y fué la ocupada por la propiedad del doctor Ramírez.

Las primeras cuadras de la Avenida del Brasil, ocupadas por los edificios del señor Santa María, se incendiaron completamente. En ellas se encontraban las casas de Lange, Nieto, San Juan, Rioja y Saavedra Bénard, etc., etc.

En la calle Blanco, en la cuadra, comprendida entre Edwards y Molina se incendiaron gran parte de los edificios en los cuales el derrumbe había causado ya considerables perjuicios en la propiedad.

En una de estas casas vivía la familia Mannheim Merino,

sobre la cual el cataclismo descargó sin piedad todo el peso de sus horrores.

Esta distinguida y respetable familia tuvo que lamentar en aquella triste ocasión la pérdida de uno de sus miembros más queridos.

Tal fué la niña Luisa Mannheim Merino, arrebatada á la vida en esa edad en que la mujer entreabre apenas el capullo primoroso de su existencia, perfumado con los aromas de la virtud, de la inteligencia y de la bondad.

Adornada por natural belleza y atrayente por una viva



Incendio de los edificios de la Avenida del Brasil

simpatía, era Luisa Mannheim, excepcionalmente distinguida por todas aquellas personas que cultivaban su amistad.

Formaban sus encantos la alegría del hogar, hoy enlutado por su triste y dolorosa muerte.

Con las vistas que insertamos puede el lector formarse una idea cabal del entierro de esta sentida víctima, llevado á cabo en esos días de zozobras, de inquetudes y de profunda y dolorida tristeza. . . .

En la acera sur habitaban las familias Ramírez Talavera y la familia Aray Santos.



Sra. Mercedes Talavera de Ramírez

De la primera murieron aplastados por los escombros la señora Mercedes Talavera de Ramírez y el señor Jorge Ramírez Talavera.

Un nuevo y distinguido hogar, quedó de luto con la pérdida de dos de sus miembros queridos.

La señora Talavera ocupaba una distinguida posición social.

Y su hijo, el joven Ramírez, fué otra de aquellas existencias que la desgracia cegó en la plenitud de la vida.

La familia del distinguido caballero ecuatoriano don Antonio Aray ocupaba otra de las casas de esta cuadra.



Srta. Luisa Mannheim



Sra. Concepción Santos de Aray

La Union, diario de Valparaíso, en el número del 17 de septiembre del año en curso relata las desgracias sufridas por esta familia y su salvación, en la siguiente forma:

«Vivía en el segundo piso de



Avenida del Brasil, tercera cuadra



Calle Blanco



Un entierro, Srta. M...



Entierro de la Srta. Mannheim

la casa signada con el número 501 de calle de Blanco, y ocupaba el tercero la familia del comandante Zegers.

»La familia Aray daba esa tarde una comida á algunos amigos de confianza con motivo de ser el onomástico de la señorita María. Hacía pocos minutos que se habían sentado á la mesa cuando comenzó el terrible terremoto. Todos se dirigieron á la escalera: dos de los invitados llegaron á la calle sin novedad, pero la señora Josefa Santos de Aray, sus hijos María y Alcides y otro de los invitados bajaban la escalera cuando se derrumbó sobre ellos parte de la muralla que dividía la casa de la Imprenta Excelsior, y hundió la escalera y ellos quedaron enterrados hasta la cintura, pero vivos.


Carlos Andcnaegui Aray

»La señorita María logró desprenderse porque estaba menos aprisionada, y entre ella, su hermano y el señor Delpino sacaron á la señora de entre los escombros, herida en una pierna.

»Siguieron bajando los pocos escalones que quedaban en p e, y en la puerta pidió la señora Josefa que la dejaran descansar un rato en el dintel. Sentóse allí y en esos momentos se oyeron las voces de auxilio que daba otra de las hijas, la señora Concepción Aray, esposa de don Carlos Andonaegui: ella, su esposo y un niñito habían caído hasta las bodegas por causa del derrumbe de la escalera.

»El joven Alcides acudió á socorrerlos y sacó al niño, que entregó á la señora Josefa, y volvía para sacar á su hermana y su cuñado, cuando se produjo el segundo terremoto: con éste se desprendió un gran block de la puerta y aplastó á la señora Josefa y al niñito Carlos Andonaegui Aray; la señorita María, que acompañaba á la señora Josefa, quedó herida en una mano.

»Después del segundo terremoto pudieron salir el señor Andonaegui, su esposa, la señorita María y el joven Alcides é iniciaban la tarea de extraer los cadáveres.

»Entre tanto, por la ruptura de la escalera, había quedado aislado en el segundo piso don Antonio Aray: para salir tuvo



Ruinas de los edificios de la Plazuela Bellavista

que dejarse caer desde arriba y lo recibió en los brazos su hijo Alcides.

»Por la misma causa quedó aislada en el tercer piso la familia Zegers; la señora se dejó caer de allí al segundo y de éste al primero, pero la señorita Zegers se lanzó del tercero al primero. Todos salvaron milagrosamente.

»Y este salvamento hubo de hacerse en esa única forma, pues ya la casa estaba amenazada de incendio, pues entre el primero y segundo terremoto salió fuego de las ventanas de la casa



Avenida Errázuriz

del frente. En ese grupo de casas murieron dieciocho personas.

»La familia Aray es ecuatoriana. Había venido á establecerse en Valparaíso, por la educacion de los jóvenes, sobre todo de don Flavio Aray, que fué teniente 2.º en nuestra Armada. Es una familia muy respetable y que goza de muchas simpatías en nuestra sociedad. La señora Josefa Santos de Aray era muy virtuosa y de un excelente carácter: pocas veces hemos conocido una familia más unida y más cariñosa en sus mutuas re ac ones.»

Los edificios de la Avenida Errázuriz desde la calle Edwards hasta la de Melgarejo, con excepción de los edificios del señor Ramírez, quedaron reducidos á escombros.

Desde la plaza del Orden hasta la de Sotomayor, sólo sufrieron perjuicios las construcciones de la Avenida Errázuriz.

Los edificios en que se encuentran las oficinas de las Compañías Sud-Americana é Inglesa de Vapores, sufrieron perjuicios de alguna consideración.

LA CARCEL

La noche de la catástrofe, quinientos noventa y ocho reos purgaban sus culpas en los diferentes calabozos del presidio de Valparaíso, situado en una de las colinas más centrales que rodean la ciudad. La escasa guardia, al mando del señor Alcaide don Marcial Lois, se componía esa noche de cincuenta y tres individuos.



Don Marcial Lois, alcaide de la Cárcel, en la entrada del pasadizo que lleva á los calabozos



Edificios Plazuela Bellavista

Completando el número de esos quinientos noventa y ocho reos se encontraba un novelesco personaje, que tuvo preocupado por largo tiempo no sólo al vecindario de Valparaíso sino al de todo Chile, y á quien se le imputan diversos y sangrientos crímenes: Emilio Dubois.

Tal individuo con su captura sensacional, su misteriosa vida y su actuación ante la justicia, fué el tema obligado de las conversaciones, desde el mes de marza hasta el 16 de agosto de este año, fecha en que perdió su triste popularidad.

Sin embargo, en medio de la desesperación general, se



Jefes y oficiales de la guardia en la Cárcel

oía á menudo esta pregunta: ¿Y Dubois? ¿Es cierto que huyó? ¿Es cierto que lo fusilaron? Pocos como él podrán vanagloriarse de que toda una ciudad se preocupara de su persona en medio de tan terrible desgracia!

Y mientras tanto ¿qué ocurría en la cárcel?

Los más siniestros rumores circulaban por la ciudad en aquella noche nefanda acerca de los presidiarios. Se creyó por un momento que todos habían huído aprovechando el espanto y la confusión. Felizmente esa primera impresión pudo luego desvanecerse.

La valiente actitud del señor Alcaide y del personal que tenía á sus órdenes libraron á la ciudad de una nueva calamidad que hubiera sido, sin duda, de gravísimas consecuencias.

Junto con empezar el movimiento cayeron las paredes de uno de los calabozos que encerraba no ménos de setenta reos.

Afortunadamente, el señor Alcaide, sin pérdida de tiempo, tomó las primeras medidas para evitar la evasión, y después de enviar parte de la guardia á rodear el edificio por el exte-



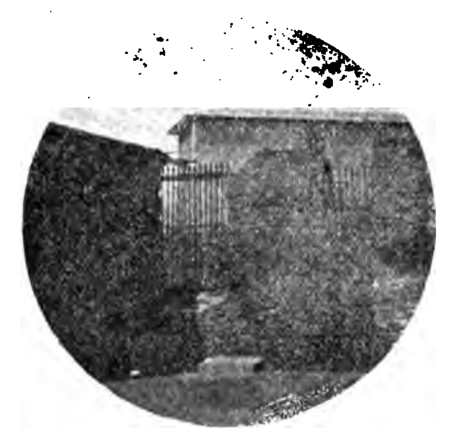
Un calabozo destruido

rior, el resto del personal, encabezado por él mismo, entró resueltamente por los estrechos pazadizos al interior de la cárcel, en medio de los gritos desesperados de aquellos infelices.

La fuerza del segundo terremoto encontró á la abnegada guardia, bajo las antiguas y sólidas murallas que se derrumbaban á su paso.

Los reos de uno de los calabozos destruídos se dirigieron al taller de herrería para armarse de combos y de toda clase de herramientas con que romper las cerraduras de los otros calabozos y producir una evasión total.

En uno de ellos, el que aquí reproducimos, las paredes se derrumbaron completamente y los presos se agruparon en la pesada puerta, en donde estuvieron largo rato forcejeando inútilmente por romperla. Por suerte para ellos, los otros reos recién armados con las herramientas que encontraron en el taller de herrería llegaron en su auxilio y á fuerza de fuertes golpes de combo, lograron romper las cerraduras. Lo que relatamos de este patio, podríamos repetirlo respecto de los demás, pues los que estaban ya en libertad se dedicaban á poner en salvo, no de la muerte, sino de la prisión á sus compañeros de infortunio. La guardia no podía evitar la acción de los reos,



Sitio por el cual intentaron evadirse los reos

que mañosamente y con gran habilidad se dividieron en varios grupos, que se destinaban; unos á distraer á los guardias, otros á libertar á sus compañeros, otros, en fin, á buscar el mejor sitio por donde escapar.

El señor Alcaide comprendió el plan de éstos y todos sus esfuerzos se dedicaron de preferencia á resguardar las murallas caídas, consiguiendo de este modo cortar la retirada á los reos que, favorecidos por la completa obscuridad de la noche, emprendían la fuga por la parte más débil del edificio: la reja que aquí reproducimos.

La conducta enérgica del jefe y la abnegación de la guardia

evitaron de tal modo la evasión. Hubo necesidad para ello de sacrificar algunas vidas.

Dubois, entre tanto, ocupaba la más cómoda de las celdas, es decir, la que prestaba mayores seguridades, cuyas llaves guardaba el Alcaide en su poder.

Después de la catástrofe, pedimos á Dubois nos relatara sus impresiones sobre el terremoto y teniendo que vencer su obtinada resistencia, poco á poco, nos refirió que la catástrofe lo había sorprendido recostado en su lecho, meditando en su defensa.



Emilio Dubois

«Al principio, dice, no me alarmé, pues ya tenía experiencia en materia de terremotos, por haberme encontrado en otro en Colombia; pero al ver que el edificio crugía me dirigí hacia la puerta la que golpeé reciamente con las esposas hasta lastimarme las manos. Pero aquello fué inútil, nadie ocurría en mi auxilio. Continué golpeando con los grillos, pero ni la puerta cedía ni tampoco contestaban á mis golpes.

»Cuando ya las fuerzas se me agotaban y cuando la desesperación empezaba á apoderarse de mí, sentí los pasos de un guardián, con quién solicité al Alcaide me sacara del calabozo. Pero ¿cuál no sería mi desesperación al saber que las llaves de mi celda se encontraban sepultadas bajo los escombros de la casa del señor Alcaide? Tuve que resignarme, pues, á morir enterrado vivo; á los pocos minutos, sin embargo, oí por la ventanilla que servía para dar ventilación á mi calabozo, una voz que decía: *musiú Dubois, los niños vienen á sacarlo.* Una nueva esperanza brilló entonces en medio de tanto infortunio.»

Los presos listos para efectuar la evasión proyectada desde los primeros momentos, necesitaban de un jefe que los capitaneara y vinieron en su busca. La resistente puerta no

cedió al recio golpe de las herramientas, ni á los sacudones de los robustos brazos.

Un forado era operación larga y difícil, pero había otro medio para conseguir el objeto que se proponían. Empiezan á abrirlo por el calabozo vecino, en la muralla que los divide, pero luego un recio temblor les hace abandonar la tarea, para empezar el que reproduce nuestra instantánea, relleno ya de adobes.

Una vez terminada la atrevida obra, tropezaron con otra dificultad. Los grillos y esposas que Dubois usaba, para ma-



Forado que abrieron los reos en el calabozo de Dubois

yor seguridad, impedíanle hacer movimiento alguno á fin de salir por la improvisada puerta que le ofrecían sus compañeros. Finalmente, uno de éstos resuelve entrar por ella, al calabozo y empieza á empujar á éste, mientras los de afuera «lo estiraban como anguila», según la expresión del mismo Dubois.

Una vez fuera sus colegas lo visten á la chilena de poncho y de chupalla y desde este momento ya no se llama «musiú Dubois», sino el «pequenero», ó «el mote mey», y se prepara á escapar. Afortunadamente fué reconocido en los momentos

en que huía y convertido de nuevo en «musiú Dubois» fué llevado á otra celda donde se le aseguró convenientemente.

El interés que despertó Dubois en nuestra sociedad fué enorme y él se puede juzgar por las cien variadas historias que se oían en los días posteriores á la catástrofe, alrededor de su persona.

Esta es la causa por lo cual hemos relatado detalladamente este suceso, que es la relación verdadera y exacta, referida por él mismo, y confirmada por el amable Alcaide señor Lois.



Grupo de guardianes

Después de varias horas de rudo trabajo logró la guardia sofocar la revuelta, imponiéndose con toda energía. No eran ya las altas murallas que guardaban á los reos, sino las mortíferas y certeras balas que disparaban los soldados las que detenían la fuga.

La guardia cumplió con su deber, imitando la conducta de sus jefes.

Nos complacemos en dar un grupo de esos bravos soldados que por su conducta merecen la gratitud de Valparaíso.

Desde la plaza Sotomayor hasta la Aduana los perjuicios

se manifiestan en grandes proporciones. Los edificios de las calles de Serrano y Cochrane sufrieron considerables deterioros. Pero dónde éstos se notan en mayor número es, sin duda, en la plaza Echáurren.

En una de las casas edificadas en el costado poniente, vivía el conocido comerciante don Gregorio Polish quien tuvo que lamentar la muerte de tres de sus hijas: Olga, Oresta y Elisa.



Srta. Elisa Polish

Los espaciosos edificios de la Aduana sufrieron perjuicios avaluados en $ 500,000 sin incluir en esta suma la pérdida de la gran grúa del muelle fiscal, que se derrumbó.

En los cerros de Toro y San Francisco, las humildes viviendas de nuestra clase trabajadora quedaron convertidas en montones de escombros. Las pérdidas de vidas, fueron en ellos numerosísimas. Entre los heridos mencionaremos al conocido caballero don Carlos Newman.

Los demás cerros como los de Concepción, Alegre, etc., salvaron en buenas condiciones.

El barrio de Playa Ancha, situado sobre los cerros que cierran la bahía por el sur, salvó tal vez en mejores condiciones que el barrio del Barón situado en la extremidad opuesta, debido, sin duda, á la calidad y firmeza del suelo.



Srta. Oresta Polish

El edificio en que funcionaba la Escuela Naval, sufrió perjuicios de tanta consideración que será necesario reedificarlo casi por completo. A pesar de ésto no hubo en la noche del terremoto desgracias que lamentar y las buenas y prácticas medidas que tomó desde los primeros instantes el sub-director del establecimiento, capitán Schroders, contribuyeron á que el orden y la disciplina se guardara con toda estrictez.



Olga Polish

La plaza Sotomayor ó la de la Intendencia como era llamada cuando estaba en ella la casa Consistorial está formada por espléndidos edificios como el Palacio de la Justicia, el correo principal, el Cuartel General de Bomberos, la estación del Puerto, la Gobernación Marítima, la casa de Rose-Innes, el

Hotel Inglés, etc. El monumento que recuerda el heroísmo de Prat, Condell, Serrano, Sargento Aldea, etc., se encuentra también ubicado en esta plaza y por fortuna no sufrió siquiera ni una rasgadura.

La estación del Puerto, la casa de Rose-Innes, y el Hotel Inglés, salvaron sólo con los desplomes y g ietas correspondientes.

La Gobernación Marítima, elegante edificio y Centro social de los distinguidos marinos de nuestra Armada Nacional,



Tribunales de Justicia

fué teatro de uno de los derrumbes más completos que se produjeron en la ciudad comparable tan sólo á los que dejaron convertidos en un montón de ruinas el teatro Victoria y el templo de la Merced.

El Correo sufrió perjuicios, pero no de mayor gravedad. No pasó otro tanto con los del Cuartel Jeneral de Bomberos y Tribunales de Justicia, que quedaron inhabitables.

Damos con ésto, por terminada la relación de los perjuicios causados por el terremoto de 16 de agosto y por los incendios que le siguieron en la ciudad de Valparaíso.

Por ella se habrá impuesto el lector de su enorme magnitud á pesar de que no es posible formarse idea aproximada del desastre con relatos y fotografías sin haber presenciado el espectáculo sin nombre de aquella noche de horror que vivirá perpetuamente en nuestra historia nacional.

Antes de terminar este capítulo vamos á dar algunos datos estadísticos sobre las pérdidas de vidas y sobre el monto de los perjuicios materiales causados en Valparaíso, por la catástrofe de que nos ocupamos.



Cuartel General de Bomberos

El número exacto de víctimas es imposible precisarle por varias y diversas razones.

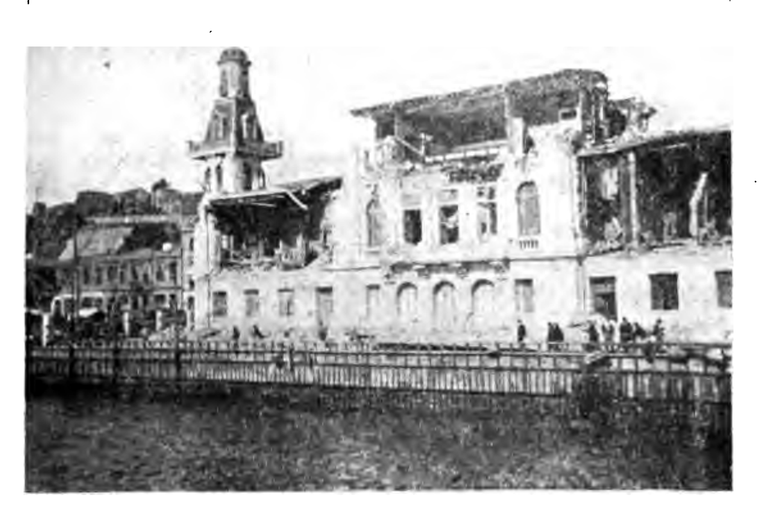
Muchas fueron las personas que perecieron carbonizadas por los incendios. En los primeros días fué necesario incinerar muchos cadáveres que se encontraban esparcidos por las calles y que era imposible enterrarlos, porque las vías públicas se encontraban intransitables.

Y no fueron pocos los que hallaron sepultura en las profundidades del mar.

Gracias al abrumador trabajo de los que tuvieron á su



La Gobernación Marítima antes del terremoto



La Gobernación Marítima después del terremoto

cargo el servicio de sepultación de cadáveres, del cual nos ocuparemos en el próximo capítulo, se pudieron identificar mil cadáveres, calculándose en dos mil los no identificados.

Tres mil, es la cifra mas aproximada y más cercana á la verdad respecto al número de víctimas. No contamos en esta cifra las numerosísimas personas que murieron á consecuencia del terremoto en los días subsiguientes.

El número de heridos fué inmenso y sin temor á equivocarnos podemos dar la cifra de veinte mil.

En cuanto á las pérdidas ó perjuicios materiales no hay



Gran Avenida. Ruinas del edificio de B. Timmerman y Cía. y Ferro Sanguinetti

base para hacer un cálculo aproximado y por eso vamos á enumerar algunos factores que puedan servir para formarse idea de ellos.

El monto de los seguros comprometidos en los incendios que se siguieron al terremoto, asciende á la suma de treinta y dos millones de pesos.

El padrón municipal de las propiedades urbanas arroja la suma de cuatro millones de pesos.

Las propiedades, mobiliarios y mercaderías no asegurados son otros tantos factores que vienen á formar la crecida suma

de trescientos millones de pesos en que se pueden calcular prudencialmente el total de las pérdidas.

Pero si consideramos lo que será necesario gastar para rehacer lo destruído, esta suma tendría que sufrir una notable alteración.

Damos á continuación la nómina de las víctimas del terremoto identificadas.

Enrique Blanco
Ruperto Torres
María Eug. Torres Blanco
Adela Benavides Cerda
Ana Benavides Cerda
Sofía Benavides Cerda
Aurora Tapia de la Paz
Hortensia Ballerino de Herrera
María Luisa Gómez de Rodríguez
Pabla Filomena Jiménez Salfati
Augusto Kiel
Eduardo Kiel
Berta Kiel
Luciana Kiel
Ricardo Méndez
Francisco Bettancourt Medina
Félix F. Bettancourt Prieto
Roberto Court
Ana Rudolphy
Pedro N. Urra
Margarita Mendoza
Matilde González Cárson
Aurora Bataille de Frías
Oscar 2.º Mendoza
Manuel Octaviano Silva Riquelme
Carlos Millar
Elena Lorca Prieto
Elvira Lorca Prieto
Enrique Gálvez
Clara Orellana de Marcheslelo
Juan Alveina
Aurora Salinas de López
Augusto Sateler Cammas
Fernando Sateler Cammas
Florentino Abarca
Antonio Martínez
Rosa Herminia Clavel
Delia Mazzini
Luis Bonfante Calamano
Señora de Olivet
Inés Alvarez Mac Auliffe
Carlos Octavio Alvarez Mac Auliffe
Constancia de las M. Silva de Carlini
Sara Guillermina Rebeco A.
Luis Perinetti
Alfredo Salas
Antonio Olguín Alvarado
María Luisa Mannheim Merino
María Teresa González Sateler
Antonio Bruno
José Penacchio
Santiago Allaría
Dionisio Hoyuelos
F. Bedenneau
Albertina Valenzuela
Ester Sepúlveda
Jenoveva Lizama
Ernesto Lizama
Urbelinda Lizama
Julio Laussen
José Arroyo
Adela C. de Queirolo
María Luisa Irigoyen
Rosa Irigoyen
Ricardo Lanca
María López
Eusebio Herreros
Efraín Reyes Moscoso
Juan Rodríguez
Mercedes Talavera de Ramírez
Jorge Ramírez Talavera
Teodomiro González
José M. Morandé M.
Teresa Gatefalt
Alfredo Andonaegui
Pedro Fuentes
Señora de Iversen
José Tomás Carrasco
Juan E. Faúndes
Pedro Vargas
Ernesto Reyes
Ernesto N.
Juan Francisco Torrealba
José Luis Venegas
Martín Maturana
Manuel Pérez
Raimundo Osorio
Juan M. Mardones
Zoilo Rodríguez
Oscar Rodríguez
Luis A. Jiménez
María Faúndes

Donisia Díaz
Elena Collado
Luisa Molina
Indalicia Letelier
Ana Luisa Marchant
Rita Andaner
Clementina Peralta
Juan Berríos
Maldina Díaz
Josefa Santos de Aray
Carlos Andonaegui Aray
Guillermo Solís
Susana Lopehandía
Hortensia Díaz
Juan Moncada
Juana María Letelier
Eduvigis Flores
Vicente Jofré Rojas
José Barguetto
Luisa Dinamarca
Amanda Ester Figueroa
Rebeca Vial Lazcano
Dionisio Díaz
Tomás Carrasco
Exequiel Faúndes
Alberto Aguilera
Josefa Mena
Elena González
Petronila Salomón
Elena Gazitúa y cinco hijos
Rebeca del C. Silva H.
Celia Rosa Tapia
Ester Rosa Lavandero
Adela Avila
Carlos Henríquez
Rosa E. Cerda
Alejandro Cabeza
Juan de Dios Palacios
Delfina Reyes
Pedro Gallardo Díaz
Juan Riquiero
Serapio Céspedes
Eugenio Achirica
Guillermo Yunfans
María Salazar
Efigenia Ampuero
Daniel Martínez
Enrique Coke
Señora de Medina
B. Valderrama
Diego Velásquez
Exequiel Riesco
Jorge A. Sund
M. González
Ampuero González
Felisa González
Angela González
Carmela González
Fabián Alonso
Francisco Cruz
José Luis Tagle
Juan Werner
Martín N.
Juan Lizama
Bernardo Rodríguez
María A. Melo
Leonor Fuentes
Leonor Vargas
Juan Figueroa
Manuela Labarca
Julio A. Carvacho
Tránsito del C. Pailaquelo
Rosa A. Zamora
Julio 2.° Parra
María Wilson
Auristela del C.
Rufino Aguilera
Luzmira Aguilera
Hijos Aguilera
Clarisa Zamudio
Ernesto Corrales
Pedro A. Escobar
Zoila Rodríguez
Luisa Muñoz Silva
Margarita Díaz
María Isabel Perry
Gertrudis P. v. de Catalán
Gertrudis Arancibia
Mercedes Santander
Carmen Díaz
Mercedes Vargas
Perfecto Sierra
María Riveros
Juan Vargas
Elisa Polish
Oresta Polish
Rosa Montoya
Brunilda Valdés
Celia Cerda
Rosa Díaz
Victoria Faure
Julia Galaz
Juan Francisco Cuevas
Amalia Alvarado
María R. Fuentes
Margarita Valdebenito
Diego Giliberto
Lucila Valdés
Julio 2.° Ramírez
Buenaventura Aguilera
Desideria Aguirre
Rosa Amelia Medina
Teresa Silva
Francisco Gamboa

Luis A. Alvarado
Elena Wiebe
Gustavo Eggeling
Guillermo Waggeman
Carlos Martínez
Guillermo Comber
Gilberto Cantens
Rosa Godoy
Juan C. Peña
Lastenia María Quiroz
Carmen Menares
María Inés Núñez
Madre de Celia Ramírez Díaz
Manuel Fuentes
Josefa Mena
Isidoro Henríquez
Julia Escobar
Olivia del C. Bello
Eloísa Jeldes
Nicanor Alliendes
María R. Luna
Gertrudis Ibarra
Andrés Canessa
Santos Espinosa
María Olivo
Rosa Carrasco
Ricardo Zañartu
Rosa Leiva
Janes Kitti de Henry
Juan Vásquez
María Gonica
Mercedes Fuentes
María del C. Díaz
Atanasia Núñez
Ricardo Aranda
Luis Alberto 2.º R.
Luis H. Donoso
María I. Leiva
Gilberto 2.º Sánchez
Jorge Gustavo Carvallo
Carlos Frías Rodríguez
Angela del C. Fabre
Natividad González
Zunilda del C. Salinas
Luis Fussana
Tránsito Mejía Pérez
José Herrera
Albina Arancibia
Victorio Torres
Clemente Sánchez
José Costa
Elvira Jara Peñailillo
Olga Polish
Ana Serrano
Rosa Elvira Cotapos
Mariana Torricelli
Bruno Blaschke
Andrea Astudillo
Domitila Gajardo
Rosa Aída Lastrico
Corina Lagunas
Zunilda Tolosa Ríos
Moisés Riveros
Petronila López
Celia del C. Lastrico
Segundo Bastías
Juan Gómez
Celia Cajales
Mercedes Rojas
Samuel Pizarro
Olga Raquel Vera
Carlos Araya
Tomasa Canto
Manuel Espinosa
Manuel Zamorano
Ernestina López
Bernardo Zúñiga
María Vidal
José Santos López
Juana Justiniano
Justa Varas
Amador Vásquez
Víctor Rojas
Amalia J. de Rosés
Teresa Rosés
Amalia Rosés de Donoso
Alfredo Rosés
Javier Rosés
Raúl Rosés
Angela Rosés
Tránsito Rosés
Encarnación Otárola
Tránsito Hidalgo
Raúl Espejo
Fernando Pastenes
Luis A. Brito
Armando Araya
Josefa Quintana
Elena Jara
Isaías del C. Riveros
Carlos Díaz
Margarita Guzmán
Alfredo Baxter
Juan B. Riquelme
Duhelma Eppe
Berta Garat
Luisa Garat
Isabel Solar
Sara Aguirre
María Ormazábal
Ignacio Espinosa
Fernando Fredes
Sara Pascal
Rosa Alfaro

Lidia Carrasco
María Berríos Romero
Rosa Aura Castro Díaz
María Isabel Bustos
Guillermo Villalón
Vicente G. Espinosa R.
Filomena Pacheco
Eduvigis Flores
Arturo Domínguez
José Mercedes Alarcón
Alberto González
Lorenzo Vergara
Juana Figueroa
María E. Arce
Agustín A. Valdés
Rosa A. Serey
Adolfo San Martín
Alberto Liánes
Blanca R. Durán
Auristela Valdivia
Aurelio Pozo
Brígida Navarro
Luisa Gutiérrez
Mercedes Catalán
Luis F. Abarca
Luis H. Valdés
Alfredo Suihoff
José M. Castillo
Nicolás Socavica
Fermín Cáceres
Juan de la C. Ortiz
Jesús Guerrero
Zoila R. Huerta
Margarita Valenzuela
María Ahumada
Mercedes Rojas
Carmen Morales
Alberto González
José M. Alarcón
Lorenzo Vergara
Juan de D. Cisterna
Efraín Valenzuela
Delfín 2.º Navarrete
José A. Pizarro
Elisa Avendaño
Pabla A. de Plaza
Medardo Arriagada
María Salinas
María B. Cruz Varas
Raquel Villar E.
Héctor Manuel Cerda
José Domingo Latorre
Raquel del C. Fredes
Lastela Ella
María González
María Aranís
Ruperto López
Adrián E. Baeza
Rafael Jaramillo
Julio Duprat
Alda Duprat
Celia Reyes
Luis A. Faundes
Faustino Cifuentes
Margarita Rivera
Julio Ossandón
Enrique Koler
Dolores Espinosa
Nonato Vega Herrera
Guillermo Jelvez
José Santos 2.º Gaete
Germán L. Vásquez
Elliberto 2.º Aranda R.
Eusebio Torres
Carolina Ponce
Manuel Concha.
Augusto Spudick
Zoila Rosa Hernández
Selma Blaschke
María L. González Z.
Lidia Galloa
Julio Ortega
Flora Rosa Manríquez
Juan Silva Carvajal
Juan de D. Otaiza
Lucía Vásquez
Clorinda Olavarría Z.
Domingo Tobar
Juana v. de González
Manuel Tapia
Transfiguración Guzmán
Josefina Araya
Domitila Pimentel
Rosa Ester González
Trinidad Martínez
Avelino Vera
Clara Rojas
Olga Hadges
Doralisa Salinas
Carlota Sosa de Niño
María M. Gómez
Regina del C. Zúñiga
Juan S. 2.º Varas
Amelia Rosa Abarca
Luis A. Jeria
Enrique F. Cruz Vera
Micaela del C. Orellana
Amanda R. Estay
Luis H. Herrera
Juan de D. Roque
Edelmira del C. Amaya
Oscar Muñoz Pizarro
Luis A. Marchant
Manuel A. Concha

Nicolás Covarrubias
Emilio Galaz
Georgina del C. Zenteno
Bernardo González
Nicanor 2.º Carvajal
Manuel J. Concha
Rita Silva García
Elvira Pinto
Amanda Solce Dután
Carmen Mardones Z.
Carmen Bello Araya
Bartola Marzar A.
Nicanor Durán C.
Oscar Tapia
José Guillermo Jara
Juan de D. Espinosa
Vidaurraga Z.
Braulio E. Castillo
Daniel Ovalle M.
Carlos A. Martínez
Rosalía Alvarado
Barrera N.
Lastenia del C. Riveros
Juana Elisa González
Silva N.
Lucila San Martín
Isabel Avaria
Isaac Pasarín
Quiteria Carmona
Erasmo Puebla
Manuel Jorquiera
Ramón Morales
José Antonio Piérola
Antonio Fleita
Leoncio A. Bruna
Teresa del C. Vilches
Manuel Arcos U.
Lisandro Orellano G.
Laura del C. Gálvez
María A. Aravena
Ana Elena Valdivia V
Blanca Adía Muñoz
Corina Torres
Raquel Ibáñez G.
José Avelino Avila
María P. Torrealba
Amalia Vilches
Luzmira del C. Luper
Gregoria Gallardo
Isabel del C. Lastra C
Samuel Bravo
Baldomero Canales
Juan Torres
Pedro Astorga S.
Crescencio Flores
Francisco Serrano
Armanda Rosa Castro
Abelardo Muñoz
Antonio Soto
Salvador Brodi
Rosa Vergara E.
Emma Marchant
Sara del C. Romero C.
José Flores
Luis A. Salinas
Laura Rosa Vera
Rosa Arancibia Riffo
Auristela E. Pérez M.
Agustín Orellana
Adela del C. Olguín
Manuel Galindo
N. Labraña
Germán Barrientos
Feliciana Arce
Esmeralda Araya
Rosa Fernández
María Yáñez O.
Matías Pulgar
Rosa Clavel v. de García
José Díaz Pizarro
Lina Roffa L.
Isabel Benzanar
Raquel Rivero A.
N. Escobar
Alejandro Díaz F.
Clara E. Acha
Luis A. Pozo
David Bota García
Juana Galarce
María R. Carvajal
Adela Soto
N. Encina
N. Gamboa
Manuel J. Hernández
Marcelo Asco
Adelina A. Rojas
Humberto Fredes
Doralisa Zamora
María Luisa Quinteros
Marta Jiménez A.
Faustino Arriagada
Rosario López
Juana Vásquez G.
Juan José Hernández
María López
Pilar Muñoz
Eloísa García
Delfina San Juan
María T. Caviedes
Blanca Farías
Herminia Ramírez
Juan González
José A. Saravia
Rosario Quiroz

Amelia N.
María N.
Catalina Gormaz v. de Silva
Margarita Acevedo
Marta Acevedo
Angela Avila
J. María Ahumada
Manuel Ahumada
Ester Baeza
María Budici
Pedro Canobra
Marta Díaz de B.
Dominga Díaz
Ana Rosa Díaz
Amalia Espinosa
Laura Escala de Aguayo
Blanca Figueroa
Irene González
Antonio Justo González
Filomena Mura de Caviedes
Erasmo Hernández
Miguel Herrera
José de Morán
Samuel Morán
Juan Moller
Isabel Morandé
Isolina Núñez Morales
Mercedes Núñez Morales
Dorila Núñez Morales
Segundo Núñez Morales
Elena Orellana
María Ormazábal
Carmen Olivares
Leonor Rodríguez
Clara Rojas
Margarita Solar v. de Salas
Mauricio Salinas
Carmen Tapia
Luis Vásquez
Amador Varas
Arturo Vergara Saldivia
Adolfo Chaume
Amelia González de Luján
Amelia Soruco de Ripamonti
Enriqueta Martínez Alarcón
Luis Antenor Salvo
Estefanía Peralta v. de Macaya
Teodora Menares v. de Jaña
José Alberto Muñoz
Clotilde Vásquez
Laura Labra
Pascuala Rodríguez
Luis Alberto Rojas
Juana Vásquez
María Gómez
Mercedes Vera
María Durán
Fermina Arruel
María Hidalgo v. de Ferreira
Clotilde Venegas
Pedro Arroyo Valdés
José Félix Espinosa
Petronila Rivera v. de Plaza
Albina Herrera
Pedro Aros
Sra. Cecilia N.
Candelaria Núñez





LA OBRA DE SALVACION

Después de hacer el relato de tantos horrores y de poner á la vista del lector el triste cuadro de una ciudad que lucha en su agonía, cabe ahora manifestar la obra de todos aquellos cuya acción humanitaria y salvadora contribuyó á evitar para Valparaíso consecuencias aún más fatales y desastrosas que las que pudo acarrear la catástrofe en su avance devastador.

En esta obra de salvación pública figuran, en primer término, las autoridades que, desplegando una actividad no imaginada dentro de una abnegación sin límites, procuraron desde los primeros instantes del cataclismo los más urgentes auxilios para los heridos y menesterosos y con medidas enérgicas y oportunas lograron mantener el orden y el respeto á los poderes públicos dentro de la ciudad.

En segundo término contribuyeron á la obra de las autoridades, cooperando á ellas eficazmente en su labor humanitaria, muchas distinguidas personas cuyos nombres iremos dejando en las páginas de este libro como un tributo debido á sus nobles sentimientos de caridad.

También contribuyó á esa obra de salvación el pueblo mismo cuya energía y fuerza de espíritu, en medio de la desgracia, lo llevó á realizar una multitud de actos de verdadero

heroísmo, ignorados en su mayor parte para nosotros, pero vivos en el sentimiento y en el recuerdo de todos aquellos que pudieron presenciarlos.

En esta envidiable y hermosa rivalidad por hacer el bien y aliviar al desgraciado figuran muchos nombres que pasarán como ejemplos de alto civismo á la historia de este gran desastre de Valparaíso.

Sería imposible precisar con rigurosa exactitud el orden de mérito que á ellos corresponde por la cruenta labor realizada, pero atendiendo á la responsabilidad de cada cual en el



Avenida Errázuriz, esquina Edwards

puesto que desempeñara ese orden ha sido ya claramente señalado por la opinión pública.

De este modo, pues, los nombres de los señores don Enrique Larraín Alcalde, Intendente de la provincia, de don Luis Gómez Carreño, de don Enrique Quiroga, del primer alcalde, don Enrique Bermúdez, de don Alberto Morales, de los señores Ministros del Interior y de Guerra don Manuel Salinas y don Salvador Vergara, quedarán entre otros perpetuamente señalados á la gratitud, al respeto y al cariño de todos los chilenos.

Junto á éstos hay también otros nombres que indican á personas que pusieron desde el primer momento al servicio de las autoridades el contingente valiosísimo de su esfuerzo y patriotismo para contribuir al bien general.

No podríamos olvidar entre ellos á los señores José Ramón Gutiérrez, Guillermo Rivera y Samuel León Silva, diputados por Valparaíso, al contra-almirante don Luis A. Goñi, á los secretarios de la Intendencia y del Municipio señores Emilio Errázuriz y Eulogio Várgas, al señor regidor don Eugenio Es-



Sres. Juan de Dios y Víctor Vergara Salvá y Sras. Enrique y Lyonnel Edwards, desayunándose el 17 de agosto

cobar Cerda y á tantos otros que iremos apuntando al señalar sucesivamente su labor.

Es preciso, pues, que comencemos la relación ordenada de este capítulo.

Apenas hubo sobrevenido el cataclismo y cuando la ciudad se hallaba en medio de la más grande y espantosa confusión el señor Intendente de la provincia, olvidando la angustia de su familia y comprendiendo que su principal deber estaba en aliviar la situación de los habitantes, se dedicó á poner en

práctica todas aquellas medidas que dictaban las circunstancias del momento.

A las 8½ de la noche el señor Larraín Alcalde dió al capitán de navío don Basilio Rojas, la orden para que inmediatamente trasladase á tierra la fuerza de marinería disponible.

En seguida se trasladó el señor Intendente á la plaza de la Victoria desde donde despachó el primer propio con las primeras noticias al Gobierno. Este mensajero fué el oficial de policía, don Carlos Ortiz, que partió de Valparaíso á las 9 de la noche del 16.

En ese parte decía el señor Larraín, que á causa de un fuerte terremoto, la ciudad de Valparaíso se hallaba casi destruída y amagada por un sinnúmero de incendios; que por el momento no se podían calcular los perjuicios totales; que había muchos heridos y muchas pérdidas de vidas; que las comunicaciones estaban cortadas y que se esperaban pronto socorros y auxilios.

A las 9¼ se presentaron las primeras fuerzas de marinería en la plaza de la Victoria, desde donde fueron distribuídas en patrullas en número de 250, más ó menos.

Se declaró cuartel general la plaza de la Victoria.

Un poco más tarde fué designado el doctor don José Grossi para que se hiciera cargo del servicio sanitario, haciéndose inmediatamente las primeras curaciones.

Se designó asimismo al doctor don Daniel Carvallo para que auxiliase á los heridos de las Monjas Francesas, quien se trasladó allí inmediatamente acompañado del señor Intendente, y al doctor don Félix Carrasco á los Padres Franceses donde practicó, á su vez, las primeras curaciones.

La policía, por su parte, al mando de sus jefes don Enrique Quiroga y don Alberto Morales se organizó en la mejor forma que era posible y se enviaron algunos guardianes á la cárcel para evitar la evasión de los reos.

Tales fueron las primeras medidas tomadas en la noche del 16 cuando la más espantosa confusión y el pánico que causaba donde quiera el avance de los incendios y el derrumbe de los edificios sólo hacían mirar por la propia salvación.

El día 17 el señor Intendente hizo llamar al gerente de la

Empresa de Agua Potable, señor don Jorge Lyon, para tomar de acuerdo con él, las medidas necesarias para proveer de agua á la ciudad, pues las cañerías se hallaban en su totalidad destruídas.

A las ocho de la mañana de ese mismo día se presentó á pedir órdenes al señor Intendente el mayor Schommayer al mando de dos compañías del Maipú. Otra compañía se había dejado en Viña del Mar.

Dichas fuerzas de línea fueron destinadas á resguardar el orden en las secciones del Puerto y de la Gran Avenida.



Familia Palma, mayor Schommayer y Sres. José Luis Vergara y Manuel Solari en la mañana del 17 de agosto

Al mismo tiempo el mayor Schommayer recibió las primeras «órdenes reservadas» del señor Larraín Alcalde para mantener á toda costa el orden público.

Poco después se nombraron comisiones para proceder al aprovisionamiento del pueblo.

Jefes de esas comisiones fueron nombrados don Enrique Quiroga y el señor regidor de la Municipalidad de Santiago don Juan Antonio Venegas que se presentó en los primeros instantes á ofrecer sus servicios á la Intendencia.

De acuerdo con el almirante don Luis A. Goñi se dió or-

den de regreso á Valparaíso á los buques de la Armada: *Esmeralda* y *Blanco Encalada*.

Se mandaron vapores á Caldera y Coquimbo para recoger guarniciones de esos lugares.

En seguida se hicieron con el señor Ibarza los primeros contratos para la construcción de galpones en la Avenida Brasil.

Poco antes del medio día se proporcionaron armas y municiones, sacadas de los arsenales, á muchos particulares y bomberos para que cooperasen al mantenimiento del orden.

Autorizados por la Intendencia formaron también al frente de sus connacionales los cónsules italiano y francés.

Como á eso de las 12 del día se presentó á pedir órdenes el señor comandante don Luis Gómez Carreño que había hecho el viaje á pie desde Viña del Mar, el cual fué nombrado jefe militar de la plaza.

Recibió este jefe las mismas órdenes reservadas que se le habían dado al mayor Schommayer.

El día 18 se encargó al regidor municipal don Pedro Fuller el aseo y la extracción de escombros de las calles y poco después á los señores Bherem y Mex.

Se dieron también nuevas armas á los particulares para que resguardasen el comercio extranjero.

En la mañana de este día el señor Intendente dirigió desde Quillota al Ministro del Interior el siguiente telegrama, que fué llevado por un propio á esa ciudad.

«Valparaíso, 18 de agosto de 1906.—Tengo el sentimiento de comunicar a US. que el 16 del presente, á las 7.55 P. M., se produjo en esta ciudad un gran terremoto, causando la pérdida casi total de esta población y sus alrededores.

»La destrucción abarca toda la ciudad, siendo de mayor intensidad en la parte comprendida entre las calles de Errázuriz, por el norte, é Independencia por el sur, y entre el estero de las Delicias y Plaza Aníbal Pinto.

»Las calles transversales de esta zona, están igualmente destruídas.

»Hasta este momento, los muertos pasan de 300 y los heridos de 800.

»Es imposible determinar el número exacto de víctimas,

que es, según datos obtenidos, numeroso, debido á que la destrucción abarca todo el radio de la ciudad.

»No sería exagerado afirmar que puede subir á más del doble de lo indicado.

»No considero necesario detallar por el momento cada uno de los innumerables perjuicios ocasionados en la ciudad; bástame sólo decir á US. que Valparaíso ha sido destruído casi totalmente, y que lo poco que queda en pie, está de tal modo



En el Cerro de la Cárcel

destrozado, que sólo puede considerarse como un montón de ruinas.

»Todos los habitantes se encuentran acampados en las plazas, avenidas, cerros y buques de la bahía, pues el estado de las calles, la constante repetición de los temblores y la multitud de murallas desplomadas que quedan en pié, ha causado tal pánico que hace que recurran á los sitios indicados, que son los únicos que ofrecen seguridad.

»El orden público ha logrado ser mantenido hasta ahora, habiéndose tomado desde el principio medidas enérgicas y severas.

»Las fuerzas de la Plaza están al mando del capit n de navío señor Luis Gómez Carreño, declarándola ocupada militarmente.

»En vista de que llega el tercer día sin obtener comunicación con Santiago; en la imposibilidad de prestar auxilio alguno inmediato por considerar á la capital en el mismo estado que el de esta ciudad, ordené regresar al departamento al crucero *Blanco Encalada* y *Esmeralda*, y la traslación á ésta de las guarniciones de la Serena y Copiapó, enviando los vapores *Uarda* y el inglés *Perú* á Coquimbo y Caldera.

»El *O'Higgins*, *Prat* y *Chacabuco* se encuentran en ésta. No obstante, necesito encarecer á US. la necesidad de reforzar esta guarnición, especialmente con fuerza de caballería é ingenieros militares, que se destinarán al resguardo de los cerros y demolición de los edificios peligrosos.

»Se ha ordenado la instalación de carpas y la construcción de grandes barracas en la Avenida Brasil, á fin de albergar las familias que han perdido sus hogares.

»Víveres, se calcula que habrá suficientes en plaza para el consumo de la población durante un mes, con los cargamentos cuyo envío han anunciado los comerciantes. Se reparten gratuitamente á todos los que lo solicitan.

»El agua potable escasea, debido á la destrucción en parte de la cañería matriz.

»El ingeniero de la obra estima que desde mañana puede dar agua, aún cuando para ello sea necesario desparramarla en las calles, para que el público pueda aprovecharla.

»Ha sido difícil la sepultación de cadáveres, curación de los heridos y demolición de escombros, por la escasez de brazos, que por causa del pánico se concretan á atender sus familias y buscar sus deudos perdidos. En la ciudad no hay más luz que la de los incendios, calculándose que en quince días podrá ser restablecido en alguna de las calles principales.

»Los reos de la cárcel han podido mantenerse en sus mismos locales, custodiados por fuerzas exteriores.

»Las poblaciones de Viña del Mar, Casablanca, Limache, Quillota y Llay-Llay, han sufrido más ó ménos destrozos.

»La comunicación de ferrocarriles con ellas, se hace casi

imposible desde luego; la línea está removida en grandes extensiones; hay derrumbes enormes y algunos puentes en mal estado.

»Es de temer que antes de un mes no esté lista, plazo que considero indispensable para continuar el abastecimiento de víveres á la población.

»En la bahía se han notado algunos cambios en las profundidades cercanas al muelle fiscal, lo que exigirá, tan pronto como sea posible, una rectificación de sondajes.

»La destrucción de las boticas de la ciudad ha dejado á la población sin los medicamentos y desinfectantes necesarios para atender á los heridos y enfermos.

»Ha quedado constituída en una de las carpas de la plaza de la Victoria, la oficina de la Intendencia, donde se reúnen las juntas de vecinos designadas para atender los servicios urgentes.

»Tendré especial cuidado de comunicar periódicamente á US. los detalles de tan grande catástrofe.—Dios guarde á US. —*Enrique Larraín Alcalde.*»

LA LABOR DEL INTENDENTE

Acabamos de apuntar las primeras medidas dictadas á raíz de la catástrofe y en los primeros días que le siguieron por el señor Intendente de la provincia don Enrique Larraín Alcalde.

Se puede notar en cada una de esas órdenes emanadas de la primera autoridad, el tacto, la previsión y la prudencia que dominaba el espíritu de este ejemplar gobernante en esas horas de ansiedad é incertidumbre.

Todo fué atendido y fué previsto desde el primer momento de la catástrofe por el señor Intendente y á su decisión y

rara energía, como asimismo al especial cuidado para elegir á los hombres que habían de secundarle, se debe, sin lugar á duda, la salvación de la propiedad y aún de la vida de muchos de los habitantes que lograron escapar de los horrores del cataclismo.

Seria materia de muchas páginas la narración de cada uno de los actos ejecutados por este ilustre mandatario en beneficio de la ciudad y es de sentir que el espacio reducido de este libro no nos permita reseñar sino á grandes rasgos esa ímproba y meritoria labor realizada en horas cuyo recuerdo habrá de perpetuarse en la historia y en la tradición de nuestra patria.

Al tercer día del terremoto, después de atender á la defensa y aprovisionamiento de la ciudad el señor Larraín Alcalde lanzaba la siguiente proclama que todo el mundo leyó como un heraldo de paz en medio de tanta desventura:

«El Intendente de Valparaíso: En estos momentos de dolor y de desgracia para toda la ciudad, se dirige á los habitantes, haciéndoles saber que los recursos de todo género están organizados y listos en la población.

»Con las fuerzas de policía, de marinería, de toda la escuadra y del ejército que están llegando en considerable número, la ciudad está convenientemente resguardada y ofrece garantías de orden y de respeto para todo el mundo.

»La autoridad procederá inexorablemente en la persecusion y represión enérgica de todo delito y aún de los atentados contra el orden, la propiedad y las personas.

»Valparaíso dispone de suficientes provisiones; hay víveres para todo el mundo y la autoridad hará que no le falte nada á nadie.

»Los recursos de todo género, las medicinas y la atención médica para los enfermos están aseguradas.

»Los habitantes deben de estar tranquilos, en la seguridad de que los médicos y los elementos de beneficencia están atendidos con abnegación á las necesidades que se presentan.

»En estas circunstancias dolorosas la autoridad hace un llamado á la energía, á la abnegación y al patriotismo de todos los habitantes, para que se consagre con todos sus esfuerzos,



Enrique Larraín Alcalde, Intendente de la Provincia

en una labor común, del orden público y de la confianza general»

En esa proclama vigorosa y alentadora se trasluce el temple de alma y el espíritu cívico de este mandatario ilustre y ejemplar.

El Mercurio de Valparaíso, refiriéndose á esta labor decia editorialmente lo que sigue:

«Dentro y fuera de Chile se ha señalado á la admiración de todos la conducta de las autoridades de Valparaíso en los tristes días que siguieron á la catástrofe de agosto, como un noble ejemplo de abnegación, de civismo y de capacidad y espíritu práctico.



Don Emilio Errázuriz
Secretario de la Intendencia

»Se sabe ya en qué forma enérgica, oportuna y siempre discreta, afrontaron esas autoridades la terrible situación, desde la noche misma del 16 de agosto, cómo organizaron los socorros para las víctimas, cómo supieron mantener el orden, cómo amenguaron con su enorme y admirable labor, las consecuencias que el cataclismo pudo traer.

»Es un verdadero orgullo para este país, poder decir que en circunstancias tan extraordinarias y tan fuera del alcance de toda previsión humana, los representantes de la sociedad, estuvieron en sus puestos para defenderla y supieron defenderla con abnegación, con energía y con talento.

»Podemos presentar esa conducta de las autoridades de Valparaíso ante el mundo civilizado, como una muestra del vigor de nuestra raza, del alto grado de cultura que alcanzamos, y de la sólida organización social y política en que vivimos.

»A la cabeza de ese grupo, está el Intendente señor Larraín Alcalde, en quien nacionales y extranjeros han reconocido un funcionario digno de toda la confianza social.»

Creemos que esas frases, por sí solas, pueden aquilatar el mérito de un mandatario.

Nosotros que hacemos la crónica imparcial de los sucesos ocurridos á raíz del terremoto del 16 de agosto, nos complacemos en dejar constancia en estas líneas de la abnegación y del talento administrativo del señor Larraín Alcalde, cualidades que fueron puestas á dura prueba en toda ocasión y en todo momento.

Tomando en cuenta estos servicios, S. E. el Presidente de la República hizo transmitir sus agradecimientos al señor Larraín Alcalde en la siguiente forma por intermedio del señor Ministro del Interior:

«Su Excelencia el Presidente de la República me encarga ruegue á V. S. ofrezca al Intendente de esa provincia, don Enrique Larraín Alcalde, el aplauso cordial y la intensa gratitud que el Gobierno y el país le deben por la abnegación, la energía y el acierto dignos de todo encomio, con que el señor Larraín Alcalde ha cumplido los deberes de su cargo en los aciagos días por que ha atravesado la ciudad de Valparaíso. Su Excelencia desea también que V. S. dé testimonio de público agradecimiento al comandante general de armas de esa plaza don Luis Gómez Carreño y al prefecto de policía señor Quiroga.

»He expresado ya estos mismos sentimientos en sesión de la Cámara de Diputados anteayer y en la sesión de ayer del Senado.—*Antonio Huneeus.*»

Junto á él estuvo cumpliendo sus deberes con invariable celo el secretario de la Intendencia, señor don Emilio Errázuriz que tuvo la suerte de cooperar en una forma excepcional á la obra de salvación común.

La tarea del señor Errázuriz fué inadvertida y modesta porque su persona, enemiga de la ostentación, supo rodear todos sus actos del silencio que le dictaba su excesiva y natural modestia.

Su obra, sin embargo, fué muy en breve reconocida y el



Sra. Victoria Morandé de Larraín

joven y laborioso secretario de la Intendencia fué colocado en la primera fila de los hombres que más se distinguieron en el servicio público.

Debemos agregar también á esta parte de nuestro relato una nota simpática y atrayente.

Tal fué la que llevó á ese concierto de amargura y desgracia la distinguida esposa del señor Larraín Alcalde.

Esta noble dama, sacrificando las atenciones que debía á su numerosa familia y sintiéndose impulsada por la bondad de su corazón á socorrer la desventura se dedicó desde los primeros días á cuidar de numerosas familias que se hallaban en la más absoluta miseria y á llevarles alimento y abrigo á muchos infelices que bendijeron con lágrimas su piadosa solicitud.

Muchos habitantes de Valparaíso fueron testigos de la conducta ejemplar de tan distinguida señora.

DON LUIS GÓMEZ CARREÑO

Hemos dicho anteriormente que el día 17 fué designado jefe militar de Valparaíso el señor capitán de navío de la Armada Nacional, don Luis Gómez Carreño.

A decir verdad, ninguna designación hubiera sido más acertada que la hecha en la persona de este distinguido jefe de marina, que ya en más de una ocasión se había distinguido por actos especiales de valor y de energía.

El señor Gómez Carreño por sus excepcionales cualidades de carácter y por su probado espíritu militar, era el hombre que Valparaíso necesitaba en aquellos momentos de tan grandes trastornos.

La acción bienhechora del jefe militar se hizo sentir muy luego en la ciudad, pues las medidas de orden y protección

que dictó, apenas tomó á su cargo la jefatura, comenzaron á producir los mejores resultados.

En una carpa que se construyó en la plaza de la Victoria fué instalada la oficina del jefe militar y desde allí se principió la verdadera organización de los primeros servicios en la ciudad.

La fotografía nos representa al señor Gómez Carreño entre el prefecto de policía, señor Quiroga, y el sub-prefecto, señor Morales, junto á la puerta de la carpa donde se instaló en los primeros momentos la jefatura militar.



Sres. Gómez Carreño, Quiroga y Morales

Al mismo tiempo que el señor Gómez Carreño tomaba todas aquellas medidas que aconsejaban la desamparada situación de los habitantes y la urgente necesidad de los que sin techo, sin pan, ni abrigo buscaban un alimento y un refugio; cuidaba también de hacer guardar el orden en la ciudad y de reprimir con la última pena el robo y otros delitos que en aquellas circunstancias hubieran contribuído á dar proporciones incalculables á la desgracia.

Con el fin de cumplir estas órdenes se llevaron á efecto en la



Don Luis Gómez Carreño, jefe militar de Valparaíso

ciudad alrededor de quince fusilamientos, triste y dolorosa medida, pero indispensable en aquella ocasión para reprimir los desmanes de esa chusma inconsciente, siempre dispuesta al bandolerismo y al pillaje.

En los primeros momentos las ejecuciones fueron hechas por orden directa del jefe que sorprendía «infraganti» al autor del delito que se i a á penar, pero luego fué instituído el Tribunal Militar, cuyas funciones se limitaron á conocer en estos casos de fusilamientos.



Fusilados por ladrones

Dicho Tribunal se instaló en una carpa de la Avenida del Brasil y fué presidido por el mayor de ejército don Basilio Maturana.

Acompañaron á este distinguido jefe en sus importantes funciones los señores Alberto Gutiérrez y capitán Ramírez que junto á otros jefes subalternos componían el total de miembros del tribunal.

La primera orden del día dictada por el señor Gómez Carreño decía así:

«Se hace conocer á Valparaíso entero que cada ciudadano

debe prestar su concurso al comandante de la plaza y sus subordinados á fin de combatir esta enorme calamidad que ataca á la población.

»Cualquier desastre que pueda sobrevenir, debe encontrar á cada ciudadano en su puesto, ayudándose mútuamente, como corresponde en los actuales momentos.



Fusilados por incendiarios

»La situación difícil porque atravesamos puede mejorarse siempre que todos obremos en conjunto.

»Es necesario que el pueblo preste ayuda á las autoridades.

»Cumpliendo todos con su deber, esta tristísima situación mejoraría.

»El Intendente de la Provincia, con el objeto de que la condición de los habitantes de Valparaíso sea mejorada, de-



clara la ciudad en estado de sitio y ha dado el mando supremo de la plaza en todas las atribuciones que las leyes militares confieren, al capitán de navío don Luis Gómez Carreño, para cuyo efecto ordenó:

»1.º Alimentación.—El mayor señor Quiroga, prefecto de policía, queda encargado de la adquisición y recolección de los artículos alimenticios que hubiere en plaza ó que lleguen de fuera, como de su repartición en la forma que creyere conveniente;

»2.º Sanidad y Policía.—El doctor don José Grossi, queda encargado de procurar lo concerniente á la sanidad y conduc-



Fusilados por incendiarios

ción de los enfermos sin hospitalización y su tratamiento, como asimismo de la sepultación de los cadáveres, solicitando para los anteriores cumplimientos, el concurso del Cuerpo Médico de Valparaíso;

»3.º Escombros y extracción de cadáveres.—El señor K. Schmidthammer, queda encargado de retirar los escombros, de aclarar la vía pública y de extraer los cadáveres;

»4.º Demolición de edificios y murallas ruinosas.—El capitán de corbeta don Cárlos Ward, queda encargado de estos servicios, auxiliado por los ingenieros que se indiquen;

»5.º Almacenes de provisiones.—Se previene á los dueños de estos establecimientos, que deben dar toda clase de facilidades al encargado de la adquisición de víveres y forrajes;

»6.º Carretones y transportes.—Los empresarios y propietarios de carretones y vehículos, deberán presentarse al mayor señor Quiroga, para que pueda esta autoridad militar disponer de todos los medios de transporte que haya en la ciudad;

»7.º Se cuenta para la ejecución de estas medidas, con el apoyo ilimitado de la población, la que deberá observar la



Miembros del tribunal

más extricta obediencia á lo dispuesto en esta proclama, previniendo á todos los ciudadanos, que son muy terminantes las órdenes impartidas á los delegados de la ejecución de ellas;

»Los promotores de desórdenes ó las personas que no presten inmediata obediencia á lo que se les ordene, serán inmediatamente castigados.

»Se les aplicará el máximum de la pena que las leyes extraordinarias facultan en estos casos á todos los individuos autores de falta grave y especialmente á aquellos á quienes se les sorprenda en delito de robo.

»Para los efectos de la adquisición de víveres, cada persona deberá ocurrir á la comisaría que le corresponda según el sitio en que vivía en el día de la catástrofe.»

Valparaíso, 20 de agosto de 1906.

»Habiendo llegado á conocimiento de esta Comandancia que las cañerías de agua potable están siendo destruídas por diversos individuos, que no se toman la molestia de llegar hasta los grifos, que son los que surten á la población,

»Decreto:

»Todo individuo que se sorprenda destruyendo las cañerías de agua potable, será fusilado inmediatamente.

»Anótese y publíquese.—*Luis Gómez Carreño*, jefe de la plaza.»

Como puede verse, en esa orden están consultados los principales puntos que se pusieron luego en práctica para salvar cuanto antes la difícil situación de la ciudad.

Poco después nombró las siguientes comisiones para la distribución y reparto de carne á los habitantes:

COMISION GENERAL

Eugenio Escobar Cerda y Luis E. Pellé.

SUB-COMISION

Primera comisaría.—Capitán Plaza, Juan E. Naylor, Pedro S. Fuller. Próximamente se indicará el punto de reparticiones.

Segunda comisaría.—Gustavo Ross Santa María, Sócrates Capra, Florencio Tornero. Punto central de repartición: Condell esquina Plaza Victoria.

Tercera comisaría.—Luis Sinn Tagle, Roberto Crichton. Punto central de repartición: La Palma, Caballerizas Municipales y Seminario.

Cuarta comisaría.—Víctor Gana, capitán Bobillier, Ricardo Vives.—Punto central: propiedad Marcelo Mena.

Quinta comisaría.—Gustavo Julian, Raimundo Devés, Joaquín Babra. Punto central: Los Placeres, propiedad Lupio Gamboa.

Al poco tiempo después de hacerse cargo de la Jefatura Militar de la plaza el señor Gómez Carreño, comenzaron á llegar á Valparaíso los diferentes cuerpos de ejército que eran mandados desde la capital con el fin de ayudar al mantenimiento del orden en la ciudad.



Coronel don Luis Altamirano. Comandante Gómez Carreño
Capitán Bahamondes. Doctor José Grossi

Fué creada también la Intendencia Militar que tuvo por jefe al señor Ciro Fantini; oficina que se encargó con mucho acierto del aprovisionamiento de las tropas.

Se hizo asimismo dar la mayor actividad á los trabajos de remoción de escombros en las vías públicas con el fin de dejarlas libres para el tráfico interrumpido en ellas.

Por éstas y otras medidas, dictadas diariamente en la orden del día, por la incesante energía y actividad gastada, por la inteligencia y previsión desplegadas para aplicar y hacer

cumplir con la mayor extrictez los respectivos decretos, llegó á ser en pocos días el comandante Gómez Carreño considerado por el público como uno de los más ejemplares y más prácticos servidores de la ciudad.

Nosotros, por lo que toca á la acción generosa y fecunda de este distinguido marino, consignamos con justa satisfacción en estas líneas el voto del agradecimiento público de que se hizo tributario el Jefe Militar de Valparaíso.

No hubo en la ciudad azotada por el terremoto persona



Grupo de jefes en la Prefectura de policía

alguna que dejara de reconocer la conducta verdaderamente abnegada del señor Gómez Carreño.

El señor Intendente de la provincia en una elocuente nota que pasó á este jefe, una vez que hubo terminado su misión, reconoció justicieramente los altos méritos y los muchos servicios prestados á Valparaíso en sus horas difíciles por el jefe militar. La prensa, asimismo, consignó unánimemente sus aplausos al comandante Gómez Carreño que logró por su valiente y decidida actitud conquistarse de ese modo el aprecio y la admiración de todos los chilenos.

Tendrá este jefe entre las mejores y más queridas satisfacciones de su vida ésta de haber cumplido con tan altos deberes de humanidad y de justicia en la circunstancia suprema de una ciudad que azotada por espantoso cataclismo se ve hundida en la más tremenda y desoladora ruina.

●●●

EL CUERPO DE POLICÍA

Después de hacer una reseña de las órdenes emanadas de la Intendencia en los primeros momentos y de estudiar su labor y la del jefe militar de la plaza, vamos á ocuparnos ahora de la labor realizada por cada una de las personas é instituciones que pusieron sus esfuerzos al servicio de la ciudad.

La irreprochable conducta observada por el señor prefecto de policía, don Enrique Quiroga, se hace desde luego acreedora á la gratitud general.



Mayor Enrique Quiroga, ex-prefecto de policía

Este caballero con infatigable celo sin darse un minuto de reposo se dedicó á velar por el orden y la tranquilidad pública.

El señor Quiroga había venido á Valparaíso, sólo algunos meses antes, enviado en comisión especial del Gobierno para organizar en debida forma el servicio de policía.

Las primeras medidas que dictó el señor Quiroga

con este fin fueron recibidas con general aplauso por la opinión pública que comenzó á ver en el distinguido militar el verdadero regenerador del Cuerpo de Policía, hasta entonces bastante desorganizado.

En la noche del terremoto y en los días subsiguientes se pudo probar de una manera práctica la labor realizada por el mayor Quiroga, pues el heroico comportamiento del Cuerpo de Policía, de guardián á jefe, puso de manifiesto la disciplina y el espíritu que animaba á esos celosos defensores del orden y de la propiedad.



Removiendo escombros

Debe agregarse á esto que el derrumbe de la mayor parte de los edificios ocupados por las comisarías dificultaba en gran manera la acción de los guardianes, muchos de los cuales cayeron víctimas del desastre.

La conducta personal del señor Quiroga fué en aquella ocasión digna de mayor aplauso dejando de ello constancia especial la prensa sin excepción de ninguna especie.

Pudo manifestar el bizarro militar en tan triste circunstancia que junto á un espíritu enérgico y valeroso lleva profundamente grabado en su pecho los sentimientos de la cari-

dad y del cariño á sus semejantes. La figura del señor Quiroga en los días de la catástrofe del 16 de agosto es una de las más simpáticas y atrayentes por la energía, la constancia y el valor desplegado en el servicio de la ciudad.

El Gobierno premió poco después aquellos servicios nombrándolo comandante del regimiento «Tacna» de guarnición en Santiago.



Señor don Alberto Morales, actual jefe de la policía

Secundó con rara energía la obra del señor Quiroga el subprefecto don Alberto Morales, otro distinguido militar que fué también llamado para llevar á cabo la reorganización de la policía de Valparaíso.

Olvidando el señor Morales las atenciones que debía á su familia en tan dolorosa situación se consagró de lleno á cumplir los deberes de su puesto y supo llenarlos en forma tal que se conquistó por su actitud el aplauso y las simpatías de todos los habitantes.

Hoy día el señor Morales ha pasado á reemplazar al señor Quiroga en el puesto de Prefecto de la policía.

Junto á los nombres de estos jefes deben figurar también los de los comisarios Alamos, Troncoso, Cammas, Jaramillo y Poblete, que al frente de sus respectivas comisarías desplegaron gran celo y actividad.

Un diario de Valparaíso juzgaba la conducta de la policía en el cataclismo del 16 con los siguientes términos:

«El Cuerpo de Policía ha probado en la espantosa noche del día de 16 de agosto la disciplina que en él han sabido implantar sus jefes, y la cabal concepción del deber que tienen la mayoría de sus miembros. Acudieron á prestar sus servicios y abandonaron sus familias y bienes.

»Sin duda alguna, contribuyó mucho á esto el ejemplo de los jefes.

»En el primer momento, cuando el ruido espantoso y siniestro, inolvidable, con que Valparaíso entero se derrumbaba, y las gentes huían gritando é implorando divino perdón, se vió llegar á la plaza de la Victoria un hombre que daba voces de mando imperiosamente y que hacía esfuerzos desesperados por traer la calma á tantas personas atribuladas.

»Era éste el mayor señor Quiroga, Prefecto de la Policía.

»Apenas había pasado el primer terremoto, cuando por sobre los escombros de la calle Edwards se veía llegar también á la plaza otro militar, tan decidido como el primero, con igual resolución y entereza.

»Era éste el sargento mayor señor Morales, comisario inspector de la Policía.

»Ambos hablan un momento, acuerdan las primeras medidas; y desde ese instante se les ve correr á todas partes, atender á todo el mundo, alentar á las tropas, remover escombros, sacar heridos y en otras mil atenciones sin desmayar durante los primeros días.

»La obra del mayor Quiroga es conocida de todos, y es público y notorio que la totalidad de los servicios estuvieron á su cargo en los primeros días; el salvamento, el orden y el aprovisionamiento.

»No ha habido sino palabras de alabanzas, que siempre fueron pocas, para él; y todos los diarios, y todos los damnificados y todos los que no lo fueron, las han vertido.

»La obra del mayor Morales no ha sido bien conocida; pero un dato habla tan elocuentemente, que parece inútil agregar nada. La catástrofe lo sorprendió en su casa habitación de la Avenida Errázuriz, que le fué preciso abandonar, después de sacar de allí á su esposa.

»La casa quedó en pie.

»Ya hemos dicho que pasado el primer terremoto llegaba á la plaza donde soportó el segundo, ocupado ya en organizar la tropa.

»La casa se quemó totalmente «36 horas después» de la catástrofe, sin que la hubiera vuelto á ver y sin que le fuera

posible salvar ni siquiera la ropa de abrigo, mientras esto hacía por otras mil personas extrañas..... Ni siquiera quiso, así como con todos lo hacía, ordenar que una parte de la tropa acudiera en su auxilio propio.

»El cumplimiento del deber hízole olvidar todo: familia y bienes.»



Señor don Neftalí Arredondo

El jefe de la Seccion de Seguridad, don Neftalí Arredondo, tuvo también á su cargo una pesada labor que desempeñó con toda inteligencia.

Actualmente el señor Arredondo desempeña el puesto de sub-prefecto de policía, sucediéndole en la jefatura de la Sección de Seguridad, el señor don Carlos Alamos.

Tal fué á rasgos generales el comportamiento del cuerpo de policía, el cual se hizo acreedor á la felicitación especial del Gobierno, en una nota pasada por el Ministerio del Interior al señor Intendente de la Provincia.

EL PRIMER ALCALDE

Otro activo é inteligente colaborador del señor Intendente en la obra de salvación pública fué el primer alcalde del Ilustre Municipio, don Enrique Bermúdez.

Se puede decir que el trabajo incansable y rudo que tuvo á su cargo el señor Bermúdez lo coloca en la primera fila de estos ilustres servidores de la ciudad en aquella noche de fatal recuerdo.


Señor don Enrique Bermúdez,
Primer Alcalde Municipal

Y no podía ser tampoco de otra manera, conocidos los antecedentes del joven y activo primer alcalde.

Llevado á ese puesto por un municipio formado casi en su totalidad de jóvenes animados de los más altos propósitos para trabajar en bien de la ciudad, había respondido á la confianza de sus colegas.

Cuando sobrevino el tremendo cataclismo, el primer alcalde fué á ocupar su puesto sin desaliento y sin temor.

Allí supo corresponder á la confianza general, realizando como hemos dicho un hermoso programa de trabajo con el cual contribuyó en gran parte á aliviar á los habitantes de Valparaíso en las tristes circunstancias, á que los arrojara la desgracia común. La instantánea que reproducimos aquí representa al señor Bermúdez en el traje que vestía ordinariamente durante los primeros días que siguieron al terremoto.


El Alcalde de Valparaíso

Ayudaron eficazmente al primer alcalde, su secretario el señor Ernesto Decombe, y el secretario del municipio don Eulogio Vargas Chacón, cuyo retrato reproducimos en la presente vista fotográfica.

El señor Vargas Chacón fué una de aquellas personas que demostró mayor empeño por ser útil y ayudar á la acción común.

Durante los días que siguieron á la catástrofe se le vió trabajar día y noche en bien de la ciudad y sin rehuir comisión de ninguna especie por pesada que ella fuera.

Colaboró incensantemente al mantenimiento de las medidas que se dictaron por la Alcaldía, no siendo obstáculo para



ello una grave herida que sufrió en un pie, en actos del servicio.

Su obra fué debidamente reconocida por el público y por los diversos órganos de la prensa.

En este mismo orden de trabajos desempeñaron también numerosos puestos de labor y de confianza los señores regidores municipales.

Figuran entre ellos el señor don Eugenio Escobar Cerda, jefe de los diversos sectores en que se dividió la ciudad para el mejor reparto de víveres.

Si el que les estos párrafos pudiera formarse una idea cabal de lo que representaba aquel cargo de hacer repartir ali-

mentos á todo un pueblo que acudía diariamente á esperar detrás de las rejas de la estación y en los locales destinados con aquel fin la parte que le correspondía para llenar sus necesidades, apreciará, á su vez, en su justo valor la obra realizada con tanto acierto y con tan general aplauso por el señor Escobar Cerda.

Los señores regidores don Luis Sinn Tagle, don Ricardo de Ferari, don Roberto Crichton don Pedro Rodríguez Rozas y don Carlos Rodríguez Alfaro, desempeñaron también delicados y laboriosos cargos, en cada uno de los sectores en que se dividió la ciudad para la distribución de víveres, haciéndose en general, acreedores á la gratitud y á la simpatía de sus electores.

LA ASISTENCIA MÉDICA

Este importante servicio fué encomendado, como ya lo hemos dicho anteriormente, la noche misma del terremoto, al doctor don José Grossi.

Todos los habitantes de Valparaíso fueron testigos de la actividad y de la abnegada tarea de este ejemplar ciudadano que, sin ostentación de ninguna especie, realizó casi ignorado de todos una de las tareas más difíciles y humanitarias que podían presentarse en aquella circunstancia.

El doctor Grossi fué empeñosamente secundado en su tarea de asistencia médica á los heridos por algunos estudiantes de medicina de la capital, cuyo comportamiento fué recompensado por gratitud general.

En una memoria detallada y completa del doctor Grossi, dió cuenta al señor Intendente, una vez terminada su misión de los trabajos realizados por la oficina de su dependencia.

Ese documento, modesto y sencillo, enumera una serie de trabajos realizados con todo éxito en beneficio de los heridos por la catástrofe.

De la memoria presentada por el doctor Grossi á la Intendencia hacemos el extracto que damos más abajo, en los cuales se puede calcular el trabajo realizado:

«La noche del terremoto, en la Plaza de la Victoria se atendió á 82 heridos, con elementos traídos de las comisarías por el practicante don T. Contreras y con elementos proporcionados por la señora Margarita M. de Pohl. Los presbíteros señores Cristóbal Villalobos y Arturo Rose-Innes contribuyeron



Doctor don José Grossi, jefe del servicio sanitario

eficazmente á la atención de los heridos la noche misma del 16 de agosto.

»El día 17 los heridos que habían sido atendidos en la noche anterior en la Plaza de la Victoria, fueron trasladados á una barraca de la Sociedad de Buques y Maderas, naciendo así el hospital de la Gran Avenida, que quedó bajo la dirección del presbítero señor Rose-Innes.

»Cuando aún, debido á la situación por demás penosa porque atravesaba la ciudad, no era posible establecer hospitales,

el doctor cirujano en jefe de la Armada, don Julio E. Escobar, se preocupó de distribuir el personal de cirujanos, proporcionándoles todos los elementos indispensables en aquellos azarosos instantes.

»El doctor señor Escobar instaló, con personal de la Armada, puestos de socorros en el Hospital de San Juan de Dios, en la esquina de Jaime y Hospital, en la Plaza Aníbal Pinto, en la de Sotomayor y en el Depósito de Marineros; siendo secundado en su labor por los doctores señores Acevedo, Muñoz, Martínez Ramos y Aguirre.



Doctor Montt Saavedra y guardia de honor

»A medida que el número de heridos que se presentaban crecía, se instalaron puestos de socorros, verdaderos consultorios médico-quirúrgicos por sus instalaciones y servicios, en las plazas Echáurren, Aníbal Pinto, Sotomayor, Jardín de la Victoria, Merced, carros eléctricos, Padres Franceses, Pirámide, ambulancia Santiago y servicio sanitario del ejército en la Estación Portales.

»Una de las más constantes preocupaciones de la Dirección de Sanidad fué el enterramiento de los numerosos cadáveres, para evitar que al descomponerse infestaran el aire y se

pudiera producir una epidemia, que en las circuntancias actuales habria sido funestísima.

»Estimando la Dirección que los cementerios números 1 y 2 serían insuficientes para enterrar en ellos los cadáveres procedió á clausurarlos.

»En la difícil y penosa tarea del enterramiento de cadáveres la Dirección de Sanidad tuvo espléndidos colaboradores; el señor D. A. Secchi, que se encargó del enterramiento de más de mil cadáveres, el presbítero señor Villalobos que aceptó gustoso el encargo de dirigir la traslación de cadáveres y de los señores J. E. Araya y A. Dasori encargado de los medios de conducirlos á los cementerios, y un súbdito alemán, señor Schmidthammer que tomó para sí la penosa é ingrata tarea de buscar bajo los escombros, todavía humeantes y al lado de murallas que amenazaban derrumbarse, los cadáveres insepultos.

»El total de cadáveres enterrados asciende á 1,390.

»Debemos hacer notar que en este número no están incluídos los sepultados en los primeros días y demás enterramientos particulares realizados, con los cuales el número de víctimas alcanza á cerca de 2,000.»

A continuación, el doctor señor Grossi, hace la historia de los hospitales y dispensarios establecidos:

«El hospital de la Gran Avenida funcionó, como ya lo hemos dicho, en una barraca de la Sociedad de Buques y Maderas, bajo la dirección del presbítero señor Arturo Rose-Innes, secundado por los doctores señores Cádiz y Zilleruelo y del estudiante de medicina señor J. Moscoso, desde el día 18 de agosto hasta el 5 de septiembre, día en que fué trasladado al hospital de Salesianos, en donde estaban asilados otros heridos de la catástrofe.

»El hospital de San Agustín, trasladado á la escuela-taller de los Salesianos, fué dirigido por el doctor don D. Feliú, hasta que fué trasladado nuevamente á San Agustín, quedando á cargo del sub-administrador señor Rose-Innes.

»El hospital de los Salesianos fué declarado hospital para heridos. El hospital de San Juan de Dios tuvo su sección de heridos del terremoto.

»Puede estimarse que el total de heridos y enfermos atendidos por los dispensarios «pasa de diez mil».

»Para el transporte de heridos y enfermos se estableció columnas de camilleros, siendo el personal proporcionado por los regimientos Chacabuco y Lautaro, quedando bajo la dirección del doctor señor Tomás I. Page y del estudiante de medicina señor Horacio Rodríguez.

»La Cruz Roja de Magallanes envió un numeroso grupo de abnegados miembros, los que provistos de espléndidos ele-



Ambulancia

mentos, prestaron en la ciudad valiosísimos servicios, igualmente los practicantes de Antofagasta.

»En medio de las numerosas órdenes, indicaciones y hechos que era necesario verificar, cuando un mundo de circunstancias reclamaban inmediatas resoluciones, se complace esta dirección en hacer presente que jamás le faltó ni en V. S. ni en el jefe militar de la plaza, capitán de navío, don Luis Gómez Carreño, el apoyo más franco y decidido, el consejo más oportuno y, debo declarar, que si esta dirección pudo llevar á cabo ese sinnúmero de hechos de que dejo mención en este

memorándum, se ha debido á esa confianza y uniformidad absoluta de criterio que nunca dejé de encontrar en las autoridades. Será para el infrascrito un motivo de orgullo recordar que, en medio de tantas dificultades, se llevó á cabo todo este servicio á entera satisfacción de mis jefes.

»Debo dejar constancia de los especiales servicios prestados por el pro-secretario, estudiante de medicina del último año, señor Armando Larraguibel, que me complazco en reconocer y en comunicar á V. S.»

Desde la noche del 16 hasta el día en que dió por terminada su misión el señor Grossi, fué infatigable para el trabajo que se le encomendara desempeñar.

El señor Intendente le dirigió la siguiente nota:

«Intendencia de Valparaíso, 4 de octubre de 1906.—La trascripción del decreto que le acepta su renuncia, lleva á Ud. la sentida expresión de gratitud que, por mi intermedio, formula Valparaíso en favor del abnegado Jefe del Servicio Sanitario de los heridos de la catástrofe del 16 de agosto.

»Su presencia en las ambulancias y hospitales, sus trabajos de organización de un servicio improvisado y difícil y la paternal solicitud con que atendió personalmente á los numerosos desgraciados que agonizaban entre los escombros, constituyen sin duda la más hermosa página de honor que Ud. puede presentar al agradecimiento de sus conciudadanos.

»El infrascrito cumple con el deber de dar público testimonio de tan honrosos hechos y le ofrece las especiales consideraciones de su Afmo.—*Enrique Larraín Alcalde.*»

Se distinguieron también en esta misma clase de servicios los doctores don Daniel Carvallo, don Roberto Montt Saavedra, don Elías Cordovez, don Luis A. Figueroa, don Eugenio Sambuccetti, etc.

SEPULTACIÓN DE CADÁVERES

La más pesada y ruda tarea en los días subsiguientes al cataclismo del 16 fué sin duda alguna la que tuvo por objeto la extracción y sepultación de cadáveres.

Para llevarla á cabo surgió un hombre que es merecedor de la más justa gratitud por la forma verdaderamente heroica con que supo desempeñar tan difícil y penoso trabajo.

Fué este el señor presbítero don Cristóbal Villalobos, cura párroco del Espíritu Santo, el cual acompañado de los señores A. Secchi y Schmidthammer, se hizo acreedor junto con sus esforzados compañeros á la gratitud pública.

Mejor que nosotros podrá hablar de lo que se refiere á los trabajos ejecutados la nota misma del señor Villalobos que fué pasada á la Intendencia, dando cuenta de sus tareas.

«Señor Intendente:

»Habiendo dado término á la honrosa comisión que V. S. se dignó conferirme á raíz de la catástrofe, paso á dar cuenta de ella.

»Una de las primeras órdenes que recibí del señor doctor Grossi, jefe de la Sección de Sanidad, bajo cuya dirección me puse incondicionalmente pocos momentos después del terremoto, fué la de recoger en el templo del Espíritu Santo los cadáveres que se iban trayendo de todas partes á la Plaza de la Victoria. A la llegada de cada uno de ellos gran cantidad de gente que creía poder reconocer algún deudo ó amigo, y en cada caso se producían escenas conmovedoras que hacían aumentar más el pánico de que todos estaban poseídos. Creo que un número no inferior á cincuenta se recogieron en aquella triste noche y en las primeras horas de la mañana.

»La parte más pesada, ó mejor dicho toda la carga fue tomada sobre sí por el activo doctor Grossi, quien no se dió descanso ni de día ni de noche, rodeado de mil atenciones urgentísimas. Me constituí en su cooperador en la pequeña é insig-

nificante parte en que pude ayudarle, y como testigo ocular y absolutamente imparcial, puedo decir á V. S. que el nombre de este abnegado caballero debe colocarse al lado de los otros de quienes con tanta justicia la opinión pública y la prensa, hacen cumplidos elogios.

»Viendo el señor Grossi que era trabajo sobrehumano poder atender la Dirección de Sanidad y á la Extracción é Identificación de Cadáveres, me pidió en nombre de V. S. que me hiciera cargo, en calidad de jefe, de esta segunda parte de su sección, en la cual estaba sirviendo yo en calidad de último



Acarreo de cadaveres

soldado. La acepté, pero con la condición de proceder en todo de acuerdo con él, como lo he hecho.

»La primera medida que creyó el señor Grossi debía adoptarse, fué la de recoger los centenares de cadáveres que en las calles se encontraban visibles, produciendo el espanto de los transeuntes.

»Después se siguió removiendo escombros con un trabajo muy pesado para los abnegados compañeros que acudieron al llamado que hice en nombre de la religión y de la humanidad á dedicarse á esta obra de cristiana caridad. Digo muy pesado,



Pbro. don Cristóbal Villalobos
Sr. A. Secchi Sr. Schmidthammer

porque muchas veces después de medio día de trabajo, resultaba que el cadáver que buscábamos afanosamente en los lugares que indicaban los deudos ó vecinos, eran encontrados á media cuadra de distancia en donde le habían ido á sorprender los escombros, ó en la carrera de escapada.

»Creo que el número de cadáveres enviados á los cementerios, asciende á 1,500 más ó menos, pues aunque algunos días se decía que se habían sepultado 20, 30 ó más, era completamente imposible conocer el número exacto, ya que fueron muchas las carretonadas de restos humanos; cabezas, manos, pies de cuerpos que se encontraban unos carbonizados y otros, sobre todo en los últimos días, en completo estado de putrefacción, lo que producía en los que los veían, escenas que la pluma se resiste á describir.

»Pero, gracias á Dios, no ha habido en la mayor parte de los voluntarios que se dedicaban á esta obra de caridad cristiana, la más difícil de las que se registran entre las obras corporales, ni un momento de vacilación, á pesar de estar expuestos cien veces á ser sepultados ellos mismos por los vacilantes escombros, metidos en sótanos infectos, cargando sobre sus hombros restos... que los dejaban con sus ropas y sobre todo con sus olfatos trasminados durante días y noches, y sin mas recompensa que el «Dios se lo pague» de la caridad cristiana con que los despedía al caer la tarde, para volver al amanecer del siguiente día á seguir cumpliendo su humanitaria y difícil labor....

»Al dar cuenta de mi cometido séame permitido expresar á V. S. mis más sinceros agradecimientos por haberse dignado proporcionarme la oportunidad de contribuir con mi modesto contingente á la gran obra de cumplir con el más humanitario de los deberes que la caridad nos impone, cual es el de dar á los muertos cristiana sepultura.

»Dios guarde á V. S.—*Cristóbal Villalobos.*»

Dicha nota fué contestada por el señor Intendente en la siguiente forma:

«Intendencia de Valparaíso, 4 de octubre de 1906.—Al aceptar la renuncia de la comisión que esta Intendencia le

confió, debo dejar constancia de los servicios de inapreciable valía que Ud. prestó á esta ciudad, en los días dolorosos que siguieron á la catástrofe del 16 de agosto.

»Valparaíso entero ha tenido que admirar el noble espíritu de abnegación y caridad con que Ud. realizó la humanitaria pero ingrata labor de recoger de entre los escombros los restos de las víctimas, para darles cristiana sepultura.

»Las almas superiores, formadas en la escuela del deber



y del sacrificio, no necesitan otro premio para sus afanes y desvelos, que la satisfacción de su propia conciencia. Pero es obra de justicia dejar pública constancia de los hechos grandes y generosos, que son una lección y un ejemplo.

»Crea Ud., señor, que la labor de Ud. quedará perpetuada en la gratitud de este pueblo y especialmente en la de su servidor afectísimo.—*Enrique Larraín Alcalde.*»

La presente vista fotográfica nos presenta al señor Villalobos rodeado de sus celosos coadjutores, orando junto á uno

de los muchos cadáveres que fueron extraídos de entre los escombros.

Dijimos que los señores A. Secchi y Schmidthammer fueron los diligentes y abnegados cooperadores del señor Villalobos, en esta ruda é importante labor.

Esos caballeros, en efecto, reclutando trabajadores de buena voluntad, trabajaron día y noche, sin darse aliento ni reposo en la extracción y sepultación de cadáveres.

También cooperaron á ella el súbdito italiano señor Buonuocore, algunos caritativos vecinos y los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

La honrosa labor de estos hombres ejemplares quedó reconocida por la justificadísima gratitud de todo el vecindario de Valparaíso.

❀ ❀ ❀



Cadaveres entre escombros

LOS MINISTROS DEL INTERIOR Y DE GUERRA

DIPUTADOS.—JUNTA DE VECINOS.—PRENSA
VISITA PRESIDENCIAL

Cupo una parte muy importante en los primeros auxilios suministrados á la ciudad de Valparaíso en medio de su ruina á los señores don Manuel Salinas, en ese entonces Ministro del Interior, y á don Salvador Vergara, Ministro de Guerra y Marina.

Estos caballeros se trasladaron á Valparaíso en los primeros días que siguieron al cataclismo y con su presencia en la ciudad y su decidida labor contribuyeron en gran parte á levantar los espíritu abatidos y á contrarrestar los terribles avances de la desgracia.

Señor don Manuel Salinas, ex-ministro del Interior

El señor Salinas, instalándose en las oficinas de la Intendencia donde hizo colocar un servicio especial de telegrafía, trabajó incesantemente para obtener del Gobierno todas aquellas medidas que reclamaban las necesidades de la ciudad.

Puede decirse que su acción en tales días contribuyó á facilitar todos los servicios de orden público que eran iniciados y llevados á cabo en Valparaíso.

El señor Ministro de la Guerra, don Salvador Vergara, no quiso por su parte mantener ni un sólo instante las altas prerrogativas de su rango para buscar el reposo y los halagos sino que se dedicó de lleno al servicio de los habitantes.

Venido apresuradamente desde Santiago, apenas se hubo conocido allá la gran catástrofe, después de adoptar disposi-

ciones encaminadas á asegurar con fuerzas efectivas del ejército la guarnición de Valparaíso, desplegó toda la actividad y la energía de su espíritu para cautelar los intereses y la vida de los pobladores.

En *La Unión* se dedicaba á su persona, después de un lisonjero artículo, el siguiente párrafo:

«La prensa debe al señor general este tributo de público



Sr. don Salvador Vergara, ex-ministro de Guerra y Marina

reconocimiento, y *La Unión* se apresura á consignarlo en sus columnas de honor como un testimonio de lo que valen los hombres jóvenes y animosos en el seno de los gobiernos democráticos, que han de cifrar su felicidad en la dicha de los pueblos, y sus mejores y más fundadas esperanzas en esta especie de hombres que todos lo sacrifican por el bien común.»

Debemos también un párrafo especial á los diputados por



Señor don Guillermo Rivera,
diputado por Valparaíso

Valparaíso señores Guillermo Rivera, José Ramón Gutierréz y Samuel León Silva que agregaron también un valioso contingente de trabajo á esta obra de salvación común.

El señor Rivera, con esa actividad é inteligencia que siempre ha precedido todos sus actos, se puso al servicio de la ciudad, cooperando eficazmente con su valioso concurso á las primeras medidas de salvación pública.

Don José Ramón Gutiérrez, que por residir en Santiago no pudo hallarse en los primeros momentos en medio de sus electores, llegó luego á poner sus esfuerzos al servicio de los desgraciados habitantes de Valparaíso.

Cupo á este distinguido representante una activa y laboriosa tarea: tal fué la de procurar maderas para que pudieran levantarse las primeras viviendas que debían dar techo y



Grupo de autoridades

abrigo á todos esos á quienes la catástrofe había dejado el hogar en ruinas.

La acción del señor Gutiérrez tuvo en breve muy prácticos y felices resultados.

También el diputado por Valparaíso don Samuel León Silva desempeñó importantes comisiones destinadas al abastecimiento de la ciudad y al cumplimiento de las primeras medidas de orden público.



Señor don Samuel León Silva, diputado por Valparaíso

La prensa y el vecindario entero reconocieron debidamente los servicios prestados por estos distinguidos representantes de la desventurada ciudad.

El día 22 de agosto, á las 3 P. M. se reunió en los salones del Banco de Chile que habían escapado intactos al terremoto, la primera Junta de Vecinos formada por el señor Ministro del Interior.

Componían dicha primera Junta los siguientes caballeros:

Don Juan Naylor
» Alejo Barrios
» Manuel de Tezanos Pinto
» Juan Fowler
» Enrique Bermúdez
» David Burns
» Eduardo Gimpert
» Agustín Ross

Don Guillermo Rivera
» Samuel León Silva
» Juan E. Ortúzar
» Egidio Poblete
» Juan José Latorre
» Víctor Gana
» Pedro Mac-Clellan.

Fué nombrado secretario de la Junta el señor don Juan Esteban Ortúzar.

Tuvo también una parte importantísima en la obra de alentar la confianza y reanimar las energías de los habitantes, la prensa de Valparaíso.



GRATIS **EL MERCURIO** GRATIS

A ULTIMA HORA

ORDENES DE LAS AUTORIDADES

La Intendencia, Prefectura de Policía, Comandancia Jeneral de Armas y demas oficinas públicas, funcionan en la plaza de la Victoria

SE RUEGA CIRCULARLO

En este punto es preciso reconocer que los órganos de la prensa extranjera desempeñaron un brillante y lucido papel.

El Mercurio que había escapado con su hermoso edificio intacto, lanzó su primer suplemento el día 20 el cual llevó á todos los extremos de la ciudad las primeras noticias sobre las proporciones del cataclismo dentro y fuera del país.

La Unión, que sufrió muy serios desperfectos en sus ins-



SUPLEMENTO

A EL HERALDO

Santiago ha sufrido pocos perjuicios

PÉRDIDAS 6 MILLONES

28 MUERTOS, 98 HERIDOS

Tiltil, Melipilla, Llai-Llai, Viña del Mar, Poblacion Vergara, Limache, Quillota, Quilpué enormes perjuicios.

Norte nada.

Sur hasta Talca hubo temblores fuertes.

Socorros llegan hoi mismo.

El Banco de Chile, el de Chile y Alemania y otros abrirán [illegible] mañana de 10 a 12.

talaciones y en su edificio, apareció el día lunes 20, llenando las columnas de este primer suplemento con una exacta relación de los primeros momentos del cataclismo y con noticias locales.

El Heraldo lanzó el domingo 19 la siguiente hoja volante:

En la desesperada situación de la ciudad, cuando todo era confusión y dolor, fueron los suplementos de los diarios los que con sus artículos é informaciones contribuyeron á levan-

tar el espíritu y á llevar á más de algún atribulado habitante noticias exactas de sus parientes ó amigos...

En los primeros días que sucedieron á la catástrofe se trasladó también á Valparaíso el Excmo. señor don Germán Riesco, Presidente de la República, coincidiendo su visita con la del señor don Pedro Montt que, sabedor de tan triste noticia, regresaba de una gira por el norte del país.

Las presentes instantáneas nos representan al Excmo. señor Riesco y al presidente electo señor Montt, recorriendo la ciudad acompañado del señor Intendente, del primer Alcalde y de otros distinguidos caballeros.

COMUNICACIONES—LUZ TRACCIÓN ELECTRICA Y AGUA POTABLE

El primer cuidado de las autoridades de Valparaíso, una vez pasados los momentos de confusión, fué el de procurar por todos los medios posibles el restablecimiento de los servicios ordinarios de la ciudad.

En esta tarea cooperaron á la acción del señor Intendente de la Provincia muchos hombres de trabajo y de energía.

Figuran en primera línea en esta clase de servicios los señores Gerente de la Empresa de Tracción y Alumbrado Eléctricos, el señor don J orge Lyon, Gerente de la Empresa de Agua Potable, el Inspector de la 1.ª Sección de los Ferrocarriles del Estado don Juan Francisco Salazar y el Ingeniero de vía don Andrés Miller.

La obra realizada por los señores don Alfredo Kholkorst, don Carlos Rapp y don Luis de Ferari para dar luz y tracción eléctrica á la ciudad fué digna de los mayores elogios por parte del vecindario y de las autoridades mismas.

Estos caballeros, dedicando sus propios esfuerz s perso-





Primer Alcalde, Sr. Bermúdez



Sres. don Germán Riesco y don Pedro Montt


Sr. don Luis de Ferari

nales para proveer de estos servicios indispensables en tan triste y aflictiva situación á la ciudad destruída, consiguieron, en un breve espacio de ti mpo, encender los primeros focos de luz eléctrica en las calles de la Victoria, Esmeralda, Condell y Cochrane y á los pocos días hacer correr el primer tranvía.

Las comunicaciones con Viña del Mar por la vía urbana sólo estuvieron interrumpidas durante dos días.

Si se considera el estado en que quedaron después del terremoto las vías públicas y el mismo material de la Empresa, arrojado en tierra, confundido en todas partes con los escombros, podrá apreciarse de un modo más claro y justiciero la increíble labor realizada en un brevísimo espacio de tiempo por estos esforzados industriales.


Sr. don Alfredo Kholkorst


Sr. don Carlos Rapp

El señor Gerente de la Empresa de Agua Potable, don Jorge Lyon, con una actividad que debe reconocerse, conferenció en los primeros instantes con el señor Intendente para arbitrar los medios más urgentes destinados á proveer de agua á la ciudad.

En la dolorosa situación de los habitantes era, sin duda, la más constante preocupación de todos el procurarse en primer término los elementos indispensables para la subsistencia



Sr. don Jorge Lyon,
Gerente de la Empresa de Agua Potable

y en tal situación la falta de agua hubiera sido la más tremenda calamidad que podría haber acarreado consigo el desastroso cataclismo.

Comprendiendo eso el señor Lyon se dedicó, ayudado por el personal de la empresa, y especialmente por el ingeniero, señor don Eduardo Simpson, á procurar que el vecindario de Valparaíso no careciese de tan indispensable elemento y sus esfuerzos dieron pronto los mejores resultados.

Podemos decir que las medidas tomadas con el fin de abastecer de agua en abundancia á la población dejaron completamente satisfechos á todos los habitantes.

. Los trabajos ejecutados con este fin, fueron, sin embargo, en extremo difíciles y pesados.

Las cañerías, casi en su totalidad destruídas, presentaban el principal obstáculo á la acción de la Empresa.



Sr. Eduardo Simpson

En esta clase de trabajos se distinguió de un modo muy especial el señor Carlos Cousiño, cuyo retrato nos complacemos en dejar en esta página.



Sr. don Carlos Cousiño

Su ayuda eficaz, y abnegada dejó una impresión de verdadera gratitud en cuantos pudieron apreciarla debidamente.

La labor no sólo se concretó á servir en el puesto de secretario de la Empresa sino que también prestó su valiosa cooperación al señor Intendente de la Provincia como ayudante general.

Otro cuidado especial de las autoridades, fué, como dijimos, restablecer cuanto antes las vías de comunicación con el exterior.

En esta labor tuvieron la más pesada tarea el señor Inspector don J. F. Salazar y el ingeniero don Andrés Miller.

Copiamos á este respecto el siguiente párrafo de un diario local:

«No puede negarse que en esta ocasión el personal superior de la Empresa de los Ferrocarriles del Estado ha trabajado con empeño, y el servicio ha ido restableciéndose con la mayor prontitud que las circunstancias han permitido.

»Pero entre estos empleados hay un hombre que la prensa no ha acostumbrado citar, y es quizás quien con mayor empeño y buen éxito trabajó desde los primeros momentos para restablecer las comunicaciones con la capital: nos referimos al



Grupo de gente proveyéndose de agua

ingeniero de la sección de Valparaíso á Llay-Llay, don Andrés Miller, que, desde el día 18, estuvo en el terreno con todos los elementos de que pudo disponer, reparando la vía desde Quillota hasta acá.

»En los primeros momentos se creía que las comunicaciones no se restablecerían antes de dos meses; los más optimistas señalaban un mes de plazo. El señor Miller logró entrar con un tren en Valparaíso dentro de la semana en que inició los trabajos, debiendo advertirse que los primeros días no tuvo la cooperación de los elementos que se reunieron después.»

Tal ha sido, descrita á grandes rasgos, la empeñosa labor realizada dentro de la ciudad para dotarla de sus más indispensables servicios públicos y tales las personas que cooperaron abnegadamente en ella.

SEGUNDA JEFATURA DE LA PLAZA
SÓCRATES CAPRA

Cuando hubo terminado su misión el señor Luis Gómez Carreño, fué designado para sucederle en el importante cargo de jefe militar de la plaza el señor don Nicolás Yávar, comandante del Regimiento Lanceros de Limache.

Este distinguido jefe que había desempeñado ya una ruda tarea en la ciudad de Limache continuó con todo acierto la obra ya empezada por el comandante Gómez Carreño.



Sr. don Nicolás Yávar y sus ayudantes

No terminaremos esta parte de nuestro libro sin mencionar á un hombre cuyos elevados sentimientos de humanidad lo impulsaron en los días más aciagos de Valparaíso á realizar una desinteresada y utilísima labor.

Tal fué la de acudir con los primeros alimentos á esos des-



Sr. Sócrates Capra

graciados que iban á solicitarlos con lágrimas en los ojos, agobiados por la necesidad.

Este hombre fué Sócrates Capra.

Instalado, Capra, desde los primeros instantes del cataclismo en la plaza de la Victoria, fué su primer pensamiento para

esos desventurados que en la mañana del 17 acudirían, sin duda, á solicitar de las autoridades un pedazo de pan para satisfacer sus necesidades.

No dudó, pues, ante esa idea el ex-empresario de teatro, que su deber le aconsejaba socorrer la desgracia y sin titubear se convirtió en ranchero de los necesitados.

También instaló la primera cocina y la primera mesa para servir á las autoridades.

La hermosa conducta de Capra fué recompensada por la gratitud general y el mismo comandante Gómez Carreño, en la nota pasada á la Intendencia, al dar por terminada su misión, hace presentes los abnegados servicios de este hombre de noble corazón.

LA OBRA DEL SACERDOCIO

Réstanos agregar todavía en esta parte de nuestro libro la narración de la ímproba labor realizada por el sacerdocio de Valparaíso para alentar y socorrer á millares de víctimas desamparadas.

Las congregaciones religiosas tuvieron en esta abnegada tarea una parte importantísima que es necesario recordar en su justo y crecido valor.

Correspondió en primer término á los religiosos de los Sagrados Corazones amparar en la noche misma de la catástrofe del 16 á una crecida multitud de heridos, que en aquellos instantes fatales no tenían á donde implorar en demanda de un auxilio que pedían sus tristes y angustiosas necesidades.

Fué en aquella ocasión cuando los reverendos padres franceses, que acababan de presenciar el derrumbe de su iglesia y de su principal edificio, saltando entre los escombros, acudían presurosos á la extrema necesidad y al pronto socorro de los que iban á perecer entre las ruinas amontonadas.

Con absoluto desprecio de sus vidas y ostentando en sus

heroicos pechos la enseña redentora de la Cruz, llevaban esos hombres, como ángeles de paz, á los desventurados moribundos el signo de perdón y endulzaban de ese modo la espantosa agonía con la dulce esperanza de la eterna ventura.



R. P. Augusto Jamet

Muchos otros fueron salvados merced á oportunos y solícitos cuidados en una ambulancia provisional que se estableció en uno de los patios interiores del establecimiento de enseñanza que estos religiosos poseen en la calle Independencia.

El número de los asilados creció luego hasta el punto que fué preciso habilitar hasta las celdas más interiores para recibirlos y auxiliarlos.

En esta penosa tarea desempeñó servicios de gran importancia el reverendo padre Antonio Castro, superior de la Congregación.

R. P. Antonio Castro

La acrisolada virtud y el alma esencialmente caritativa de este noble sacerdote le impulsaron en aquellos días á realizar actos de ilimitada abnegación.

Cooperaron á esta obra salvadora todos los miembros de la Congregación, distinguiéndose entre ellos, los reverendos padres Mateo, Magencio y Eloiso.

El reverendo padre Magencio, que estuvo dedicado especial-

mente al servicio de los heridos, desempeñó las más arduas é ingratas tareas, conquistándose por ellas una eterna gratitud de todos aquellos que debieron á sus cuidados quizás hasta la salvación misma.

La obra del R. P. Mateo no necesita comentarios ni tampoco de una relación minuciosa y detallada.

Conocen todos los habitantes de Valparaíso á este joven y virtuoso sacerdote, no menos abnegado para el sacrificio en las horas de paz que en los momentos más difíciles y angus-



Interior del Convento de los RR. PP. Franceses

tiosos. Alentado por la noble generosidad de su alma y con la serena tranquilidad de su espíritu, afrontó los más rudos trabajos y las más tristes situaciones para llevar un socorro y un alivio á millares de personas que lloraban en la más desamparada miseria.

El nombre del R. P. Mateo, bendecido por esa enorme multitud á la cual alcanzaron sus bondades, es, en la actualidad, querido y respetado de todos los habitantes de Valparaíso.

La obra del sacerdocio fué, sin embargo, más amplia y benéfica.



R. P. Mateo Crawley

En el Seminario de San Rafael, situado en un extremo de la Avenida de las Delicias, se dió también asilo y protección á gran número de familias cuyas habitaciones habían sido derrumbadas por el terremoto.

Los piadosos clérigos del Seminario se convirtieron aquí en los servidores de sus asilados y desde los primeros instantes les dedicaron sus más finas atenciones.

El Presbítero don Adriano Espinosa Dublé, profesor del establecimiento, tuvo una parte muy especial en esta generosa hospitalidad.

A él le deben muchas familias la constante solicitud con que atendiera las menores necesidades de cada cual, convirtiéndose en un celoso servidor de todos.

El digno rector del colegio don José Roberto Tapia, que no pudo estar presente allí desde los primeros momentos, llegó luego á prestar, á su vez, muy útiles y eficaces servicios á las numerosas personas asiladas.



R. P. Soldati, Superior de los Salesianos

El Presbítero don Martín Rüker Sotomayor tomó á su cargo la pesada tarea de repartir diariamente el alimento á todos aquellos que llegaban á solicitarlo á las puertas del establecimiento.

Esa obra que el dignísimo sacerdote supo desempeñar de un modo verdaderamente ejemplar, pudo darle la satisfacción de haber cumplido con uno de los más altos y nobles deberes de humanidad.

La Congregación de los Padres Salesianos, cumplió también con altísimos deberes de caridad, convirtiendo el amplio establecimiento que poseen en la antigua quinta Wáddington en hospital para los heridos.



Pbro. Arturo Rose-Innes

Cada uno de los miembros de la congregación salesiana fué un constante servidor de los desgraciados á quienes la catástrofe había hecho sentir sus más dolorosas consecuencias.

El R. P. Domingo Soldati, Superior del establecimiento, no omitió sacrificio personal de ninguna especie para ayudar á los muchos desamparados que recibió en su seno la congregación.

En el hospital prestó valiosísimos servicios el presbítero señor Arturo Rose-Innes, cuyo retrato insertamos.

Nos presenta la fotografía al señor Rose-Innes con el hábito de la Congregación de los SS. CC. que fué donde inició su carrera eclesiástica tan llena de esa hermosa y sincera virtud cristiana de que ha dado en su vida tantas pruebas abnegadas.

El barrio de Playa Ancha y las poblaciones vecinas fueron piadosamente atendidas por los Reverendos Padres de Santo Domingo, entre los cuales se distinguió de un modo especial por su heroica abnegación, el padre Valle.

Este humilde sacerdote fué desde los primeros momentos del terremoto un activo y ejemplar servidor de los heridos y

necesitados, llevándolo su piedad y su espíritu de sacrificio hasta los últimos extremos de la caridad para socorrer la desgracia y el infortunio.

Cupo también al padre Valle la tarea de auxiliar en sus últimos momentos á la mayor parte de los ajusticiados que tuvieron que entregar su vida, en los sitios públicos de la ciudad.

La labor de los curas párrocos ha sido ya manifestada en otros capítulos de este libro.

Debemos, sin embargo, anotar una vez más en esta parte el nombre del cura rector de los Doce Apóstoles, don Arturo Constancin, cuya benéfica acción en favor de los damnificados no reconoció límites de sacrificio.

Cerramos este capítulo con los nombres de las congregaciones de los Jesuítas y de los Hermanos Cristianos cuyos miembros contribuyeron eficazmente á mejorar la triste situación de una gran parte de los habitantes de la ciudad en el barrio del Almendral.

HONRAS FÚNEBRES EN PLAYA-ANCHA

El domingo 30 de septiembre, fueron celebradas en Playa-Ancha, unas solemnes honras fúnebres por las víctimas del Terremoto de Valparaíso, á las cuales asistió S. E. el Presidente de la República don Pedro Montt.

Acompañaban al primer mandatario, algunos de sus ministros, numerosas personalidades y todos los representantes de las naciones extranjeras en Valparaíso.

La oración fúnebre por las víctimas de la catástrofe fué pronunciada por el Iltmo. y Revmo. Obispo de San Carlos de Ancud, Monseñor Ramón Angel Jara.

Asistió á las honras una enorme cantidad de personas de todas las clases sociales y en la elipse del parque presentaron una hermosa revista todas las tropas de guarnición en Valparaíso en aquella época.









SEGUNDA PARTE

EL TERREMOTO EN OTRAS CIUDADES



VIÑA DEL MAR

La pintoresca y elegante ciudad de Viña del Mar está situada á 7 kilómetros de Valparaíso y es una de las más importantes estaciones del ferrocarril entre Santiago y este puerto. Se encuentra además unida a él por una vía de tranvías eléctricos.

Viña del Mar, es particularmente conocida como un excelente balneario, al que acuden todos los veranos una multitud de familias santiaguinas y no pocos extranjeros. Su progreso podía marcarse todos los años por el gran número de elegantes construcciones y hermosos «chalets» que le daban un aspecto risueño y característico.

Población Vergara, Miramar y Chorrillos, son los nombres de los diveresos barrios de esta alegre ciudad.

La primera, de reciente fundación, se encuentra edificada sobre el lecho del estero de Viña del Mar, y por esta causa su ruina fué total, derrumbándose la mayoría de sus construcciones.

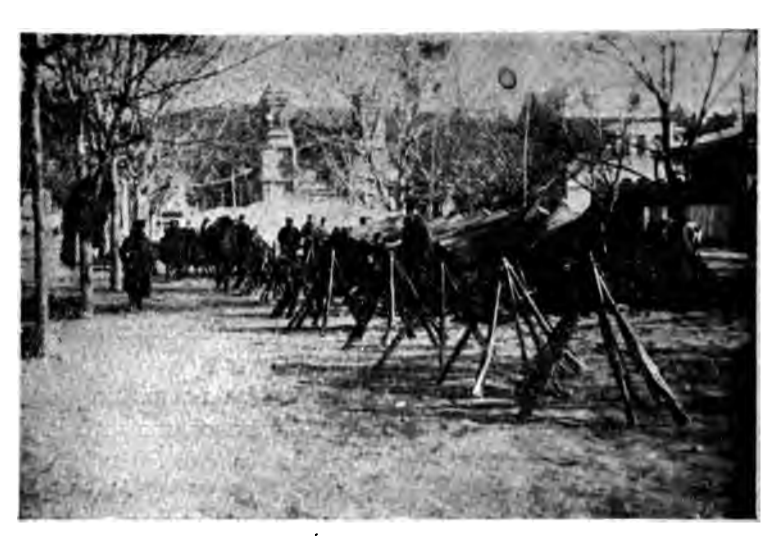
Miramar es 'a parte de Viña del Mar mas cercana á Valparaíso y actualmente casi se confunde con el Recreo, que es una de aquellas numerosas poblaciones que toman incremento entre Valparaíso y Viña.

Chorrillos es el barrio de esta ciudad más lejano de Val-

paraíso y se encuentra á corta distancia de la estación de «El Salto».

Grandes é importantes fábricas se hallan establecidas en Viña del Mar, las que le dan una vida próspera y animada. La Refinería de Azúcar, las fábricas de aceites, de fósforos, de paños, la fundición Lever Murphy, etc., ocupan en sus tareas gran número de trabajadores, que han ido á aumentar enormemente la escasa población de hace pocos años.

En tal estado de adelanto encontró la catástrofe de agosto



Viña del Mar. Un destacamento militar

á la pintoresca ciudad, causándole enormes perjuicios, que le significan un retroceso de muchos años en su vida de progreso.

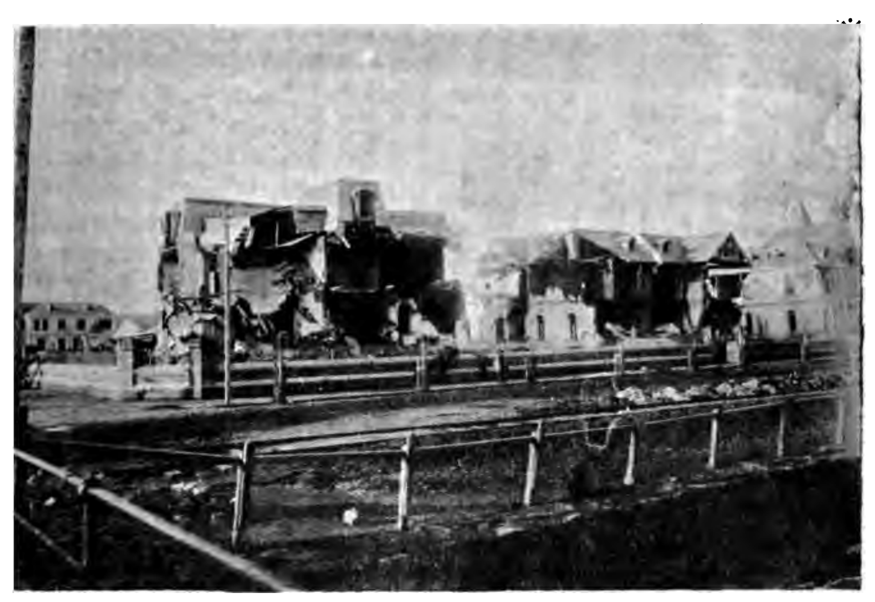
Las construcciones de cal y ladrillo derrumbáronse sin excepción ninguna. Por el contrario las de madera, aun en la población Vergara, se mantuvieron en pie.

Si entráramos á detallar, uno á uno los «chalets» destruídos, tendríamos que enumerar la mayor parte de los existentes en la ciudad. Las fotografías que insertamos dan idea del estado á que fueron reducidos.

La iglesia parroquial sufrió perjuicios de tal magnitud, que ha quedado inservible para efectuar en ella los servicios divinos.

En la población Vergara hemos podido contar no menos de treinta elegantes construcciones, completamente destruídas.

La incierta situación que se produjo á raíz del terremoto, fué dominada por completo por las autoridades de la ciudad.



Los chalets de Población Vergara

Los incendios causados, aunque fué imposible extinguirlos, á causa de la escasez de agua, se redujeron á los sitios en que habían aparecido gracias á la acción de las compañías de bomberos. Las construcciones devoradas por el fuego fueron las de los señores Magalahes, Borrowman, comandante Plaza, Obrega y una tienda de géneros.

Uno de los hechos que llamó la atención la noche del 16, fué que en los momentos mismos en que se sucedían los temblores más fuertes, en la calle de Limache, frente á la Refine-

ría de Azúcar, se abrió una profunda grieta por donde salía el agua á borbotones é igual cosa sucedió en varias partes de la población Vergara, donde se formaron verdaderas lagunas, sobre el nivel de las calles.

Los víveres, aunque escasearon en un principio, se repartieron en abundancia por una comisión de vecinos compuesta de ios señores Andrés Scott, P. Fanner Pruin, H. Naylor. Sindey Merritt, J. Vergara, J. Howe, J. Guissar, D. Serrano, F. Cooper, H. G. Phillips, W. Broope, Y. Cumming, H. Cumming, J. 2.º Cumming, Jorje Borrowman, Andrés Ivol y Primitivo Pacheco.



Sr. D. Wáshington Salvo

El orden público se mantuvo inalterable, gracias á la acción enérgica é inteligente del comandante de policía, señor don Wáshington Salvo, y á la abnegación de la tropa que tenía á su mando. Sólo después de cinco días de ruda labor, pudo la tropa tomar algún descanso con la llegada de un destacamento de fuerza de linea.

Es satisfactorio y honroso para la policía de Viña del Mar dejar constancia del hecho de no haber ocurrido en esos días ningún hecho criminal que mereciera las enérgicas represiones que tales casos determinan.

Don Víctor Prieto Valdés, alcalde en ejercicio en los primeros días, don Juan Magalahes, primer Alcalde de la Comuna, que reasumió sus funciones inmediatamente, don Wáshington Salvo y distinguidos vecinos de la localidad afrontaron la situación y luego la dominaron con oportunas y salvadoras medidas.

Las pérdidas de vidas fueron aquí numerosas, ascendiendo su total á ciento diecisiete. Entre éstas debemos mencio-

nar á la respetable señora doña Adela Swett de Otaegui, á la esposa é hijos del doctor don Francisco Cádiz Aldunate y á la señora Helfmann de Dietrich.

Los heridos que alcanzaron á una buena cifra, fueron recogidos por la policía aquella misma noche para ser llevados al derrumbado hospital de la ciudad.

La extracción y sepultación de cadáveres corrió también á cargo de la abnegada tropa de la policía y del Batallón Maipú.

Los perjuicios materiales no bajarán en ningún caso de diez millones de pesos.

En el lugar vecino, llamado "El Salto" se originaron asimismo grandes perjuicios, muriendo no menos de diez personas.

Damos aquí los nombres de las víctimas identificadas en Viña del Mar:

Manuel Guajardo
José Ortiz
Antonio Becerra
Segundo Pereira
Antonio Becerra D.
Adriana Garín
N. Fuenzalida
María González
Teodora Ruz
Juan de la C. Soto
Heraclio Valenzuela
José Calderón
Juan 2.º Soto
María del L. Urbatrio
N. Pizarro
Antonio Lillo
Señora de Cádiz
Niñito Cádiz
Ricardo 2.º Bastrucci
N. N. empleado Escuela Normal
Cipriano Hurtado
María Estael
María Azócar
Blanca Jara
Teresa López
Sra. Dietrich de Helfmann
Alvi Hopke
Santiago Valenzuela
Humberto Walton
Guillermo Walton
Juan A. Reyes
Eugenia E. Díaz
Inés González v. de Eveling
Ema Teller Becker
Rosa Herrera
Francisco Quiroz
Domitila Concha
Rosa Concha
Alberto Concha
Luciano Herrera
Victorio Ramírez M.
Augusto Zelaya
Aurelia Ponce Reyes
María Luisa Ponce
María Vergara H.
N. Molina
Sra. Swett de Otaegui.

CASABLANCA

La catástrofe del 16 de agosto asoló al departamento de Casablanca con sin igual intensidad. Y no sólo la ciudad fué destruída sino que también todas las aldeas vecinas y las casas de los fundos del departamento.

La ciudad de Casablanca con la escasa población de mil trescientos habitantes estaba edificada en el centro del valle de su nombre y formaba en la época del terremoto un importante centro de comercio agrícola.



Sr. don José Antonio Fontecilla, Gobernador de Casablanca.

El camino carretero que une á Valparaíso con Santiago, atraviesa por su plaza principal.

El 16 de agosto fué un día lluvioso y de fuerte viento en la comarca y por este motivo la mayoría de los habitantes se encontraban ya recogidos en sus aposentos cuando sobrevino el cataclismo, lo que fué causa de muchas pérdidas de vidas.

El movimiento que allí se produjo fué simultáneo con el que destruyó á Valparaíso, con tres fuertes remezones, cayendo el mayor número de casas en el tercero. Su duración fué de siete minutos.

Tanto las pérdidas de vidas como los perjuicios materiales fueron inmensos. Las primeras ascendieron en el departamento á ochenta y siete, en una población de catorce mil habitantes. De los ochenta y siete muertos, cincuenta y ocho

corresponden á la ciudad de Casablanca, que en todo tiene una población como ya lo hemos dicho de mil trescientos habitantes, es decir, murió el 7% de la población.

Se explica esta enorme cifra, considerando que de todas las construcciones del pueblo, sólo tres quedaron en pie, aunque también en completa ruina.

Los perjuicios materiales pueden calcularse en cuatrocientos mil pesos ($ 400,000) los sufridos en la parte urbana, y en seiscientos mil pesos ($ 600,000) los originados en el resto del departamento.



Viña del Mar

Pasados los primeros momentos y aún en medio de los ayes de angustia y de dolor, empezó la acción de las autoridades para evitar las consecuencias de tan terrible desgracia, labor benéfica que dió espléndidos resultados.

El señor Gobernador del departamento después de dar cuenta á las autoridades de Valparaíso y de Santiago por medio de propios que partieron á las 10 P. M. de aquella noche y ayudado por el señor juez del departamento don Erasmo Escala y Dávila, por el señor cura párroco don José María Galáz, por el secretario del juzgado y notario público don Car-

los Román y por los prestigiosos vecinos señores Cupertino Castro Soffia, presbítero don Lindorfo Araya, don Isaac Montt, don Manuel Sanhueza, don Tiburcio y don José Miguel Galáz, don Carlos Castro, don Luis Rojas y don Julio Soffia, se consagró á remediar en lo posible tan crítica situación, recogiendo á los heridos, auxiliando á los damnificados, extrayendo de entre los escombros los numerosos cadáveres, dándoles, en seguida, sepultura y repartiendo víveres y socorros.

La conducta de la policía de esta ciudad en la noche del 16 de agosto y en las que las siguieron, merece también un aplauso justiciero por sus valiosos servicios que prestó.

Con los recursos enviados por el Gobierno y particulares se remediaron en parte las necesidades de la población.

Lista de las víctimas del terremoto en Casablanca

Arriaza María
Armijo Aurelio
Rufina Llanes de Armijo
Albillar Humberto
Armijo H.
Alvarez Herminia del C.
Alvarez María del T.
Alvarez José Vicente
Aguilera Tránsito
Almarza María
Aranda Zacarías
Bastías Carlos
Balladares Luzminio
Carrasco Francisco
Cueto Etelvina
Carrasco Fortunato
Carrasco Liberato
Cuadros Francisco
Catalán Rosenda
Cangas Santos
Cabezas Segundo
Dávila Petronila
Fuentes Cayetano
Gatica Sabina
Gómez Sofía
de González Filomena
González Eufemio
González Gerardo
González Froilán
Hormazábal Pastora
Llanos Justina
Rodríguez Domingo A.
Oyarce Pabla
Madariaga Alamiro
de Sánchez María Soto.
Sánchez Rosa
Sánchez Agustín
Sánchez Petronila
Santi Miguel
Valderrama Ester
Valderrama Salvador
Vera Juan
Vera Gumersindo
Vera Doralisa
Vera Isabel
Vera Luis
Vera Carlos
Vera Agustina
Vera Agustín
Vera Francisco
Maullén Luzmira
Maullén Sofía
Morales Olegario
Madariaga Dámaso
Marín Jorge
Salazar Carmen
Señora Madre del cura Gajardo
Elba Armijo
Cayetana Fuentes
Agustina S. Vera
Zacarías Aranda
M. Araos
Froilán González
Petronila Neira
Mercedes Leighton
María Leighton
N. Leighton
Señora tía del Alcalde señor Leiva.

QUILLOTA

De los cuatro departamentos en que está dividida la provincia de Valparaíso, Quillota fué el que mejor libró de la catástrofe de agosto.

El valle de Quillota abrigado por elevadas cadenas de montañas, es uno de los más feraces de nuestro territorio y es sin duda el que produce mejores frutas.

La chacarería y los cereales se cultivan en espléndidas condiciones y más de un hacendado ha hecho con ellas su fortuna.

La población de este departamento llega á sesenta mil almas. Se divide en numerosas comunas, de las cuales nos ocuparemos en seguida

La ciudad de Quillota, capital del departamento, alcanza



Iglesia de Santo Domingo

á una población no inferior á catorce mil almas y fué fundada allá por los años de 1540. Es una de las poblaciones más antiguas de Chile. De clima benigno se encuentra edificada al pié del cerro Mayaca, en la ribera sur del Aconcagua.

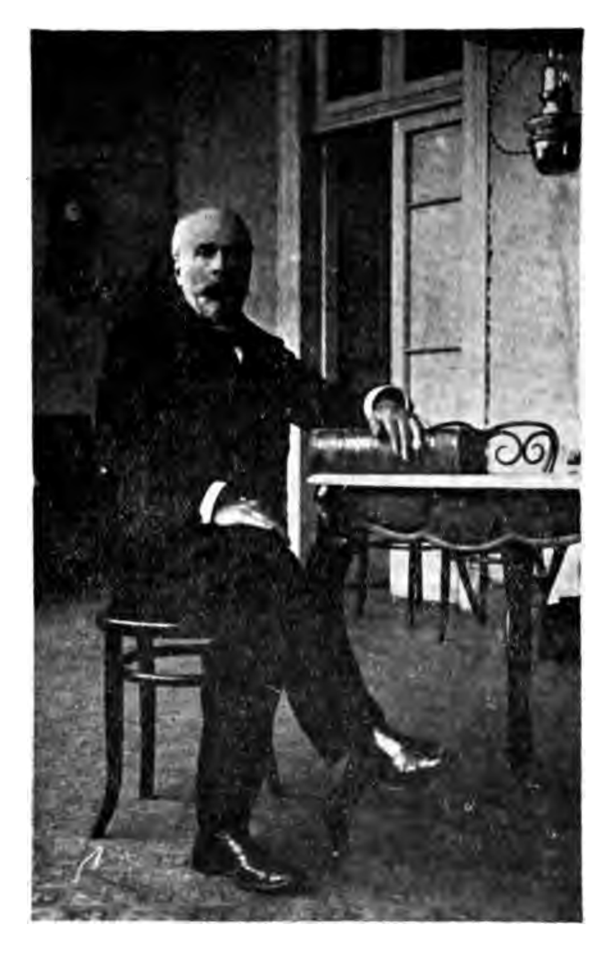
La ciudad consta de cuarenta y nueve manzanas pobladas y de las prolongaciones de ellas, entre las cuales se encuentra la conocida Calle Larga, compuesta de grandes arbo-



Quillota. El Pelícano

ledas, y que llega hasta la estación de la Cruz. Un ferrocarril de sangre la recorre en toda su extensión.

A primera vista el expectador se imagina que Quillota no sufrió perjuicios de consideración con el terremoto, pues las casas se ven todas en pie á excepción de una que otra que no necesitaban de un movimiento sísmico tan brusco para derrumbarse, y de las iglesias y edificios públicos, que como en todas partes fueron los primeros en destruirse, pero observando el interior de los edificios, puede verse la mayoría de



El Sr. Gobernador de Quillota, don Teodosio S. Figueroa

ellos en completa ruina. Hemos dicho que las iglesias fueron las primeras en derrumbarse, entre ellas mencionaremos, la elegante y valiosa iglesia parroquial, verdadero monumento de arquitectura.

La iglesia de Santo Domingo cuya fotografía aquí reproducimos cubrió con sus escombros toda la ancha Avenida lateral á la plaza de Armas, yendo á caer algunos trozos de murallas de cal y ladrillos á más de veinte metros de distancia.

San Agustín antigua y vetusta iglesia que se encontraba convertida en local destinado á guardar las andas de la procesión del Pelícano, se destruyó completamente, aplastando en su caída las andas de esta popular y antigua procesión del Viernes Santo.



Confesión al aire libre

Las demás iglesias como San Francisco, la Merced y San Isidro, sufrieron también serios perjuicios.

Los oficios divinos hubieron necesariamente de celebrarse por mucho tiempo á la intemperie. El tabladillo de la plaza abrigó por espacio de meses al altar mayor y las frondosas palmeras á los misteriosos confesonarios.

El Teatro Municipal de sólida estructura se destruyó por completo, derrumbándose el techo y algunas murallas inte-

riores. Entre los edificios públicos es de lamentar la destrucción del que ocupaba la Municipalidad, el juzgado de letras, el cuartel de policía y la cárcel, la escuela pública situada en la calle Blanco, el Hospital, etc.

Las numerosas fábricas que funcionan en Quillota como las de papel, fideos, alcohol, curtiduría, etc., no sufrieron grandes perjuicios en sus maquinarias.

Las pérdidas de vidas, á pesar de no haber sido muchas las casas que se derrumbaron por completo, fueron crecidas,



El interior del Teatro

ascendiendo en la comuna á veintinueve. Los heridos alcanzan también á un gran número.

La noche de la catástrofe una de las primeras preocupaciones de las autoridades, fué evitar la evasión de los reos de la cárcel, que con la caída del edificio en que se encontraban, salieron inmediatamente á la calle. La escasa policía, dirigida personalmente por el señor gobernador don Teodosio S. Figueroa y por el señor juez del departamento don Ramón Araya, después de grandes esfuerzos pudo contener á los reos que huían en medio de la obscuridad, aprovechándose del desconcierto general. Sólo ocho de ellos lograron esa noche sus propó-

sitos, y felizmente fueron capturados casi todos al día siguiente.

La situación producida por el terremoto en esta ciudad no fué tan angustiosa como en Valparaíso, pues si bien es cierto que en los primeros días los víveres escasearon, no porque no los hubiera en el comercio, ni porque se hubieran destruído con el terremoto, sino porque el natural pánico no permitía ni beneficiar animales, ni fabricar pan. Hubo, pues, necesidad de



Edificio de la Tesorería Municipal

hacer vida de campaña, pero agradable hasta cierto punto y no forzada y angustiosa como en Valparaíso, pues los recursos del campo son siempre más abundantes que los de una ciudad, aislada de los centros que la surten de víveres frescos.

Y así como en Santiago las opulentas familias aprovecharon sus elegantes carruajes para pasar aquella noche, en Quillota utilizaron estas las legendarias carretas con igual objeto. Familias hubo que permanecieron cerca de dos meses

en estas curiosas viviendas. ¡Tal era el pánico! Otras aprovecharon los grandes toneles destinados á guardar el caldo de la uva para pasar en ellos la noche.

Pasados los primeros momentos empezaron las autoridades, ayudadas por algunos vecinos, á recoger los cadáveres de entre los escombros y á transportar los heridos al hospital que se encontraba en completa ruina.

El señor gobernador, el primer alcalde de la I. Municipalidad don Bernardino Concha, el señor juez don Ramón Ara-



Cementerio

ya, el señor cura párroco don Guillermo Ruiz y los prestigiosos vecinos señores don Rafael Ariztía, administrador del hospital, Ignacio Cardemil, administrador del cementerio, don Eduardo Jiménez con don Luis de la Cruz y don Ignacio Orbeta, estos tres miembros de la Olla del Pobre, no omitieron sacrificios de ningún género para auxiliar á los necesitados.

Víveres se repartieron por la Olla del Pobre en abundancia.

Los muertos se enterraron oportunamente debido á la acción del administrador del cementerio señor Cardemil, quien

en poco tiempo pudo subsanar las dificultades que su completa destrucción prestaba.

Con la caída del hospital, fué necesario construir galpones provisorios en donde atender á los numerosos heridos. El señor Ariztía, su administrador, subsanó esta dificultad á la brevedad posible.


Niñita Graciela Martín Castro

Entre las víctimas que se lamentaron mencionaremos á la niñita Graciela Martín Castro, hija de don Enrique Martín y de la señora Mónica Castro de Martín.

Cuando las comunicaciones ferroviarias se restablecieron las familias que habían perdido sus hogares en Valparaíso, buscaron refugio en Quillota, que es de los pueblos más cercanos á Valparaíso, el que salvó en mejores condiciones. Hoy día Quillota ha perdido su monotonía habitual, debido á las familias porteñas que en ella habitan.

Los muertos en la comuna de Quillota ascienden á ochenta y nueve, de los cuales diez se sepultaron sin ser reconocidos.

Los perjuicios materiales se calculan en la parte urbana en un millón de pesos. En la parte rural pueden estimarse


Palacio de la hacienda de San Isidro

prudencialmente en ochocientos mil pesos, comprendiendo en esta suma los perjuicios sufridos por el palacio de la hacienda de San Isidro, la señorial mansión de la familia Edwards MacClure, cuya construcción costó alrededor de ($ 500,000) quinientos mil pesos.

En el pintoresco lugarejo llamado Boco, situado al lado norte del Aconcagua, se dejó sentir el terremoto con gran violencia, quedando todos sus edificios en el estado que los presenta la instantánea.

La nómina de los muertos identificados en la comuna es la siguiente:

Edelmira Olivares C.
Herminia Rodríguez B.
Juan Francisco Riveros
Sabino Roldán A.
María C. Avalos
J. Hermógenes Arancibia
Segundo Arancibia C.
Carlos Arancibia C.
María L. Herrera
Blanca Denegri G.
Segunda A. Mena C.
Tulio E. Bravo Machado
María I. Gaete Peralta
Miguel Acevedo Laz
Luz Marina Otelo
Manuel Adán Llanos
Teresa Gaete
Eloísa Ahumada A.
Jacinto Olmo Olmo
Delfino González Aros
Ricardo González Aros
Abraham de la C. González Aros
Agustín Aros Herrera
Agustina Robles Gálvez
Elcira Escobar D.
Eulogio Fernández
Graciela Martín C.
Juan Chapa
Pedro 2.º Jiménez
Eulogio Vicencio Pizarro
Lucila Vargas Rivera
Marta del C. Vargas
Norberta Saavedra C,
Remigio Hidalgo
Rafael Aníbal Decidel
Margarita del C. Decidel D.
Zacarías Saravia
Francisco A. Vega Zamora
Rosa E. Astudillo I.
Luis O. Figueroa A.
Herminia Rosa Zamora
Delfina Gallegos
David González
Garlota Biedín Santiago
María Jesús Mena
Justo 2.º Herrera Apablaza
José Ignacio 2.º Olivares
Manuel E. Mateluna
Ernesto Mena Cisterna
María Jeria Ponce
Josefa Calderón
Juan Fuentes
Olegario Gómez
Virginia Serey
Salomé Brito v. de Aravena
J. Luis Serey
Isabel Serey
Demicio Serey
Carmen Cortés
Alejo Tamaya
Sofía Salazar
María Irene Zapata
José Ignacio Caudillo
Elvira Loaiza
Santos Fuentes
Roberto Fuentes
Beatriz Ahumada J.
Juana Solís Delgado
Raquel de las Mercedes Pérez
Daniel 2.º Briones
Cruz Flores
M. Urbina
Zoraida Gac de Carneiro
María Velarde González
Pedro Veras
Juan Olivares Saavedra
Basilio Fernández Canelo y
seis no identificados

Los perjuicios sufridos por las comunas de la Calera y de Ocoa no son de aquellos que arruinan una población. La primera de estas comunas es en su totalidad rural y no hubo en ella desgracia personal que lamentar. En la Calera, ciudad que ha tomado grande importancia desde la inauguración del ferrocarril al norte, sus edificios no resistieron al movimiento terrestre y se pueden contar muy cerca de ochenta casas completamente destruídas y más de doscientas ruinosas.

La iglesia parroquial, de construcción de cal y ladrillo y



Boco

de gran costo, el edificio del correo, la estación del ferrocarril y demás edificios públicos se derrumbaron totalmente.

Una junta de vecinos, compuesta del subdelegado señor don Luis A. Rivera, del cura párroco señor presbítero don Carlos Fernández, del alcalde señor don Daniel Rubio y de su secretario señor don Bartolomé Gómez, fué la encargada del reparto de víveres y de auxiliar á los damnificados.

Las fábricas instaladas en este punto á orillas del Aconcagua, cuyas aguas aprovechan para darles movimiento, sufrieron serios perjuicios. Entre ellas mencionaremos á las de

cemento, de sacos, de velas estearinas, de cerveza y diversos molinos.

Las pérdidas materiales no pueden estimarse en menos de doscientos mil pesos en la comuna.

Cinco personas cuyos nombres designamos en seguida fueron las víctimas de la catástrofe

Miguel Acevedo, Rosario Valencia, niñito Astudillo, Rosa N. y N. N.

La comuna más cercana á la costa, Puchuncaví ó Quinteros está formada por fundos rústicos y los pajonales centros de población con la caleta de Quinteros y el pueblecito de Puchuncaví.

Los perjuicios de la comuna fueron numerosos, debido indudablemente á su proximidad á la costa. La mayor parte de las casas y ranchos de sus pobladoras se destruyeron.

La población de la comuna asciende á 5,000 y los muertos fueron veintitrés.

La nómina de los muertos por el terremoto es la siguiente:

Dolores Pereda
Leonor Salinas
María Valencia
Rosa Fernández
Edelmira Ordenes
Isabel Ulloa
Lorenzo Díaz
Lorenzo Veas
Elisa del Carmen Pery
Mariano Brante
Carmen Hernández
Avelino Bernal
José María Corcona
Enrique Torres
Aurora Valencia
Natividad Araya
Justa Terraza
Víctor Vergara
Juan Fernández
Juana Fernández
Federico Demikufer
Carmen Figueroa
Amador Vega

Otras importantes comunas de este departamento y que fueron azotadas sin piedad por la catástrofe son «Las Hijuelas» y «Los Nogales».

Las Hijuelas, es una simpática población edificada en la falda de los cerros, á corta distancia de la ribera norte del Aconcagua y casi al frente de la estación de Ocoa. Conchalí, Petorquita y Romeral son otras tantas pequeñas aldeas de esta comuna. Su población es de 3,500 habitantes.

Digno de notarse es el hecho de que el terremoto derrumbó en este punto todas las casas que existían en Las Hijue-

las, edificada como hemos dicho al pie del cerro y en las de Petorquita, por ejemplo, edificadas en terrenos cercanos al lecho del Aconcagua, salvaron en condiciones bastante satisfactorias.

La iglesia parroquial, que se construía desde veintidós años atrás y en la que se habían gastado no menos de 80,000 pesos, se derrumbó como todas las de su género.

Los perjuicios materiales pueden estimarse, tomadas la parte urbana y la rural, en 600.000 pesos.

El señor alcalde don Bartolomé Cabrera, secundado por el cura párroco, señor Santa Ana y por distinguidos vecinos de la localidad formaron una junta de vecinos encargada del reparto de los socorros y víveres que se les enviaron.

Las pérdidas de vidas en las Hijuelas ascienden á cuarenta cuya lista damos en seguida:

Rosario Díaz
Víctor Díaz
Moisés Muñoz
María Guerrero
Juan Zamora
Manuel Cabrera
Aurelio Cabrera
Adela Fornes
María Grez
Clorinda Herrera
Julio Barrera
Felipe Barrera
Arturo Barrera
Pedro Fernandez
Eloísa Pablaza
Tránsito Canelos
Carlos Fornes
Ramón Antonio Aravena
Juana A. Escobar
Ana Celia Godoy
Beatriz Briones
Francisco Orrego
José A. Saavedra
Francisco Mena
Laura Díaz
Virginia Díaz
María Vargas
Ana Zamora
Martina Godoy
Carmen Orrego
Juana Cabrera
José Díaz

En cuanto á Los Nogales sufrió tantos y quizás más perjuicios que "Las Hijuelas". La villa de Los Nogales situada entre las grandes haciendas de La Peña y de Los Nogales, vive principalmente del comercio de ellas.

Gran parte de la población fué destruída por los incendios quedando el resto en muy malas condiciones.

Los perjuicios materiales ascienden á una suma no inferior á ciento setenta mil pesos en la parte urbana y a cien mil pesos en la parte rural.

El señor Alcalde, don Carlos Godoy, merece especial mención por su generosa actitud.

Las víctimas de la catástrofe ascienden á catorce, cuyos nombres son:

Manuel Ativa
Andrés Callejas
Mercedes Olivares
Carlos Araya
Juana Veer
Cristóbal Araya
Genoveva Torres
Domitila Maureira
Hipólito Olivares
Jesús Torrejón
Juan Suárez
Natividad Mandiola
Marcos Mandiola, y
Raquel Mandiola

En la comuna del Melón, compuesta toda ella de fundos de campo, los perjuicios no fueron de grandes proporciones. Los muertos ascendieron á nueve:

Manuel Cabrera
Cosme Orrego
Luis Núñez
Arturo Bruna
Ramón 2.º Silva
Ramón Leiva
Carlos E. Prieto
María E. Zamora
Matilde Cortés
Doroteo Arancibia.



Sala de heridos en el Hospital San Martín

LLAY-LLAY

Nos queda la comuna de Llay-Llay, que fué indudablemente la más perjudicada por el terremoto, pues lo que éste dejó en pie, fué devorado en seguida por el fuego.

Llay-Llay, había alcanzado en este último tiempo gran desarrollo con motivo de ser el punto de partida del ramal á la Provincia de Aconcagua, que conduce al trasandino de la República Argentina.

Su comercio era importantísimo.

La ciudad se encuentra situada en la mitad exacta del Ferrocarril de Valparaíso á Santiago, á la entrada del pequeño y pintoresco valle de su nombre, de cuya vista goza el viajero desde la salida de la estación hasta llegar al conocido puente de "Los Maquis".

A cinco mil habitantes asciende la población de la ciudad y á más de siete mil la de la comuna.

La situación del vecindario después de la catástrofe fué



Iglesia Parroquial

desesperante debido á que los víveres que existían en el comercio se incendiaron.

Inútil nos parece extendernos en detalles sobre los perjuicios sufridos en las diferentes calles que forman la ciudad, pues las vistas que aquí insertamos hablan más elocuentemente de lo que nosotros pudiéramos hacerlo.

El señor primer Alcalde de la Comuna, señor don Alberto Vial, el señor cura párroco y los vecinos señores Genaro Prieto Hurtado y Andrés Massener, fueron los que tuvieron á su cargo la pesada tarea de atender á todo lo necesario para remediar la situación del momento.

Si los perjuicios materiales suben de un millón y medio de pesos, las pérdidas de vidas, ascendieron á noventa y siete.

Damos en seguida la nómina de ella:

Resúmen estadístico del departamento de Quillota

	Monto de perjuicios	Muertos
Comuna de Quillota	1.200,000	96
„ de La Cruz	50,000	—
„ de La Calera	200,000	5
„ de Ocoa	20,000	—
„ de Las Hijuelas	200,000	40
„ de Los Nogales	275,000	14
„ de Puchuncaví	50,000	23
„ de El Melón	30,000	9
„ de Llay-Llay	1.500,000	97
SUMA TOTAL	$ 3,525.000	334

LIMACHE

Otro departamento de la provincia de Valparaíso que sufrió perjuicios de gran magnitud fué el de Limache.

Tiene éste una población de veinticinco mil habitantes que se dedican en su mayor parte á la agricultura.

Además de las ciudades de Limache y de San Francisco que quedaron completamente destruídas, sobre todo la prime-



Llay-Llay. Calle Balmaceda



Llay-Llay. Calle Edwards

ra, las poblaciones de Quilpué y Olmué tuvieron que sufrir perjuicios que demandarán gran costo y muchos años para ser repuestos.

San Francisco y Limache son dos pueblos íntimamente unidos por sus relaciones comerciales y por su estrecha vecindad.

Ambas ciudades habían realizado en los últimos tiempos marcadas obras de progreso.



Señor don Julio Baeza Infante, Gobernador de Limache

Limache, capital del departamento, con cuatro mil quinientos habitantes está situada á orillas del estero de su nombre y como á una legua de la estación del Ferrocarril.

Su calle principal es la de la República que se extiende desde Limachito hasta la hacienda "Trinidad", perteneciente á la sucesión del señor don Vicente Velasco, recorriendo una extensión no inferior á veinte cuadras.

Entre las enormes desgracias que ocurrieron en esta ciudad hay una que sobrepasó a todas ellas y que llamó justamente la atención por la forma en que se produjo y por ser las víctimas de ella huérfanos inocentes y una santa mujer que había entregado su existencia al servicio de los desvalidos.



Las monjas de la Providencia tenían establecido en Limache uno de sus mejores establecimientos de beneficencia para albergar aquellos infelices que carecen de las tiernas dulzuras del hogar. Entre las religiosas que prestaban abnegadamente sus servicios en esta casa, se encontraba Sor María Matilde de San José en el mundo Laura Latham Squella.



Limachito



Calle de la República, destruída por el terremoto


Sor María Matilde

Sor María tenía á su cargo una sala de noventa y cinco niños en el piso superior del edificio. La noche de la catástrofe los huérfanos estaban ya acostados y su celosa cuidadora se encontraba en la capilla rezando sus oraciones. Se nos refiere que al sentir la madre Latham el terremoto corrió en dirección al dormitorio gritando: ¡Mis niños! ¡Mis niños! al cual no alcanzó á llegar pues en ese instante el edificio se derrumbaba por completo, sepultándola entre sus pesados escombros de cal i ladrillo.

Murió á la edad de treinta y cinco años y sólo hacía seis que había ingresado á la Congregación. Sus padres fueron don Marcos Latham y doña Fresia Squella.

Al derrumbarse el edificio sepultó también entre sus ruinas, á ciento diez huérfanos que se encontraban entregados


Escombros que sepultaron á Sor María y á ciento diez huérfanos

al sueño. De estos murieron cuarenta y siete. El edificio de la Gobernación y las iglesias, Parroquial y de San Francisco se destruyeron por completo.

Todos los edificios del pueblo se derrumbaron de tal modo que los escombros de ellos tapaban por completo las calles de una á otra acera.

El Gobernador del Departamento señor Baeza, el comandante del Regimiento «Lanceros» don Nicolás Yávar, su oficialidad, la tropa de línea, el señor cura párroco, don Gerónimo Venegas, los vecinos señores Enrique Vicuña S. Manuel A. Palacios, Ramiro y Julio Velazco y el señor Alcalde don Agustín Garaventa no omitieron esfuerzos para remediar la angustiosa situación.

Los perjuicios materiales pueden estimarse en tres millones de pesos. Las pérdidas de vidas fueron numerosas en Limache ascendiendo á ciento dieciséis. Veinte cadáveres hubieron de enterrarse sin ser identificados.

La siguiente es la nómina de los muertos:

Sor María Matilde
Cuarenta y siete huérfanos
Alejandro Sutherland
Albina Bahamondes
Lisandro Bahamondes
Bernardo Soto
Alfredo Flores
Graciela Olivares
Elvira Figueroa
Rosa Villegas
Marcelina Silva
Margarita Valdivia
Gregorio Reyes
Juana Rosa Reyes
Angel Reyes
Josefa Ponce
Fernanda Cortés
Carmen Rosa Peralta
Margarita Bravo
Ernesto 2.° Bravo
Albertina del C. Poblete
Javier González
Gualterio González
Ana Covarrubias
Demofila del C. Farías
Verónica Naranjo
Mercedes Naranjo
María Lucrecia Avila
Mercedes Calderón
Antonia Montenegro
Evaristo Montenegro
José S. Naranjo
Juana Rosa Covarrubias
Delfina Bobadilla
Wenceslao Cabrera
Estanislao Ponce
Juan Iturrieta
Luisa López
Conrado Astorga
Mercedes Isabel Florez
Juana Antonieta Flores
José Angel Ponce
Miguel Segura
David Ezequiel Huerta
Toribio Vargas
Joaquín Gamboa
Delfina Gamboa
Rosario Muñoz
Adelina Jorquera
Carlos Vergara
Adelina Aguayo
Margarita Calderón
Carmen N.
José Cortés
Jesús N. v. de Lazo
N. Vázquez
Beatriz F. v. de Escobar
Blanca N.
Bertina Zamora

SAN FRANCISCO

Con la construcción del ferrocarril entre Valparaíso y Santiago, se formó alrededor de la estación de Limache una nueva población que en corto tiempo tomó gran movimiento. A 4,500 asciende el número de sus habitantes.

Los perjuicios que sufrió con el cataclismo de agosto, aunque no de la magnitud de los que azotaron á Limache, fueron, sin embargo, muy considerables.



Alférez don Santiago Infante

Desde el tren el viajero admira las ruinas del cuartel del Regimiento de Caballería "Lanceros del General Cruz" y la vista que aquí insertamos nos presenta la fachada del cuartel, convertida en ruinas. Bajo ellas murió el alférez del Regimiento señor don Santiago Infante, distinguido militar que empezaba su carrera con marcado brillo.

No fué esta sola la pérdida que tuvo que lamentar la oficialidad del Regimiento. El teniente don Rosendo Rojas, que se encontraba en cama, cuidándose de un ligero resfriado, cuando sobrevino el movimiento, trató de huir en los momentos en que el edificio caía sobre él, causándole una muerte instantánea. El señor Rojas llevaba una brillante carrera y sus prendas de carácter y cariño á la institución lo distinguían entre sus compañeros.



Teniente don Rosendo Rojas

La situación que se produjo en el cuartel con el terremoto, fué de aquellas más angustiosas. Todo el edificio quedó en el suelo, tanto el departamento de los oficiales como las cuadras de los soldados y las caballerizas. Feliz-

mente este regimiento tenía como jefe á un militar que en más de una ocasión ha dado pruebas del temple de su corazón y gracias á él, el regimiento no sólo pudo salvar de la destrucción general, sino que luego sus miembros se sobrepusieron á tanta desgracia, distribuyéndose en ambos pueblos, para proporcionar carpas, extraer heridos de entre los escombros, y en fin para prestar toda clase de socorros. Su digno comandante, á pesar de tener á su familia en Valparaíso, no se separó un momento del puesto que le señalaba el deber comprendido en su acepción más alta y sublime.



Cuartel del Regimiento de caballería "Lanceros"

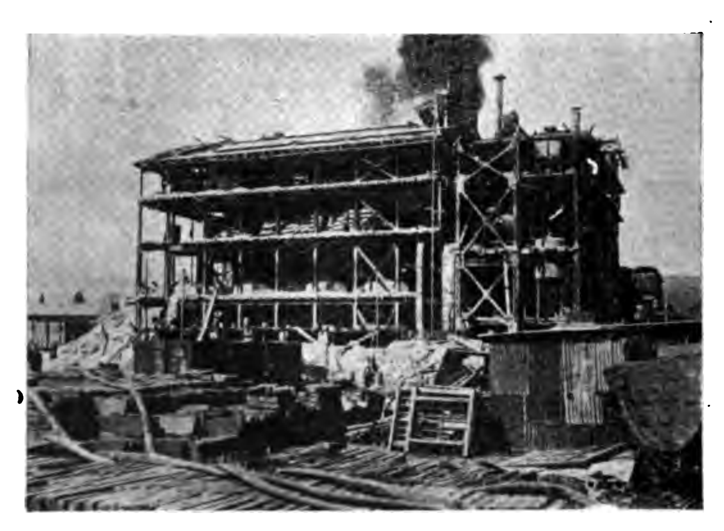
La anterior instantánea sorprendió al mayor Franck, este militar abnegado, indicando al capellán de "Los Lanceros" señor Ayala el sitio en que murió el teniente Rojas.

Desde el tren se divisa también la Fábrica Nacional de Cerveza, á la cual se le derrumbaron las murallas laterales.

Numerosas son las construcciones de gran valor que se destruyeron en San Francisco, entre las que se cuentan el Hospital de San Francisco, el Hotel Bellavista, la quinta del diputado señor Rivera, que encierra una valiosísima colección de Orquídeas, el colegio de San Luis, la capilla de "Lo Urme-



Interior del cuartel



Fábrica nacional de cerveza



Ruinas del Hotel Bellavista

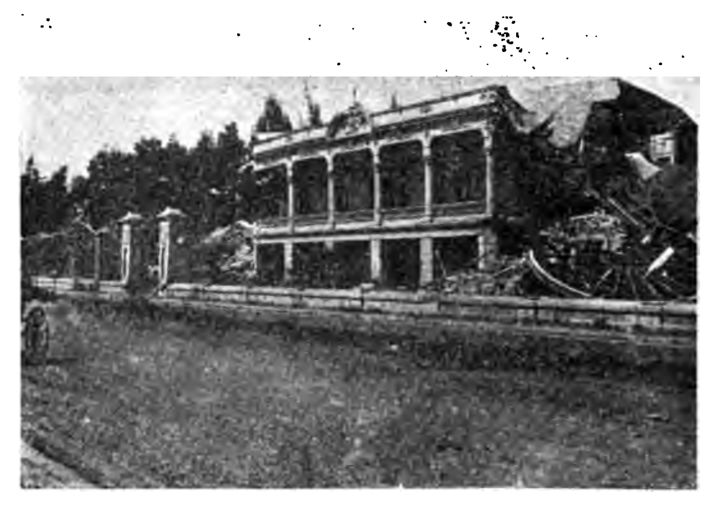


Hospital de San Francisco

neta", los palacios de don Federico Pinto Izarra y de don Matías Granja, y las habitaciones de los señores Ward y Claro, estas dos últimas destruídas por los incendios, la escuela superior y la estación de los ferrocarriles.

La caída de las extremidades del palacio Granja causaron la muerte de seis personas que se encontraban en esos momentos en el comedor, que ocupaba uno de los extremos.

El Hospital de San Francisco, fué, sin duda, el que más se destruyó, de tal modo que allí nada quedó en su lugar, los



Palacio Granja

umbrales de las puertas se levantaron como diez centímetros, empujados por el levantamiento de la tierra.

Los perjuicios pueden calcularse en San Francisco en la suma de dos millones doscientos mil pesos.

Los víveres no escasearon y una comisión compuesta de los señores Adolfo Eastman, Miguel Délano y Ambrosio Ghigliotto formaron la junta de vecinos, encargada de su reparto y de la distribución de los dineros que se enviaron para auxiliar á los damnificados.

No quisiéramos terminar estas líneas sin aplaudir la conducta de la escasísima policía comunal y de su comandante

don Desiderio Avilés, que desempeña su puesto á satisfacción del vecindario desde nueve años atrás. Este funcionario que tuvo que lamentar la pérdida de su padre y de su esposa con motivo del terremoto, se dedicó con sin igual abnegación al enterramiento de cadáveres y á resguardar el orden público.

El número de víctimas de San Francisco asciende a sesenta, de las cuales quedaron sin ser identificadas 18. Sus nombres son:

Julia Bravo
Luis Avila Guzmán
Domingo Gálvez
Rafael Ramírez
Francisco Farías
Conrado Astorga
Evaristo Zúñiga
Oscar Miranda
Rosendo Rojas
Ramón Astorga
Emilio Ojeda
Enrique Vera
Juan N.
Sirio N.
Arturo Miranda
Santiago Infante
José I. Peñaloza
Angel Bernales
Benito Urrutia
María Arancibia
Pabla Lemus
Pabla G. de Granja
Dolores Allendes
Carmen Allendes
Agustina Gaete
Petronila Carrasco
Aurora Silviana
Carmen N. de Olivares
María L. Avila
Graciela Olivares
Loreto Salinas
Francisca Tapia
Laura N.
Ramón Briceño
Margarita Ramírez
Aurora Villegas
Rosa Araos
María Ellhan
Carmen Tapia
Etelvina Arancibia
Un soldado del Regimiento Lanceros

QUILPUÉ

A una hora en ferrocarril de Valparaíso se encuentra esta población, que sufrió con el terremoto perjuicios no inferiores á setecientos mil pesos. Las pérdidas de vidas ascendieron á veinte. Una comisión compuesta del subdelegado señor don Moisés Ríos González, de los señores don Jorge del Río, Francisco Garnham, Horacio Echegoyen, del alcalde señor don Enrique Sinn y de don Onofre Polanco formaron la junta de vecinos que atendieron á las necesidades de los habitantes.

Olmué y Concón, son las otras dos comunas de que se compone el departamento de Limache.

En la primera, situada al interior de Limache, las pérdidas de vidas subieron á diecinueve. Los perjuicios materiales pueden estimarse en trescientos mil pesos.

Nómina de los muertos:

Juan José Herrera Alvarado
Juana Rosa Guerrero Leiva
Ernesto Guerra Leiva
Elena Covarrubias Ponce
Simón Covarrubias Ponce
Manuel Reyes
María del Rosario Muñoz
María P. Pérez Muñoz
Marcos Morales Reyes
Nicolasa Araya Orellana
María Luisa González Carvajal
Juan González
Julia González
Bruno Narváez Donaire
José Tomás Figueroa Morales
María del R. Tureo Salas
Tránsito Leiva de Figueroa
Benito Ponce
Juan N.

En Concón, comuna de la costa, sólo murió una persona y los perjuicios materiales pueden estimarse en cien mil pesos. El mar se retiró y después de un momento subió por el río Aconcagua que desemboca en este punto, hasta donde jamás habían llegado las más altas mareas.

Resumen Estadístico del Departamento de Limache

	Monto perjuicios	Número de muertos
Comuna de Limache	3.200.000	116
„ „ San Francisco	2.200.000	60
„ „ Quilpué	700.000	20
„ „ Olmué	300.000	19
„ „ Concón	100.000	1
SUMA TOTAL	6.300.000	216

Resumen Estadístico de la Provincia de Valparaíso

	Monto perjuicios	Número de muertos
Departamento de Valparaíso	300.000.000	3.000
Comuna de Viña del Mar	10.000.000	127
„ „ Casablanca	1.000.000	87
„ „ Quillota	3.525.000	334
„ „ Limache	6.300.000	216
SUMA TOTAL	320.525.000	3,764

SANTIAGO

El terremoto del 16 de agosto tuvo también una fuerte
ercusión en la capital, dejándose sentir allí los mismos sa-
dimientos terrestres de Valparaíso, pero con mucho menor
ensidad.

Santiago ha sido en épocas anteriores azotada y destruída
la violencia de los terremotos.



La imagen del Señor de Mayo que aún se conserva en la capital

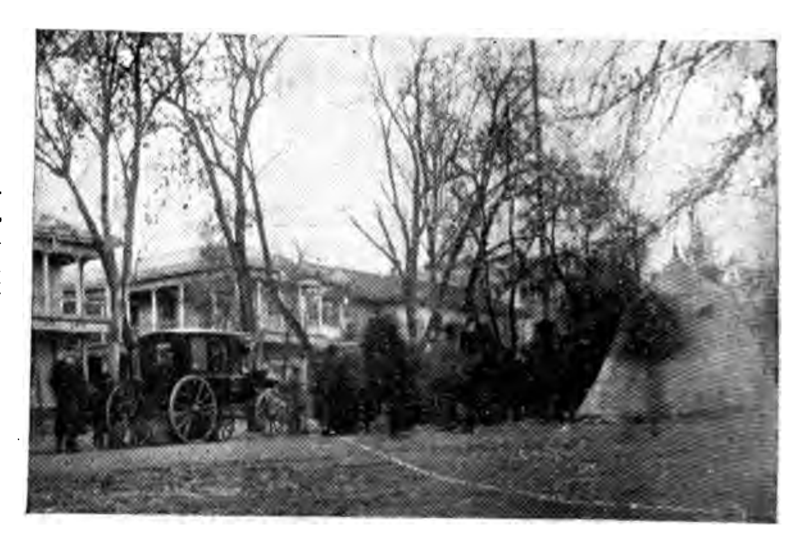
La historia y la tradición nos refieren las terribles conse-
encias de la catástrofe del 13 de mayo de 1647.

Este tremendo cataclismo conocido con el nombre de «El
remoto del Señor de Mayo» causó la ruina completa de la
ciente ciudad de Santiago.

El héroe principal de aquella jornada de dolores y de tristeza fué el Obispo Villarroel que acudió desde los primeros instantes de la catástrofe en auxilio de los desamparados.

El nombre del Señor de Mayo le fué dado al terremoto á causa de haberse efectuado en la iglesia de los padres agustinos un hecho extraordinario que el mismo obispo Villarroel nos relata del siguiente modo:

«Tienen los padres de San Agustín, un devotísimo crucifijo, fabricado por milagro, porque sin ser ensamblador, lo hizo



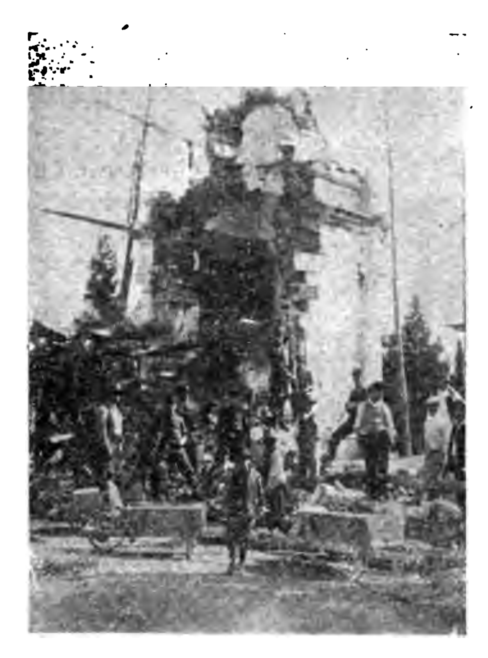
Campamento de coches

ahora cuarenta años un santísimo religioso. Estaba en el tabique que cerraba un arco, tan fácil de caer, que no tenía que obrar en él el temblor; y caída la nave toda, quedó fijo en su cruz, sin que se lastimara el dosel. Halláronle con la corona de espinas en la garganta, como dando á entender que le lastimaba una tan severa sentencia.

»Conmovido el pueblo con su antigua devoción, y este reciente milagro, le trajimos en procesión á la plaza, viniendo descalzos el Obispo y los religiosos, con grandes clamores, con muchas lágrimas, y universales gemidos.»

Tuvieron asimismo fuerte repercusión en Santiago, destruyéndola parcialmente algunos de ellos, los terremotos de 4 de febrero de 1570, de 15 de marzo de 1657, de 12 de julio de 1688, de 8 de julio de 1730, de 25 de mayo de 1751, y de 19 de noviembre de 1822.

Podría, sin embargo, asegurarse que después del terremoto del Señor de Mayo no se habían dejado sentir en nuestra



Las ruinas del Cementerio

capital los movimientos terrestres con la intensidad y violencia de los ocurridos últimamente el 16 de agosto de 1906.

Los perjuicios originados por este fenómeno sísmico, no fueron, á pesar de todo, de mucha consideración.

Los habitantes de la ciudad, amedrentados por la violencia de los sacudimientos terrestres acamparon esa noche en las plazas y calles públicas, abandonando sus casas en medio de la más tremenda y espantosa confusión.

Los coches particulares y del servicio público, fueron tam-

bién un excelente lugar de refugio para los pobladores. No fué solamente en la noche misma del 16 que los habitantes abandonaron sus casas sino también en muchas otras subsiguientes durante los cuales los movimientos terrestres se sucedían periódicamente.

Los perjuicios materiales causados por el terremoto, no fueron como dejamos dicho, de gran consideración, pues redujéronse éstos á uno que otro derrumbe de poca importancia y al agrietamiento de gran parte de los edificios de la ciudad.



Srta. Julia Castellón Varela

Entre éstos debe mencionarse en primer término el hermoso templo del Salvador que sufrió enormes deterioros, el palacio de los Tribunales de Justicia y el Congreso Nacional.

Algunos otros edificios públicos sufrieron también deterioros de importancia.

Donde las consecuencias del cataclismo se dejaron sentir de un modo más violento fué en el Cementerio General.

Los valiosos y artísticos mausoleos quedaron aquí, casi en su totalidad, destruídos, presentando por esta causa el cementerio un espectáculo de triste y desoladora ruina.

Las pérdidas de vidas en la ciudad de Santiago fueron escasísimas y ellas se debieron en su mayor parte a la impresión sufrida por algunas personas á causa del terremoto que á derrumbes ú otras circunstancias análogas.

Entre estas víctimas figura la señorita Julia Castellón Varela, cuya fotografía insertamos. Murieron también por consecuencia de la catástrofe don Juan de Dios Correa Sanfuentes, don Alfredo Cruz Vergara y don Enrique Vergara Montt.

Existen también otras cuatro víctimas cuyos nombres no hemos obtenido. Las pérdidas materiales sufridas en Santiago se estiman en tres millones de pesos.

RENCA

La comuna de Renca sufrió grandes perjuicios, derrumbándose casi todos sus edificios y muriendo cuatro personas.

Los daños materiales, pueden estimarse en $ 250,000. Una comisión compuesta del cura párroco don Eduardo Vargas y don Miguel A. Varas V. se encargaron del reparto de socorros y de atender á las necesidades de la población.

En el lugar denominado Quilicura, murieron cinco personas y los perjuicios fueron considerables.

Lampa, fué otra comuna que se arruinó a consecuencia del terremoto. Las pérdidas de vidas ascendieron aquí a ocho y los perjuicios á $ 150,000.

MELIPILLA

Como todos los departamentos cercanos á la costa, Melipilla, sufrió perjuicios con el terremoto de agosto, de grandes proporciones, tanto en la ciudad de este nombre, como en las ciudades y puntos riberanos del mar.

La ciudad de Melipilla con una población de 6,000 habitantes y formada por calles rectas, se destruyó casi por completo. De los 631 edificios que forman la población, cien quedaron en completo estado de destrucción, 200 con un cincuenta por ciento de pérdidas y el resto en una tercera parte destruídos.

Todos los edificios públicos, especialmente la cárcel, el que ocupaba la gobernación, el hospital y una escuela fiscal se arruinaron hasta los cimientos, estimándose en más de doscientos mil pesos las pérdidas sufridas en esta localidad por el Fisco.

Las iglesias de la Matriz, de la Merced, y de San Francis-

co, como asimismo el cementerio, quedaron convertidas en un montón de escombros.

Las pérdidas de vidas en el departamento fueron cincuenta y cinco. El monto total de los perjuicios se calcula en dos millones seiscientos mil pesos.

Las autoridades de este departamento merecen un entusiasta aplauso por su abnegada actitud.

El señor don Ramón Valdivieso, cuyo retrato publicamos, fué nombrado por el Supremo Gobierno gobernador de Melipilla, á raíz del terremoto, á petición del vecindario que se reunió en mitin con tal objeto. Supo el señor Valdivieso corresponder á la confianza del Gobierno y á las esperanzas que el pueblo de Melipilla cifró en sus relevantes cualidades.



Don Ramón Valdivieso N., gobernador de Melipilla

Más de dos meses desempeñó este puesto, sin otro interés que el de servir á los habitantes de Melipilla y salvar las situación desesperada en que ésta se encontraba.

El señor cura-párroco don Augusto Lacombe, el señor primer alcade don Manuel J. Benítez, y los señores don Ricardo Ariztía y don Manuel Rojas Humeres, formaron la junta de vecinos para secundar en su patriótica labor al señor Valdivieso.

San Antonio, Puerto Viejo, Alhué, Curacaví, Pomaire, Pahuilmo y Lo Abarca, fueron los otros puntos que más sufrieron con la catástrofe.

En la costa de San Antonio, una de las dunas que rodean el pueblo se derrumbó, corriéndose hacia el oeste, y sepultando bajo la arena á varias personas y algunas bodegas de propiedad del Banco de Melipilla.



Hospital de San José



Carpas en la plazuela del Mercado

El alcalde de esta comuna señor don Alberto Barros tomó oportunas medidas para librar al pueblo del peligro que significaba el haberse tapado con las arenas de la duna derrumbada la salida del estero que atraviesa la población.

Damos á continuación la nómina de los muertos en el departamento:

MELIPILLA

José Toribio Araya G.
Cipriano Pizarro N.
Valentín Carrera
Luis Enrique Castro A.
Rosamel Antonio Ureta M.
Fructuoso Romo A.
Segundo Espinosa
Narcisa Aguilera M.
Rosa Herminia Arévalo A.
Josefina Arévalo A.
María Mercedes Espinosa
Ana Luisa Carreño
Narcisa Díaz Meza
Juana Rosa Mella Lara
Lucinda Flores
María Elvira Rousseau V.
Lidia Espinosa
Emma Solima Soto
Rosa Amelia Pavez Soto
María del T. Rojas

POMAIRE

Carmen Riquelme Góngora
Ana Ester Pavez
Higinio Valenzuela

PAHUILMO

Imelia Pérez Cerda
Rosaura Labraña
Manuel M. Mardónes C.
Quiteria Cuevas
Jeremías González Cuevas
Juan González Cuevas
Maria del C. González Cuevas
Juan Francisco Berríos A.

OTROS PUNTOS

Adela Peña Meza
José Domingo Céspedes
José Armando Escobar L.
José Natalio Meza O.
Filomena Calderón P.

SAN ANTONIO

Oficial Civil de Alhué, don Adeodato Encalada
Rosa Bulboa de Encalada
Catalina Bulboa
Jesús Bulboa de Hinojosa
Carmen Hinojosa
Una niñita hija del señor Encalada
Luz Martínez
Filomena Hernández de García
Zunilda Muñoz
Paulina de Contreras
Un niño

EN LO ABARCA

Macaria Moyano de Molgado
Mercedes Rosa Molgado
Mercedes Cerda de Vera y su hijita
José Mercedes Vera
Rosalía Carreño

EN EL CARMEN DE LAS ROSAS

Francisco 2.º Santander y una hijita de don Santiago Letelier

En el departamento de Victoria, Talagante, fué el punto en que más perjuicios se originaron.

Fueron destruídas totalmente las casas ocupadas por don Marcial Henríquez, don Hipólito López, don Juan Cabello, sucesión de don R. León y otras, y parcialmente la iglesia pa-

rroquial, escuelas fiscales de hombres y niñas, edificio municipal, casa del primer Alcalde don David Carmona, señora Mercedes Ahumada, de don Alberto Jara C. y varias otras.

Felizmente desgracias personales, no se lamentaron.

ACONCAGUA

ACONCAGUA.—En los departamentos de Putaendo, Petorca, San Felipe y Los Andes, no se originaron otros perjuicios que pequeños derrumbes y desplomes de murallas.

En la hacienda de Panquehue de propiedad de don Rafael Errázuriz Urmeneta, se destruyeron la mayor parte de las construcciones que forman esta progresiva comuna del departamento de San Felipe. Las pérdidas de vidas alcanzaron á seis.

Ligua fué el departamento de esta provincia que sufrió mayores perjuicios.

La iglesia parroquial, las oficinas públicas, escuelas, etc., se derrumbaron por completo, como asimismo la mayor parte de los edificios de los particulares.

A la época de nuestra visita, tres meses después de la catástrofe, se encontraban aún las oficinas públicas instaladas en galpones y la cárcel provisoria en el tabladillo de la Plaza de Armas.

Las pérdidas de vidas ascendieron en el departamento á veinte.

El Gobernador del departamento don Cipriano Gris, el señor cura párroco don Francisco de Salas Pino y los señores Luciano Barrios y Manuel Antonio Gaete, primero y segundo alcaldes, cumplieron abnegadamente con los deberes que las circunstancias extraordinarias les imponían.

Cabildo, comuna de este departamento, quedó igualmente destruído en su mayor parte. Se puede decir que esta ciudad

fué el límite norte de la zona abarcada por el terremoto. Más al norte sólo se dejó sentir un fuerte temblor.

Los perjuicios materiales pueden estimarse en $ 400,000.

O'HIGGINS, COLCHAGUA Y CURICÓ

En la primera de estas provincias, el pueblo de Machalí se destruyó por completo, muriendo seis personas.

En Buín las pérdidas materiales pueden estimarse en un millón de pesos.

Doñihue, Lo Miranda y Valdivia de Paine sufrieron serios perjuicios.

Los perjuicios de Rancagua, capital de la provincia, no son dignos de mencionarse.

COLCHAGUA.—En Santa Cruz, departamento cercano al mar, de las casas y edificios que quedaron en pie, no hay uno sólo que no esté ruinoso, ó tenga grietas y las partes y secciones viejas caídas también.

En las comunas de Chépica, Quinahue, Lolol, Ránquil, Pumanque, etc., ha sucedido igual cosa; ninguna iglesia ha quedado tampoco en pie, sus torres, frontis, etc., en los suelos; y la parte que no ha caído quedó, ya desplomada, ya agrietada.

Los muertos en Palmilla fueron cinco.

La costa de este departamento presenta algunos fenómenos curiosos de los que conviene dejar constancia.

En el puerto de Matanzas, quedó destruída su pob'ación.

En el caserío de Cáhuil algunas casas cayeron y otras quedaron en mal estado, mientras que en Ciruelos, que dista de Cáhuil una legua, sólo una pared se vino al suelo.

Pero lo más digno de notarse entre los efectos producidos por el terremoto, son, sin duda ninguna, los cambios habidos en la costa y especialmente en la laguna de Cáhuil.

El mar se retiró como nunca en las más bajas mareas, dejando en poder de los costeños los codiciados despojos, en aquella abundancia que es de suponer.

Los que conocen la parte de costa que hay entre Pichilemu y Cáhuil, pueden formarse idea de la bajamar, teniendo presente que las mujeres podían entrar sin peligro ni dificultad, á recoger erizos hasta unas rocas que hay más allá de las «Piedras de los Lobos», las cuales ordinariamente no aparecen á flor de agua.

Por lo que toca á la laguna de Cáhuil, la gente que vive en la parte sur, donde entra el estero ó río Nilahue en dicha laguna, notó en la mañana del 17 de agosto que toda la llanura por medio de la cual corre el Nilahue, amaneció cubierta de cerro á cerro, por las aguas, como en las mayores avenidas.

Felizmente, y gracias á Dios, el agua fué poco á poco, insensiblemente, volviendo á ocupar sus antiguos dominios.

Dicen que después del temblor del 20 de septiembre han quedado las casas como antes de terremoto, si bien los pescadores se quejan de que la laguna haya quedado con honduras, donde se les escapan los peces por debajo de las redes, al hacer la «barrida».

Damos á continuación el primer telegrama oficial, enviado por el Gobernador de Caupolicán al Supremo Gobierno:

«Desde las ocho de la noche, sucédense recios temblores cortos. Hospital mal estado. Casa escuela superior mujeres destruída; cárcel ruinosa, Gobernación desplomada; Iglesias: 8 Rengo inutilizadas; Santa Rosa Pelequén derribada. Estación y bodegas ferrocarril Malloa, caídas. Mayor parte casas San Vicente graves perjuicios. Ciudad, 8 muertos y varios contusos Pueblo me exige datos Santiago con ansiedad.—*Urrutia.*»

Al número del 19 de agosto de uno de los diarios de San Fernando pertenecen las siguientes líneas:

«Después del gran temblor, no menos de cuarenta pequeños movimientos de tierra se sucedieron toda la noche, con pequeñas intermitencias, manteniendo á los pobladores de San Fernando en una horrible conmoción nerviosa.

»Nadie durmió, centenares de familias acampaban en las calles y en las plazas, buscando los sitios más abrigados.

»Anteayer continuaron los ,temblores á intervalos más prolongados.

»Enumerar los perjuicios causados detallándose, sería tarea interminable.

»Baste decir que casi toda la ciudad se encuentra en estado ruinoso, con sus murallas sentadas ó agrietadas.

»El templo de San Francisco experimentó la caída de algunas torrecillas y está partido en tres partes, de alto abajo, en su hermoso frontis.

»Los altos del cuartel de policía amenazan venirse al suelo.

»El liceo de hombres, el de niñas, la escuela modelo, las salas y la capilla del hospital están seriamente deterioradas.

»El comercio ha sufrido enormes pérdidas.»

CURICÓ.—Los puertos de Llico y Vichuquén sufrieron algunos deterioros en sus edificios. En el primero la costa se levantó cuarenta y cinco centímetros y el islote de la laguna se hundió produciéndose una grieta de diez centímetros en toda ella.»

En la ciudad de Curicó murieron tres personas. Los perjuicios materiales fueron de alguna importancia en los edificios públicos.

En el punto denominado Chépica, departamento de Curicó, afirman de que ocurrió el hecho del cual *La Unión* de Valparaíso, se hizo eco en la siguiente forma:

«Un viajero que ha llegado de Chépica (departamento de Curicó) y que habló allí con el administrador del fundo El Almendral, de propiedad de don Francisco Castillo, trae noticias verdaderamente espeluznantes.

»En un potrero de ese fundo, que tiene su suelo impermeable y en el cual se forman en el invierno enormes y peligrosísimos pantanos, con el terremoto del 16 de agosto se abrieron tan enormes grietas que de una se extrajeron al día siguiente veintidós animales vacunos que habían caído en ella; y de otra no pudieron extraer ninguno de otros veinte que se había tragado á una profundidad muy grande.

»Después no ha sido posible volver á entrar al potrero porque basta el movimiento producido por el paso de una persona para producir grandes temblores.»

TALCA

El terremoto tuvo aquí sus grandes proporciones.

La Intendencia, el Teatro Municipal, la Penitenciaría, la iglesia Matriz, Santo Domingo, San Francisco, el cuartel del regimiento Valdivia, la Casa de Ejercicios y los hospitales han quedado en estado ruinoso y muchos inhabitables.

La estatua de la Victoria, que se encontraba en la Alameda, se vino al suelo, partiéndose en cuatro partes.

Durante el temblor, los reos de la Penitenciaría pretendieron fugarse, pero fueron contenidos gracias á que, la guardia hizo fuego. Resultaron tres reos muertos y 30 heridos.

En Curepto y otros puntos de la provincia de Talca, en la cordillera de la costa, se han notado hendiduras 300 y 400 metros de largo y hasta de 40 centímetros de ancho.

Una de estas fallas se produjo en Curepto, destruyendo todo lo que había encima.

Otra que tenía 10 centímetros, se abrió de nuevo con el temblor de 20 de septiembre, hasta quedar en 40 ó 50 centímetros de anchura.

En distintos puntos se formaron hoyos circulares por donde salía agua y arena, formándose montículos de la última.

Por uno de esos agujeros el agua saltó con fuerza, elevándose hasta 10 metros.

En Molina los perjuicios no fueron de consideración como lo demuestra el siguiente telegrama:

«Ministro Interior.—Moneda.—Consecuencias terremoto, han dejado imposibilitados edificios públicos, cárcel completamente destruída; se derrumbaron varias celdas, dejando bajo escombros á 9 reos, de los cuales heridos 8 y 1 muerto; el edificio entero amenaza ruinas; haré trasladar reos á otra casa. —*Arístegui.*»

LINARES, CHILLÁN, MAULE, ÑUBLE

En Linares no produjo el terremoto perjuicio alguno, á pesar de haberse sentido el movimiento con gran violencia, lo que alarmó al vecindario.

CHILLAN.—No ocurrieron aquí otros perjuicios que algunos derrumbes de murallas interiores y caída de adornos y cornisas.

MAULE.—El siguiente es el parte telegráfico enviado por el Intendente de la provincia al Gobierno:

«Ministro Interior.— Moneda.— Temblor anoche causó graves perjuicios en el hospital Cauquenes y cárcel. Algunos deterioros en los edificios de la Intendencia, cuartel policía, Liceo de Hombres, Juzgado de Letras, varias escuelas públicas y mercado; y rasgaduras de murallas en algunos edificios particulares y en varias iglesias, que han sufrido también en las torres. Desgracia personal ninguna. Temblor empezó 8 P. M., con intensidades desconocidas desde 35 años, y continuaron pequeños temblores hasta 12 M. de hoy.—*Miquel.*»

En el puerto de Constitución se notó un solevantamiento de la costa y el río empezó á elevarse hasta llegar á 1.20 m. sobre el nivel de las calles, donde quedaron algunos botes varados. Después volvió á bajar el mar y las aguas del Maule siguieron su curso normal. El fenómeno duró 7 minutos.

CONCEPCIÓN

El perjuicio mayor sufrido en Concepción fué el derrumbe de la torre de la iglesia de San Francisco cuya fotografía aquí reproducimos:

En Penco, diez minutos antes de las diez se notó que el

mar salía más ó menos 50 metros de la playa, hasta alcanzar al terraplén de la línea férrea, que lo detuvo.

Hacia el sur se sintió con violencia el movimiento, pero sin causar perjuicios.

Resumen total de las víctimas del Terremoto:

Valparaíso	3,764
Aconcagua	26
Santiago	70
O'Higgins	6
Colchagua	13
Curicó	3
TOTAL	3,882





Iglesia de San Francisco

TERCERA PARTE

EN EL EXTRANJERO



Las noticias de la catástrofe del 16 de agosto encontraron poderoso eco en la mayor parte de los países de América y de Europa.

Casi todos los periódicos y publicaciones de los diferentes Estados se ocuparon con lujo de detalles de la gran catástrofe de Chile y en muchos de ellos se hicieron artículos en que se dejaba constancia del hondo sentimiento con que se recibian las noticias de nuestra desgracia.

Esas mismas naciones impulsadas por unos mismos sentimientos de humanidad se apresuraron á enviar condolencias á nuestro Gobierno y á suscribir algunas cantidades para aliviar nuestra situación.

Tales movimientos de opinión y tales obras de humanidad han comprometido sinceramente nuestra gratitud y por esta razón vamos á consignar en esta parte de nuestro libro los detalles que patentizan la obra de hermosa caridad llevada á cabo por las naciones extranjeras

REPÚBLICA ARGENTINA

Nuestra vecina allende los Andes recibió las noticias del desastre de Chile con la más franca y leal condolencia.

Apenas fueron confirmados al Gobierno de ese país los detalles del cataclismo, el Excmo. señor Figueroa Alcorta,

Presidente de la República, se apresuró á dirigir al Excmo. señor Riesco el siguiente telegrama:

«La lamentable catástrofe ocurrida en Valparaíso y otros puntos de Chile ha impresionado dolorosamente al pueblo y Gobierno argentinos é interpretando esos sentimientos, presento á V. E. la más íntima condolencia.»

Ese telegrama fué contestado por el Excmo. señor Riesco en la siguiente forma:

«A S. E. el Presidente de la República: Acepte V. E. mi más sincero agradecimiento por la sentida condolencia con que nos acompaña en la dolorosa desgracia que nos aflige.—*Germán Riesco.*»

El Ministro de Relaciones Exteriores señor Montes de Oca dirigió por su parte, el siguiente telegrama á su colega chileno señor Huneeus, quien lo contestó con el que á continuación insertamos:

«Las noticias recibidas sobre la catástrofe en Valparaíso y otros puntos que enluta á la nación chilena ha impresionado profundamente al Gobierno y pueblo argentinos.

»Presento, por intermedio de V. E. al Gobierno y pueblo chilenos, la más íntima condolencia del Gobierno y pueblo argentinos, así como la mía personal.»

«Señor Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Montes de Oca: Dígnese V. E. transmitir al Gobierno y pueblo argentinos el profundo agradecimiento del Gobierno y pueblo de Chile, por la sentida condolencia con que en estos penosos momentos nos acompaña.

»Dignísimo Ministro y Secretario argentinos había interpretado ya con su habitual cordialidad los elevados sentimientos de V. E. Acepte V. E. mis personales agradecimientos con mi consideración más distinguida.—*Antonio Huneeus.*»

El despacho oficial enviado por nuestro canciller al representante de Chile en Buenos Aires, decía como sigue:

«Señor Ismael Pereira.—Legación chilena.—Buenos Aires.—En la tarde del 16 de agosto sobrevino un terremoto en las provincias desde Valparaíso á Talca. Las pérdidas de vidas son poco numerosas. Los perjuicios en las propiedades muy considerables en Valparaíso, siendo menores en Santiago. El

orden público inalterable. Las autoridades y particulares atienden empeñosamente á todas las necesidades. Las familias de las legaciones extranjeras y de V. S. sin novedad—*Huneeus*, Ministro de Relaciones Exteriores.»

La Prensa de Buenos Aires remitió el siguiente telegrama á sus colegas de Chile:

«*La Prensa* se asocia al duelo de Chile con los sentimientos de la sincera amistad que vincula á los dos pueblos, la cual los confunde en las horas aciagas, de las grandes desgracias públicas. Ruego al periodismo chileno que acepte su honda condolencia que interpreta también fielmente el sentimiento nacional.»



Ecxmo. señor don Lorenzo Anadón, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República Argentina en Chile

El Círculo Militar Argentino envió con fecha 21 de agosto el siguiente cablegrama:

«Buenos Aires, agosto 21 de 1906.—Señor Presidente del Centro Naval y Militar de Chile:

»En la República Argentina se ha conmovido hasta el último de sus habitantes, con motivo del sacudimiento terrestre que ha sufrido esa patria hermana, y del profundo sentimiento unánime se levanta el eco doloroso que trasmito en nombre de los camaradas del Círculo Militar que presido, con votos porque en este momento solemne para el pueblo chileno, sometido á tan angustiosa y dura prueba, la Divina Providencia lleve el consuelo á los hogares desolados y ayude al esfuerzo de los hombres para reconstruir lo que tantos años de trabajo y desvelos ha costado, y que en un momento el poder de la naturaleza ha destruído.

»Si pudiéramos estar todos allí cerca de ustedes, expondríamos mejor nuestro anhelo de confraternidad; pero desde aquí compartimos vuestra desgracia.

»Con este motivo, tengo el honor de saludar al señor presidente con mi distinguida consideración.—*Eduardo Munilla*, coronel presidente.—*Julián Cáceres*, teniente secretario.»

Las diferentes publicaciones de la gran capital Bonaerense, aparecían cada día, con sentidos artículos dedicados á Chile.

Entre esos figura el que damos á continuación tomado de *La Nación* de Buenos Aires:

«Ante las cumbres.—¡Andes! ¡Montaña excelsa de la patria, en la que el genio de la libertad ha escrito la página más inmortal de nuestra historia!

»¡Muralla ciclópea, única digna de trazar la valla secular de una gran nación, cuya otra orilla muere en el mar, otro coloso como tú!

»¡Espalda altiva del continente en que viven cien pueblos libres, jóvenes y vigorosos!

»Por la primera vez los de este lado de tus cumbre gigantescas te miramos angustiados y entristecidos, anonadado nuestro espíritu por la infranqueable arrogancia de tus pavorosas moles graníticas, á las que corona, el manto inmaculado de tus eternas nieves!

»Tú que has sido siempre nuestro orgullo, avivas en este momento nuestro dolor, pues como ayer pudiste impedir el arrebato de la explosión impremeditada y hostil, hoy te interpones dura y fría, entre el grito de muerte de nuestros hermanos, y el afanoso sentimiento de piedad que nos empuja en masa á su socorro.

»Nada ha quedado en pie á lo largo de tus senderos que bordan los obscuros abismos.

»La palabra del hombre que ayer corría por hilos deleznables á través de tus gargantas pavorosas, ha sido ahogada en la avalancha formidable de tus flancos desmenuzados.

»Un estremecimiento de tus nervios de pórfido, en medio á tu profundo sueño secular, ha bastado para desgranar ciu-

dades labradas por el genio del arte, la influencia del bienestar, la preponderancia del comercio.

»Y nosotros que oímos este supremo grito de espanto que surge de esas ruinas, y que quisiéramos volar hacia allá con nuestras manos extendidas, nos detenemos atónitos ante la inmensa grandeza de tu masa de piedra, á la que besan, hum llándose, las nubes del cielo.

»¡Andes eterno!, recuerda que fuiste colaborador de nuestra libertad, en aquellos tiempos en que los cóndores de tus cumbres sirvieron de guía á nuestros capitanes para consagrar en toda la extensión que dominas la independencia sudamericana.

»No nos cierres ahora el camino de nuestra piedad, de nuestro amor, de nuestra solidaridad en la grandeza como en el infortunio.

»Ya que tienes un alma de fuego que ruge en este momento quién sabe qué incásicas protestas por la boca de tus volcanes, abra el camino de la parábola bíblica, entre este pueblo que acaba de desbordarse en la alegría, y aquel otro que gime en el dolor.

»Que el Cristo que nuestra fe y nuestra nobleza ha erigido en el pedestal magnífico de tus alturas no alce en vano la cruz redentora, entre el grito de angustia y el generoso arranque del auxilio!

GRIFO.»

Otro artículo de *La Prensa* decía así:

«EL DUELO DE CHILE

«LA CONDOLENCIA DEL PUEBLO ARGENTINO

«Desgraciadamente, las noticias concretas empiezan á confirmar los primeros rumores más alarmantes: la catástrofe ha asumido proporciones que causan horror. Falta el detalle puntualizado, pero lo que se sabe basta para darse cuenta de que el desastre figura en la categoría de las grandes desgracias púplicas, excepcionales en los anales humanos de los de su género.

»A medida que avanzan las pavorosas informaciones, au-

menta la intensidad de la pena que ocasiona la catástrofe en el alma de nuestro país.

»El anhelo de acudir en auxilio fraternal y humanitario de las víctimas, está en todas las mentes y todos los corazones. Con calurosa simpatía exteriorizamos ese movimiento espontáneo y generoso del sentimiento social.

»Si ayer mismo no se ha iniciado la suscripción pública, es porque se esperaba una información precisa que definiese, en conjunto al menos, la magnitud de la desgracia. Podemos asegurar que la semana que empieza mañana se abrirá con la inauguración de esa labor, á la cual aplaudimos con anticipación. Nos asiste la profunda convicción de que la República Argentina ha de tomar la participación que le corresponde en la obra santa de la atenuación de aquel inmenso infortunio, como vecino y amigo.»

No era, sin embargo, en artículos de diario ni en notas oficiales donde se manifestaba tan sólo el sentimiento y la generosidad del pueblo argentino ante nuestro infortunio, sino que alcanzó límites aún más francos y espontáneos.

Una distinguida comisión de damas bonaerenses, presidida por la respetable señora Teodolina Fernández de Alvear, se apresuró á recoger erogaciones para las víctimas de Chile.

En esa misma comisión figuraban también las respetabilísimas damas Josefa Bouquet Roldán de Figueroa Alcorta, Susana Torres de Castex, Amelia Ramírez de Montes de Oca, Delfina Mitre de Drago, Inés Dorrego de Unzúe, Leonor Quirno Costa de Terry, Clara Leloir de Demarchi, Leonor Basavilbaso de Piñero y Elvira de la Riestra de Láinez.

El Gobierno, por su parte, votó la cantidad de 250,000 nacionales para socorrer nuestras primeras necesidades y ordenó celebrar honras fúnebres por las víctimas del cataclismo.

En algunas provincias argentinas hubo también caritativos movimientos de opinión por la desgracia de Chile.

El clero de Córdoba, después de celebrar unas suntuosas honras fúnebres, envió el siguiente telegrama al Iltmo. y Revdmo. Arzobispo de Santiago:

«Al Iltmo. señor Arzobispo de Chile, doctor Mariano Ca-

sanova.—Santiago.—Córdoba, 2 de septiembre de 1906.—El Obispo y Cabildo Eclesiástico de Córdoba, al celebrar hoy solemne funeral por las víctimas de la catástrofe ocurrida, nos asociamos cordialmente á la durísima prueba de esos nuestros hermanos, presentándoles nuestra sentida condolencia en la persona de su dignísimo Arzobispo.—*Zenón*, Obispo.—*Monseñor Ferreira*, Deán.—*Monseñor Yanis*, Arcedeán.—*Monseñor Tagle*, Chantre.—*González*, Tesorero.—*Luque*, Teologal.—*Monseñor Mercado*, Penitenciario.—*Martínez López*.—*Cobanilla*.—*Ferreira B.*—*Ferreira E.*, Prebendados.»



El "25 de Mayo" fondeado en Valparaíso

Las colectas hechas en Buenos Aires, entre los fieles y el clero, dieron también los mejores resultados.

Es una prueba de ello el siguiente telegrama:

«Excmo. señor Obispo, doctor don Mariano Casanova.—Santiago.—Buenos Aires, septiembre 5 de 1906.—(Oficial).—tengo el gusto de remitir á V. E. R. 10,000 pesos, moneda nacional, por medio del Banco de Chile, recolectado entre el clero y fieles para los pobres, víctimas del terremoto de ese amado pueblo hermano.—*Mariano Antonio*, Arzobispo de Buenos Aires.»

El Gobierno de la República, con el fin de enviar los so-

corros para Chile, hizo venir especialmente el buque de la armada nacional "25 de Mayo" con una brillante delegación de marinos y militares.

El pueblo de Chile recibió en su seno con el más profundo y leal cariño á esa delegación del país hermano que llegaba en horas tan difíciles á mitigar nuestros dolores y á socorrer nuestras desgracias.

El Mercurio de Valparaíso, haciéndose eco del profundo agradecimiento de nuestro país por esas manifestaciones de condolencia y de caridad de la gran nación Argentina, publicó el siguiente editorial:



Don Manuel A. Cuadros, Cónsul de la República Argentina en Valparaíso

«El gobierno y el pueblo de Chile agradece en estos instantes las manifestaciones de pesar y simpatía que han merecido á las naciones ami as á raíz de la catástrofe de Valparaíso. Entre esas manifestaciones hay una que sale del marco de los agradecimientos oficiales por la forma espontáneamente noble y generosa en que ha sido concebida. El alma chilena se siente conmovida en sus más delicados resortes ante la actitud delicada de la República Argentina, interpretada ante nosotros por su digno ministro, el excelentísimo señor Anadón.

»Hace cerca de un siglo la República Argentina nos mandó, al través de las montañas, su sangre y su esfuerzo, vibrante y poderoso, en auxilio de la causa de nuestra libertad. Hoy nos envía para aliviar á nuestros desgraciados compatriotas el fruto del desprendimiento de sus hijos. Hoy, como entonces, ese auxilio especialmente oportuno y eficaz pasa á ocupar un puesto de honor en el corazón de todos los chilenos.

»El alma, el nervio, el brazo de este movimiento ha sido

el ministro Anadón. Debido á él esos auxilios argentinos se han presentado ante nosotros con los caracteres de una fineza y de una delicadeza que alejan la sombra de la más leve susceptibilidad, y los hacen irrechazables por sí mismos.

»Por eso el gobierno y el pueblo chilenos, dando treguas á la honda impresión producida por la desgracia que nos aflige, se inclina en estos momentos ante el emblema de la patria de San Martín y de Belgrano que viene á nuestros campos desolados, no como portador de bélicos rigores, sino como heraldo de una nación noble y esforzada, para probarnos imperecederamente que si ha sido nuestra hermana gemela en la gloria y en las aspiraciones, sabe serlo también en los días en que el luto y la adversidad obscurecen nuestros horizontes.»

EL PERÚ

Es sumamente grato á nuestra dignidad de patriotas y de caballeros dejar constancia solemne que la vecina república del norte fué la primera nación extranjera que, condoliéndose de nuestra desgracia, se apresuró á socorrer la triste situación que la catástrofe había creado para nuestras ciudades destruídas.

Su Excelencia el Presidente de la República, don José Pardo, envió un sentido telegrama de condolencia á nuestro primer mandatario.

Dicho telegrama fué contestado por el Excmo. señor Riesco en términos de franco agradecimiento y cordialidad.

No solamente fué el Gobierno peruano el que tomó la iniciativa para aliviar nuestra situación sino que el pueblo mismo, nuestro enemigo de ayer, olvidando rencores pasados, acudió entusiasta y doliente en nuestra ayuda por medio de suscripciones populares que dieron espléndidos resultados.

La prensa peruana en general, se hizo eco de nuestra desgracia y con hermosa hidalguía llenó las columnas de sus prin-

cipales diarios con artículos de sentida y sincera condolencia por la catástrofe de Chile.

El Gobierno fletó por su cuenta el vapor *Limarí* que fué encargado de transportar á este puerto los auxilios del Perú.

En ese vapor llegaron á Chile 2,488 bultos que contenían víveres y abrigos destinados á socorrer las primeras necesidades de los que, á causa de la catástrofe, habían quedado redu-



Excmo. Señor don José Pardo, Presidente del Perú

cidos á la última miseria. El señor cónsul del Perú en Valparaíso señor don Enrique Oyanguren, puso esos auxilios á disposición del Intendente de esta ciudad con la siguiente nota:

«Valparaíso, 6 de septiembre de 1906.—Señor Intendente de la Provincia: Cumpliendo el encargo que he recibido de la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima, me es honroso poner á disposición de V. S. 2,488 bultos venidos por el vapor

Limarí, llegado hoy á este puerto y destinados á los damnificados por la catástrofe acaecida el 16 de agosto último.

»Los conocimientos y facturas consulares adjuntas, así como la relación anexa, impondrán á V. S. del contenido de aquellos bultos.

»Dios guarde á V. S.—(Firmado).—*E. Oyanguren.*»



Excmo. Señor don Manuel Alvarez Calderón,
Enviado Estraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú en Chile

La Sociedad de Beneficencia de Lima fué también una de las sinceras benefactoras de nuestra desgracia.

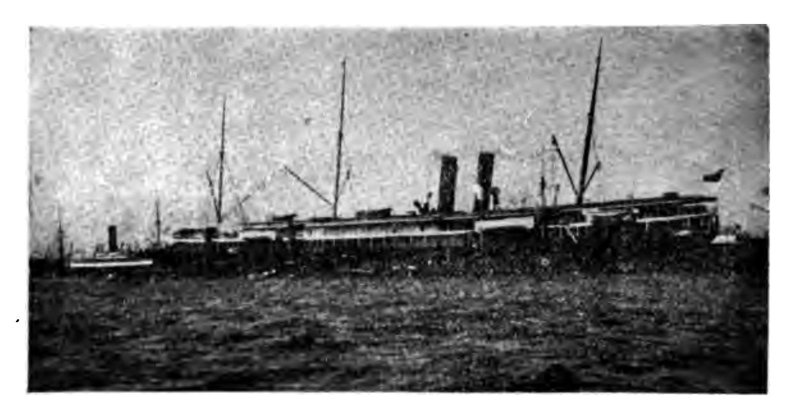
La Junta de Beneficencia de este puerto, por intermedio del señor Intendente de la Provincia, le dirigió la siguiente nota de agradecimiento:

«Valparaíso, 10 de septiembre de 1906.—Junto con la

atenta comunicación de US., de 31 de agosto último, he tenido el honor de recibir la valiosa remesa de efectos con que la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima ha querido contribuir al alivio de los damnificados de este puerto.

»La importancia de ese contingente y los delicados conceptos con que US. se sirve manifestar sus sentimientos de condolencia por la desgracia que pesa sobre Valparaíso, comprometen profundamente la gratitud de la institución que presido y significan para la nación peruana y la chilena el abrazo de fraternidad más afectuoso y sincero.

»La Junta de Beneficencia de Valparaíso, cumple por mi



El vapor "Limarí" en nuestra bahía

intermedio el grato deber de enviar á la Sociedad de Beneficencia de Lima, la expresión sentida de sus más vivos agradecimientos.

»Para el mejor éxito de los propósitos de los generosos donantes, he rogado al señor Cónsul del Perú, don Enrique Oyanguren, tenga á bien encargarse de la distribución de estos socorros, auxiliado por una comisión compuesta de los señores Federico Bullen, R. P. Mateo Crawley Boevey, Carlos Martínez V., Carlos Lafrentz, Gaston Pascal, Pedro Muñoz Larenas, y las distinguidas señoras Blanca Saint Marie de Ossa, Rosa Brown de Bennett, Leonor Martínez de Loveday, Weiss de Lesser y señorita Sofía Dunker Lavalle.

»Quiera US. aceptar las protestas de mi personal adhesión con que me suscribo affmo. y S. S. de US.—(Firmado).
—*E. Larraín Alcalde.*»

La comisión de socorros peruana, que se deja apuntada en la nota anterior, cumplió su cometido en Valparaíso con toda abnegación, haciéndose acreedora á la gratitud más sincera del pueblo de Chile.



Señor Enrique Oyanguren, Cónsul del Perú en Valparaíso

Damos una fotografía de la carpa que la comisión peruana estableció en la Plaza de la Victoria para socorrer á los necesitados.

Junto á esa carpa se encuentran algunos de los abnegados y distinguidos miembros de la comisión.

La noble y humanitaria conducta del pueblo y del Gobierno peruanos ante la catástrofe de Chile, es una prueba manifiesta de la generosidad y del levantado espíritu de esa na-

ción hermana que no vacila en olvidar las viejas querellas cuando se trata de poner á prueba sus altos sentimientos de humanidad.

Esa conducta franca y espontánea ha comprometido la gratitud de nuestro país, y habrá de precipitar, sin duda alguna el acercamiento social, político y comercial de ambos pueblos gemelos en los destinos de gloria americana, que las depara un porvenir cercano de paz inalterable, y de inquebrantable fraternidad.





Carpa Peruana

EL BRASIL

Las profundas simpatías del Brasil por nuestra República pudieron también manifestarse, francas y espontáneas, con motivo de la catástrofe de agosto.

Tomamos de *La Unión*, de Valparaíso, algunos párrafos que dan cuenta del generoso movimiento de opinión ocurrido en el Brasil con motivo de nuestra desgracia nacional:

«Es de sentir que las dificultades telegráficas nos hayan impedido conocer á diario las noticias del movimiento de caridad hacia los damnificados chilenos, iniciado en el Brasil por el Gobierno y secundado admirablemente por el pueblo. Nos hemos privado así de sentir las pulsaciones del corazón brasileño en los momentos más angustiosos de Valparaíso y de las poblaciones vecinas.

»Es de sentir también que los atrasos del correo y el cúmulo de trabajo que ha habido en las imprentas, nos haya privado de recorrer los canjes que tenemos con la prensa brasileña, para entresacar de ella las noticias de esas demostraciones. Pero ya que no hemos cumplido anteriormente con este deber, ahora, con más calma y con más dominio de nosotros mismos, vamos á dar á nuestros lectores un breve resumen de dichas demostraciones de confraternidad y simpatía, que los chilenos jamás agradeceremos suficientemente.»

LA PRIMERA NOTICIA.—La primera noticia oficial que tuvo el Gobierno brasileño de la catástrofe de Valparaíso, fué el siguiente telegrama enviado por el cónsul general del Brasil en Valparaíso, que apareció en el *Journal do Comercio* del 23 de agosto:

«Valparaíso, agosto 19 de 1906.—Señor Ministro de Relaciones Exteriores.—Cataclismo devastó todas las poblaciones del valle de Aconcagua hasta Andes. Esta ciudad gran parte del plano incendiada, resto en ruinas ó averiada. Situación angustiosa. La mayor parte de la población acampada en vivacs á la intemperie. Orden completo. Escasez víveres. —*Santos*.»

Esta noticia produjo la más honda sensación en Río Janeiro.

Los diarios publicaron los más sentidos artículos de condolencia y por todas partes no se oía hablar de otra cosa que de Chile y de los medios de acudír en su auxilio.

TELEGRAMA DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA.—Inmediatamente que tuvo conocimiento el Gobierno de la infausta noticia, el Presidente de la República dirigió al de Chile el siguiente telegrama:

«Río Janeiro, agosto 19 de 1906.—S. E. el Presidente de Chile.—Dígnese V. E. aceptar la expresión del gran pesar con que el pueblo y Gobierno del Brasil han recibido la noticia de las desgracias ocurridas en Valparaíso y en otros puntos de esa República á la que nos ligan vínculos de la más perfecta, leal y cariñosa amistad. Sentimos tales desgracias como si hubiesen caído sobre nuestra propia patria, pero ciertos de que la noble nación chilena, con su ánimo varonil, sabrá repararlas prontamente.—*Rodríguez Alves.*»

Por su parte el Prefecto de Río, el hábil y enérgico señor Pereira Passos, que con justicia es llamado el barón de Haussman del Brasil, pues está transformando la capital en una de las más bellas ciudades del mundo, dirigió al Alcalde de Valparaíso, el siguiente telegrama:

«La tremenda catástrofe de Valparaíso resuena dolorosamente en el corazón de todos los brasileños. Aceptad expresiones sinceras de condolencia de la ciudad de Río y las mías propias.—*Pereira Passos.*»

Los oficiales y alumnos de la Escuela Práctica de Artillería, dirigieron este otro telegrama al Círculo Naval de Valparaíso:

«Nos asociamos dolor que aflige á la nación verdadera amiga.»

EN EL SENADO BRASILEÑO

El 20 de agosto se reunió el Senado brasileño y el honorable senador señor Goelho Lisboa, apenas abierta la sesión, pronunció las siguientes palabras:

«Es para nosotros, como lo es para todo el mundo, infelizmente cierta la fausta noticia de la dolorosa catástrofe de Valparaíso. El pueblo brasileño, cuyo pecho vibra ardientemente de entusiasmo cada vez que la brisa del Brasil puede besar el pabellón de la Estrella Solitaria del Pacífico, se ha estremecido ahora bajo el peso de una triste nueva que tan profundamente lo ha herido en su sentimiento de amistad cordial por aquel gran pueblo. (Aplausos).

»Interpretando así los sentimientos generales del pueblo brasileño, pido que quede constancia en el acta de esta sesión

un voto de profundo pesar por la catástrofe que ha enlutado á aquel pueblo amigo y que se telegrafíe en nombre del Senado brasileño al presidente del Senado chileno, expresándole nuestra coparticipación en su inmenso dolor.»

Estas indicaciones fueron aprobadas por aclamación y se acordó en seguida levantar la sesión en señal de duelo por la catástrofe de Chile.

SE VOTA UN MILLON DE PESOS POR LAS VICTIMAS DE CHILE

El 22 de agosto se reunió la Cámara de Diputados, renovándose las expresiones de condolencia hacia Chile con la presentación hecha por el Poder Ejecutivo, de un proyecto de ley concediendo mil contos de reis (un millón de pesos), para socorrer á las víctimas de Valparaíso y demás poblaciones destruídas, que fué aprobado por unanimidad.

LUTO EN LA MARINA BRASILEÑA

El 22 de agosto el señor Ministro de Marina dispuso que todas las oficinas de su dependencia, los cuarteles navales, las fortalezas, divisiones de la Armada y los buques surtos, etc., mantuviesen á media asta durante dos días las banderas como testimonio de duelo de la marina brasileña por la catástrofe de Valparaíso.

OTRAS MANIFESTACIONES

En los estados de Río Grande del Sur, Bahía, San Paulo, Pará, etc., se han hecho varias demostraciones de la más alta confraternidad y condolencia, haciéndose suscripciones públicas, veladas teatrales y todo género de fiestas para incrementar los fondos de socorros para los damnificados chilenos.

De Bahía comunicaban al *Jornal do Comercio* con fecha 28 de agosto.

«Estuvo brillante la función del Politeama en beneficio de las víctimas de Chile. Hubo enorme concurrencia. Se cantó el himno chileno. En nombre de la comisión promotora de la velada pronunció un bellísimo y sentido discurso el redactor de la *Gaceta del Pueblo*, señor Mangabeira. La función termi-

nó con una apoteosis á Chile y el Brasil. Hubo personas que dieron quinientos pesos por un palco.

»El señor Ministro del Brasil en Chile, puso en manos de Su Excelencia el Presidente de la República los donativos brasileros.»

El Mercurio de Valparaíso, haciéndose eco de los profundos sentimientos de gratitud del pueblo de Chile publicó el siguiente editorial:

LAS SIMPATIAS DEL BRASIL

«La tradicional amistad que liga á las Repúblicas de Chile y el Brasil, acaba de recibir una elocuente confirmación con la actitud que el Gobierno y el pueblo brasileros han asumido en presencia de la catástrofe que asoló la región central de nuestro país.

»A las sentidas manifestaciones de condolencia que presentó á nuestro Gobierno el digno Ministro del Brasil en Chile, señor Riveyro de Lisboa, tan justamente estimado en nuestra sociedad, á los telegramas de pésame que individuos é instituciones enviaban desde todos los puntos del Brasil, á las expresiones más sentidas y espontáneas con que esa nación nos hacía ver que tomaba como hermana su parte en nuestro duelo, ha seguido ahora el voto del Congreso Nacional brasilero, que destina una cuantiosa suma al socorro de los damnificados de Valparaíso y demás ciudades.

»Esta espléndida demostración de las simpatías tan antiguas y tan profundas entre chilenos y brasileros, no puede sorprendernos, porque conocemos por una larga experiencia los afectos de estos dos pueblos, tan estrechamente vinculados y sabemos que Chile no ha tenido jamás un amigo más leal, más cariñoso, más constante en la próspera y en la adversa fortuna, que la gran Nación brasilera.

»Cumpliéndose el proverbio popular, según el cual suelen nacer grandes bienes de los grandes males, la calamidad que nos ha ha herido trajo consigo estas expansiones de la fraternidad universal, que nos dejan profundamente conmovidos y ligan para siempre el corazón de los chilenos á los pueblos

hermanos que han vibrado tan generosamente con nuestra desgracia.

»Entre esas manifestaciones de cordialidad y simpatía, la del Brasil no hace más que confirmar antiguos vínculos, es el apretón de manos del viejo amigo que nunca se ha separado de nosotros, con el cual hemos hecho muchas jornadas, y que ha tenido el mérito especial de saber expresarnos con mayor ardor su amistad, cuando nos veía al borde de grandes peligros ó agobiados por la desgracia.

»El Excmo. señor Ministro del Brasil en Chile puede trasmitir á su país no sólo las fórmulas oficiales, aunque muy sinceras, del agradecimiento del Gobierno de Chile, sino también las efusivas y calurosas expresiones de gratitud hacia el pueblo brasilero que hoy se escuchan en Chile.»

En este mismo país se celebraba por aquellos tiempos el tercer Congreso Pan-Americano.

Los miembros de aquella conferencia internacional, una vez que tuvieron conocimiento de la catástrofe de Chile, se adelantaron á manifestar su condolencia más sinceras á nuestros delegados

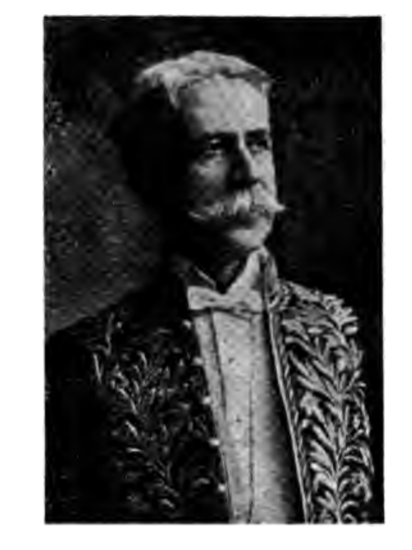
En la sesión que el Congreso Pan-Americano, reunido en Río Janeiro celebró el 21 de agosto, fué presentada la siguiente proposición:

«Las delegaciones que suscriben tienen el honor de proponer á la conferencia:

»Que—en la forma de estilo—exprese al Gobierno de Chile la profunda pena con que ha recibido la noticia del desastre que actualmente aflige al pueblo hermano, le haga presente la sinceridad con que comparten su duelo las Repúblicas de América, y le manifieste, al propio tiempo, la esperanza que abriga de que la catástrofe no habrá revestido la gravedad que le atribuyeran las primeras noticias.»

Por designación de la conferencia, el delegado Uribe Uribe, Ministro de Colombia en Chile, sostuvo la moción con el siguiente hermoso discurso:

«Nunca un encargo fué tan agradecido como agradezco yo el que se han servido confiarme mis honorables colegas de ser su portavoz en la ocasión presente.



Excmo. Barón Joaquín Nabuco,
Presidente del Congreso Pan Americano



Excmo. Señor don Joaquín Walker Martínez,
Delegado Chileno

»La moción que acabamos de oir es suficientemente expresiva por sí misma para que sea necesario detenerme á desarrollarla: ella ha cristalizado el pesar que nos embarga ante el trágico golpe que, hiriendo á un pueblo amigo, conmueve profundamente á sus hermanos de América, primero en la prioridad del dolor, pero no los únicos en compartirlo, ya que de él participan por fuero de civilización, los demás países del mundo. . .

»Si mi palabra suena en esta hora de recogimientos es sólo porque las honorables Delegaciones en cuyo nombre hablo, comprendieron ser palabra buena para expresar el común sentimiento la de cualquiera que á justo título se ufanase en llamarse amigo de Chile.

»Pueden los triunfos de una de nuestras naciones servir de acicate á las demás del grupo, sin suscitar otro pensamiento que el de una saludable emulación en las luchas del progreso; pero es en las horas del infortunio cuando mejor suele revelarse que existe verdaderamente una patria americana.

»No registran con más delicadeza y prontitud los instrumentos de nuestros observatorios la intensidad de las conmociones del Continente, que el corazón de América el más leve sacudimiento de dolor de nuestros hermanos. Por milagro de la ciencia vencedora del tiempo y del espacio puede decirse que asistimos, no ha mucho, estremecidos de horror, á las colosales peripecias del drama de San Francisco, y acompañamos á la mayor de nuestras Repúblicas en esos días de angustia inolvidable. Cuando el siniestro del *Aquidabán* abrió enorme claro en las filas de la marina brasileña y, una honda herida en su familia nacional, el eco de su queja repercutió en todos los ámbitos de este hemisferio.

»Y cuando recientemente cayeron tronchadas tres de las más altas cabezas argentinas, acudimos todos á regar flores sobre las urnas venerables. Por desventura toca hoy á Chile el turno fatal, é intensamente impresionados deploramos el desastre y hacemos votos ardientes porque apareje el mínimum de daño que plegue al destino.

»Es así como rudamente combatido el hombre por las fuerzas ciegas de la naturaleza, á su arrebato inmisericorde

contesta con la energía incontrastable y educada. Cuando ellas disgregan, él congrega, y sobre la disociación de los elementos conjurados, proclama las afinidades electivas, las cohesiones morales y la solidaridad indestructible.

»Los sitios de las catástrofes vienen á ser lugares de cita para los pueblos que aman y comprenden. Dijérase que, salvada la distancia, las naciones de América asidas de la mano, circuyen anhelosas la ciudad caída, en la misma actitud de solemnidad y de pesadumbre con que entre compañeros, sobre el campo de batalla, se cierra círculo en torno del héroe mutilado.

»Grande es el duelo que hoy ensombrece el ánimo de Chile.

»Hacemos nuestro ese duelo y la tercera conferencia Pan-Americana, al asociarse á él, procura templar la severidad de los hados; abrigando la certidumbre de que el valor chileno sabrá sobreponerse á la adversidad que intenta detener su marcha victoriosa hacia el porvenir.

»Si Valparaíso ha muerto, Chile vive, y América con él.»

URUGUAY

Entre las naciones de Sud-América que se apresuraron á manifestar su pesar por la catástrofe de agosto y á procurarnos auxilios para ayudar á los desgraciados habitantes de las ciudades destruídas, figura en primera línea la República del Uruguay.

La gratitud de todos los chilenos quedó leal y francamente comprometida ante la generosidad del pueblo oriental.

El día 13 de septiembre fueron celebrados en la Iglesia Metropolitana de Montevideo unas solemnes honras fúnebres por las víctimas del terremoto de Chile.



Excmo. Sr. don José Batlle y Ordóñez, Presidente del Uruguay



Excmo. Sr. don José Arrieta, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Chile

La ceremonia fué oficiada por el señor arzobispo de esa capital y por numerosos sacerdotes.

Encabezaron el duelo los señores Domingo Anci y Alonso Criado y asistieron distinguidas personalidades y numerosísimas señoras.

Se iniciaron, asimismo, en toda la República numerosas suscripciones en favor de Chile, formándose con tal motivo, un comité popular de socorros que llegó á recolectar gruesas sumas de dinero.

Esos auxilios fueron enviados al Secretario de la Legacion del Uruguay en Chile, señor Dionisio Ramos Montero, como también la suma donada por el Gobierno, quien procedió á su repartición entre los damnificados. Para nosotros los auxilios del Uruguay significaron la más hermosa confirmación de esa franca corriente de simpatías que siempre ha existido entre el noble pueblo oriental y los hijos de Chile.

Nuestro Gobierno correspondió debidamente á las manifestaciones de condolencia del Gobierno uruguayo.

BOLIVIA

El Gobierno boliviano envió á Chile, pócos días después del terremoto una expresiva nota en que se dejaba constancia del pesar con que en esa República se habían recibido las noticias del desastre de nuestras ciudades.

La caridad individual desempeñó también en ese país un importantísimo papel.

Un grupo de respetables y distinguidas damas de la ciudad de Uyuni envió a la Legación de Bolivia en este país algunas remesas de dinero recolectadas entre los particulares.

En la ciudad de Oruro se hicieron también suscripciones populares que estuvieron á cargo de la señora Ester G. de Sanginés.

El Excmo. señor Pinilla, Ministro de Bolivia en Chile, recibió todas esas sumas recolectadas en su país y las puso á disposición de la Sociedad de Socorros de Valparaíso para que ellas fuesen repartidas entre los damnificados de esa ciudad.

El Gobierno de nuestro país agradeció la condolencia y los auxilios bolivianos en una expresiva y franca comunicación.

El pueblo de Chile supo, asimismo, corresponder con su leal gratitud á la generosidad del Gobierno y del pueblo bolivianos.

ECUADOR

Una de las naciones que sintió más intensamente nuestra dolorosa situación fué, sin duda, el Ecuador.

Cuando aún no llegaban á esa tierra los detalles completos del desastre de agosto, el Gobierno, la prensa y el pueblo

mismo se adelantaron á manifestar su justo y leal sentimiento de pesar.

Un diario de Valparaíso publicó á este respecto los siguientes párrafos:

«La prensa de Guayaquil trae detalles que conmueven nuestro patriotismo, porque dejan apreciar la honda simpatía que tienen los ecuatorianos por los chilenos. No averigüemos ahora, quiénes han sido los más generosos.

»Los ecuatorianos han sentido el duelo nacional, nos han acompañado en la desgracia.»

Estas palabras bastan para comprender sus sentimientos, y para honrarlos.

«Antes que un movimiento oficialista, ha sido una expontánea manifestación social la que llevó á los ecuatorianos á depositar su ofrenda de amistad en manos de Chile.

»Así se vió, desde el primer momento, que el «Comité Guayaquil» entregaba 20,000 sucres al Ministro del Ecuador en Santiago.

»Que los diarios lanzaban ediciones dobles, como *El Telégrafo*, para venderlas en beneficio de las víctimas, y que los Municipios apenas conocían la noticia del desastre se reunían para votar, sin discutir, el óbolo de socorro. El Parlamento, al donar á nombre de la nación, la cantidad de 20,000 sucres, no lo hizo como un acto de sabia política; fué el Ecuador mismo el que donó.»

Con razón pudo enviar este telegrama el representante de aquel pueblo hermano, en Santiago:

«Al señor Gobernador del Guayas.—Ruego diga á Dillon felicito noble actitud Guayaquil con hermanos Valparaíso: todo será poco corresponder atenciones del pueblo de Chile.—*Elizalde.*»

El Ministro que vive junto á nosotros sabe la efusión con que hemos agradecido las simpatías ecuatorianas.

Nada hay más elocuente que los artículos dedicados á Chile por los diarios de Guayaquil y de Quito. Léanse estos párrafos:

«La grande, próspera y feliz nación de ayer, sin sombras en el horizonte y marchando á grandes y seg ros pasos por la amplia vía del progreso, ha sido herida por el más rudo golpe y cubiértose de duelo, en medio de la consternación universal.

»El Ecuador ha sentido esta inmensa desgracia como propia y mira con profunda tristeza los escombros de Valparaíso y Santiago, como vió Chile los carbonizados restos de Guayaquil en 1896.»

No ha quedado una sola institución sin hacerse parte del desastre chileno. Clubs, escuelas, sociedades religiosas, gremios obreros, círculos navales y militares, comerciantes, empleados públicos policías... han organizado fiestas, han recogido erogaciones.

Quisiéramos citar algunos nombres, pero es imposible. Tendríamos que hacer un censo.

Vayan como un tributo estas líneas hasta el corazón del pueblo ecuatoriano, y recíbalas su representante en Chile para que sean una nota más de gratitud y de fraternal demostración hacia aquellos hijos del país del Guayas.

La gratitud de Chile ante la noble conducta de los hijos del Ecuador se manifestó públicamente y en artículos tan sentidos como el que dejamos en seguida:

«Casi todos los países, de la América han rivalizado en muestras de generosidad y simpatías para con los chilenos damnificados por la última catástrofe. Todos se han adelantado á ofrecernos su contingente para aliviar nuestras desgracias y dar á Chile una luminosa prueba del afecto que le profesan; pero entre ellos descuella el Ecuador, la fiel república hermana, la primera en alegrarse de nuestra dicha y también la primera en llorar nuestras desgracias.

»La manera cómo el Ecuador ha contribuído al alivio de las víctimas del terremoto de agosto, tiene cierto carácter de ternura que deja profunda huella en el corazón chileno: el militar envía socorros al militar, el obrero, al obrero; y el pueblo, por medio del Gobierno, á sus hermanos chilenos de igual condición.

»Y todos ellos han sido generosos hasta el heroísmo; ¿cuántos de esos militares, de esos obreros, de esos anónimos hijos del pueblo habrán soportado privaciones, quitándose, acaso el pan de la boca para enviarlo á sus hermanos de Chile que lloraban de hambre y de frío?

»En la adversidad se prueban los amigos, como el oro en el crisol.

»El pueblo ecuatoriano ha sabido demostrar que su corazón late al unísono del nuestro y que su amistad no es sólo de saludos y cortesías diplomáticas, sino que lleva su fraternidad hasta el sacrificio.

»Tan hermosa actitud quedará grabada eternamente en el corazón de los hijos de Chile. Ese oro que nos envía el Ecuador, á la vez que aliviará muchas miserias en nuestro pueblo, servirá para reforzar los eslabones que desde tanto tiempo nos unen á la generosa República.

»Por nuestra parte, cumplimos el deber de agradecer al señor Ministro del Ecuador, á nombre del pueblo, la generosa actitud de esa Nación, á quien enviamos por su intermedio, el más cordial saludo.»

ESTADOS UNIDOS

En la gran república americana nuestra desgracia, causó honda impresión.

Estados Unidos, debido á la reciente catástrofe de San Francisco, pudo apreciar debidamente lo que valen los prontos y oportunos socorros que se envían á una ciudad azotada por un cataclismo como el que arruinó á gran parte de Valparaíso.

Por eso fué que el comercio y las sociedades de beneficencia se apresuraron á recolectar crecidas sumas de dinero que eran enviadas al señor Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Chile don Jorge Hicks.

Encabezaron estas suscripciones firmas tan conocidas como las de W. R. Grace y C.ª, Pierpont Morgan y C.ª., M. Guggenheim's Sons.

»El señor Ministro de Relaciones Exteriores de esta República, don Elihu Root, en su visita que practicó á nuestro país en aquellos aciagos días que siguieron al 16 de agosto, pudo imponerse de la magnitud de la catástrofe y pudo asimismo apreciar la gratitud del pueblo chileno para la Gran República Americana.»

ALEMANIA

Inmediatamente de conocerse por las comunicaciones cablegráficas las noticias sobre el terremoto del 16 de agosto, se constituyeron en Berlín y Hamburgo comitées formados por personas relacionadas con este país, para iniciar colectas de socorros.

Por intermedio de los Bancos alemanes, establecidos en este puerto, se hicieron las transferencias de estas sumas que fueron puestas en manos de un comité de caracterizadas personalidades de la colonia alemana, quienes se encargaron de repartirlas.

Con parte de estos socorros se levantaron en terrenos del señor Walther Kardt, cedidos gratuitamente por este caballero, cerca de noventa habitaciones para dar albergue á familias que la catástrofe había dejado sin hogar.

La tripulación del crucero alemán *Falke*, que se encontraba al ancla en este puerto, se puso inmediatamente á las órdenes de nuestras autoridades para coadyuvar al resguardo del orden público en la ciudad.

INGLATERRA

En Londres fué conocida nuestra desgracia el 18 de agosto, por medio del siguiente cablegrama dirigido desde Coquimbo á la capital de Gran Bretaña:

«El jueves, pasadas las 7 P. M., se sintió en Valparaíso un fuerte temblor de tierra, y el mar, que desde temprano se había mostrado agitado, comenzó á lanzar violentas olas sobre el malecón. Todos los buques largaron entonces sus amarras y salieron á cruzar mar afuera.

»Sería las ocho de la noche cuando se sintió del lado de tierra una gran detonación, á la que siguió un gran clamor.

»Las luces de una gran extensión de la ciudad, que desde á bordo se divisaban encendidas, se apagaron bruscamente y las tinieblas cubrieron toda la parte central de Valparaíso. Al mismo tiempo el mar, aumentó su furia, de tal manera que á bordo era imposible tenerse en pie. Las olas barrían la cubierta y hubo un momento en que el timón no obedecía y el mar arrastraba el buque hacia la tierra.

»A los pocos minutos, el fondo de la bahía se iluminó con los resplandores de un incendio, al mismo tiempo que aumentaba el ruido que llegaba de tierra, traído por el fuerte viento que soplaba.

»A las tres de la mañana se calmó por fin el mar y los buques pudieron acercarse á tierra. Pronto llegaron varias embarcaciones con fugitivos que refirieron aterrados que un terremoto acababa de destruir la ciudad y que todo el barrio central, desde la plaza del Orden hasta la plaza Prat, estaba en llamas.

»Los mismos refugiados refirieron que el mar se había salido destruyendo por completo el malecón y casi todos los edificios de la Avenida Errázuriz.

»La confusión y el pánico en la ciudad son enormes.

»Valparaíso ha quedado incomunicado de todo el resto del país.

»Millares de personas sin hogar se han refugiado en los cerros.

»Los temblores continúan violentos.

»De Santiago no hay noticias.»

Tal despacho, aunque exageraba en extremo nuestra verdadera situación, llevó á Londres la primera información del cataclismo de Chile.

El reino de Inglaterra ligado á Chile, por importantes y antiguas relaciones comerciales, no permaneció tampoco indiferente á nuestra desgracia.

Las suscriciones que se abrieron en diferentes partes fueron llenadas muy luego con firmas tan conocidas para nosotros como las de Gibbs, Huth, Duncan Fox, Rostchild, Willianson sBalfour, etc., que alcanzaron á una fuerte suma destinada á socorrer á los damnificados.

❀ ❀ ❀

FRANCIA

Este país fué también uno de los primeros en acudir en nuestra ayuda.

Tanto el Gobierno como numerosos particulares, destinaron importantes sumas para socorrer á los infortunados habitantes á quienes la catástrofe había arrebatado sus únicos bienes.

El señor cónsul francés en Valparaíso, don Pablo Ernesto Ramoger, desempeñó un importantísimo papel en los trabajos de ambulancia y de aprovisionamiento de la ciudad.

El jefe militar de la plaza en aquellos días aciagos agradeció los buenos servicios del distinguido Cónsul francés en una encomiástica y justiciera nota.

❀ ❀ ❀

ITALIA

Desde el reino de Italia nos llegaron también sentidas
tas de condolencia y auxilios destinados á socorrer nuestra
uación.

El pueblo de Chile agradeció vivamente esas nobles ma-



Señor don Pablo Ernesto Ramoger,
Cónsul de Francia en Valparaíso



Señor don Alfredo Aucarano,
Cónsul de Italia en Valparaíso

festaciones de un país que cuenta entre nosotros con tantas
nculaciones y simpatías.

No podemos, sin embargo, recordar en estas páginas la
ımanitaria conducta de esa noble y generosa patria italiana
ı dejar constancia de la abnegada labor del cónsul de ese
.ís en Valparaíso, señor Alfredo Aucarano.

Este distinguidísimo caballero tomó á su cargo, en los
fíciles días de la catástrofe, una ruda y penosa tarea, la de
correr á los numerosos heridos que el cataclismo dejara en
más triste y desesperada situación.

No se concretaron á esto tan sólo los esfuerzos del señor

Aucarano sino que tomó parte muy activa en la defensa de la ciudad en el aprovisionamiento de víveres.

La noble y valiente conducta del Cónsul italiano fué justicieramente apreciada por los habitantes de Valparaíso que tuvieron ocasión de verle en los momentos más difíciles acudiendo á las necesidades y socorriendo dondequiera la desgracia.

Don Luis Gómez Carreño, dirigió al señor Aucarano una nota en la cual hace constar, con elogiosos términos, la conducta ejemplar de este abnegado representante de Italia.

❀ ❀ ❀

SUIZA

El pueblo suizo nos envió también por intermedio de su cónsul en nuestro país, señor don Luis E. Sinn, una importante suma para socorrer á los damnificados suizos y chilenos.



Señor don Luis E. Sinn, Consul de Suiza en Valparaiso

La colonia Suiza en Santiago reunió también algunas crecidas cantidades de dinero que fueron destinadas á auxiliar á los habitantes de Valparaíso.

Por su parte el distinguido cónsul, señor Sinn, tuvo á su cargo la tarea de distribuir esos auxilios, no omitiendo sacrificios personales para llenar tan pesada labor.

❀ ❀ ❀

LA GRATITUD DE CHILE

Ante las francas demostraciones de simpatía de que fué objeto nuestro país de parte de las naciones extranjeras por la catástrofe de agosto, el sentimiento público de Chile se sintió impulsado á corresponder á ellas en forma que patentizara nuestra intensa gratitud.

Fué por esto que pocos días después del cataclismo se organizó en Santiago un espléndido desfile en honor de aquellos países que impulsados por sus nobles sentimientos acudieron á socorrer nuestro infortunio.

Tal desfile tomó proporciones grandiosas é imponentes.

Concurrieron á él todas las clases de nuestra sociedad y ante los representantes de los países extranjeros desfiló el cariño, la admiración y la gratitud de todos los chilenos.

En esa solemne ocasión nuestro Ministro de Relaciones Exteriores, don Santiago Aldunate Bascuñán, pronunció el brillante discurso que insertamos en seguida:

«Señores Ministros:

»Nos congrega una dolorosa emergencia, que ha tenido una muy dulce y consoladora compensación.

»Grande ha sido el golpe que la naturaleza nos ha dado al dejar caer su poderosa mano sobre nosotros; pero más grande aún ha sido la benevolencia, el cariño y la afectuosa solicitud de los pueblos y Gobiernos que representáis, para acudir presurosos á restañar las heridas y á enjugar las lágrimas que el mal ha causado.

»La desgracia une á los hombres por el doble lazo del afecto que se funda en la gratitud y en la generosidad, cuando la suprema y nobilísima ley del amor preside sus actos, cuando el reflejo del dolor enciende en el corazón ajeno esa llama santa y fecunda de la caridad y de la abnegación, que produce el bien, el consuelo y el más noble, el más puro y hermoso de

los sentimientos humanos, la gratitud en el que recibe la cariñosa ofrenda.

»La ola de la destrucción y del exterminio ha dejado muchos muertos, muchos dolores, muchas miserias y desgracias; pero el dolor y la desgracia son fecundos cuando caen sobre un corazón grande y fuerte, cuando al choque mismo del dolor y de la caída se redobla la energía y se sienten redobladas las fuerzas para reparar el mal causado y para renovar la vida fundándola en el trabajo, en la virtud y en el anhelo incesante é invencible de adelanto, de progreso y perfeccionamiento moral y material, que siempre mueve y estimula al pueblo chileno.

»Hermoso espectáculo que es para nosotros poderoso estímulo y varonil consuelo, es el que han dado las naciones de la América y Europa, nuestros hermanos y nuestros amigos.

»La solidaridad humana ha recibido una manifestación tan delicada y tan efectiva de su existencia; y ella deja en nuestros cerebros y en nuestros corazones tan grato, tan tierno recuerdo, que nosotros podemos decir hoy, con el alma henchida de entusiasmo y con el pensamiento abierto á la realidad, que las relaciones humanas se fundan en el amor, en la amistad y en el altruismo de pueblo á pueblo.

»El amor fecundo de los poetas, la utopia de los filósofos humanitarios, no son una ilusión ni una locura; y al lado de la guerra devastadora, del odio que ha causado tantos males y tantos dolores, puede hoy el hombre colocar como timbre de honor, como indicio de su elevación y de su superior cultura moral, estos actos de fraternidad y cariñosa solicitud de los pueblos y de sus directores, para acudir en socorro y en consuelo de un pueblo herido por la mano irresistible de la naturaleza, de esa madre tan terrible en sus cóleras, como tierna y generosa en sus bondades.

»En este concierto de afectos y de solicitud, ha habido notas realmente conmovedoras, y que no resisto á señalar, como indicadoras del sentimiento general que ha movido á las naciones de América y de Europa en esta hermosa competencia.

»La Argentina, nuestro enemigo de ayer, y el Perú, con

sus resentimientos de ayer y su situación aún pendiente de hoy, y San Francisco, después de su desgracia, han demostrado que todas nuestras hermanas de la América entera y nuestras amigas y maestras de la Europa, ponen sus relaciones con nosotras en un pie de tan elevada generosidad, de tan caballeresca amistad, que habrán de estimularnos cada día más á la armonía inquebrantable de nuestras relaciones, y á la resolución de nuestras diferencias con un espíritu tal que no se aparte jamás de la justicia ni de la verdad, esos dos faros que alumbran el único camino que eleva al respeto y á la grandeza verdadera de los pueblos.

»La sociedad entera de Santiago, sin distinción de clases y sin distinción de nacionalidades, por iniciativa del Cuerpo de Bomberos, que es cosmopolita y cuya mision voluntaria está fuera de los intereses pequeños ó pasiones de círculos, se apresura á tomar la representación del pueblo chileno entero de esta nación, aún pequeña por su número, pero grande por su corazón y su voluntad, para saludar y para agradecer, en la persona de sus dignos representantes diplomáticos, á esos pueblos generosos que se han acordado de nosotros. Ellos nos han hecho objeto de obsequios y manifestaciones de un gran valor material que suavizarán nuestras miserias, y de una significación y valor morales que yo no soy capaz de medir ni de expresar, pues su luz proyectará en el porvenir claridades que ahora sólo entrevemos, y que prolongarán en lo futuro la estela que en el firmamento americano ha dejado el paso de la fraternidad humana.

»Nuestra vitalidad material ha quedado intacta después del desastre, pues ninguna de las fuentes matrices y abundantes de nuestra riqueza se encuentra menoscabada.

»Nuestro espíritu se ha rehecho después del golpe, y cobrando nuevas fuerzas, se inclina ante lo inevitable, pero apresta su energía para socorrer á los desgraciados, para reparar los males causados, para levantar nuevamente y más hermosa de sus ruinas, á nuestra querida, valiente y resignada Valparaíso, y para hacer que la acción del Gobierno y de los particulares continúe cada vez más vigorosa y más firme la marcha creciente de bienestar y de enriquecimien-

to en que resurge lleno de juventud y de entusiasmo nuestro país.

»La firmeza de nuestras instituciones y de nuestra organización política y social han sido sometidas en gran parte á una nueva prueba, y la han resistido. Podemos decir á las demás naciones que ni las guerras exteriores, ni las contiendas internas, ni las convulsiones de la naturaleza han podido desquiciar nuestro edificio de nación organizada.

»Ello descansa en la base firme y estable de nuestra organización social y económica, que son ya fundamentalmente inamovibles.

»Nuestros puertos, nuestros ferrocarriles, nuestros caminos, nuestras instituciones liberales, nuestro cariño cada día creciente por el elemento extranjero que viene con su esfuerzo y sus capitales á nuestro suelo, habrán de decirnos, cada día con mayor elocuencia y con más abierta franqueza, que Chile, varonil, altivo, pero tierno, cariñoso y agradecido, espera en esta República del trabajo á los hijos de esos pueblos que le han demostrado cariño en sus días tristes, para devolverles con creces sus atenciones, para retribuirles generoso sus dádivas y consuelos, con la riqueza de su suelo, con los tesoros de sus minas, con la dulzura de su clima y con la lealtad y firmeza inquebrantables de su afecto, que no se prodiga sin mensura ni se retira sin justa causa.»

Contestó este discurso, á nombre del Cuerpo Diplomático, el Decano de él, Monseñor Pietro Monti, en los siguientes términos:

«Excmo. señor, señores: La delicada manifestación que hacéis en estos momentos en honor de las naciones extranjeras, constituyen una de esas acciones que bastan por sí sola para retratar la fisonomía moral de una sociedad. Dando tregua al duelo nacional, que trae naturalmente angustiado vuestro espíritu por la horrenda catástrofe del 16 del mes que acaba de expirar y, suspendiendo por un instante los sinnúmeros y prolijos afanes en que estáis empeñados por aliviar á las víctimas que sobrevienen después de aquella hecatombe, habéis querido daros tiempo para dar este testimonio público de agradecimiento á los representantes de las naciones

amigas que, en el viejo y en el nuevo continente, han mirado como desgracia de familia la tribulación que aflige á la República de Chile.

»Un pueblo que así se sobrepone á sus más grandes dolores para abrir paso á tan nobles sentimientos, merece de sobra la admiración y el cariño que le profesan los gobiernos y los países extranjeros.

»Acostumbrado como estaba durante largos años el Cuerpo Diplomático á no tener motivos sino para tributar merecidos parabienes al pueblo de Chile y á sus esclarecidos mandatarios, por la creciente prosperidad de esta Nación, la inopinada desgracia ocurrida en la noche del 16 de agosto, le ha conmovido profundamente, por lo mismo que el ánimo se sorprende y afecta con mayor intensidad cuando se ve, de súbito, enlutado un cielo que estaba siempre iluminado por el sol de la más risueña y constante tranquilidad.

»No debe, por tanto, extrañarnos que los vínculos de respeto y de simpatía que han mantenido hasta ahora con la República de Chile, las naciones amigas, se hayan estrechado mucho más en las presentes circunstancias, como que el dolor es el lazo que con mayor fuerza y eficacia mantiene y robustece los afectos del corazón humano.

»Dígnese ante todo, aceptar nuestros agradecimientos tanto S. E. el Presidente de la República, como el esclarecido ciudadano elegido ya para sucederle en la Suprema Magistratura; acéptenlos, asimismo, los señores Ministros y más altos dignatarios que se han servido acompañarnos en esta ocasión memorable.

»En seguida, recibid, señores, la expresión de nuestra más profunda gratitud por esta imponente manifestación que en los momentos actuales reviste el sello de un atestado solemne de la hidalguía y virilidad de la sociedad chilena.

»Llegue, pues, nuestro agradecimiento á cada una de las corporaciones que aquí están representadas y muy en particular al benemérito Cuerpo de Bomberos, que, siendo promotor de este grandioso desfile, ha agregado una nueva página al álbum de sus gloriosas tradiciones y de sus heroicos sacrificios.

»Quiera Dios, señores, bendecir los generosos esfuerzos

que están haciendo para cicatrizar las heridas y remediar lo males producidos por el flagelo del terremoto. Para el Cuerpo Diplomático, testigo de la dura adversidad y de la fortaleza de ánimo de que venís ofreciendo admirable ejemplo, es un gratísimo consuelo el poder anunciar desde luego á sus respectivos gobiernos, que la República de Chile, sin abatirse en la desgracia, reparará en breve sus desastres mediante las riquezas de su suelo y la energía incontrastable de sus hijos.»



CUARTA PARTE

ARTICULOS CIENTÍFICOS



Las causas que originan los terremotos se encuentran hoy tan ignoradas. como lo estaban cien años atrás, sin que la ciencia, á pesar de sus múltiples esfuerzos, haya podido encontrar aún una explicación satisfactoria de tales fenómenos.

Innumerables son las teorías inventadas por los sabios, á este respecto, pero ninguna ha logrado descorrer el velo que oculta á nuestra inteligencia los orígenes de esos tremendos cataclismos que en breves instantes reducen á un montón de ruinas las más florecientes y pintorescas ciudades.

Ultimamente se ha dado á conocer una nueva teoría que ha llamado justamente la atención de los hombres de ciencia de todo el mundo: la teoría Cooper.

El acertado pronóstico del terremoto del 16 de agosto, hecho con diez días de anticipación por el capitán de corbeta y jefe de la oficina Meteorológica de nuestra Armada Nacional, don Arturo Middletton, fué basado en esta nueva teoría.

Insertamos en seguida una fotografía del original del pronóstico que envió el señor Middleton á *El Mercurio*, escrito de su propio puño y letra.

Deseando dar á conocer al público esta teoría, publicamos un interesante estudio sobre ella, hecho por el capitán señor Middleton.

RESUMEN DE LAS INSTRUCCIONES PRÁCTICAS DEL CAPITÁN DAVID COOPER PARA PRONOSTICAR CON PROBABILIDADES EL ESTADO DEL TIEMPO.—Los resultados obtenidos por el capitán Cooper provienen de la investigación de ciento de observacio-

nes y de cuarenta años de práctica, las que casi en su totalidad han coincidido con diferentes fenómenos atmosféricos.

Están basadas todas ellas en las situaciones relativas de Luna, planetas y Sol, tomando á la primera como el factor prin-



Sr. don David Cooper, Capitán de la Marina Mercante

cipal y la que por su influencia es la que hace variar en intensidad los diversos fenómenos y según la posición que ocupe sobre su órbita.

Según esto la Luna se encuentra en situación de peligro, en el Ecuador, en los límites Norte y Sur de declinación y á me-

dio camino entre aquél y estos últimos. Si en las situaciones anteriores de la Luna, se encuentra en las proximidades del apogeo ó perigeo, verificándose al mismo tiempo eclipses ó únicamente zizigias, las variaciones atmosféricas pueden tener gran intensidad, pudiéndose hacer aún mayores en el primer

REPUBLICA DE CHILE

ARMADA NACIONAL

Pronóstico sobre
fenómenos atmosféricos

La Sección de Meteorología de la Dirección del Territorio Marítimo, ha pronosticado fenómenos atmosféricos y sísmicos para el día 16 del presente mes, basado en los siguientes elementos.

El día fijado habrá conjunción de Neptuno con la Luna y máxima de declinación Norte de este.

A causa de estas situaciones de los astros la circunferencia del círculo peligroso pasa por Valparaíso y el punto crítico formado con la del del Sol cae sobre las inmediaciones del punto.

A. Middleton

Valparaíso Agosto 6/906

caso si la Luna y el Sol tienen el mismo número de grados de declinación (sin tomar en cuenta el signo que les corresponde).

Sentado esto vamos á ver la manera de determinar la zona de la tierra en que van á tener lugar estas perturbaciones debido á la influencia de la Luna. Para esto se sitúa sobre la carta de Mercator la posición de la Luna con los elementos que nos da el Almanaque Náutico y se traza desde este punto una circunferencia con radio de 57° tomado en la escala de longitu-

des; y en seguida se construye sobre ésta un anillo circular de 5° de ancho de manera que la circunferencia sea su eje, este anillo nos representará la zona de influencia de la Luna.

En los eclipses, novilunios ó plenilunios se traza el mismo círculo para la Luna y para el Sol con un radio de 90° siendo en este caso la zona influenciada la que queda entre ambas circunferencias.

Ahora bien si en las situaciones primeras que indicamos



Capitán de corbeta y Jefe de la Oficina Meteorológica de la Armada de Chile don Arturo Middleton

para la Luna, coincide una conjunción con planetas formando los dos astros un mismo punto aproximado de proyección sobre la carta, la zona de que hemos hablado se hará peligrosa.

Para seguir diariamente las zonas sobre las cuales la Luna vaya á tener su influencia, basta con trazar sobre la carta de Mercator la órbita de la Luna á una hora dada por su declinación y su horario con respecto al primer meridiano y marcar sobre ella las nueve situaciones peligrosas sobre el curso de su órbita. Si tiene dos círculos de cartón ú otra materia construídos con los radios ya mencionados podremos seguirla en


LA REGIÓN DEL TERREMOTO
La mayor intensidad del color determina la mayor violencia de la oscilación.
ACONCAGUA
ÑUBLE
CONCEPCION
BIO-BIO
Chillan
Cocharco
Bulnes
Sta Clara
Talcahuano
Ia Sa Maria
Coronel
Carampangue
Lebu
Santa Fe
Negrete
32°

su camino y darnos así cuenta de los fenómenos que se pueden suceder.

Para poder seguir mensualmente las situaciones peligrosas de la Luna y conjunciones que pueden agravar la zona de influencia, basta con tener el Almanaque Náutico y hacer la siguiente tabla, para después seguir su inspección, calcular los días en que se pueda esperar fenómenos de cualquier naturaleza y situando sobre la carta la zona amagada.

Ejemplo para el mes de agosto de 1906:

Agosto	1.º	Máximum de decl. Sur.........	♅ ☌ ☾
»	4	Luna llena....	ECLIPSE DE LUNA
»	5	Medio camino Sur .	
»	6	....	♄ ☌ ☾
»	8	Ecuador.	
»	12	Medio camino Norte. Apogeo.	
»	15	....	♃ ☌ ☾
»	16	Máximum Norte	♆ ☌ ☾
»	18	....	☿ ☌ ☾ ♂ ☌ ☾
»	19	Medio camino Norte. Luna nueva	ECLIPSE DE SOL
»	22	Ecuador......................	♀ ☌ ☾
»	26	Medio camino Sur. Perigeo.	
»	28	....	♅ ☌ ☾
»	29	Máximum Sur.	

El cálculo para la situación se hará en la siguiente forma:

HGr. correspondiendo la situación peligrosa de la Luna	=
Tiempo sideral	=
Hora	=
Ascensión recta de la Luna	=
Angulo horario de la Luna en grados	=
» » » » horas	=
Declinación de la Luna............	=

Si se verifica una conjunción con Luna se toma esta hora para el cálculo el cual se hace en la misma forma del anterior.

La explicación que da el señor Cooper sobre el radio de las circunferencias, consiste en lo siguiente:

Suponiendo una esfera terrestre é imaginándose la Luna

en una posición cualquiera ejercerá su acción sobre un casquete de la esfera y sobre la atmósfera formándose así una circunferencia que limita este casquete y sobre la cual se producirán las perturbaciones quedando, por consiguiente, como es natural, limitado su radio de acción. Es muy posible que encontrándose la Luna en situación de peligro y verificándose una conjunción, los planetas ó la Luna forman un verdadero *ralais*, por intermedio del cual se produciría una gran corriente cuyo efecto se traduciría en el desequilibrio atmosférico de la zona ya mencionada.

El capitán Cooper, cree que especialmente en las Américas los fenómenos atmosféricos de alguna intensidad se traducen en sísmicos, sin que esto lo haya resuelto totalmente, haciendo intervenir en estos casos la situación del Sol para el mismo instante de la situación peligrosa de la Luna con los factores de conjunciones, etc., de que ya hemos hablado. La zona de peligro para el Sol se traza en igual forma que la de la Luna variando el radio hasta 62°. Si en las circunstancias anotadas anteriormente los círculos de la Luna y Sol se interceptan, se formarán *dos puntos críticos* que serán los de mayor peligro.

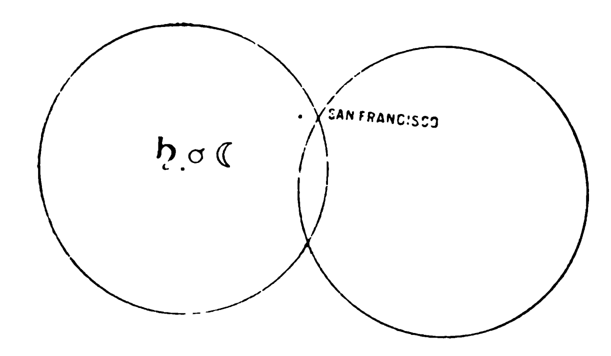
Debemos hacer notar que el capitán Cooper, sin elementos y sin los medios con que hoy día cuentan los observatorios oficiales, ha conseguido colaboradores en todos los continentes para observar los fenómenos diarios que en ellos se producen, y ha podido así buscar las causas que los originan, debido á sus propias observaciones en sus contínuos viajes, y generalizando su estudio en gran parte de la superficie del globo.

Una razón que dan los que no conocen la teoría del Capitán Cooper es el hecho de haber conjunciones á menudo, debieran producirse también los cataclismos, pero por lo que hemos visto anteriormente deberán coincidir una serie de circunstancias para que aquello pueda producirse (no que se producirá).

Por otra parte hay probabilidades de que estos fenómenos no tengan efecto en poblado, en vista de que los mares ocupan las tres cuartas partes de la superficie del globo ó bien sobre la tierra deshabitada que forma un espacio cuya extensión es considerable.

Otros observan que los cataclismos deben dejarse sen ir periódicamente cada cierto número de años por encontrarse los astros en igual situación; pero esto no es así, por cuanto el Sol y la Luna únicamente vuelven cada dieciocho años á iguales posiciones relativas y no los planetas, por cuyos movimientos irregulares se encuentran en puntos completamente diferentes sus siendo, por consiguiente, la ideas emitidas aquí.

En San Francisco, el 18 de abril del mismo año, el punto crítico correspondiente á los 180º de la situación de peligro, caía en las proximidades de la ciudad, como se puede ver en el cróquis.



PRONOSTICOS DE LA SECCION DE METEOROLOGIA DE LA ARMADA

Alentada con pronósticos anteriores, sobre malos tiempos en el sur, todos los cuales habían coincidido, la Sección hizo los siguientes con días de anticipación.

Para el día 16 de agosto: probabilidades de fenómenos atmosféricos y sísmicos, por encontrarse la Luna en ese día en situación de peligro (máximo declinación Norte), conjunción de Neptuno con la Luna y pasar la zona amagada por Valparaíso, cayendo el punto crítico, es decir la intersección con el del Sol, un poco al Este del puerto.

En este día, además de los fenómenos sísmicos que experimentamos, hubo cambios atmosféricos y un poco al Oeste un gran temporal con tempestad eléctrica.

Para el 12 de septiembre, la Luna se encontraba en igual situación que la del pronóstico anterior y había dos conjunciones, una de las cuales pasaba por Huasco, pronosticando la Sección probabilidades de cambios atmosféricos en esa zona por caer el punto crítico á 360 millas al Oeste.

A continuación publicamos los telegramas de las autoridades correspondientes que vienen á corroborar los resultados del pronóstico anterior:

«Vallenar, 12 de octubre de 1906.

»Día doce sólo hubo cambios atmósfericos, como nublados, fríos intensos y fuertes vientos.—Firmado.—*Corvalán Melgarejo*.—Gobernador Civil.»

»Huasco, octubre 12 de 1906.

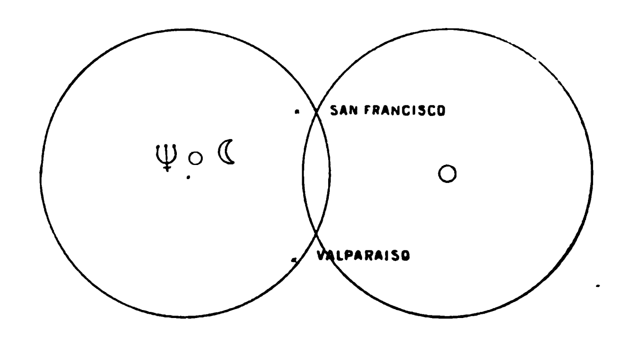
»Dando complimiento á su telegrama de ésta fecha, tengo el honor de comunicar á US. los cambios atmosféricos y pequeños temblores ocurridos en este puerto entre los días siguientes:

»11. Nublado.—Pequeño temblor á las 9 h. 12. m. A. M. y 5 h. p. m.

»12. Nublado.—Pequeño temblor á las 5 h. A. M.

»13. Nublado hasta después de las 12 M.—Firmado.—*Julio Figueroa*, Subdelegado Marítimo.»

El croquis correspondiente á las situaciones el día 16 de agosto, se puede ver en la figura adjunta.



Por último, debemos agregar que el fenómeno no coincide con el instante de las situaciones antedichas, sino que se adelanta ó atrasa hasta 24 horas.

Como término de estas líneas, debemos hacer notar que el fundamento de estas enseñanzas, tienen el mérito de basarse en experiencias que, aunque dolorosas, han sido confirmadas lo suficiente.

«Facta non verba».

A MIDDLETON C.

❀ ❀ ❀

EL TERREMOTO DE VALPARAISO BAJO SU ASPECTO RECONSTRUCTIVO (1)

La acción destructora del temblor ha variado principalmente según la naturaleza geológica del terreno y según el carácter de los edificios que han soportado el sacudimiento

Se sabe cómo ha crecido Valparaíso: la parte plana era muy reducida, las olas en muchas partes se estrellaban contra el pie de sus colinas.

Las necesidades del puerto, su engrandecimiento comercial y su rápido crecimiento de población, hicieron que luego sus habitantes buscaran su ensanchamiento á expensas del mar. Todo el barrio norte de la Avenida del Brasil está sobre terrenos así obtenidos.

Según esto, Valparaíso puede dividirse en cuatro zonas geológicas: 1.º la rocosa, que comprende gran parte de los cerros y la parte plana adyacente á ellos; 2.º los fondos de los valles rellenados naturalmente por el arrastre de aguas sedimentarias; 3.º el terreno rellenado artificialmente por el avance del malecón, y por fin, 4.º el terreno arenoso, cercano á la playa; Viña del Mar y Población Vergara son de esta formación.

Los edificios fundados sobre roca han resistido muy bien; se ve una línea muy marcada de separación que, partiendo

(1) En el prólogo de esta obra prometimos insertar un artículo científico sobre el terremoto de agosto del Rev. P. Melzer.

Circunstancias independientes á nuestra voluntad y que hubieran atrasado la publicación de este libro, nos impiden cumplir con lo prometido.

Insertamos en su lugar el artículo que lleva por título «El terremoto en Valparaíso, bajo su aspecto reconstructivo» debido á la pluma del joven y distinguido ingeniero don Hormidas Henríquez.

desde el mar, pasa á la altura del principio de la Gran Avenida, atravesando las calles paralelas para cortar diagonalmente la plaza de la Victoria hasta llegar al cerro. Se ve en este paseo que la línea pasa entre dos edificios casi análogos, el teatro Municipal y un edificio en construcción en la esquina surponiente de la plaza.

El primero quedó completamente destruído, teniendo á su favor más de veinticinco años de edad, el segundo sólo sufrió algunos desperfectos, principalmente en el piso superior.

El terreno que más ha sufrido fué el de relleno artificial, lo que se explica diciendo que las vibraciones rápidas y de pequeña amplitud trasmitidas por la roca se transforman en oscilaciones más amplias, pues el movimiento en estas formaciones sueltas causa una especie de acomodo y asentamiento. agrandando así las oscilaciones.

Puede, pues, decirse que en general las construcciones menos afectadas han sido las fundadas sobre la roca, sea que estuviera en la superficie ó cerca de ella.

En cuanto al carácter del edificio, los que más han sufrido son los de albañilería. Sin exageración puede decirse que el desastre de la albañilería ha sido completo, no quedando ladrillo sobre ladrillo.

El Director de Obras Públicas en su informe al Supremo Gobierno, de fecha 3 de septiembre de este año, se muestra partidario de la albañilería, culpa á la albañilería mal hecha de todo el fracaso. Sentimos no estar de acuerdo con tan ilustrada opinión. James D. Phelan, ex-alcalde de San Francisco, le habría dicho: «No puede caber duda que la albañilería es peligrosa. Si Ud. desea argüir sobre esta materia pregúntele á quién haya visto derrumbarse la albañilería sobre su cabeza. Fué por lo menos una experiencia nada agradable (*Concrete*, vol. VI, Núm. 1, pág. 17).

Ahí está el teatro de la Victoria derrumbándose con sus inmensos blocks de albañilerías (1) que atestiguan la dureza de la roca; ahí no cedió ni el ladrillo ni la mezcla, cedió el block, la mole.

(1) Al frente de sus ruinas se ve un enorme block que mide más de 5 m. de largo por 3 m. de ancho y 1.50 de espesor.

Basta recorrer un poco la ciudad para contemplar la ruina más espantosa. La Avenida del Brasil es un vasto cementerio que los temblores y el fuego han diezmado; las principales calles, todas destruídas. La Intendencia, juzgados y policía, Club Central, los SS. CC., la Merced, San José, Doce Apóstoles, Palacio Edwards, Zanelli, Astoreca, Cariola, edificio Ugarte, Santa María, Padres Mercedarios, Mercado Central, Cardonal, teatros Victoria y de Verano, liceos, colegios de los SS. CC., Instituto Comercial, etc., etc., demuestran que la albañilería es poco apta para resistir esta clase de esfuerzos.

En San Francisco sucedió algo parecido según John B. Leonard (*Engineering Record*, vol. 53, Núm. 21, pág. 644) que asegura que «sobre el total de destrucción del terremoto, más del 90% recayó sobre la albañilería.

Un defecto general notado en la albañilería ha sido la falta de amarras; hay muchísimos edificios cuyas murallas exteriores ó de corta-fuego están íntegramente en el suelo. En otras partes estas amarras eran débiles ó mal acondicionadas. Los paños libres dejados en las murallas de albañilería cuando eran algo grandes quedaron destruídos: teatro de la Victoria, Colegio de los SS. CC., id. de las Monjas Francesas, etc. En San Francisco el Palace Hotel resistió el choque de las oscilaciones, no así el Emporium, edificio muy cercano y muy semejante.

Las esquinas han demostrado ser puntos bastante débiles que conviene reforzar; las rotundas y esquinas curvas no han dado mejores resultados. Otra de las principales causas de la caída de las murallas exteriores ha sido la costumbre de hacer las murallas divisorias ó tabiques con un material que no guarda homogeneidad con el resto de la obra. Estos tabiques constan de un entramado de madera, con relleno de adobillos ó embarrado sobre tablillas, sistema que no tiene una duración comparable con la albañilería, sobre todo si no está en buenas condiciones de humedad y ventilación, con lo cual no asegura la suficiente rigidez y trabazón que debe existir entre los distintos elementos de una construcción, dando lugar á grandes paños libres que, como hemos visto, son perjudiciales en extremo.

Las construcciones en que sólo se usó una clase de material en sus murallas exteriores é interiores resistieron bien; mas el tabique ó entramado de madera tiene el grave inconveniente de ser combustible, y los incendios hacen destrozos mil veces más temibles que los temblores en la albañilería.

Las murallas de cortafuego estaban en peores condiciones que el resto de la albañilería por ser demasiado largas y desprovistas de amarras. Se hace necesario reglamentar y adoptar nuevas disposiciones para la albañilería.

Las grietas producidas por los temblores afectan una forma característica, son en X ó cualquiera otra forma derivada de ésta.

Las grietas en X pueden provenir de oscilaciones de igual amplitud é intensidad y de sentido contrario; una produce grietas en un sentido de la diagonal de la X y la otra en el otro.

En el Palacio Edwards hay una grieta como á cincuenta centímetros del suelo, que corre á la altura del antepecho de las ventanas. Esta grieta va de Oriente á Poniente y se ve en las calles de la Victoria y Chacabuco.

En la Avenida del Brasil esquina norte-oriente con Las Heras hay un gran edificio que lleva esta grieta horizontal á la altura de las impostas de las ventanas del último piso.

Esta grieta horizontal puede explicarse haciendo obrar un esfuerzo ú oscilación de amplitud é intensidad dada, seguida de una rápida y enérgica; la grieta sigue la línea de menor resistencia.

El primer caso puede asimilarse á una viga empotrada y libre por el otro extremo cuyo momento de flexión máxime se produce muy cerca del apoyo.

En el segundo caso creemos que el peso del techo al ser soportado por la muralla, hace subir su centro de inercia, tanto más cuanto más pesado sea el techo.

A este respecto Milne dice: «Por ejemplo las partes superiores de las murallas sólo deben llevar techos muy livianos, ó en caso contrario, el techo debe quedar libre de moverse encima de la muralla. Las torres para el abastecimiento de agua de las locomotoras, son tal vez las peores estructuras que pue-

den erigirse en países donde reinan los temblores. En el terremoto del año 1891 en el Japón, aun los más pequeños estanques que hacían este servicio quedaron completamente destruídos á causa de la inercia del estanque que llevan en la parte superior» (Considerations concerning the probable effects of Earthquakes on Water Works and the special precautions to be taken in Earthquake Countries»).

Es, pues, conveniente tomar precauciones especiales con los techos para impedir la acción de los temblores además de la acción del viento.

El arco, uno de los principales elementos de construcción, no ha sido bien tratado. No siempre se ha usado el mortero de cemento, hay muchos con mezcla de cal y los hay aún con barro (iglesia Matriz).

Los arcos de diferente luz, cuando no se han tomado precauciones en la base de apoyo, han destruído las pilastras, á causa de la diferencia de presiones trasmitidas por cada arco. En la Avenida del Brasil, esquina sur-oriente con General Cruz se ve que las pilastras que recibían arcos de igual luz poco ó nada han sufrido, en cambio la de arcos desiguales han sufrido bastante.

En la iglesia de los Sagrados Corazones, albañilería muy bien hecha, se nota que los arcos de norte á sur han sufrido muy poco, de oriente á poniente han sufrido bastante.

En Manila, en algunas partes de Italia, Ischia, por ejemplo, se han prohibido los arcos.

Lo mejor creemos será proyectar arcos decorativos ó simulados únicamente, pues la inamovilidad de los apoyos queda destruída por los terremotos.

Las cornisas con su enorme vuelo han causado serios perjuicios. Una de las principales causas de la destrucción del teatro de la Victoria es debida seguramente á sus grandes cornizas, que cayeron sobre el resto de la construcción.

Las chimeneas todas ellas se convirtieron en mortíferos proyectiles que atravesaban los techos sembrando la destrucción y la muerte.

Las torres de las iglesias muchas cayeron, la de los Sagrados Corazones que había sufrido algo con los temblores del 96

y que había sido amarrada por medio de dos fierros redondos, en cruz y que remataban por fuera en pesadas vigas en forma de U $\left(\frac{90\times 360}{16}\right)$ milímetros y de 2 metros de largo, para tomar mayor cantidad de albañilería, se derrumbó el cajón superior causando serios perjuicios en el resto de la iglesia. Una esquina permanecía solitaria á manera de atalaya como para anunciar, perfilando su silueta allá en el espacio, la destrucción que afligía á todo un pueblo.

Esta torre ha cedido á su enorme peso; había ahí materia demás, que servía solo para perjudicarla.

Boggs en sus «Comments of Californian Engineers on the Earthquake and Fire»; dice: «Las murallas de albañilería deben contraventarse y amarrarse muy bien. Si la construcción puede conducirse como un solo todo en lugar de descomponerse en partes puede causarnos una sorpresa en medio de la destrucción general. Esto puede patentizarse en algunos casos de altas y bien construídas torres de iglesias. A primera vista parece que por razón de su altura deberían estar más expuestas á la destrucción, más por otra parte, sus diámetros pequeños dan mayores facilidades para contraventarlas, y amarrarlas, comportándose en muchos casos mejor que edificios más bajos y que disponían de largas murallas. *La destrucción fué común en torres que tenían materia más que la necesaria.*»

Milne, en la parte ya citada dice: »En la construcción de murallas para edificios ó torres de toma, recordaremos que ellas deben ser ligeras y fuertes. Es creencia general que el peso por sí mismo da resistencia, ayudando a la construcción á mantenerse, lo que no pasa de ser una ilusión. Lo contrario es la verdad. El peso—ó la masa—es por sí una causa de debilidad únicamente. La ligereza puede obtenerse por ladrillos huecos, la resistencia por el empleo de un buen mortero de cemento.»

Como se ve ambos autores están contestes en asegurar que la materia de más es un serio peligro para la estabilidad de las torres. La torre de esta iglesia es un sólido de base rectangular con sus aristas perfectamente á plomo. Parece que estaba inconclusa, le faltaba la linterna.

Con las amarras que se le colocaron quedó en peores condi-

